Aria Wanderlust

GRAYSON

Amarla es peligroso. Renunciar a ella, mortal



Hildden Valley Ranch I



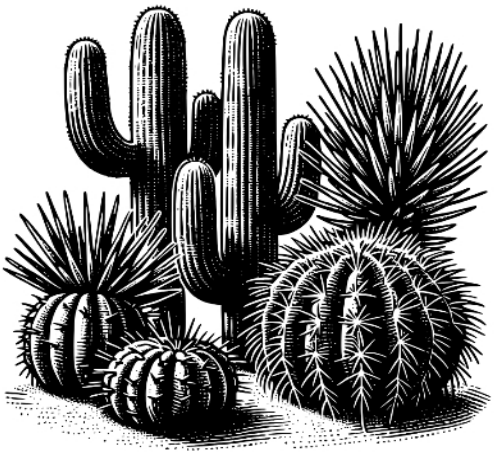
HIDDEN VALLEY RANCH I



GRAYSON

Amarla es peligroso.
Renunciar a ella, mortal.

ARIA WANDERLUST



GRAYSON

Amarla es peligroso.
Renunciar a ella, mortal.
Serie: Hidden Valley Ranch: 1
© Aria Wanderlust 2025

Diseño portada: Carolina Cáceres
Diagramación: Aria Wanderlust
Primera Edición
Vigo - España 2025
Deposito Legal: VG – 654 - 2025
ISBN: 9798275492286

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su trasmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titúlales del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. (Art.270 y siguientes del código penal)

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece la cultura viva. Gracias por adquirir una edición autorizada de este libro respetando las leyes del copyright.

Instagram: aria_wanderlust
Tik Tok: @aria_wanderlust

Esta es una obra de ficción. Los personajes, nombres, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan dentro de un marco ficticio. Cualquier parecido con personas reales (vivas o fallecidas), empresas, acontecimientos o lugares es mera coincidencia. Las marcas comerciales, productos, nombres de empresas, canciones o artistas mencionados en este libro se emplean únicamente con fines narrativos o descriptivos. La autora no mantiene relación comercial, patrocinio ni recibe compensación por su mención.

Te quiero así como eres.
Con todo lo bueno que no ves,
con todo lo malo que dices tener.
Mario Benedetti

NOTA DE LA AUTORA

Querido lector:

Como algunos de vosotros sabréis, he creado dos sellos para diferenciar los géneros en los que me centro.

Este, en concreto, es el más suave de los dos. En él clasifico los romances más *sanos*, aunque no por ello menos intensos.

Este libro contiene algunos temas que pueden herir la sensibilidad del lector. Como lenguaje malsonante, consumo de estupefacientes o escenas de sexo explícito. Todas ellas son consensuadas y consentidas por ambas partes.

Por ese motivo, no se recomienda su lectura a menores de edad bajo ningún concepto.

Dicho esto, espero que estés preparado para adentrarte en el universo de *Hidden Valley Ranch* y dejarte seducir por alguno de los hermanos *Ashford*.

Bienvenid@ al rancho. Te deseo una buena lectura.

PLAYLIST

Humble and king – Tim McGraw
Lost on you – LP
Die with a smile – Lady Gaga & Bruno Mars
Cardigan – Taylor Swift
Never not love you – Thirty Seconds To Mars
Angels like you – Miley Cyrus
So hott – Kid Rock
I'd come for you – Nickelback
Odd one out – Hollow Ember
Born to raise hell – The Digital Cowboy
You – Nicolina
Ruin me – Sebastian Schub
Fast car – Luke Combs
I know your secrets – Tommee Profitt
Eclipse – Josh Makazo
Alibi – Bradley Cooper
Addicted to you – Post Malone & Billie Eilish
Safe & sound – Taylor Swift & Joy Williams & John Paul White
Bad liar – Imagene Dragons
Hello my old lover – Dove Cameron
Gone till winter ends – BLKZOO
In case you dint'd know – Brett Young
Hurricane – Luke Combs
Call me when it hurts – Post Malone & Sia

Chi sei veramente lo capisce solo chi va oltre.
E oltre non é un posto per chiunque.
Cappellaio Matto

PRÓLOGO

Grayson

—Dime que no acabas de soltar por la boca lo que creo haber escuchado.

—Ella necesita estabilidad económica, Grayson. Y tú… Tú…

—Yo, ¿qué?

—Piénsalo. No es tan descabellado.

—Ni de coña.

—Hijo —suspira, empezando a perder la paciencia.

—Padre —contraataco, de lo más socarrón, acabando de un plumazo con esta tontería.

—Hace dos años…

Me levanto de golpe y arrastro la silla de madera por el suelo de la cocina. Señalo a mi viejo con el dedo. Una clara advertencia. No puede seguir columpiándose así.

—¡Déjalo ya! Ni se te ocurra ir por ahí.

—Pero…

—No hay peros que valgan…

—Papá tiene razón, Grayson —interviene mi hermano Ethan.

—¿Tú también? No me toques los cojones, tío. Estáis confabulando todos en mi contra —escupo.

Puede que en un principio todo esto no me pareciese más que el desvarío de un viejo. Incluso me hicieron gracia sus alocadas ocurrencias, lo admito. Hace un buen rato que ha dejado de tenerla. Ahora me siento atacado. Que mi hermano esté al corriente, significa que lo han hablado entre ellos. Lo han valorado, y creen que esta majadería tiene algún sentido.

Voy a abandonar la cocina y mi hermano se cruza delante.

—Zoey no puede seguir así, Grayson. —Mi padre intenta negociar.

—Si te molesta la niña… —Ladro por encima del hombro a la defensiva.

—Ni se te ocurra insinuar que mi nieta me estorba.

El tono severo y tajante de mi padre me hace entender que acabo de pasarme con mi último comentario. Menos mal que me ha cortado a tiempo, ya que la perla que pensaba soltar a continuación sería una cagada monumental.

No es justo. Lo sé.

Desde que Keira murió hace algo más de dos años, es la persona que siempre ha estado al pie del cañón.

Siendo sincero, lo fue incluso mucho antes de ese momento. Mi mujer enfermó poco después de que nuestra pequeña naciera. Zoey apenas había cumplido los dieciocho meses cuando le diagnosticaron un cáncer terminal a Keira. Desde entonces, tanto mi padre como mis hermanos se volcaron con nosotros.

Lo agradezco. No tengo ni puta idea de qué hubiera hecho sin ellos. Sobre todo, sin mi padre. Quien se encarga a diario desde entonces de mi hija.

Sé que no es justo para él, como tampoco es factible que siga siendo así. Mi viejo tiene su propia vida. Eso sin contar que ya son sesenta y nueve años los que acaba de cumplir. Y los achaques típicos de su edad le complican batallar a diario con una niña de cinco años.

Pero es que… Joder, no tengo ni puta idea de qué más puedo hacer. Ni a quién recurrir.

Lo de contratar a una niñera queda descartado. Mis alocados turnos de trabajo, sumados a mi poca predisposición a dejar a mi hija con una desconocida, confirman que no saldría bien.

Motivo por el cual esto me parece un disparate aún mayor.

—Lo siento, papá.

Mi voz se apaga según verbalizo mi disculpa.

Estoy jodidamente desesperado.

Para colmo de males, están a punto de dar inicio las vacaciones de verano, lo que complica mucho más la situación.

—No tienes que disculparte, hijo. —Rhett Ashford se lleva una humeante taza de café a los labios. No engaña a nadie, huelo el alcohol desde aquí.

—Daré con la solución.

Tranquilizo a mi padre. Mejor dicho, lo intento. Por el modo en el que arquea la ceja y me mira por encima del borde de su taza, sé que no es así.

Mi hermano se deja caer contra el marco de la puerta. Su atención pronto deja de pertenecernos. Al escuchar el reclamo de mi pequeña, se marcha en dirección al salón.

—Acabo de poner la solución sobre la mesa.

—¿Casarme? ¿Con una persona que no conozco? No, gracias. Eso no es una solución.

—Es la hija de un buen amigo.

—Una hija que se fue de este pueblo hace siglos. Nadie sabe nada de ella. Ni siquiera su propio padre. No te ofendas, pero tampoco es que seáis muy buenos amigos, que digamos. Habláis una vez al año con suerte.

—Los dos atravesáis una situación complicada. He pensado que tal vez…

—No pienses tanto.

Es una completa chaladura. Eso es lo que es.

No tiene pies ni cabeza.

¿En qué cojones piensa mi viejo al proponer algo así?

—Hijo… Los dos salís ganando. Ella necesita un empuje económico. Tú, alguien de confianza que te ayude con Zoey.

—He dicho que no, papá. Además, esa mujer no es de confianza para nadie. No la conoces —escupo de malos modos, tomando asiento de nuevo.

Los engranajes de mi cabeza giran a toda velocidad. Comprendo que esta situación no puede sostenerse. Necesito encontrar una manera de que las cosas funcionen. Pero no así.

—Keira…

—Ni la nombres, joder.

Me levanto de nuevo de un salto. Recupero la camiseta que cuelga del bolsillo trasero de mis vaqueros, e introduzco la cabeza.

Me paso las manos por el pelo un par de veces y resoplo perdiendo la paciencia.

—Vale, vale. Perdona, hijo.

Apoyo la mano en el antebrazo de mi viejo y anclo nuestras miradas.

—Perdona tú, papá. Yo… Yo… —No encuentro las palabras. —No tengo ni puta idea de lo que voy a hacer, ¿vale? —Asiente con mirada compasiva. Reconociendo lo perdido que estoy. —Pero no voy a casarme. Y mucho menos con una tía a la que no he visto en mi vida. No es una buena idea.

—De acuerdo.

No insiste y yo lo agradezco enormemente.

He tenido un día de mierda. Lo último que me apetece es batallar con mi padre.

Cuando me canso del silencio que envuelve la cocina, me dirijo al salón, en el que descubro a mi pequeña dormida en el sofá y tapada con una manta.

Echo un vistazo a mi alrededor. Recupero el mando a distancia y bajo el volumen del televisor.

Me acuclillo al lado del tresillo con la intención de cargar a mi hija en brazos como todas las noches.

—Vamos, ratoncita. Es hora de ir a casa.

Zoey se revuelve un poco y esconde la carita en el respaldo del sofá.

—Es tarde. Deja que se quede a dormir.

A mí también me jode tener que despertarla para llevármela a casa. Pero si se la dejo a mi padre, solo por el hecho de que esté dormida, no vería nunca a mi hija. Llego siempre a las tantas.

—No —respondo sin más.

Cede. Sabe perfectamente cuando no puede ganar una discusión.

—Logan tiene que cenar, será mejor que me marche ya.

Mi hijo mayor cumplió hace poco los veinte. Es completamente autosuficiente. No necesita que su padre le haga la cena. Pero es que… Joder, nunca estoy con él.

Curra conmigo. Pero estamos cada uno a su bola. Me gusta llegar por las noches a mi casa y sentarme un rato a la mesa con él. Si no me obligo a sacar tiempo, acabaré por perderme… *Ya me lo estoy perdiendo todo*.

Desisto en mi empeño de coger a Zoey y me dejo caer en el suelo. Apoyo el culo en la alfombra y la espalda en la mesita de madera de centro.

—Necesitan una figura materna, hijo…

—No —escupo.

Sé que mi padre tiene razón.

Tal vez Logan no la necesite. Siempre hemos sido él y yo contra el mundo. Apenas tenía dieciocho años cuando mi hijo mayor nació. La típica noche de graduación que se te va de las manos. Lo que no contaba es con que su madre no se hiciera responsable. Tuvo al crío y se largó del pueblo.

De vez en cuando se deja caer por aquí. Sobre todo, cuando necesita pasta. Al principio me jodía por mi hijo. Siempre se hacía ilusiones cuando su madre daba la cara, prometiendo no volver a marcharse, blablablá…

Con los años, comprendió que la adicción de Demi es mucho más fuerte que ella. Mucho más fuerte que el amor que pueda llegar a sentir por él. Hasta llegar al punto de acostumbrarse al abandono de su madre. De comprender que por mucho que pueda quererlo, él nunca va a ser su prioridad. Siempre ganará el próximo pico.

Durante años fue muy jodido batallar con eso. Hoy en día Logan lo tiene más que superado. Es un crío estupendo, del cual no puedo sentirme más orgulloso.

Trabajador como el que más. Tiene un buen fondo y un corazón enorme, pero un carácter de mil demonios.

Fijo la vista en mi hija, justo cuando revuelve su cuerpo pequeñito en el sofá, enredándose la manta en las piernas. Me mira con esos inmensos ojos verdes, totalmente adormilados.

—Hola, papi.

—Hola, ratoncita.

Estiro el brazo para retirarle de la cara los mechones rebeldes que se empeñan en negarle la visión.

—Has tardado mucho —recrimina con un puchero lastimero en los labios.

Ignoro el reproche de mi pequeña. Un puñal se clava en mi pecho. Tiene razón. He tardado una puta eternidad. Siempre tardo demasiado. Por muy bien que esté en casa de mi padre, mi hija necesita una estabilidad que no puedo darle yo solo.

—¿Tienes hambre? —Zoey sacude la cabeza y busca la palma de mi mano con la mejilla. La acaricio, perdiéndome en mis pensamientos.

—Venga, nos vamos a casa. —Cojo a mi niña en brazos y esta cuela la cabeza en el hueco de mi cuello. Me dispongo a salir del salón, pero antes de hacerlo, tomo una decisión. Una que le comunico a mi padre por encima del hombro. —Llama a Asher Lawson y dile que sí.

Espero no arrepentirme de esto, joder.

—¿Sí? —pregunta mi padre desconcertado. —¿Estás seguro, hijo?

—No me hagas repetirlo.

CAPÍTULO: 1

Cassidy

—¿Qué?

—Me has escuchado perfectamente.

—Ya. Pero es que necesito que lo confirmes una vez más. ¡Estoy flipando!

—Imagínate yo.

Apoyo el teléfono en mi hombro. Continúo haciendo el equipaje.

Llevamos días empaquetando nuestras cosas.

Siempre hemos vivido bien, en una gran casa, matriculados en los mejores centros educativos. Al morir mi padre, descubrimos que todo eso no era más que pura fachada.

En realidad, estamos prácticamente en la ruina. Hace exactamente cincuenta y siete días nos concedieron dos meses para desalojar la vivienda, embargada para cubrir parte de las deudas de mis padres.

—Eso quiere decir que tenéis que marcharos…

—Sydney, ya teníamos que marcharnos —corto a mi amiga.

—Sí, lo sé. Pero no a la otra punta del país.

Tiene razón. No tenía la más mínima idea de lo que ocurriría a partir de este punto. Admito que nunca imaginé que nos

mudaríamos a Texas, supuestamente ahí vive el nuevo marido de mi madre y parte de mi familia materna.

Es una familia con la que no he tenido apenas relación. Sé de su existencia, incluso nos hemos visto un par de veces.

Así que cuando mi madre desapareció hace un par de días, lo último que imaginé es que se había marchado a otro estado a casarse con un hombre al cual ni mi hermano ni yo conocemos en absoluto. Ni siquiera sabíamos de su existencia.

Mi madre jura que es lo mejor para nosotros. ¡Ja! Para nosotros. Permitidme que lo dude. Será lo mejor para ella misma, como siempre.

Ante su repentina confesión anoche, me sentí completamente perdida, hasta que mencionó las palabras mágicas: tierras, propietario, dinero.

—Cuelga de una vez, Cassy. Tenemos prisa —ladra mi hermano al pasar frente a la puerta de mi habitación.

—Ya voy —digo sin más.

—Deja de decir que lo harás y hazlo ya —protesta de nuevo.

De una patada cierro la puerta e ignoro a Tristán.

—Capullo —susurro solo para mí misma. La risita de mi amiga Sydney choca contra mi oído.

—Sigue siendo un amor.

—Sí, no cambia. El título de gilipollas venía de regalo con el de primogénito.

—Ayyy. Voy a echarte mucho de menos.

—Y yo a ti. —Se me quiebra la voz al imaginar que tengo que dejar atrás todo lo que, hasta día de hoy, es mi vida. Mi mundo.

Mis amigos. Mis estudios. Mi hogar…

—¿Tienes unas buenas botas?

—¿Botas? ¿De qué estás hablando?

—Si vas a aprender a montar, necesitas unas buenas botas.

Sacudo la cabeza y dejo la camiseta a medio doblar, encima de la silla de mi escritorio.

—Te vas a Texas, vaquera. Allí todo el mundo sabe montar.

—Me importa una mierda lo que hagan en Texas, Sydney. No voy a subirme a un caballo.

—Dijiste que tenía un rancho.

—¿Y?

—Y nada. Yo solo… Oye, cómprate un sombrero.

—¿Un sombrero?

—No, no, olvídalo, no lo hagas. Ya sabes, es mejor que te lo regale uno.

—¿Uno? ¿Un qué?

—Un vaquero —comenta en un tono seductor para nada fingido. En mi mente puedo visualizarla arqueando las cejas y estoy a punto de colar la mano por el teléfono y engancharla del cuello.

—Tú solo deja de darle tantas vueltas al coco, tía —resoplo. Esta chica no tiene remedio. —Y de ver películas en Netflix.

—Yo solo digo…

—Cierra el pico. Es mejor que no digas nada más. Créeme.

Llegamos al aeropuerto con el equipaje de mano. Lo justo y necesario para pasar dos o tres días, hasta que el camión de la mudanza lleve todas nuestras pertenencias a nuestro nuevo *hogar.*

Espero que tengan un buen vestidor y no lo digo por mí, mis cosas caben en el armario más básico, pero las de mi madre no.

Tristán está de morros porque ha tenido que despedirse de su novia Jade, lo que lo tiene subiéndose por las paredes y de un humor inmejorable, percíbase la ironía…

No tengo ni idea de cuánto tiempo va a aguantar mi hermano en este lugar, pero me apuesto el cuello a que antes de que terminen las vacaciones de verano, se habrá largado de Texas.

No lo culpo. Es un cambio inesperado y abismal.

Yo también estoy asustada, pero trato de ignorarlo. No me como la cabeza con un problema que obviamente no puedo solucionar. Decido vivir el día a día e ir paso a paso.

Hace menos de una semana ni siquiera sabíamos qué pasaría con nosotros, y hoy estamos aquí. Rumbo a una nueva etapa. No sé qué vamos a hacer, pero tengo la intención de poner lo mejor de mi parte.

Pese a que nuestra madre nos informó que su nuevo marido es propietario de un rancho, admito que nunca imaginé que acabaríamos viviendo directamente en dicho rancho.

Cuando el chófer del taxi que hemos cogido en el aeropuerto traspasa los confines de la propiedad de mi nuevo padrastro, decir que me quedo ojiplática se queda corto.

¡Madre mía! Esto es enorme.

Obnubilada, contemplo el paisaje a través de la ventanilla. Bajo el cristal para que la brisa se cuele. Me golpea la cara y cierro los ojos, concentrándome en el aroma fresco a madera recién talada, escuchando el caudal del río a lo lejos, respirando el aire más puro que os podáis imaginar.

Esto no tiene nada que ver con Los Ángeles. Por extraño que parezca, y sorprendiéndome a mí misma, me alegro.

Mi madre no parece hacerlo tanto al bajar del vehículo. El gesto de asco que se apodera de su rostro al echar el primer vistazo a su alrededor la delata.

Mi hermano es otro al que parece no hacerle gracia. No deja de sacudir sus vaqueros y la parte baja de su americana, mientras contempla por encima del coche a mi madre con desprecio.

La puerta principal se abre de golpe y de ella sale un señor que debe de tener al menos unos sesenta o setenta años. No se me da bien eso de calcular edades. De reojo contemplo a mi madre, y esta cruza una pierna delante de la otra y camina en dirección al hombre que lleva una camisa a cuadros.

—Ya habéis llegado —saluda con amabilidad —. Bienvenidos a Hidden Valley Ranch.

Mi madre lo ignora. Da un vistazo a su alrededor y luego se queda con la vista fija en la puerta de entrada.

—Oh, sí, por supuesto. Imagino que estás buscando a Grayson. Verás, ha tenido que salir temprano. No creo que tarde en llegar…

En ese instante se escucha el motor de una camioneta y, acto seguido, el vehículo se detiene a nuestro lado, levantando una humareda de polvo. Yo sonrío, pero mi hermano sacude las manos al aire y mi madre tose desenfrenada un par de veces. Un gesto sin duda muy exagerado. Tampoco ha sido para tanto.

—¿Es aquí? —pregunta al recién llegado sin ni siquiera saludarlo.

Él asiente. Cierra la puerta de la camioneta y se aproxima. Antes de que tenga la oportunidad de acercarse a ella, mi madre sube las escaleras del porche y entra en la casa.

Perpleja, abro mucho los ojos. No sé si más sorprendida ante la carencia de modales de mi madre, o de mi hermano, cuando este la sigue sin mediar palabra.

Me acerco al señor que salió por la puerta en primer lugar y le tiendo la mano.

—Soy Cassidy.

—Rhett —responde él estrechándome la mano con una sonrisa en los labios —. Un placer conocerte, Cassidy. Él es mi hijo…

—Grayson —se apura él mismo a presentarse. Concentrado en seguir con la vista a mi madre.

Es justo entonces cuando ato cabos. Tenía clarísimo que mi madre no se había casado con Rhett, pero bajo ningún concepto

imaginé que este sería Grayson Ashford.

No es para nada como esperaba, con la idea que yo solita, sin ayuda de nadie, me había formado de él.

Esperaba alguien similar a… Mi padre. Con aires de grandeza. Zapatos caros y un ego aún mayor.

La persona que tengo frente a mí, no tiene nada que ver con todo eso. Sin duda es menor que mi madre. No creo que llegue a la cuarentena, y si lo hace, yo quiero el truco para conservarme así. Lejos de embutir su cuerpo en un traje de diseño, viste unos vaqueros desgastados y sucios de tierra. Cuando mi vista lo repasa de abajo arriba y me topo con un pecho completamente desnudo y empapado en sudor, abro la boca de un modo muy poco elegante.

No pretendo ser maleducada, pero es que la escena ante mí, me deja perpleja.

—¿Tú eres? Eres…

—Tu padrastro —anuncia cantarín Rhett.

No puedo evitar llevarme las manos a la boca y reír.

Grayson, por su parte, pone los ojos en blanco y sacude la cabeza, dando por imposible el discurso.

—Lo que me convierte a mí… —continúa Rhett con un toque de suspense en la voz.

—No lo digas, papá…

—En tu abuelastro.

Ahora sí, rompo a reír sin miramientos. Recupero la compostura, me yergo y le vuelvo a tender la mano a Rhett. Acaba de caerme bien. Presiento que es un buen hombre.

—Pues… Creo que me va a encantar ser su nietastra —admito contagiándome de su humor —. Aunque no estoy segura de que esa palabra exista, la verdad.

—No pasa nada —repone él, cubriéndome los hombros con el brazo y entrando conmigo en la casa —. Serás mi nieta y punto. Así

no nos arriesgamos a que nadie nos llame paletos. Y ni se te ocurra tratarme de usted, jovencita. Me hace parecer viejo.

—Trato hecho.

Escucho la sutil risita de Rhett, justo antes de ver aparecer por las escaleras un montón de rizos castaños bajando a toda velocidad. Pasa a mi lado deprisa. Giro la cabeza y observo cómo una niña diminuta se abraza a las piernas de Grayson.

—¡Papi!

¿Papi?

—Hola, ratoncita —saluda él y su voz cambia por completo.

Su tono sigue siendo áspero y grave, pero se impregna de calidez y ternura.

Observo con atención cómo se agacha, hasta quedar de cuclillas, frente a la niña.

Los músculos de su torso se tensan. Su espalda se arquea para colocarse a la altura de su hija y gira ligeramente el cuerpo. Descubro sus anchos y definidos hombros altamente bronceados, esculpidos a base de horas de trabajo. Paseo la vista por el cabello rubio oscuro y aparto mi mirada cuando mis ojos se dirigen por cuenta propia a inspeccionar lo bien que le sientan los vaqueros a su prieto trasero.

Dios, es el marido de mi madre. Sacudo la cabeza y la giro para sonreírle a Rhett y rogar al cielo que nadie se percate de mi ensimismamiento.

—Soy Zoey.

Una pequeña manita tira de mi camiseta. Me separo un poco de Rhett e imito la postura que su padre tenía hace escasos segundos.

—Zoey es un nombre precioso —admito al quedar a su altura.

—Ya lo sé. Me lo puso mi mamá.

Levanto la vista y descubro a Grayson con el ceño fruncido. Muy atento a las palabras que pronunciaré a continuación. Como si de

algún modo me estuviera poniendo a prueba. Como si mi futuro dependiera de lo que vaya a salir por mi boca.

No me dejo impresionar, pero, por alguna extraña razón que no logro entender, me agrada. Me gusta que sea protector con su hija. Yo jamás me sentí protegida por los míos. No quiero decir que no me cuidaran ni mucho menos. Pero nunca existió esa ferocidad que atisbo en los ojos de Grayson, en los de ellos. El león dispuesto a aniquilar a cualquiera que se atreva ni siquiera a aplacar un poco el brillo en uno de los suyos.

—Pues tu mamá tenía un gusto excelente. —No puedo evitar preguntarme dónde estará su madre. ¿Por qué Grayson se ha casado con la mía? —Yo soy Cassidy.

Voy a tenderle la mano de forma amistosa, cuando la pequeña estira sus pequeños brazos y me rodea el cuello.

Sin pensarlo, me fundo con ella en un abrazo pegajoso que dura unos segundos. A saber qué estaba comiendo para tener las manitas tan pringosas.

—El tuyo tampoco está tan mal.

Rhett ríe por lo bajo. Con la vista clavada en Grayson y aun abrazando a su hija, respondo.

—Vaya, muchas gracias.

—De nada —argumenta feliz, rompiendo todo contacto entre las dos.

CAPÍTULO: 2

Grayson

Cuando mi hija se separa de mí y se posiciona ante la hija de la mujer con la que acabo de casarme, un escalofrío me recorre la nuca, y tengo que obligarme a anclar los pies en el sitio para no apartarla de ella de un empujón.

Me mantengo expectante y, por qué no decirlo, completamente alerta. Ante la más mínima salida de tono, por su parte, se acabó. Rompo con todo. Esto fue un error. Uno garrafal. No sé en qué mierda estaba pensando cuando accedí a hacer algo así. No va a salir bien. No hay manera de que esto…

—Soy Zoey.

—Zoey es un nombre precioso.

—Ya lo sé. Me lo puso mi mamá.

Dispuesto a saltar sobre quien haga falta, escucho la voz de mi hija y mantengo la calma, o al menos lo intento, mientras espero a descubrir la reacción de la intrusa.

—Pues tu mamá tenía un gusto excelente.

En ese momento creo que suelto de golpe todo el aire que contiene la estancia, el que yo solito había inhalado y retenía en mis pulmones.

—Yo soy Cassidy —prosigue la rubia que fija la vista en la mía, a pesar de estar abrazando a mi hija.

Mi padre me observa de reojo, pero mantiene el pico cerrado. Lo agradezco, lo último que necesito es que suelte alguna de las suyas.

—El tuyo tampoco está tan mal.

—Vaya, muchas gracias.

—De nada.

No puedo evitar sonreír al escuchar a mi pequeña y su dulce y armónica voz. Ese escaso metro de rizos castaños e inmensos ojos verdes me tiene completamente atrapado. No me cuesta admitirlo. Adoro a mi hija. A mis hijos, en realidad. Ambos son el jodido aire que respiro día tras día. Lo único en lo que necesito pensar cuando me suena el despertador todas las mañanas es en mis hijos. Aunque admito que por Logan no puedo poner la mano en el fuego. El chaval se las trae. Es un buen tipo, pero no le toques las pelotas. Es un tío de mecha corta. Puede que tenga a quien parecerse.

El repiqueteo de unos tacones llama mi atención. Dejo a mi padre con las crías. Subo de dos en dos los escalones al piso superior y descubro a Skylar en el pasillo.

De inmediato, la invasión de mi casa me sienta como un puto tiro. Rápidamente, recuerdo que esta casa también es suya. Se supone…

Carraspeo un par de veces, y cuando su hijo gira la cabeza en mi dirección, me siento expuesto. Un extraño en mi propiedad. Tócate los cojones.

Recupero la camiseta del bolsillo trasero de mis vaqueros.

Adelanto a Skylar con cuidado de no tocarla cuando paso a su lado y avanzo por el pasillo. Abro la puerta de madera de la habitación, haciendo hueco para que ella pueda entrar.

—Esta es tu habitación —anuncio.

Ella asoma la cabeza y la inspecciona con detenimiento, pero su semblante no es capaz de esconder la decepción.

La ignoro y voy tocando puertas por el pasillo, explicándoles que habitación es cada una.

—Esta es la habitación de Logan, y la tuya —digo, mirando a Tristán.

Les va a tocar convivir en la misma habitación. No queda otra. Mi casa es grande, pero no lo suficiente para que cada uno tenga la suya propia. El instalar a Cassidy y Zoey en el mismo espacio, dada la edad que las separa, me parecía peor opción. Y plantearme compartir habitación con Skylar, ni lo voy a contemplar.

Puede que estemos casados, pero los dos tenemos muy claro cuál es el lugar del otro. Acostarnos en la misma cama nunca estuvo en el acuerdo.

Jamás he traído a una mujer a casa, y mucho menos la he metido en mi cama. No con mi hija de cinco años bajo el mismo techo.

Ni bajo el mismo, ni bajo ninguno. Desde que Keira murió, no he estado con otra mujer. No lo necesito ni entra en mis planes. Me basto yo solo. No tengo esa necesidad.

Cuando me reuní con Skylar y nuestros padres —ya que fue idea suya—, estuvimos los dos de acuerdo. El trato fue claro y sencillo.

Ella me ayudará con las labores de casa y estará ahí para cuidar de Zoey. Mientras yo les proveeré a ella y a los suyos de todo lo que necesiten.

El acuerdo es simple.

—¿Cómo? ¿Voy a tener que compartir habitación? No, me niego.

Ignoro a Tristán y sigo explicando.

—Esta es la habitación de Cassidy —abro la puerta hasta golpear suavemente el tope. —Esta es la de Zoey —golpeo la puerta un par de veces con los nudillos. Me resisto a que curioseen la habitación de mi hija, lo cual es una chorrada, ya que van a vivir aquí. —Y, por último, la mía —tampoco abro la puerta. —Allí —explico —está el cuarto de baño de esta planta. Abajo tenéis otro.

Mi habitación cuenta con baño privado, pero eso lo omito: otra tontería más que no tardarán en descubrir. Comprendo que mi actitud es infantil y no tiene ningún sentido. Me comporto así porque estoy reacio a exponer una privacidad que claramente ya no existe.

—No voy a dormir con tu hijo —protesta Tristán, molesto.

—Siempre puedes hacerlo en el establo —doy la conversación por finalizada. —En la planta de abajo está la cocina, el salón, otro servicio, como ya he comentado, y un pequeño cuarto que utilizamos como zona de juego para Zoey.

Aunque mi hija esparce sus cosas por cualquier zona de la casa, sin importarle lo más mínimo el tener un espacio para sí misma.

Incluso podría instalar allí a Tristán. La habitación no es muy grande, pero cuenta con espacio de sobra para convertirla en un dormitorio. Lo cierto es que no tendría inconveniente y tal vez el chico estaría más a gusto. Pero no lo haré. Admito que sobreprotejo a Zoey. Ya ha perdido a su madre. Bajo ningún concepto le arrebataré nada más.

El rugido de una moto llega a mis oídos y, poco después, el portazo de la puerta principal.

Oigo murmullos provenientes del piso inferior. No atino a comprender lo que dicen. Poco después, oigo pasos apresurados en la escalera de madera y, finalmente, mi hijo Logan hace su aparición estelar.

Pasa de largo sin saludar, con la clara intención de recluirse en su habitación. Llego a tiempo; antes de que me estampe la puerta en las narices, sin ni siquiera girarse a mirar hacia atrás, apoyo la palma en la madera.

—Logan —llamo su atención.

Mi hijo gira la cabeza, y su cabello, tan parecido al mío, le cubre la frente. Entonces fija la vista en los dos extraños a mi espalda y resopla. Comprendo que, tan inmerso en lo suyo, ni siquiera se percató de que había gente detrás de mí.

—Ellos son Skylar y Tristán.

Saluda con un golpe de cabeza y se deshace de la camiseta. La tira de cualquier manera a una esquina de la habitación.

—Montana se escapó. ¿Sabes qué significa eso? —sonrío, sabiendo que está cabreado. Al escuchar que nombra a Montana, una de nuestras yeguas, imagino el motivo. —Que el cabrón de

Apache se las ingenió para seguirle los pasos. Me costó más de tres horas traerlos de vuelta. Y eso sin contar con el tiempo que he perdido buscándolos.

—Me lo puedo imaginar.

—No, no puedes, papá. Esa puta yegua es un jodido incordio —espeta.

—¡Eh! Controla la puta boca —le reprocho en voz baja. Puede que yo no hable mucho mejor. No lo hago. Pero al menos susurré, mientras él gritó sin miramientos. —Tu hermana está abajo.

Asiente al tiempo que recupera su gorra de los Dallas Mavericks y se la pone con la visera hacia atrás.

—¿Están los dos en el establo? —Quiero asegurarme. Apache es un buen semental. No puedo perderlo por una tontería como esta.

Mi hijo confirma que así es con la cabeza y busca una camiseta limpia en el armario.

—Tu lado es el otro —señala a Tristán. —No toques mis cosas —advierte.

Cabeceo un par de veces. Sé que debo hablar con él y pedirle un poco más de… ¿Tacto? Pero no me hará ni caso. Antes de que nadie pueda reaccionar, Logan pasa por delante con una toalla colgada al hombro y se mete en mi habitación.

Skylar frunce los ojos y me observa. Me hago el loco y bajo al piso inferior.

Con la idea de que la primera semana sería de adaptación, los días fueron pasando. Tengo que admitir que las perspectivas no son buenas.

Decir que Logan y Tristán se llevan mal es quedarse corto. Aprovechan cualquier excusa para tirarse *directas* el uno al otro. En cualquier momento todo saltará por los aires. Tampoco puedo pedirle más a mi hijo. ¿Se enciende a la mínima? Sí. También es cierto que está teniendo mucha paciencia con Tristán. Reconozco

que, si la situación fuera otra, ya le habría asestado una hostia al hijo de Skylar hace tiempo. Y nadie podría culparlo. La realidad es que ese chaval es insufrible.

Quiero pensar que Skylar lleva las cosas con calma, debido a la adaptación. Lo cierto es que lo dudo.

Su prepotencia y esnobismo me sacan de mis casillas.

En cuanto a Cassidy… No puedo decir nada de esa chavala. La he visto poco o nada. Siempre recluida en su habitación. Aunque es cierto que mi padre, quien se prestó a no modificar su rutina habitual estos días para facilitar el inicio de la convivencia, sigue viniendo a ocuparse de todo. Parece que pasa tiempo con ella. Por lo que me cuenta, es la única que se muestra participativa.

Eso no me tranquiliza en absoluto. Es una cría de diecinueve años que en cualquier momento puede descontrolarse.

Mañana dan comienzo las vacaciones de Zoey en la escuela y coincide con el primer día que tendrán que apañárselas ellos solos.

Aunque mi viejo no esté por aquí, sé que se pasará a lo largo del día para asegurarse de que todo va bien. Logan y yo tenemos mogollón de curro acumulado, pero intentaré escaparme antes.

—Te dejé el desayuno preparado —digo, señalando la bandeja en la encimera. —Controla que lo tome. Se lía a jugar y se olvida. Tiene que ducharse antes de que oscurezca, y por mucho que ella lo pida, no le dejes el pelo húmedo. —No es la primera vez que nos enfrentamos a un buen resfriado por culpa de que mi padre le permite salirse con la suya. —No le gustan las judías. ¿Tienes mi número? —Sé que lo tiene. Necesito asegurarme.

—Sí —responde a la ligera, sin ni tan siquiera mirarme.

—Skylar —llamo su atención al percatarme de que no me está haciendo el más mínimo caso. Cuando la obtengo, prosigo. —Llámame si necesitáis cualquier cosa. Si Zoey te lo pide, llámame en cualquier momento.

—Estás trabajando —protesta ella.

—Eso no importa. Siempre tengo tiempo para ella. Tú llámame ¿de acuerdo? —insisto.

—Claro.

—No dejes que salga descalza al porche.

—Grayson, sé cuidar a una niña.

Eso espero. Pienso para mí mismo, no lo verbalizo. Simplemente asiento y saco las llaves de mi camioneta del primer cajón del mueble de la entrada.

—Intentaré llegar para la cena.

CAPÍTULO: 3

Cassidy

Bajo las escaleras con la intención de prepararme una buena taza de café.

—Hola, Cassidy —saluda con voz fingidamente entusiasta Zoey. No engaña a nadie. Puede que no lleve mucho tiempo en esta casa, pero el destello de tristeza es evidente.

—Buenos días —contrarresto, al ver a mi madre de espaldas con el teléfono móvil colgado a la oreja y mirando por la ventana.

No obtengo respuesta por su parte.

Me aproximo al salón. Zoey permanece sentada en la alfombra con los pies cruzados. La imito y tomo asiento a su lado.

Mira hacia una pantalla completamente en negro.

—¿No ves los dibujos?

En los pocos días que llevamos viviendo aquí, no hay una sola mañana que no me despierte y me encuentre a Zoey ensimismada con el televisor mientras su abuelo le da de desayunar.

En respuesta a mi pregunta, ella encoge los hombros. Estiro el brazo y recupero el mando del televisor. Cuando estoy a punto de encenderlo, mi madre se gira en mi dirección y protesta.

—¡No! Tiene que desayunar.

Observo durante un par de segundos el semblante decepcionado de la pequeña. Enciendo el aparato y acto seguido busco el canal que acostumbra a ver por las mañanas. En cuanto los colores llenan la pantalla, su rostro se ilumina.

—¡Cassidy!

—Yo le daré el desayuno —interrumpo a mi madre antes de que proteste. Zoey pone su atención en mí y yo le sonrío. —Solo si tú quieres —añado.

Feliz, como me he acostumbrado a verla todos los días, asiente varias veces.

Toco la taza y compruebo que su desayuno está frío. Me levanto con la bandeja en las manos. Vierto la leche con chocolate de su taza por el fregadero y le preparo un vaso nuevo. Corto las tostadas en trocitos pequeños, como he visto hacer a Rhett estos días, y regreso con Zoey.

—Verás qué rico.

La niña observa los M&M's que coloco encima de su desayuno y su sonrisa se ensancha.

—¿Te gustan los M&M's? —Asiente. —A mí también —admito, guiñándole un ojo. Me llevo el dedo índice a los labios y compruebo de reojo que mi madre no esté mirando. —Es nuestro secreto.

Por fin ríe abiertamente.

—¿Te han dejado sola con una niña?

Pongo los ojos en blanco al escuchar la voz de mi mejor amiga.

—Sydney, tiene cinco años. Además, es un amor.

—Pero es una niña. ¿Y si le pasa algo? ¿Y si tiene hambre?

—Pues abro la nevera y le preparo un sándwich. No es tan difícil.

—Vale, lo que tú digas. ¿Por qué no está tu madre ahí? Se supone que es parte de sus obligaciones. No de las tuyas.

—Ya sabes el motivo. No lleva bien tener responsabilidades.

No es mala madre. Simplemente, no le gusta serlo.

A mi hermano y a mí nos criaron las asistentas. Eso, cuando no estábamos recluidos en algún internado.

Nunca nos trataron mal, ni mucho menos. Nuestros padres tampoco se involucraron en nuestra crianza.

A mis padres les gustaba entrar y salir a su antojo. No dar explicaciones. Vivir una vida exenta de cargas. Si me paro a pensarlo en frío, creo que nunca debieron plantearse ser padres. Ellos hubieran sido mucho más felices sin nosotros, que, sin duda, somos los culpables de haberles cortado las alas, como muchas veces mi madre reconoce.

—Se fue con Tristán a Kerrville. Creo que se sienten encerrados. El pueblo no está lejos, pero alrededor del rancho no hay nada.

—¿Se sienten? Tú, ¿no?

—No. Me gusta este lugar. Tendrías que verlo, Sydney. Hay muchísimo…

—¡Tío! —escucho gritar a Zoey desde la planta baja.

Agudizo el oído y la puerta de entrada se cierra con un clic. Mientras, Zoey no deja de chillar entusiasmada.

—Has venido. Has vuelto.

—Tengo que colgar —digo, y sin más, corto la llamada.

Salgo a toda prisa de mi habitación y desciendo las escaleras.

Antes incluso de tocar con el pie el suelo de madera, observo cómo un hombre, muy rubio, muy alto y muy musculoso, abraza a Zoey y la coge en brazos.

—Ya estás aquí —dice Zoey, mientras rodea su cuello con sus pequeños bracitos y lo abraza con lo que parece ser toda la fuerza que posee.

—Ya estoy aquí, pequeñaja —susurra él contra el pelo de la niña.

Avanzo por el salón. Él gira la cabeza, pero no me mira a la cara, sino que les da un buen repaso a mis piernas.

—¿Perdona? —inquiero cuando se detiene en un punto muy concreto, haciéndome sentir incómoda.

—Eh… Mmm… Lo siento. Soy Zane.

Por fin me mira a los ojos. Con un brazo rodea el cuerpo de Zoey y la sostiene con firmeza. Me tiende la otra mano, con la palma abierta. Dudo un segundo, pero acepto su apretón.

—Me he sorprendido. Esperaba encontrarme a mi padre por aquí, pero… Tú no eres mi padre.

Inclina la cabeza. Una sonrisa de medio lado se instala en su rostro y se humedece el labio inferior.

—Ella es Cassy —informa Zoey.

—¿Cassy? —repite él.

—Bueno, es Cassidy. Pero a mí me deja llamarla Cassy. ¿Te gusta?

Tanto él como yo comprendemos que Zoey se refiere al nombre. Zane, sin embargo, vuelve a repasarme de arriba abajo. En este momento me arrepiento muchísimo de llevar unos shorts cortos en lugar de un pantalón hasta los tobillos.

Su sonrisa se ensancha y, sin disimulo, vuelve a anclar la vista en mis piernas.

—Me encanta —le susurra a la niña.

¡Será imbécil!

Cruzo los brazos a la altura del pecho. Al percatarme de que, haciendo justamente eso, mi pecho parece aumentar diez tallas y el escote parece cinco veces más pronunciado, coloco los brazos en jarras y los apoyo en mis caderas.

—Y tú, ¿quién eres?

Escuché cómo Zoey lo llamaba *tío,* y supongo que, al decir que esperaba encontrar a su padre, se refiere a Rhett.

—Zane —repite el muy capullo.

—¡Es el tío Zane! —explica Zoey con mucho entusiasmo —. Hace mucho, mucho, mucho tiempo que no viene.

—No te pases, pequeñaja. Nos vimos el mes pasado.

—Eso he dicho yo. Mucho tiempo.

No puedo evitar reír. Supongo que la visión varía dependiendo de la edad. A Zoey con cinco años, un mes, le suena a toda una vida.

—Mi tío es jinete —explica de lo más entusiasta.

Zane ríe por la nariz y, con mucha prepotencia a la par que ternura en su voz, corrige a Zoey.

—Bareback Rider. —Baja a la niña y le da un toquecito en la nariz con el dedo índice.

—¡Eso es! Es un Barrider —dice muy convencida.

No puedo evitar reír por lo bajo al escucharla. Su tío cabecea y, cuando levanta la vista, se muerde el labio inferior.

—Un Bareback Rider, ¿eh? —susurro. Zane ensancha su sonrisa con orgullo. —Pues no tengo ni idea de lo que me hablas, y lo cierto es que tampoco me importa. —Borro cualquier atisbo de prepotencia de un plumazo con mi comentario. —¿Quieres merendar? —pregunto, demostrándole toda mi atención únicamente a Zoey.

Ella asiente varias veces feliz.

Doy media vuelta, decidida a preparar un sándwich para la niña, cuando Zane interrumpe mi huida.

—Déjalo. Me la llevo. Ya merendará conmigo.

Giro el cuerpo en su dirección, alerta.

¿Qué se la lleva? Puede que sea su tío. Pero no tengo permiso para dejar salir a la niña de casa. No tengo el teléfono de su padre y, bajo ningún concepto, voy a arriesgarme a perderla de vista y que le ocurra algo. No podría perdonármelo.

—¿Te vas? —Zane asiente. —¿Con Zoey?

—Eso he dicho.

—Me temo que no.

—¿No? —pregunta totalmente apenada la niña.

¡Mierda! Ese semblante decepcionado golpea con fuerza en mi pecho.

—Cariño, ¿por qué no merendáis aquí?

—Porque quiero ir con el tío Zane al pueblo y además… Además, va a comprarme chuches. ¿Verdad? —dice esperanzada, levantando la vista. El muy cabrón asiente con la cabeza y esa estúpida sonrisa que estoy a punto de borrarle de un guantazo.

—Pero es que papi no está y no puedo dejarte salir solita, ¿entiendes? —De cuclillas a su altura, sostengo sus manos entre las mías y trato de explicarle.

—Pero no voy sola. El tío Zane viene conmigo.

—Ya.

¿Y qué le digo yo a eso?

Me revuelvo sin saber qué más decir para que cambie de opinión.

—Ven con nosotros —propone Zane.

Perpleja, pestañeo un par de veces.

—¿Quieres que vaya con vosotros?

—Parece que así te quedarás más tranquila. Yo no voy a ceder —admite sin mostrar culpabilidad alguna.

—¡Sí! —Zoey da saltitos. Contenta y entusiasmada como no lo había visto nunca.

Estoy a punto de negarme. No conozco a este tío de nada. Lo cierto es que tampoco me apetece hacerlo.

—Puede venir, ¿verdad?

—Pues claro que puede venir, pequeñaja.

¡Capullo!

—No me parece buena idea —susurro. El semblante de Zoey cambia por completo.

Su expresión pasa de esperanza a desilusión en un instante. Otra vez me siento como una mala arpía.

—¿Le podemos comprar chuches a ella también?

—Por supuesto. De hecho, no le vendrán mal. Parece necesitar una buena dosis de azúcar.

—Tú pareces necesitar una buena hos… —Contiene la risa, observándome con la cabeza ladeada y antes de meter la pata y soltar algo de lo que me arrepentiré, única y exclusivamente porque Zoey está presente, rectifico. —Una buena tarta.

—Síííí. Con chocolate y sirope de fresa.

—Me encanta la tarta… Y el sirope.

Mientras la pequeña aplaude, Zane ríe abiertamente.

El muy desgraciado me hace perder la paciencia y la compostura delante de su sobrina de cinco años y encima se jacta de ello. Es un imbécil.

—¿Entonces vienes? —insiste Zoey.

—Claro que viene. Lo está deseando —responde él solo para colmar mi paciencia, guiñándome un ojo.

—*Capullo* —articulo, mirando a Zane sin sonido alguno, antes de pisar con fuerza los escalones de madera.

Me pongo una sudadera negra por la cabeza, que cubre casi por completo mis shorts, y recojo mi melena rubia en una simple coleta alta. Calzo mis Converse negras y salgo de nuevo para reunirme con ellos.

—Estoy súper contenta. Vas a merendar con nosotros. —Se abraza a mis piernas y me apoya la cabeza en la barriga. Acaricio varias veces sus mechones castaños y no puedo evitar sonreír.

Le doy la mano y salgo por la puerta de casa con ella. Zane nos sigue los pasos de cerca.

Señala una camioneta negra. Abro la puerta trasera, me inclino para abrochar el cinturón de la sillita de Zoey y, cuando me incorporo, el pecho de Zane choca con mi espalda.

—Me encanta que tengas la boca sucia… Me pregunto si serás igual en la cama, rubia.

CAPÍTULO:4

Grayson

Doy un portazo al entrar en casa, sin medir bien la fuerza.

Dejo las llaves de la camioneta en el cajón de la entrada y me sorprende que los gritos de Zoey no me inunden los oídos.

He llegado antes. Mucho antes de lo que hago habitualmente. Es el primer día que mi padre no está por aquí y necesitaba comprobar por mí mismo que todo fuese bien.

Siempre que me presento por sorpresa en casa, mi hija sale de donde esté a toda velocidad, reclamándome.

Aquí no hay nadie. Silencio absoluto.

Apoyo los nudillos en la mesa de madera de la cocina y recupero el móvil del bolsillo de mis vaqueros.

—¿Quién es? —Es el saludo que me espera al otro lado.

¿Quién es? Ni siquiera tiene mi puto número guardado. Ignoro el comentario y voy al grano.

—¿Dónde estás?

—¿Y a ti qué te importa, Grayson? No creo que te deba explicaciones.

Admito que la bordería de Skylar me pilla por sorpresa. Tiene razón. No me importa dónde está ni lo que hace. No tenemos ese tipo de relación, en realidad, no tenemos ningún tipo de relación entre nosotros. Aun así, se ocupa de mi hija. Por lo que veo de lo más lógico llamarla si llego a casa y no la encuentro, y preocuparme por lo que haga mi pequeña.

—Me las debes desde el momento en que Zoey está contigo —respondo, tajante.

—No la tengo yo —argumenta sin más.

—¿Qué has dicho? —Me descubro tenso, sin pararme a pensar en una explicación lógica.

¿Dónde cojones está mi hija?

—Lo que has oído. No tengo a Zoey.

Su tono calmado y sosegado no hace más que aumentar mi mala hostia y preocupación.

—Se quedó con Cassidy.

En el momento en el que escucho que nadie perdió a mi pequeña, me relajo un poco. No conozco bien a su hija. No desconfío de ella ni mucho menos, pero quien debe ocuparse de Zoey es ella, no ninguno de sus hijos. Entiendo que confíe en ella, pero me gustaría que esa clase de decisiones se consultaran conmigo. ¡Joder, que soy su padre!

—Deberían estar en casa.

—Pues no es así —ladro de mala hostia.

—Espera, llamaré a Cassidy…

—¡Déjalo! —escupo sin paciencia —. Dame su número, lo haré yo.

No discute. Tampoco tarda en pasarme el teléfono y cuelga de inmediato.

Un tono y mi corazón bombea a un ritmo sin precedentes. Solo quiero saber dónde se han metido y que me confirme que Zoey está bien. Hablar con mi pequeña.

Al tercer tono, descuelgan la llamada.

—¿Sí?

—¿Cassidy?

—¿Quién eres? —pregunta con cautela.

—Grayson…

Tengo la intención de exigir una explicación, pero ella se adelanta.

—Ah, hola, Grayson. —Debe cubrir el altavoz con la palma de la mano, porque el sonido es amortiguado. —Zoey, es papi; ¿quieres hablar con él? —Mi hija suelta un sonoro, *no*. Seguido de varias carcajadas. ¿Qué cojones ocurre? Mi hija jamás se niega a hablar conmigo. Aunque, por otro lado, escucharla reír me gusta. También apacigua mis nervios. —Lo siento, Grayson, está comiéndose un trozo de tarta más grande que ella, pero si quieres, te llamo en cuanto acabe y te la paso… —Ofrece sin saber qué otra cosa hacer.

—¿Dónde estáis? —Tal vez me comporte como un capullo. No puedo evitarlo.

—Eh… Mmm, no estoy muy segura. Creo que… —Otra vez retira un poco el aparato. —Zane, es tu hermano. ¿Cómo se llama este lugar?

—Dile que estamos en el bar Jerry. Él ya lo conoce. —La voz de mi hermano resuena en la lejanía con fuerza.

—¿Zane? —¿Qué cojones hace mi hermano con ella? Es más, cuándo cojones… Da igual. —¿Mi hermano está contigo?

—Sí. Se presentó en casa por la tarde. Quería llevarse a Zoey a merendar, pero… No sabía si podía ir sola con él y como no tenía tu número… Bueno, decidí acompañarlos. —Su tono se va apagando hasta convertirse en apenas un susurro.

Debe de parecerle una locura el no haber dejado que mi hermano se lleve a su propia sobrina. A mí me parece la hostia de adorable. No estaba segura y decidió acompañarlos.

—Ahora ya lo tienes.

—¿Cómo?

—Mi número, digo.

—Ya… —Su timidez es palpable a través de la línea.

—Espero que lo utilices.

—Oh, claro. Lo siento mucho, Grayson. Yo sé que debería haber esperado y no llevarme a Zoey…

—Ey —corto lo que creo que es una disculpa. No existe motivo por el cual pedir perdón. —No te estoy echando la bronca, Cassidy.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí, vale. —No parece muy convencida.

—Voy hacia allí.

—Claro. Si quieres, puedo decirle a Zane que nos acerque a casa.

—No.

—De acuerdo.

Cuelgo la llamada sin añadir nada más. Por un instante me preocupa el haber sido demasiado cortante. Pronto me libero de ese pensamiento y recupero las llaves de mi camioneta.

Me reclino hacia atrás en el banco. Estiro las piernas y cruzo los pies a la altura de los tobillos.

—Te has casado.

—Sí —confirmo, a pesar de que no es una pregunta.

—Vaya —suspira mi hermano con la vista fija en mí, mientras la mía lo está en mi hija, que juega en los columpios del parque, frente al que nos hemos sentado. —¿Qué digo?

—Mejor mantén el pico cerrado.

Cassidy la empuja. Y mi pequeña no deja de hablar con ella y sonreír.

—Es bonita, ¿eh? —Me tiene loco, lo admito.

—Preciosa —confirma mi hermano.

Giro el cuello y lo descubro con la vista fija en Cassidy.

Le asesto una colleja.

—Contrólate, capullo. Es la hija menor de Skylar.

—¿Skylar?

—Mi mujer —suelto en un suspiro.

—¿Y?

—Y que te corto las pelotas si te acercas a un radio de tres kilómetros.

—Qué agresivo —bromea.

—Lo digo en serio, Zane. Déjala en paz.

Es un buen tipo. Compite como jinete profesional de Bareback Bronc Riding. Se preparó para ello desde crío. Su gran pasión. Y lo cierto es que se lo curra muchísimo a diario. Invierte todo su esfuerzo y tiempo en ello. En los últimos años, se ve recompensado. Todo su esfuerzo comenzó a dar sus frutos. Y aunque lo pelea como el que más, su ego y prepotencia, también han escalado altas montañas. Supongo que es lo que tiene la fama.

El vivir rodeado, noche tras noche, de mujeres que se lanzan directamente a tus pies, que pagarían lo que sea por una mirada tuya o un poco de atención, puede llegar a hacer que te sientas invencible.

A mí no me van todas esas mierdas, pero a él sí. No lo culpo. Es un chaval de veintiocho años que sudó, y sigue sudando. Nadie le regaló nada. Se trabaja todo lo que tiene. Lo merece. Pero es mejor que busque recompensas fuera de mi vista. Y, sobre todo, lejos de la hija de mi mujer. Quien, por lo que he podido observar durante el rato que hemos compartido en el local de Jerry, no tiene ni la más remota idea de quién es mi hermano y tampoco le apetece saberlo. Cassidy es amable y respetuosa. Por lo que no mandó a la mierda a mi hermano, pese a que más de un comentario estaba fuera de lugar. Le soltó algún que otro zasca. Me alegro por ello. No se deja mangonear. Algo que necesita si quiere sobrevivir en un rancho lleno de hombres.

No hablo por mí, tampoco por mi padre. Pero también está mi hermano Ethan, varios de nuestros trabajadores, que habitualmente merodean la propiedad. Eso sin contar con Zane, incluso, mi hijo y sus amigos. Nadie se le va a tirar al cuello a la chica, pero no le

vendrá mal saber defenderse y no dejarse amedrentar por un grupo de hombres, con las hormonas tan revolucionadas como las de un adolescente.

—Ni se te ocurra —advierto ante el silencio de mi hermano. —Es una cría.

—Tiene diecinueve años. —Cassidy debe de habérselo dicho, porque yo no lo he hecho.

—Lo que yo he dicho: una cría.

—Pero no me negarás que está muy buena —insiste socarrón.

—Joder, contrólate, tío. Tiene la edad de Logan. Podría ser mi hija.

—Pero no lo es —continúa. Comprendo que lo dice solo con la clara intención de incomodarme. Cumple su objetivo.

No puedo evitar mirar en dirección a Cassidy y repasarla con la mirada. En absoluto del modo en el que lo hace mi hermano. El solo hecho de pensarlo ya me repele. Me fijo en su cabello rubio. En cómo le cae sobre los hombros y en los rayos de sol que se reflejan en él. En el modo en el que empuja con dulzura la espalda de mi hija y le hace cosquillas en la cintura, mientras ella sonríe. Mis labios se curvan y, por un breve instante, pienso que, tal vez, no fuera tan mala idea haberme casado con Skylar. No por ella en sí, que no parece complacida en absoluto. Pero mi hija sí. Al menos sí parece contenta de tener a Cassidy cerca. En la última semana no hace más que hablar de ella a todas horas, de querer pasar tiempo a su lado. Lo cierto es que esta chiquilla le está haciendo bien. Zoey vive rodeada de hombres. En mi casa, no hay ni una sola mujer. Mi padre, mis hermanos, mi hijo… Yo mismo. Le vendrá bien un poco de compañía femenina.

—Parece contenta —dice Zane al percatarse de mis pensamientos, al fijarse en el modo en el que observo a mi hija.

—Creo que lo está. —Volteo el cuerpo hacia mi hermano y lo apunto con el dedo. —Por eso no quiero que la jodas, ¿me oyes? Mantente lejos de la chavala.

Levanta las dos manos en señal de rendición.

—Lo pillo. Lo que sea por la pequeñaja. —Respiro aliviado. —Aunque prometía ser un polvo de infarto.

Me levanto tras darle otra colleja y decido, por el bien de mi salud mental, ignorarlo.

—¡No! —Protesta y se cruza de brazos. —Quiero que lo haga Cassy.

—Ratoncita…

Con el ceño fruncido sale del baño envuelta en su mullido albornoz. En lugar de permanecer en mi habitación, abre la puerta del pasillo y se cuela a toda velocidad en la de Cassidy.

Se lanza a sus brazos con un puchero en los labios.

—Ey, ¿qué pasa, cariño? —Me mantengo en la puerta.

Cassidy está sentada con las piernas cruzadas, estilo indio, en el centro de la cama. Acaricia la espalda de la dramática de mi hija.

—Quiero que me seques el pelo tú.

Con ganas de recriminar lo infantil de su actitud, me detengo. Tiene cinco años, es lógico que sea infantil.

Sigo de pie, junto al marco de la puerta. No tengo ninguna intención de invadir su espacio ni perturbar su intimidad. Algo que, a mi hija, le importa un bledo, como bien acaba de demostrar.

Cassidy la observa y mantiene el silencio.

—Vamos, ratoncita. Cassidy está ocupada. —Intento convencerla.

—No lo estoy —contesta ella con prudencia. —Puedo hacerlo. —Acto seguido se muerde el labio inferior y añade —: Si tú quieres. Quiero decir… A mí no me importa hacerlo, pero solo si lo ves bien…

Hago un ademán con la mano. Una invitación en toda regla.

—¿El secador?

—En la habitación de papá.

—Ammm…

—Iré a buscarlo —intervengo.

—¿Te gusta así?

La carita de entusiasmo de mi hija al ver su propio reflejo en el espejo de mano que Cassidy le planta delante es lo mejor de mi día. Asiente con ganas ante la pregunta y rodea el cuello de Cassidy cuando esta se agacha a su altura.

—Es el mejor peinado del mundo —afirma.

No solo se tomó el tiempo de secarle el pelo y vestirla. Tras eso sentó a Zoey en la alfombra del salón y se tiró más de dos horas haciéndole pequeñas trenzas que ahora le cubren la cabeza por completo a mi hija. Tiempo en el que yo aproveché su distracción para darle de cenar.

—Hora de irse a la cama, ratoncita. Dale las gracias a Cassidy.

—Gracias, Cassy.

—De nada, cariño.

Le sonrío a la chica y me cuelgo a mi pequeña a la espalda.

—Quiero montar a caballo.

—Tú ya sabes montar a caballo —replico subiendo las escaleras que nos llevan a su habitación.

—Ya. Pero quiero hacerlo como el tío Zane.

—Me parece que no.

—¿Por qué no?

Le doy un leve toque en la nariz, como solía hacer mi padre con nosotros cuando éramos pequeños, y la dejo en el suelo para retirar las mantas de su cama.

—Porque te quiero mucho y me preocupo por ti —explico distraído.

—¿Al tío Zane no lo quieres?

—Claro que lo quiero.

—¿Te preocupas por él?

—Sí, ratoncita. Así es.

—¿Y por qué él puede montar a caballo y yo no?

¡Pillado!

Me froto la nuca con la palma de la mano, pensando en qué decirle. No se me ocurre nada.

—Puede que cuando seas mayor.

—Ah… Es por eso.

—Sí, es por eso.

—¿Mañana ya seré mayor?

—Vas a necesitar un poco más de tiempo. Me temo que mañana es demasiado pronto —razono con ella, arropándola.

—Vale. ¿Y la semana que viene? ¿Qué te parece?

Me inclino hacia delante y le doy un beso en la frente.

—Me parece que todavía no serás lo suficientemente mayor.

—Entonces, ¿cuándo?

—Cuando seas tan alta como papá.

—¡Qué rollo! Para eso queda mucho.

Sonrío y retrocedo un par de pasos.

—Buenas noches, ratoncita.

—Me gusta que Cassy esté aquí.

Se me encoge el corazón al escuchar tal revelación de su parte. Zoey es una niña muy cariñosa. Enseguida se encariña con la gente con la que comparte tiempo. Por eso me da tanto miedo que esto no salga bien. Ella se convertiría en el daño colateral. No lo merece. Le ha tocado vivir un montón de mierda. No quiero que mi hija se encariñe con alguien y vuelva a perderlo. Por otro lado, me alegro de que se sienta a gusto. Dada la situación en la que nos encontramos,

no me queda otra que confiar. Y rezar para que todo esto no salte por los aires y salpique a mi chica.

—Me alegro. Ahora, descansa. Es tarde.

—Papi… —Detiene mi huida antes de que abandone la estancia. —No apagues la luz.

De bebé dormía con todas las luces apagadas. Desde que su madre enfermó, pese a ser muy pequeña, se resistía a quedarse a oscuras. Cuando Keira murió, me costó meses que Zoey se sintiera segura y durmiese en su cuarto de nuevo.

A mí no me molestaba en absoluto hacerlo con ella. Si no fuera porque, en muchas ocasiones, llego de trabajar cuando ella ya debería estar dormida. Ahora lo lleva bien, pero no he conseguido aplacar su miedo a la oscuridad.

—No, ratoncita. No voy a apagarla.

—Te quiero.

—La chica más importante de mi vida —susurro solo para mí —. Yo a ti más. Ahora a dormir.

—Buenas noches, papi.

—Buenas noches, ratoncita.

CAPÍTULO: 5

Cassidy

De repente me despiertan los gritos de mi madre y Tristán. Sin calzarme las zapatillas, salgo apresurada de la cama y bajo los escalones de dos en dos, en una fracción de segundo.

Al plantarme en el piso inferior, me doy cuenta de que no es más que una discusión por lo que yo, ya esperaba. Estaba tardando en saltar el conflicto.

—Se supone que es mi puta casa —ataca mi hermano.

—Y lo es. Pero no vas a traer a tu ligue aquí —protesta mi madre.

—¿Mi ligue? No me toques los cojones, mamá. Llevo dos años con Jade. La conoces perfectamente. No veo el problema.

—No es el momento.

—No es el momento —ironiza él. —¿Por qué eres tan falsa? Llama a las cosas por su nombre. Te avergüenzas de dónde vivimos. Te avergüenzas del hombre con el que te has casado y no quieres que nadie de nuestro entorno se entere. Y la verdad, no me extraña. Menudo marrón nos endiñaste.

—Tristán… —Trato de mantenerle la boca cerrada en vano.

—¿Menudo marrón? Dime qué has hecho tú para solucionar el problema.

—No era problema mío —escupe mi hermano. —Se supone que eres la adulta. La que tenía que velar por nosotros y no ahogarnos como has hecho.

—¿Yo os ahogo? Me estoy sacrificando por vosotros. ¿Crees que a mí me gusta estar aquí? Aguantar esto tampoco es fácil para mí, Tristán. Y tienes veintiún años. No tengo por qué ocuparme de nada —se defiende mi madre.

No le falta razón. Mi hermano es mayorcito. Si sigue a mi madre es solo porque le resulta más cómodo. No porque ella tenga la obligación de seguir al frente. Ya no somos niños.

Comprendo que esto no es fácil para ella y que la decisión de casarse la tomó en parte por nosotros. Pero ni veo que ella se esté esforzando porque su majadería salga adelante, ni que esto sea tan malo como dicen. Desde que estamos aquí, tanto Grayson como su familia no han hecho más que ayudarnos. Lo cierto es que poco han recibido a cambio. No sé muy bien a que acuerdo llegó mi madre, aunque no me cabe la menor duda de se lo está saltando a la torera.

Viendo que ninguno de los dos está por la labor de bajar el tono, intervengo.

—Por favor, vais a despertar a Zoey, ¿podéis bajar la voz?

—¡No! —grita mi hermano —. Que se levante, va siendo hora.

—¡Tristán!

—Que vaya espabilando. No le esperan amaneceres mejores mientras estemos aquí.

—¿Mientras estemos aquí? Vivimos aquí —chilla mi madre.

—Si Jade no viene, me voy yo.

—Ni se te ocurra amenazarme —advierte con la cara sonrojada por el enfrentamiento con mi hermano.

—No te amenazo. Te informo. Estoy hasta la punta de la polla de…

—¿Cassy?

Me giro y veo a Zoey encima del último peldaño de la escalera con su pijama rosa y descalza.

Asesino con la mirada a mi familia y voy en su busca.

—Ey, cariño, te has despertado.

El puchero en su boca me hace comprender que no se siente segura. No me extraña. Hace poco tiempo que nos conoce y la despiertan un sinfín de gritos de unos completos desconocidos. Si yo tuviera cinco años, también estaría asustada.

—Gritáis muy fuerte.

—Lo siento, cariño. No queríamos despertarte.

La cojo en brazos y la llevo a la cocina, donde apoyo su pequeño cuerpecito sobre la encimera.

—¡Cómo pesas! —digo tratando de hacerla sonreír —. ¿Te apetece que desayunemos?

Mi madre y mi hermano mantienen el silencio desde que Zoey apareció. Sin seguir echando leña al fuego, cosa que agradezco, Tristán sale dando un portazo. Mi madre se acerca a la nevera y saca un cartón de leche, yo me centro en Zoey.

—Vete —dice por encima del hombro, con fastidio. —Ya lo hago yo.

Me paro unos segundos a observarla. No hace falta fijarse mucho para saber que está cabreada. El modo en el que golpea la puerta del microondas para cerrarlo. Sus pies retumban con fuerza contra el suelo a cada paso. Su ceño está fruncido evitando mirarnos a toda costa.

—Que te vayas, Cassy.

—No, no. No te marches —suplica, Zoey.

—No voy a irme, cariño.

—Claro que va a irse —sostiene mi madre.

Agarra a Zoey por el brazo, con la intención de apartarla a mí. Intenta quedarse al frente de una situación que la supera de lejos, bajo el estado de nervios que la invade por la discusión que mantenía con mi hermano.

La niña abre mucho los ojos: antes de que llegue a zarandearla, me interpongo entre ellas.

—No. —Tajante. Directa. Un claro toque de atención que necesita al ver que esto le queda demasiado grande. —Sube arriba y date un baño. ¡Relájate! Lo necesitas.

El semblante de mi madre cambia. Como si acabase de darse cuenta de lo que ha estado a punto de hacer y cabecea un par de veces.

—Yo me quedo con Zoey. Vuelve arriba, mamá.

Asiente sin decir una sola palabra y desaparece de la cocina.

—Está muy enfadada.

—Nerviosa —corrijo a la niña. O, mejor dicho, intento disimular cómo puedo lo evidente. —¿Te apetece desayunar conmigo? —Afirma con la cabecita sin mucho entusiasmo.

Le levanto la camiseta de su pijama y reparto varios besos rápidos en su barriguita, haciéndola reír.

—Es que tengo mucha hambre.

—No puedes comerme a mí. —Se revuelve entre risas y sigo mordisqueando su barriguita.

—Ya verás como sí.

Zoey no tarda en olvidar el percance y continúa siendo la niña risueña de siempre.

No he vuelto a saber nada de mi hermano desde esta mañana. Mi madre se ha recluido en su habitación y ni siquiera bajó a comer. Llevo todo el día sola con Zoey. Hemos desayunado. Hemos jugado con las muñecas. Limpiamos nuestras habitaciones juntas. Incluso me ayudó a hacer la comida. Le puse una película de dibujos hace un rato y ahora está tumbada en el sofá, con la vista clavada en la pantalla.

Me escaqueo a la planta superior y cuando voy a golpear la puerta de mi madre con los nudillos, se abre sin que llegue a

hacerlo.

Me observa bajo el umbral. Equipada con unos tacones infinitos y un traje de falda y chaqueta que le sienta como un guante.

—¿Querías algo?

—Llevas todo el día encerrada en tu habitación, mamá. Solo quería saber si estabas bien. Ya veo que sí. —Se cuelga el bolso a un hombro y da un paso que la acerca a mí. —¿Vas a salir?

—Necesito un respiro, Cassidy. No aguanto más en esta casa.

Abro la boca y acto seguido carraspeo un par de veces para evitar soltar algo que convierta este problema en uno mayor. Queda claro que las cosas no van bien. Ella tampoco hace mucho por adaptarse. Ni siquiera lo intenta.

—¿Cuándo piensas volver?

—No lo sé. No me agobies.

Sin decir nada, doy media vuelta con la intención de volver con Zoey.

No es tonta. Sabe perfectamente que no me ha sentado bien. Me conoce, por lo que no se sorprende si no digo nada y opto por la salida más fácil. Prefiero apartarme y dejar que haga lo que le da la gana. Como siempre. A veces es lo mejor. Discutir con alguien que de antemano sabes que no va a razonar y ser consecuente con sus responsabilidades, es inútil.

Hace mucho tiempo que aprendí esa lección.

—No hagas eso, Cassidy.

—No estoy haciendo nada, mamá.

—Cabrearte.

—Resignarme —corrijo. Puede que no me apetezca discutir. Tampoco que me tomen por idiota.

—Algún día…

Levanto la palma de la mano. No me doy la vuelta para mirarla. Solo quiero que detenga un discurso que me sé de memoria y que

no lleva a nada.

Bajo las escaleras, en absoluto silencio, y poco después la puerta principal me informa de lo que ya sé. Mi madre acaba de largarse.

Me acurruco en el sofá con Zoey y acabamos de ver la película. Después montamos un puzle juntas y finalmente la ducho y le doy de cenar antes de acostarla.

—Cassy…

Asomo la cabeza por la puerta y le sonrío.

—¿Necesitas algo? —Sacude su cabecita negando.

Vaya, creo saber por dónde van los tiros. Es el primer día que ni su padre, ni su abuelo, están aquí para darle las buenas noches. Pasamos un buen día, pero supongo que este es un momento delicado para ella.

—¿Quieres que me quede un poquito contigo? —Asiente, escondiendo media carita bajo las mantas.

Me acerco a su cama y me tumbo a su lado por encima de la colcha.

—¿Me cantas una canción?

—Ay, no. Te aseguro que no quieres eso.

—Sí que quiero.

—Te garantizo que no. ¿Te parece si te cuento un cuento?

Se acerca un poquito más a mí, hasta que su cabecita descansa sobre mi pecho.

—Vale, pero que sea de una princesa.

—Te voy a contar la historia de la princesa del rancho. ¿La conoces?

—¡Halaaaaa!

Le hago cosquillas en la barbilla al percatarme de cuánto abre la boca. Enredo varios dedos en sus mechones de pelo ondulados y lo

acaricio. Mientras tanto, intento inventarme una historia en la que ella pueda ser la protagonista.

Poco a poco y sin darme cuenta, caigo rendida junto a ella.

CAPÍTULO: 6

Grayson

Masajeo el cuello de Apache. Esparzo el fardo de heno en el suelo y compruebo que tenga agua limpia en el bebedero.

—Estoy reventado —escucho a mi hijo mientras cierro la portezuela del box. —Paso por casa a darme una ducha y me largo.

—Tan cansado no estás si todavía tienes ganas de fiesta.

Logan me pasa la mano por encima de los hombros. Es casi de mi misma altura.

—Créeme, me duelen hasta las pelotas.

Alzo la cabeza hacia el techo y suelto una sonora carcajada.

Pero lo entiendo: curra como el que más y, no conforme con eso, entrena a diario. Ahora que mi hermano Zane ha vuelto, Logan ha cogido con más ganas la idea de seguir los pasos de su tío. No puedo decir que me guste la idea. De hecho, la detesto. Pero respeto sus deseos. Por mucho que yo me preocupe, si eso es lo que lo hace feliz, estaré ahí para apoyarlo.

El problema es que, por muy en serio que se lo tome, Logan todavía no encuentra su lugar. Y sé que lo único que lo atrae de ese mundillo es la fama, la fiesta, las chicas. Motivo incorrecto para hacer algo tan arriesgado y jugarse la vida.

De momento lo dejo hacer. Pero si compruebo que no cambia de opinión y sigue en la misma línea, no me quedará otra que darle un toque de atención.

Me jode porque es un buen chico, pero un chico que quiero ver llegar sano y salvo a casa todas las noches.

He visto demasiadas mierdas a lo largo de mi vida, como he visto a muchos amigos de mi hermano quedarse por el camino.

—Mañana tenemos que currar. No te pases la noche entera fuera y aparezcas de empalmada.

Me mira como si tuviera siete cabezas.

—Eres un carca, papá.

Le asesto una palmada en la nuca y sacudo mis pantalones antes de subirme a la camioneta.

—Espero que el gilipollas ese no esté cuando llegue a casa.

—¿Hablas de Tristán?

—¿De quién más podría hacerlo?

—Hijo…

—Lo sé. Lo sé. Lo entiendo —dice mientras arranco el motor y suelto el freno de mano. —De verdad.

—Gracias —suelto con la atención puesta en el camino y las dos manos en la parte alta del volante.

—No me las des. Zoey parece feliz.

—Sí.

—Pero sabes que es por la rubia, ¿verdad? Me apuesto el cuello a que la arpía y su hijo tampoco le caen en gracia.

—Logan…

—¿Qué? Lo sabes tan bien como yo. No te hagas el ofendido.

—Necesitan tiempo, hijo. Se están adaptando —defiendo algo en lo que yo mismo no creo.

Es cierto que todos necesitamos nuestro tiempo de adaptación. Se mudaron hace poco más de una semana. Tampoco veo intención alguna por su parte.

Tristán parece enfadado con el mundo. A él no lo tengo en cuenta. Es un crío de la edad del mío, al cual, parece ser, no le sientan bien los cambios. Pero, ¿Skylar? No habla con nosotros. Incluso parece que mi sola presencia le molesta. Tampoco intenta involucrarse en casa. Por lo que sé, Zoey pasa más tiempo con su hija que con ella. A mi padre, durante el periodo que estuvo allí, apenas le dirigía la palabra. Y, por supuesto, no mueve un dedo en la propiedad ni se interesa por conocerla.

No soy un tipo al que se le caigan los anillos por fregar platos, hacer la colada o pasar una fregona. Pero no tengo tiempo. Y sinceramente, cuando llego a mi casa después de doce horas currando en el campo, solo quiero tirarme encima de la cama y cerrar los ojos, no ponerme a preparar la cena o preocuparme porque mi hija tenga una muda limpia que ponerse al día siguiente.

Me jode, pero si las cosas siguen en la misma línea, no voy a tener más remedio que hablar con ella.

—¿Adaptando? Mis cojones. Te la están colando, papá. Pareces novato.

Incluso yo lo he pensado en más de una ocasión. No voy a admitirlo delante de Logan. Eso no traerá nada bueno.

Comprendo que la charla con Skylar no puede retrasarse por más tiempo. Mañana intentaré salir un poco más tarde de casa y así poder hablar con ella por la mañana.

Al entrar en la habitación de mi hija, como cada noche, descubro que no duerme sola. Cassidy lo hace a su lado. Lo más acertado sería decir que está debajo de Zoey, ya que está tirada de un modo imposible encima suyo. Por unos instantes incluso dudo que pueda respirar.

Me acerco con cautela y toco el antebrazo de Cassidy. La descubro congelada. Se ha quedado dormida encima de las mantas, y aunque Zoey está bien tapada con la colcha, ella no. Por un breve

instante siento el impulso de cubrirla con un edredón y dejarlas descansar. Finalmente, decido despertarla.

—Cassidy —susurro, tocándole con dos dedos el hombro. —Ey.

Parpadea y tarda unos instantes en enfocarme.

—¿Qué? Eh… No. Me he quedado dormida.

Deja a Zoey en un ladito y me quedo como un imbécil de pie. A escasos dos metros, me quedo mirando como un maldito perturbado, como ella la arropa y le da un beso en la frente antes de incorporarse del todo.

Debería largarme. Debería dejarle privacidad y volver en unos minutos a darle las buenas noches a mi hija. Tal vez incluso girarme y salir de la habitación. Lo que no tengo que hacer es quedarme mirándola y sentir una punzada en el corazón cuando veo el cariño con el que trata a mi hija. Y muchísimo menos, fijarme en el pijama a cuadros rosas y blancos que lleva, en la camiseta de tirantes blanca que se le adhiere a la perfección, en la curva de su cuello cuando aparta su melena clara a un lado.

Cierro los puños con fuerza y giro la cabeza.

—Lo siento —se disculpa. —Le pensaba contar un cuento y marcharme, pero…

—No hay problema —corto.

Al darme cuenta de mi tono tajante, carraspeo un par de veces y trato de rectificarlo. No quiero que me tome por un capullo. Y lo cierto es que cada vez que abro la boca en su presencia, es lo que parezco.

—Te has quedado dormida. No pasa nada. Puedes irte a descansar.

—Buenas noches, Grayson.

—Buenas noches, Cassy.

En cuanto suelto el diminutivo, me arrepiento. Su familia la llama así. Mi hija la llama así, pero yo no soy mi hija. No tengo ni cinco años ni confianza con esta chica.

—Cassidy —corrijo de inmediato.

—Puedes llamarme Cassy —ofrece.

A mí no se me ocurre otra cosa que soltar la primera gilipollez que se me pasa por la cabeza.

—Gracias por quedarte con ella.

Sin pensarlo, recorre el par de pasos que nos separan y apoya su mano en mi antebrazo. La calidez de su piel de inmediato traspasa la mía. Permanezco como un puto adolescente anclado en el suelo sin poder apartar mis ojos de los suyos. Acabo de percatarme de que los tiene verdes. Un verde intenso y brillante. Un verde que me vuelve loco, porque se parecen muchísimo a los de una personita de poco más de un metro, que ahora mismo duerme en una cama a nuestro lado.

—Es una niña fantástica. Soy yo la que debería agradecértelo. Buenas noches, Grayson.

—Buenas noches, Cassy. —Esta vez no rectifico.

La noche resultó ser una auténtica mierda. Supongo que arrastro tanto cansancio que incluso descansar supone un trabajo.

Programé el despertador para un par de horas más tarde de mi horario habitual. Aun así, cuando escucho pasos en el pasillo y luego en el piso inferior, llevo un buen rato despierto.

Me levanto con pocas ganas. Me doy una ducha de cinco minutos y bajo a la cocina.

Incluso antes de llegar, el olor a café recién hecho se apodera de mis fosas nasales. Skylar permanece sentada en una silla con un cigarrillo apagado entre sus dedos. Solo espero que no se le ocurra encenderlo aquí. Hemos hablado varias veces del tema. No me importa que fume. Es cosa suya y yo no soy quién para oponerme. Que lo haga dentro de casa ya es otro asunto. No voy a tolerar que Zoey crezca en un ambiente invadido por la nicotina.

Tiene un patio la hostia de grande a su entera disposición.

Recupera el mechero del bolsillo de su bata de satén y juguetea con él.

—Buenos días. —Me paso la mano por el pelo. Skylar da un saltito en su asiento. —No pretendía asustarte.

Voy derecho a la encimera. Me hago con una taza del armario y la lleno de café. Apoyo el culo en el mármol. Levanto la taza en su dirección.

—Gracias por el café.

No tarda en tirar por tierra lo que creo es el único gesto amable que ha tenido desde que llegó a esta casa.

—No me lo agradezcas, no lo hice yo.

Frunzo el ceño y miro en dirección a la cafetera. Tiene el piloto automático encendido. Justo en ese momento, aparece Cassidy por la puerta que da al cuarto de la colada con un cesto lleno de ropa limpia bajo el brazo.

—Buenos días —canturrea al darse de bruces con nosotros.

—Gracias por el café —repito, esta vez a la persona adecuada.

—No es nada. Hay pancakes en ese plato de ahí —señala con el codo una bandeja encima de la mesa, cubierta con papel de aluminio. —Y en la nevera zumo recién exprimido.

Antes de que pueda darle las gracias de nuevo y piensen que no tengo más de una palabra en mi amplio vocabulario, se adelanta.

—Voy a doblar las sábanas. Quiero acabar antes de que Zoey se despierte. Grayson… —Alzo la mirada. Abandono el punto fijo sobre el cesto de la colada y me anclo a sus ojos. —No he sido capaz de quitarle la mancha del todo, pero… toma.

Rebusca entre la ropa y me pasa la sudadera que llevaba ayer por la noche. Puede hacer un calor de mil demonios durante el día, sin embargo a primera hora de la mañana y última de la tarde, refresca. Ojiplático, sin saber qué decir, cojo la prenda que me tiende y la apoyo a mi lado.

—Eh, vale. Gracias, Cassidy. No…

—Por las mañanas hace frío. —Sonríe dejándome con la palabra en la boca y desaparece.

Observo la prenda con detenimiento. No hacía falta que se hubiera molestado. En el armario hay una decena de sudaderas de trabajo como esta. No me sorprende que no pudiera deshacerse de la mancha por completo, lo que me sorprende es que consiguiera quitarle más del 80% de la grasa que tenía. En realidad, pensaba tirarla a la basura, no sé cómo acabó en el cesto de la ropa sucia.

Esta, en concreto, me la puse ayer por la mañana. Día que escogí para cambiar el aceite de la camioneta. Podéis haceros una idea de cómo quedó.

—Tenemos que hablar. —Le doy un sorbo a mi taza y no puedo evitar colar la mano por debajo del papel aluminio y pinzar con los dedos un trocito de pancake.

Mastico y trago con fuerza antes de terminar el café.

—¿De qué?

—No creo que deba ser Cassidy la que se ocupe de todo esto.

Señalo con la mano a mi alrededor. Enjuago la taza bajo el grifo y la coloco en el lavavajillas.

—Cómo críe a mi hija no es asunto tuyo.

—Tú y yo teníamos un acuerdo.

—Lo seguimos teniendo —afirma convencida.

—¿Seguro? Parece que me he casado con tu hija en lugar de contigo.

—Te lo repito por última vez, Grayson. No te metas en lo que yo haga o deje de hacer con mis hijos. Y de paso, podrías decirle a tu hijo que tenga un poco más de consideración con Tristán.

Cierro las manos en dos puños. Apoyo los nudillos en la mesa y me inclino hacia delante.

—¿Perdona?

—Desde que llegamos, no hace más que soltar improperios por su boca. Da portazos por las noches cuando llega a las tantas. Ya no hablemos de que tiene su habitación hecha una pocilga. Tristán también duerme allí, por si no lo recuerdas.

Respiro hondo un par de veces. No voy a perder los papeles.

Mi hijo no es un santo. Tampoco como ella lo pinta. Llega a las tantas, sí. La mayoría de los días llega conmigo. De currar. Los días que ha salido con sus colegas, me lo he encontrado durmiendo en el sofá por las mañanas, precisamente para no tocarle los cojones a Tristán.

¿Su habitación está hecha una mierda? Se desloma como un desgraciado en jornadas de doce y catorce horas diarias.

No voy a permitir que llegue a casa y se ponga a pasar la aspiradora. Menos cuando ella está tocándose los huevos todo el día en casa.

Me paso la palma de la mano por la cara y me tomo un par de segundos.

—No entiendo por qué no puedes deshacerte de todos los trastos de esa habitación… —Señala el cuarto de juegos de Zoey. —Y ofrecerle a Tristán su propio espacio.

Golpeo la mesa con el puño.

—Esos trastos, como tú los llamas, son los juguetes de una niña de cinco años.

—Pues que se los lleve a su habitación.

—Zoey ha perdido demasiado, Skylar. No voy a quitarle también su espacio. —Hablamos de esto cuando se mudó. Creía que estaba claro; al parecer, no es así.

—¡Claro! Y como su madre ha muerto, lo tiene que pagar mi hijo. Muy considerado, Grayson.

Aprieto los dientes el uno contra el otro. Esta vez sí tengo que morderme la lengua con fuerza. Contengo las manos para no estrangularla.

—El padre de mis hijos también murió, ¿sabes? Y mis hijos no van por ahí fastidiando la vida de nadie…

—Es una niña de cinco años —bramo.

—Maldita snob de mier…

—¡Logan! —Engancho a mi hijo por la cintura, justo en el momento que va a abalanzarse sobre ella.

No creo que fuera a agredirla. Aun así, Logan se ciega. Si se trata de Zoey, no ve más allá.

—Papá —protesta.

—Sal de aquí —exijo apresurado.

—Pero, papá.

—He dicho que salgas de aquí. —Sus ojos encendidos se topan con los míos. Lo tranquilizo. —Yo me ocupo. Sal de aquí, hijo.

—Está loco —tartamudea Skylar agarrándose el cuello, aunque Logan no la ha llegado ni a rozar.

Consigo que mi hijo se marche y tomo la mejor decisión. Intento dialogar con Skylar antes de que esto se convierta en un problema mayor para que entre en razón y comprenda que todos tenemos que poner de nuestra parte si queremos que esto funcione.

Le prometo que hablaré con Logan y que bajará revoluciones. Como siempre digo, es buen chaval, pero jodidamente impulsivo. No lo culpo. Yo a su edad era exactamente igual. Con veinte años más encima, he aprendido un par de cosas. La violencia no lleva a nada. Descargas, te sientes invencible y crees que puedes con todo, pero al día siguiente, la vida sigue siendo la misma mierda. Afrontar los problemas y buscar una solución factible. Esa es una lección que aprenderá con los años.

Me cuesta más de lo que creo en un principio. Skylar no me lo pone fácil en absoluto. Tras mucho dialogar, consigo encontrar un punto intermedio.

Le cederé mi cuarto a Logan. Yo puedo dormir en el sofá. No tengo problema. Confío en que eso aplaque los nervios.

Skylar puede apoyarse en sus hijos, pero tiene que ser ella la que se ocupe de su parte de trabajo. No se trata de que no quiera que Cassidy se ocupe de todo, incluida mi hija. Es más bien que comprendo que es una cría de diecinueve años que necesita su espacio, y no la responsabilidad de cuidar de una casa, una niña pequeña y tres hombres.

Le he prometido seguir involucrándome en las tareas para así facilitarle un poco las cosas.

Intentaré dejar las comidas y los almuerzos preparados el día anterior y ella se encargará de las cenas y la compra. Me pondré al día con la limpieza los fines de semana, mientras ella se encarga de la colada.

Puede que parezca que me estoy cargando con más de lo que puedo. En realidad, no es más de lo que hago todos los días.

Eso sí, le he dejado claro que mi prioridad es Zoey, que necesito que ella esté bien atendida.

No me importa si hay que dejar cosas pendientes. Su bienestar es lo primero.

Parece que hemos llegado a un nuevo acuerdo. Solo espero que esta vez lo cumpla.

De lo contrario, no sabría qué mierda hacer. No puedo seguir tirando de mi padre. A quien, por cierto, le hice pensar que todo va a las mil maravillas.

No quiero mentirle. Tampoco preocuparlo. Nosotros nos las apañaremos. Él necesita desconectar y recuperar la vida que yo le he robado hace mucho tiempo.

CAPÍTULO: 7

Cassidy

Subo las escaleras de nuevo. Sigilosa como un ninja. Es el tercer día que me encuentro a Grayson en el sofá por la mañana. Aunque madruga muchísimo, yo lo hago más.

Me gusta levantarme cuando el silencio se apodera de la casa y que el piar de los pájaros me dé los buenos días. Ver cómo el sol se asoma y los primeros rayos se cuelan por la ventana de la cocina mientras preparo el desayuno.

Esa es otra. También hace tres días que cada vez que intento ir a la cocina a prepararlo, ya está listo. Eso sí, frío. Lo que indica que lleva horas preparado.

Tras ordenar mi habitación, voy a comprobar si Grayson dejó algo de ropa sucia en su cuarto de baño.

Me sorprende abrir la puerta y que la cama esté sin hacer. Desde que vivo en esta casa, no recuerdo ni un solo día en el que su habitación no estuviera impoluta.

Le resto importancia y sacudo las sábanas.

Me dispongo a tirar de la colcha hacia arriba cuando Logan sale del cuarto de baño, completamente en pelotas.

—Ay, Dios… —Me cubro la cara con las manos. —Lo siento. Lo siento un montón, Logan. No sabía… Yo no… ¡Joder!

—¿Nunca has visto un tío en bolas? —Bromea con socarronería.

Entre los dedos veo que mete los pies por los agujeros de un bóxer y da un par de saltitos, ajustándoselos. No tarda en hacer lo

mismo con unos vaqueros.

Me dispongo a salir de la habitación.

—Oye, no te vayas.

Anclo los pies en el suelo. No retiro mis manos de la cara. Lo que me impide la visión.

—Estoy vestido —informa. Descubro mis ojos. —No hacía falta que te taparas.

—Ya…

—No soy tan feo.

—No he dicho que lo seas. —Continúo con mi trabajo. Es inútil fingir que no es un chico guapísimo.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Has visto un tío en bolas?

—Era una pregunta absurda. —Logan ríe por la nariz.

Comprendo que solo bromea. Lo cierto es que me parece un buen tío. No tenemos mucha confianza. Y apenas he cruzado con él algunas palabras en este tiempo. Siempre está currando o con sus colegas. Pero es amable y transmite buen rollo.

Hecho un vistazo al cesto del baño. Es extraño que la ropa de trabajo de ayer de Grayson no esté aquí.

—¿Y la ropa de tu padre?

—Supongo que la habrá dejado abajo.

—¿Y eso?

—Porque duerme abajo —responde sin más. Busca una camiseta en el montón que tiene apoyado encima de la cómoda.

—Me di cuenta. ¿Por qué?

—Porque ahora va a dormir abajo —dice sin más.

Aunque tararea tranquilamente sus respuestas, algo no me encaja. Es como si se estuviera mordiendo la lengua.

—¿Quién hizo el desayuno?

—Imagino que mi padre.

—¿Tu padre?

—Cassidy, si quieres preguntarme algo, hazlo directamente.

—Tu padre lleva tres días durmiendo en el sofá.

—He dicho preguntar, Cassy. No me cuentes algo que ya sé.

—Dime qué está pasando.

—Pregúntaselo a tu madre.

Introduce su teléfono móvil en el bolsillo trasero del pantalón y sale de la habitación.

Cuando bajo a la cocina, Grayson ya no está en el sofá. Las mantas están recogidas. Ni rastro de la almohada.

Enciendo la cafetera para calentar el café y meto las tortitas al microondas. Les echo un poco de sirope de arce para disimular lo resecas que están, porque son del día anterior y exprimo zumo de naranja.

—Buenos días —saluda al entrar, y directamente abre la puerta del armario encima del fregadero. —¿Café?

—¿Zumo? —pregunto, enseñándole el exprimidor hasta los topes de líquido naranja.

—Gracias —asiente con una sonrisa en los labios.

No pensaba pararme a desayunar, pero viendo que él y Logan van a hacerlo, acepto su oferta.

Abre el cajón para buscar cubiertos y atrapo su antebrazo con mi mano.

El vello me cosquillea en los dedos. Es una sensación reconfortante. Su piel es cálida y dura. Áspera de un modo embriagador.

—Ya lo hago yo.

—No me importa…

—Siéntate —pido con amabilidad.

Este hombre curra unas catorce horas diarias, duerme en un sofá todas las noches y aún tiene tiempo para involucrarse en tareas domésticas. Se ocupa de su hija de cinco años y está pendiente de que todos estemos bien y no nos falte de nada. Lo mínimo que puedo hacer es servirle un puto vaso de zumo y unas tortitas para desayunar.

Dispongo los platos en la mesa cuando Logan entra a toda prisa con las llaves en la mano, enrolla una tortita y le da un buen bocado.

—Mmm…

—¿Te vas? —pregunta Grayson cuando su hijo se dispone a alcanzar la puerta principal.

—Estoy hasta arriba. Nos vemos luego.

El clic de la puerta es lo último que se escucha.

—Retiraré un cubierto.

Es Grayson quien niega con la cabeza y señala la silla con el dedo.

—Te toca sentarte a ti. ¿Qué tal lo llevas?

—Bien —respondo apresurada, sin pararme a pensar.

Lo cierto es que apenas tenemos conversaciones. Son contados los momentos que coincidimos.

—¿Sabes conducir? —Asiento y mastico un trocito de mi desayuno. Grayson levanta un poco el culo de la silla. Rebusca en su bolsillo, recupera un manojo de llaves, retira una del llavero y me la tiende. —Es de la camioneta roja. —La que lleva aparcada en el mismo lugar desde el día que vinimos. —Ayer Logan y yo le hicimos una puesta a punto. Quédatela.

—¿Puedo ir al pueblo con ella? —No comprendo por qué me sale en tono de pregunta, cuando simplemente era un pensamiento interno. —¿Puedo llevar a Zoey conmigo?

—Tal vez deberías intentar hacer amigos de tu edad por la zona.

—Me gusta estar con Zoey.

—Puedes llevarla donde quieras. Solo llámame para mantenerme informado.

—Claro, te mandaré un mensaje.

Según los rayos del sol ganan algo de intensidad, me fijo en los reflejos dorados de su pelo y en las leves arrugas que se forman alrededor de sus ojos, el único indicio de que tiene más edad, de la que aparenta.

No puedo negar que es un hombre guapísimo. Y por un breve instante, me pregunto por qué mi madre no siente la necesidad de pasar más tiempo con él. Una necesidad que, en este instante, despierta en mí.

—¿Qué haces despierta, ratoncita?

La llegada de Zoey explota mi burbuja y dejo de contemplarlo embobada. Lo agradezco.

La pequeña rodea el cuello de su padre y le da un beso en la mejilla. En lugar de quedarse allí, rodea la mesa y extiende los brazos.

La siento en mi regazo, le susurro los buenos días al oído y, mientras le acaricio el cabello, ella empieza a comerse mi desayuno entre bostezos.

Grayson sirve un par de tortitas más en otro plato y lo desliza hasta dejarlo junto al que me acaba de robar su hija.

—¿Está rico? —pregunto a Zoey que asiente con la boca llena.

—No quiero que vayas a trabajar —le dice a su padre con un puchero de lo más lastimero en la boca.

De inmediato, el semblante de Grayson cambia. Pasa de relajado a visiblemente incómodo ante la petición de su hija.

—Lo sé, ratoncita.

—Entonces, ¿te quedas? —Deja a la vista sus dientes y algunos huecos entre los mismos.

Pruebo a echarle un capote a Grayson. Es lógico que su hija quiera quedarse con él. Entiendo que no puede pasar de sus obligaciones, pese a que, apuesto mi pescuezo, le apetece mucho más quedarse con ella que deslomarse todo el día en el rancho.

—No puede, cariño. Tiene muchas cosas que hacer. Tú y yo podemos ir al pueblo a buscar un montón de chuches. Las que harán que papi tenga que trabajar el doble para pagar las facturas de tu dentista —finalizo, haciéndole cosquillas.

—Pero yo quiero estar con papi —insiste cuando su risa se calma.

Grayson estira los brazos encima de la mesa y atrapa las manos de su hija.

Ella continúa con su semblante triste y él respira un par de veces. Parece realmente exhausto.

—No puedo faltar al trabajo. Te prometo que intentaré volver para cenar contigo.

—Yo voy contigo. Así no faltas —negocia.

—Ratoncita, no puedo atenderte todo el día…

—Me portaré bien —se queja.

—Lo sé. Siempre lo haces, pequeña. Pero, papi…

—¡Ya sé! Cassy puede venir con nosotros y me cuida mientras trabajas. ¿A qué es un plan genial?

Grayson me mira con cara de circunstancia. Realmente lo acorrala. Su conflicto mental es palpable.

—Cassy no puede pasarse el día detrás de ti, ratoncita. Ella también tiene…

—A mí no me importa. —Salto a su rescate. —Si a ti te parece bien, claro.

—¿Segura? —pregunta con desconfianza.

—Segura —confirmo anclando nuestras miradas.

—¡Síííííí! —Aplaude Zoey feliz. —Voy a buscar mis botas.

La niña salta de mi regazo antes de tener tiempo a retenerla. No solo le hacen falta unas botas. Me levanto de la silla y, al pasar junto a Grayson, atrapa mi mano con la suya. Inclino la cabeza.

—Gracias, Cassy.

—No es nada.

—Es mucho más de lo que nadie ha hecho por mi familia desde que murió Kei… —Intuyo que estaba a punto de hablarme de su difunta esposa. Frena a tiempo. Tampoco es que me incomode que lo haga. Imagino que a él sí. —Sí que lo es. Por eso te lo agradezco.

Niego con la cabeza, restándole importancia.

Comprendo que debería marcharme. Salir de esta cocina y subir las escaleras. Reunirme con Zoey y prepararme para pasar el día fuera. En su lugar, respondo de un modo muy poco apropiado.

Mis dedos acarician los de Grayson y, con las yemas, siento la aspereza de los suyos.

Es él quien, disimuladamente, carraspea y retira su mano.

—Voy a vestir a Zoey.

Apoyo la palma de la mano en su hombro y lo detengo.

—Ya lo hago yo. Estaremos listas en un momento.

Tras plantar el pie en el segundo peldaño, escucho su voz profunda y grave.

—Tómate tu tiempo. Iré recogiendo la cocina.

—¡Vaya! —murmuro completamente eclipsada.

—Las vistas desde aquí son increíbles.

—Sí que lo son —admito.

Saco un pañuelo de papel de la mochilita que preparé para pasar el día fuera con Zoey. Sujeto a la niña por la nuca y le limpio los morros, pegajosos de caramelo. Lleva media hora dándole vueltas a una piruleta.

Ethan, el hermano de Grayson, nos ha llevado a dar un paseo por toda la propiedad. El rancho es enorme. Desde lo alto de la colina en la que estamos ahora, se puede ver a lo lejos una cascada enorme.

—En invierno el agua cae con fuerza. El río va lleno. Es el mejor momento para hacer rafting. ¿Mi hermano no te enseñó ya todo esto? —Niego con la cabeza.

—Está ocupado. ¿Vives por aquí?

—Empezaremos por el principio —explica con calma y la vista fija en la nada. —El rancho abarca tres mil acres. Cuenta con cuatro viviendas. La principal es la de mi padre.

—Fui un par de veces durante la primera semana.

—Luego está la casa de Zane. Aunque no la utiliza. Curra fuera. —Lo sé. Zane es el Bareback Rider. Por lo que me contó Logan, pasa la mayor parte del tiempo en rodeos de ámbito nacional. Así que se deja ver poco por aquí. —Y cuando viene… Bueno, es más fácil que papá te cocine. Así que sigue instalado en la casa grande. No le digas que te lo he dicho. Heriré su ego.

Río abiertamente y sigo escuchándolo.

—Mi casa —señala un montón de árboles a lo lejos. Desde aquí es imposible distinguirla. —Y detrás de aquella colina, la tuya. Aunque, a mí también me gusta que mi padre me haga la cena, por lo que, paso más tiempo en la suya que en la mía propia.

—¿No tienes hijos?

—Sobrinos. Estoy servido.

—¿No hay una señora Ashford? —Bromeo al comprobar que es muy fácil entablar una conversación con Ethan.

Así como Grayson parece reservado y prudente. Zane sobrado y prepotente. Ethan es el más amigable de los tres. O, por lo menos, es la impresión que yo tengo.

—Tu madre.

—Ya. —Mantengo el silencio y él me fija directamente, olvidándose de la maravilla que nos rodea.

—De momento es la única.

—Pues os acompaño en el sentimiento.

Rompe a reír.

—¿Qué hay de ti? —Me encojo de hombros y apoyo la palma de la mano en el césped. Zoey juega por las inmediaciones. —¿Lo llevas bien?

—No hay mucho que contar. Me sorprendí cuando mi madre se sacó un marido de debajo de la manga, pero me gusta este sitio.

—Me alegro. ¿Tienes algo en mente?

—Supongo que me tocará buscar universidad. No quiero dejar que pasen las vacaciones y luego verme apurada. Lo cierto es que me cuesta arrancar.

—Los comienzos nunca son fáciles.

—En realidad, sí. —Dirige su atención a mí. Me explico lo mejor que puedo. —Es cierto que todavía tengo que hacerme al sitio, pero me encuentro a gusto. Ese es el motivo de mi vagancia.

Ethan asiente varias veces solo para sí mismo. Como si estuviera pensando en algo que solo él comprende.

—Lo entiendo. Cuando tenía más o menos tu edad, me acomodé en el rancho. A día de hoy, lo sigo haciendo.

—¿No fuiste a la universidad?

—¿Para qué? No aprendería nada que me interesase más que esto. —Extiende la palma de la mano y la pasea por el frente.

—Te entiendo.

—Puede que tú también hayas encontrado tu sitio.

Pierdo la vista al frente. *Mi sitio*. Tal vez Ethan tenga razón. De momento es pronto para saberlo.

—Aunque… no te veo limpiando cuadras el resto de tus días —bromea.

—Sobre todo si tienes en cuenta que me dan miedo los caballos.

—Un punto importante a tener en cuenta, si pretendes trabajar en un rancho de caballos.

El día pasa volando. Por la mañana estuvimos por las inmediaciones del rancho con Ethan. Después bajamos la colina de nuevo para comer con Grayson, Logan y el resto del equipo que trabaja con ellos. También he vuelto a ver a Zane. Como siempre, haciéndose el gallito y pavoneándose. En el fondo parece ser un buen tío. Aunque va sobradísimo.

Cuando comenzó a lo que él llama entrenar. Más bien, un modo absurdo en el que se juega la vida a lomos de un caballo desbocado. La situación me superó y tuve que marcharme. Jugué con Zoey al escondite y a las cartas. Tuvimos tiempo para pasear y dibujar. Ella ha podido disfrutar de varios ratitos durante el día con su padre y yo de conocer parte del rancho. Este lugar es una auténtica pasada.

Estoy apoyada en la valla del round pen, donde ya no queda ningún caballo, mirando cómo el sol se esconde tras las colinas, cuando presiento a Grayson a mi espalda.

No preguntéis cómo sé que es él. Es sencillo: somos los únicos que quedamos aquí. Los demás, hace rato que se han marchado a casa, incluido Logan.

En realidad, creo que incluso entre una multitud podría distinguirlo.

Huele a tierra húmeda y madera recién talada, una mezcla extraña, pero embriagadora, que, en cierta medida, me hace sentir en casa. Arropada. Segura. Grayson Ashford, huele a hogar, y eso me atrae y asusta al mismo tiempo.

—Acaba de quedarse dormida.

Imita mi postura y también se queda mirando al frente.

Inspecciono su perfil: sus ojos cansados pero llenos de vida, su piel bronceada a causa de largas jornadas laborales al sol, y su barba de tres días, por la que ardo en deseos de pasar mi mano. Bajo un poco más y quedo embelesada con el modo en el que sus

bíceps quedan expuestos bajo la manga corta de su camiseta de color negro.

Cabeceo mentalmente y me obligo a retirar la vista.

—Está agotada. No ha parado en todo el día.

—Ha sido un gran día para un cuerpo tan pequeñito.

Justo cuando suelto mi comentario, Grayson me recorre una sola vez con la mirada y el calor aumenta diez grados.

—Ven —pide dando la vuelta de regreso a los establos.

—No entraré ahí —admito.

—Claro que lo harás —asegura con voz ronca.

—Ethan te habló sobre mi miedo a los caballos.

No lo pregunto porque es evidente. ¿Por qué otro motivo insistiría en que entrase con él?

—No hizo falta. Te delataste tú sola. Llevas todo el día rehuyéndolos.

—Entonces sabes bien que no pienso poner un pie en ese lugar.

Grayson me observa con detenimiento.

—¿Por qué? ¿Qué te lo impide?

—Cuando era pequeña, me mordió un caballo —admito sin moverme de mi sitio. —Bueno, en realidad no me mordió a mí, sino mi vestido. —Grayson frunce el ceño, pero me escucha con atención. Pronto llega mi explicación. —Estábamos en una especie de granja educativa. Fuimos con el colegio. Debía tener unos, seis o siete años. Llevaba un vestido con un estampado de pequeñas margaritas. Me acerqué al recinto y el caballo, atrapó la tela de mi falda con los dientes. No había manera de hacer que lo soltara. Apretaba con fuerza. Con las orejas hacia atrás no dejaba de hacer movimientos bruscos. Me asusté muchísimo —admito —sé que es una chorrada, y que ya no tengo siete años, pero desde ese momento, me dan miedo.

—No es una chorrada. —Alzo la cabeza y la intensidad de su tono me traspasa. Sus ojos color whisky, fijos en los míos, calientan mi piel.

—Mi madre dijo que tenía que abandonar el drama. Que no me mordió a mí. Simplemente, le llamaron la atención las flores. Que la culpa era mía por ponerme un vestido con ese estampado. Aun así… No sé.

—Sí que te mordió a ti. Créeme, si hay algo de lo que entiendo, es de caballos. Te aseguro que no distinguen los dibujos de una tela. No te dejes engañar. Te mordió. Y da gracias a que no te enganchó el brazo, en lugar del vestido.

—Eso no me tranquiliza, ¿sabes?

Grayson salva los pocos pasos que nos separan. Quedando frente a frente conmigo.

—Confía en mí —pide, estirando el brazo y tendiéndome una mano.

Titubeo un par de segundos, pero enseguida la acepto.

Se lleva la mano libre a la cabeza y agarra su sombrero. Sin soltar mi mano en ningún momento, coloca su sombrero tejano sobre mi cabeza y tira suavemente de mí.

—No sé si esto es buena idea —murmuro para mí misma. Grayson me lanza una mirada de reojo, pese a haberme escuchado no se pronuncia.

Me conduce por un pasillo ancho, donde hay boxes individuales a ambos lados. Comprendo que no pueden llegar a tocarme, pero el solo hecho de estar cerca de tantos caballos me incomoda. Me hace sentir vulnerable e insegura.

Grayson tira de mí hasta casi el final del pasillo.

Cierro los ojos con fuerza, prefiero no ver lo que tengo delante. Llega un punto en el que se detiene y me rodea para quedar a mi espalda.

Una de sus manos sujeta mi cadera y con la otra se desprende del sombrero y lo cuelga de un pequeño gancho que pende de la viga de madera.

Doy un único paso hacia atrás. Mi espalda choca contra su pecho. Inclino la cabeza, comprobando que no le llego más que a los pectorales. Grayson es altísimo. Y joder, está muy duro.

Aunque ahora mismo me importa un pimiento lo duro que tenga los músculos. Solo quiero desaparecer. Colocarme una capa de invisibilidad para no llamar la atención de estas bestias, y largarme de aquí.

—Grayson…

—Shhh… Solo confía en mí. Abre los ojos, Cassy —susurra a mi oído.

—No puedo.

—No conozco esa palabra —dice sin remordimiento alguno.

Suena calmado y pausado. Como si estuviera en total armonía con lo que lo rodea. Tiene sentido. A él no le da miedo estar aquí.

—¿Nunca le has tenido miedo a nada? —Tartamudeo a la defensiva.

—A muchísimas cosas —acepta sin pudor. —Pero los miedos están para afrontarlos, superarlos y aprender de ellos. No para que nos condicionen la vida, cowgirl.

—No me condiciona la vida. Solo quiero… Quiero salir de aquí.

—Lo sé. Y lo harás.

—¿Cuándo?

—Pronto. Lo prometo. Ahora confía en mí.

Siento cómo sus pies adelantan varios pasos, lo que me obliga a hacerlo a mí también.

—Lo estoy haciendo.

—Bien. Entonces, abre los ojos. —Su petición va seguida de un movimiento en el que levanta un brazo junto a uno de los míos. Con

la otra mano, sigue acariciando mi cadera despacio. Un movimiento que solo hace para intentar relajarme.

Juro que, en cualquier otro momento, conseguiría el efecto deseado. Las caricias de Grayson son reconfortantes, siempre y cuando no se den en un establo con al menos cincuenta caballos.

—Ábrelos, Cassy —brama con un susurro ronco a mi oído.

CAPÍTULO: 8

Grayson

Las lágrimas que retiene por temor a la vergüenza de ser derramadas frente a mí desaparecen en el momento que confía y atiende a mi petición.

Un potrillo de catorce días pega su hocico contra la palma de la mano de Cassy. Ella está a punto de echarse a llorar, por un motivo muy distinto al miedo.

Al percibir su seguridad, doy un paso atrás y la suelto.

—Ay… Ay… Grayson, es un bebé…

Sonrío al ver su emoción y me mantengo en un segundo plano.

Acabo de separar al potro de su madre solo para terminar de acomodar el box para que pasen la noche. Me pareció una buena idea, que su primer contacto fuera con él.

No supone amenaza alguna, y viendo lo cariñosa que es Cassy en general con todo el mundo, supuse que le gustaría. No estaba equivocado.

Acaricia y mira al animal como si fuera un peluche.

—¿Le puedo dar un terrón de azúcar?

Ella escuchó campanas, pero no sabe bien de dónde provenían.

—No. Es muy pequeño. Pero puedes darle uno a su madre.

Su cuerpo se tensa. No esperaba otra reacción.

—¿Qué tiempo tiene? —pregunta cambiando de tema.

—Dos semanas.

—¿Y cómo se llama? —inquiere por encima del hombro, sin apartar la vista del pequeño animal y entregada a él por completo.

—Todavía no tiene nombre. ¿Quieres ponérselo tú?

—¿Yo?

Me acerco a la puerta del box de al lado. Briony no tarda en sacar la cabeza y resoplarme cerca. En busca de atención.

—¿Es su madre? —Asiento con la vista clavada en ella.

Joder, es preciosa. No es que no me diera cuenta antes, pero… Es que ahora no soy capaz de pensar en otra cosa. Sentir cómo temblaba mientras la sujetaba y que, incluso así, confiara en mí… Su piel es extremadamente suave. Su pelo…

No puedo ir por ahí. Es una cría y me tengo que obligar a verla como tal. Aunque no se comporte así. Aunque sea la que está tirando de todo, desde que me casé con su madre.

Joder, es que estoy casado con su madre.

—Sí. ¿Vienes? —Ladeo la cabeza, pero sé que no la convenceré tan fácilmente.

—¿Y si me muerde? —pregunta, sorprendiéndome.

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la conozco. —*Como me gustaría conocerte a ti*.

Antes de que cambie de opinión, flexiono dos dedos y le hago un gesto para que se aproxime.

Acaricio a Briony y le giro la cabeza en sentido contrario a Cassy.

Sin previo aviso, sujeto la muñeca de Cassy, con la mano libre, y dándole tiempo suficiente a apartarse, pero sin dejar espacio al miedo, la apoyo sobre el cuello de la yegua.

Su boquita se abre y tengo que contener la sonrisa. Lo último que quiero es que crea que me río de ella.

—No está tensa.

—¿El caballo que te mordió sí lo estaba? —asiente varias veces.

—No lo toqué, pero…

—Lo entiendo.

—¿Buck? —dice de la nada, girando el cuello en dirección al potrillo.

—Buck —confirmo. —Parece que ya te han bautizado.

Briony comienza a moverse, aunque Cassy permanece tranquila. No quiero jugármela más de lo necesario. Me gustaría tenerla por aquí a menudo, por lo que prefiero dar la experiencia por finalizada. No forzar la máquina.

Sin mediar palabra, entrelazo mis dedos con los suyos y la coloco en la posición inicial.

De frente a la puerta del establo. Con su espalda pegada a mi pecho. Camino con ella cerca, solo por el placer de sentir su cuerpo acoplado al mío y abandonamos el establo.

—Vete metiéndote en la camioneta. Voy a acomodar a Briony y nos vamos a casa.

—Grayson… —Giro la cabeza a punto de entrar de nuevo en el recinto.

—Enseguida vuelvo.

Cassidy se muerde el labio y me observa de un modo que hace que el vello de mis antebrazos se erice.

—No tardes.

—La novia de Tristán pasará unos días con nosotros.

Encuentro a Skylar sentada en el tresillo con una bata de satén azul marino y las piernas cruzadas.

Zoey despertó en cuanto arranqué la camioneta. Lo que me llevó a decidir acercarlas al pueblo y picar algo para cenar donde Jerry. Al volver a casa, Cassidy me ayudó a acostar a Zoey y enseguida se recluyó en su habitación.

Aproveché para darme una ducha rápida en el baño de la planta inferior. Con una toalla envuelta a la cintura, salgo al salón, pensando que no queda nadie despierto. Error.

Skylar me recorre de arriba a abajo. Su labio inferior se abre ligeramente.

¡Cómo si no me hubiese visto nunca!

—Pensaba que todos estabais durmiendo —me disculpo.

—¿Escuchaste lo que dije?

—Sí.

—¿Y bien?

—De acuerdo. —¿Qué quiere que le diga? Esta es su casa. Si quiere invitar a alguien, no voy a oponerme.

Me froto el pelo mojado con una toalla. Varias gotas me salpican y resbalan por mi torso.

Ante la incomodidad, decido volver al cuarto de baño en busca de un poco de privacidad, para acabar de secarme y vestirme.

Skylar se incorpora y me rodea.

En un primer instante, permanezco a la expectativa. Debo admitir que no veo venir sus intenciones. La fijo esperando saber si necesita algo más.

Ella apoya una mano en mi pecho empapado y deja que los dedos resbalen por él.

—Si quieres… —Frunzo el ceño. Aunque me estoy viendo venir la salida. —Puedes subir a dormir a mi habitación.

Ya… Con un movimiento rápido atrapo su muñeca y retiro su mano de mi cuerpo. Niego con la cabeza, dando un paso atrás para interponer espacio entre nosotros.

—Será mejor que te metas en la cama, Skylar.

—¿Sola? —No se da por vencida a la primera. Aunque su rostro repleto de decepción, me comunica que lo ha entendido a la perfección.

—Sola.

Contonea las caderas de camino a la escalera.

Con una mano en la barandilla, susurra por encima del hombro, con un tono de voz que pretende ser seductor, pero que no lo consigue en absoluto.

—Tú te lo pierdes.

Sus pasos sigilosos desaparecen escaleras arriba, mientras la ignoro.

—Creo que podré soportarlo.

No soy de piedra. Obviamente me siento tentado, pero no caeré en ese juego. A Skylar le importo una mierda. Exactamente lo mismo que ella a mí. No voy a mandar al traste la paz de mi casa, por un polvo de una noche.

Cosa que, necesito. Pero que hace mucho tiempo me resisto a tener. La última mujer con la que me acosté, fue Keira. No me arrepiento de ello. Aunque cada vez me cuesta más recordar su tacto. Su olor se desvaneció hace mucho. Ya no me acuerdo de lo que es sentir la calidez de un cuerpo femenino bajo el mío. Tengo oportunidades. Las tenía con ella en vida, y más, desde que falleció, hace dos años. No estoy interesado.

Mis hijos, mi trabajo en el rancho y mi casa consumen todo mi tiempo.

Vivo en un pueblo pequeño y tengo un hijo de veinte años. Paso de que escuche comentarios. Cualquier cosa que digas o hagas en este lugar al día siguiente será la comidilla de todos los vecinos. Ya hablan incluso sin motivo. No quiero imaginarme si lo tienen.

Aunque mi resistencia tampoco tiene mucho que ver con eso.

Keira era la mujer de mi vida, la persona con la que creí que estaría para siempre.

Enviudé con treinta y seis años. Nadie se cierra a la vida a mi edad. Yo tampoco. Supongo que solo estoy esperando a… No tengo ni puta idea de a lo que estoy esperando.

Puede que simplemente no esté preparado todavía. Han pasado dos años y, aunque considero que he superado su ausencia, no me planteo estar con nadie.

En ocasiones pienso que nunca volveré a sentir ese deseo enloquecedor por otra persona.

Tal vez el vivir aislado en Hidden Valley me esté pasando factura. Más huraño por momentos. Me importa una mierda.

No soy un puto adolescente que necesite sexo diario y la atención de una mujer para subirme el ego.

Me acostumbré a ocuparme de mí mismo. Ahora ni eso puedo permitirme. La intimidad de mi habitación se fue al traste. No pienso machacármela en busca de alivio en el sofá de mi salón, mientras mis hijos duermen en el piso superior y se sientan aquí todos los días a ver la televisión.

Cansado y, por qué no decirlo, un poco abatido, me tiro de cualquier manera en el tresillo y caigo rendido.

—Grayson…

Siento una mano sobre mi hombro y una leve sacudida.

—Grayson…

Un gruñido abandona mi garganta con la boca cerrada. Lucho por abrir los ojos cuando esa vocecilla lejana, se hace cada vez más presente.

—Grayson…

Parpadeo. Trato de enfocar mis ojos. Mi mirada se da de bruces contra unos grandes ojos verdes.

—Grayson…

Carraspeo y me incorporo un poco en el sofá. Sus dedos dejan de rozar mi piel. Se siente abandonada de inmediato y reclama con insistencia silenciosa ese toque.

—¿Pasa algo?

Cassidy niega con la cabeza, de cuclillas a mi lado.

—Creo que te has quedado dormido.

Recupero mi teléfono móvil de encima de la mesita de centro. Apagado.

—Son las seis y media. Casi —agrega con lentitud.

—¡Mierda! No me sonó la alarma —me defiendo. Algo natural, si tenemos en cuenta que me he quedado sin batería.

Anoche, con la escenita de Skylar, me quedé dándole vueltas al coco y olvidé conectarlo al cargador.

—No sabía si despertarte…

—Te lo agradezco. —Me pasa una taza de café humeante. —Y esto también —añado, levantándola antes de darle un sorbo. —Voy a ducharme.

Apurado, salto del sofá y me dirijo al baño.

No tardo más de cinco minutos en estar listo.

Pillo las llaves de la camioneta y me meto el teléfono en el bolsillo.

—Toma. —Mi cargador. —Lo necesitarás.

—Muy previsora.

Engancho el aparatito por el cable y Cassy me detiene una vez más.

—Llévate esto también. —Un papel de aluminio llama mi atención. —No es bueno empezar a trabajar sin meterte nada en el cuerpo.

—Ehhh. Vale.

Acepto. Cuando lo toco, por poco me abraso los dedos.

—Cuidado. Aún no se ha enfriado.

—¿Qué es?

—Muffins con pepitas de chocolate.

—¿Acabas de sacarlos del horno?

—Aha.

—¿A qué hora te has levantado para hacer esto?

—A las cinco —recita sin darle mayor importancia. Arqueo las cejas. —A Zoey le gusta mucho desayunarlos.

A Zoey le gusta mucho desayunarlos. ¡Joder! ¿Qué se supone que tengo que decirle a esta mujer? No solo me despierta a mí cuando me quedo dormido con treinta y ocho años para que vaya a currar. Me deja la ropa preparada en el baño y está pendiente de que no me deje la cabeza en casa. Si no, que se despierta a las cinco de la mañana para hacerle putas magdalenas de chocolate a mi hija.

Me da un puto vuelco el corazón.

Un mechón rebelde se escapa de esa especie de moño extraño que lleva en lo alto de la cabeza, pero con el que parece adorable.

Lo atrapo con los dedos y se lo meto detrás de la oreja. En ese instante pestañea y la porción de piel que roza la suya, arde.

Es jodidamente preciosa. Y joven. Demasiado joven.

Retiro la mano y me froto la barba que no he tenido tiempo de afeitar esta mañana.

—¿Logan? —Parece decepcionada en el momento que interpongo distancia. O tal vez sea yo montándome batallitas en la cabeza. —¿Sigue durmiendo?

—Oh, no. Logan se marchó al poco de que yo me levantara. Ya ha desayunado —explica, como si me preocupara porque mi hijo no coma. Ese tío es capaz de zamparse un buey él solo. —Dijo que había quedado con su tío.

Zane. Sí. Ayer me comentó algo de pasada.

—Me voy ya. —Pero no lo hago. Me quedo como un imbécil plantado delante de la puerta de casa, contemplándola. —Cassy.

—Aha.

—Ahora que tienes la camioneta… Pásate luego por el establo. —Suena más a orden que a sugerencia. —Con Zoey —añado. —O sola.

No sé. —No lo estoy arreglando. —Si te apetece, quiero decir.

Ella me sonríe como si estuviera entendiendo a la perfección mi puto conflicto mental. Uno que no comprendo ni yo. Debo regular el tono con ella y conseguir que todo lo que suelto por mi boca no suene tan tajante y seco.

—Claro. Lo haré.

—Solo si quieres. —Ahora me siento como un gilipollas y encima un gilipollas que la presiona.

—Quiero.

¡Hostia puta!

—Bien, pues… Me marcho.

Por fin soy capaz de despegar la mirada de esta chica y salir de casa. Bajo los poquitos escalones del porche.

—Nos vemos luego —se despide, con la espalda apoyada en el marco de la puerta. Ese pijama que… Joder, deja muy poco espacio a la puta imaginación.

—No salgas descalza al porche —bramo por encima del hombro al fijarme en sus pies.

—Sí, papá —canturrea divertida. ¿Qué cojones?

—¿Cómo lo llevas, hijo?

Abro la puerta del box y me cuelo dentro. Palmeo el muslo de Apache, la señal que le concede el permiso para salir de su encierro nocturno.

—Parece que hoy se te pegaron las sábanas.

Lleva el cachondeo a otro extremo. No tiene nada que ver con lo que mi padre imagina. Tampoco entra en mis planes narrarle con detalle la privacidad de mi casa. Comprendiendo por dónde van los tiros, lo rescato de su error.

—Es lo que tiene pasar las noches en un sofá. No pegas ojo hasta las tantas.

—¿Por qué mierda has dormido en el sofá? ¿No van bien las cosas con Skylar?

No voy a contarle a mi padre mi intimidad. Eso es problema mío. Pero no quiero que se confunda. Al parecer, da por hecho que mi matrimonio con esa mujer es un matrimonio real, aunque sepa mejor que nadie que no es así.

No me apetece fingir algo que no es. Cuanto antes tenga claro que el acuerdo al que llegamos es al que vamos a limitarnos, mejor. Las ideas confusas y la distorsión de la realidad no me gustan un pelo.

—Van bien.

—No es lo que parece.

—Papá, lo que tiene que ser es lo que hay. No te sorprendas. Lo sabes mejor que nadie.

Remuevo con el rastrillo el heno del box de Apache y lanzo un fardo nuevo sobre el antiguo.

—Puede que sea un acuerdo. Pero… Si las cosas van bien, podéis tener lo que os apetezca.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—No me apetece. Eso es todo. Llegamos a un acuerdo. Lo cumpliremos.

—Hijo… —Suspira pesadamente por la nariz.

—No empieces.

—Es que no entiendo el problema. Tú mismo me has confirmado que todo va bien, que os las arregláis a la perfección en casa…

—Eso no quiere decir que tenga que follámerla —corto a mi viejo. Lo conozco. Se viene arriba muy rápido.

Comprendo que no lo hace por mal. Me parece de lo más infantil por su parte. Cuando accedí a casarme con Skylar, los motivos

estaban claros por ambas partes. Este cambio de actitud no viene al caso.

Ni tengo interés en ella, ni creo que vaya a despertar.

Tal vez no sea mala persona. Al ver cómo se comporta diariamente y la relación que tiene con Cassidy, lo dudo. Pero no la encasillo. Simplemente me ciño al plan.

Mi vida es cojonuda tal y como está. No voy a meterla en mi cama… O en mi sofá, solo para dar una imagen de cara a la galería que no existe.

—No digo que…

—Sí. Claro que dices. —Asqueado salgo del box. Me sigue los pasos de cerca.

—No lo pretendía. Perdona, hijo.

—No te disculpes. Solo no te entrometas.

—Me preocupas.

—No veo el motivo.

—Desde que Keira…

—¡Basta! —gruño con fuerza. Puede que con más de la necesaria.

Empiezo a estar hasta la punta de la polla de que todo el mundo se meta en mi vida.

Mi padre. Mi hijo. Incluso mis hermanos, joder.

No le pido una mierda a nadie. No necesito ni la compasión ni la preocupación de mi familia, solo que me dejen vivir tranquilo.

Mi padre asiente con la cabeza en silencio y detiene sus pasos.

Sigo caminando. Dejo la conversación con mi viejo atrás, con la intención de seguir currando. Hasta que sus palabras detienen mi marcha.

—Solo quiero que seas feliz, hijo.

Resoplo. Coloco una mano en la hebilla de mi cinturón mientras me rasco la barba de un par de días sin afeitar con los dedos.

—Lo soy. —Tranquilizo al hombre que me trajo al mundo.

A fin de cuentas, reconozco que solo está preocupado. Siempre pendiente de mis hermanos y de mí. Imposible culparlo.

Mi viejo enviudó cuando Zane solo tenía ocho años. Desde entonces nos sacó adelante él solo.

Sin contar jamás con una mujer, se negó a rehacer su vida.

Siempre dijo que su gran amor fue nuestra madre. Por eso mismo, tal vez, me sorprende su reacción, más que la de cualquier otro.

Él estuvo en mi posición. Sabe perfectamente cómo me siento. Tomó la decisión de estar solo y nadie lo cuestionó. Por eso no me entra en la cabeza que lo haga conmigo.

Reconozco sus buenas intenciones, su preocupación e incluso sus deseos. No los comparto. Pero los comprendo. Sinceramente, espero un poco más de manga ancha de él, que de nadie. Y últimamente me asfixia. Por bueno que sea el motivo, tiene que dejar de meterse en mi vida.

Ya no soy un crío. ¡Joder! Nunca he sido un crío. Tenía dieciocho años cuando mi madre murió. Desde entonces me he ganado a pulso todo lo que tengo. Pese a la protección de mi viejo y a sus intentos por desterrar todo lo ocurrido, me mantuve al pie del cañón a su lado.

Puede que por eso en muchas ocasiones lo trate más como un amigo que como a un padre.

Las cosas se complicaron mucho en mi adolescencia. Luchó como un jabato y yo lo hice a su lado.

—¿Cuándo es la última vez que has sonreído? —pregunta sin darme cancha.

—A diario. Estoy bien, papá.

—Sabes que no. Puedes autoengañarte todo lo que quieras, Grayson. Yo te conozco. Eres un buen hombre.

—Bien. Pues deja de tocarme las pelotas, Rhett. —Desde que éramos críos, siempre he llamado a mi padre por su nombre de pila, cada vez que nos cabreamos. Es mi manera de decir: hasta aquí, de marcar un límite y de joderlo un poquito, no nos vamos a engañar.

—Tienes razón. Veo esa sonrisa.

—Perfecto. —Creo que va a darme chance, pero no. Rhett Ashford es un hueso duro de roer.

—Ríes con Zoey. —El muy cabronazo no se deja amedrentar. —Un padrazo. Siempre dedicado a ella. A Logan. Haces un trabajo excelente con ese chaval. Esos críos te adoran.

—Gracias —escupo, para nada confiado. Nos conocemos demasiado bien.

—Te deslomas todos los putos días para sacar este rancho adelante. Y, vaya que sí lo haces. —Ya empezamos. —Llevas tu casa adelante. Siempre con una sonrisa o palabra amable para los que te rodean.

—No veo el problema. —Alzo un poco la voz.

—Tienes tiempo para todo y todos.

—Lo tengo controlado.

—Así es, pero se te olvida una cosa, hijo.

—No me la digas.

—Por supuesto que lo voy a hacer.

—Eres un jodido incordio.

Ríe abiertamente. No muestra arrepentimiento alguno y eso de algún modo me toca todavía más las narices.

—De ti —escupe. Yo no puedo hacer más que retener una gran cantidad de aire en mis pulmones y acumular otra parte en mis mejillas. La expulso lentamente. Nada va a librarme de este discursito.

Me perseguirá hasta la saciedad hasta que consiga soltar lo que lleva en esa cabeza. Por eso mismo, es mejor que me quede justo

donde estoy. Sin moverme. Esperando a que caiga el chaparrón. Aguantarlo, sacudirme con fuerza y volver a levantarme. Hasta la próxima vez que a mi santo padre le dé por ejercer de padre ejemplar.

—Te olvidas de ti —repite con más dramatismo.

—Gracias por la aclaración, Rhett. Si no llegas a especificar, jamás lo habría imaginado —ironizo.

—Déjate de pamplinas. No estoy bromeando.

—Yo tampoco.

—Siempre a la cola del mundo. No puedes anteponer a todos a tu propia felicidad.

—No antepongo a todo el mundo. Solo a mis hijos. Mi familia, lo cual te incluye —recalco. —Y que consté que yo soy feliz así.

—Necesitas más, Grayson. Un hombre no puede vivir aislado con un adolescente y una niña de cinco años.

—Vivo con más personas —le recuerdo.

—Pues apóyate en ellas. Y por Dios, echa un maldito polvo. Se te van a gangrenar las pelotas.

—Vete a la mierda.

Coloco bien mi sombrero ante sus últimas palabras y decido que la charla motivacional está pasada de rosca. Me largo.

—¡Grayson!

—Estoy temporalmente hasta la polla —gruño a varios metros de él.

—No te pasaría si la descargaras más a menudo.

¡Joder! Si es que no tiene remedio.

CAPÍTULO: 9

Cassidy

Cierra con un golpe seco la puerta del armario de la cocina. Lleva todo el día con un humor de perros. No dice nada. Sé que está cabreada. No hay que ser adivino: solo hace falta verla.

Por la mañana, cuando le dijo a mi hermano que Jade podía venir a visitarlo, este desapareció y no hemos vuelto a saber de él.

Imagino que está absorto en su propia burbuja particular, de la cual no saldrá hasta que Jade se marche.

Me alegro por él. Puede que no tengamos la relación más estrecha del mundo y que, en ocasiones, Tristán me parezca un incordio, incluso un poco egoísta. Es mi hermano y lo quiero. Es una buena persona, solo un poco malcriado.

—Cassy…

—Dime, cariño.

—Me aburro. —Zoey se deja caer en la alfombra. No puedo evitar reír cuando extiende los brazos y las piernas como si fuese una estrellita de mar.

Es muy dramática, pero graciosa a más no poder.

Hiperactiva. No sabe estar un solo minuto sin hacer nada. Apenas termina una actividad, ya necesita que le tengas algo programado.

Hoy estuvimos dibujando. Me ayudó a arreglar la comida que su padre había dejado hecha el día anterior. Estuvimos un ratito en el parque que tiene en la parte trasera de casa y, por último, jugó con plastilina.

Hace menos de cinco minutos que acabamos de comer, y la dejé en el salón viendo los dibujos, mientras yo ponía el lavavajillas.

—Deja que termine aquí y hacemos algo juntas —canturreo, mientras enjuago unos vasos.

—No puedo, Cassy. Me aburro muchísimooooo. —Alarga la última vocal que acaba de pronunciar, como si esperar diez minutos fuera algo impensable. Posiblemente lo es.

—¿Qué te parece ayudarme?

—Vale. —Es un amor de niña.

Solo necesita mantenerse ocupada. Se conforma con lo que sea. Si a mí me ofreces limpiar la cocina y tirarme a no hacer nada, no elegiré la primera opción.

En menos de dos segundos la tengo a mi lado. Dispuesta a ayudar en lo que haga falta.

—Eres la niña más bonita del mundo —digo, agachándome y dándole un beso en la mejilla —. Toma.

Le tiendo un puñado de cucharillas, y ella se centra en ir colocándolas una a una en la bandeja para cubiertos del lavavajillas.

—Después podemos ir a enseñarle a papá ese dibujo tan chulo que le hiciste.

Abre mucho los ojos y su carita se ilumina.

—¿De verdad?

—¡Claro!

Mi madre, que hoy está especialmente molesta, me dedica una mirada asesina. Algo que me desconcierta. Entorno los ojos cuando ella se sienta en una silla de la cocina y saca un pitillo de su cajetilla.

No lo enciende. Se limita a juguetear con él entre los dedos.

—Grayson tiene que trabajar, Cassy. No necesita distracciones. Será mejor que te la lleves al pueblo y lo dejes a él tranquilo.

—Pero yo quiero ir a ver a papá —protesta Zoey con un puchero en los labios, aunque no se dirige a mi madre, sino a mí.

—Nadie va a molestarlo, mamá.

—Entonces mantente alejada.

¿Es cosa mía o su tono alterado oculta algo que desconozco? Cautelosa, mantengo el silencio. Sus palabras suenan a advertencia. Incluso a reproche. Aunque no tengo ni la menor idea de qué me reprocha o me advierte. Lo que sí sé es que no me gusta.

—Quiero ir —lloriquea Zoey.

Me coloco a su altura. La rodeo con mis brazos para consolarla cuando las primeras lágrimas empiezan a despuntar en sus ojos.

—No puede ser. Deja de comportarte como una cría —escupe mi madre. Y puede que no sea lo más cariñoso del mundo, pero ahora se pasa de cruel. —Dios, me saca de quicio —susurra para sí.

—Cassy —me abraza, y sus manitas regordetas se aferran a mi camiseta.

—Es una niña, mamá. ¿Cómo pretendes que se comporte? —reprocho en su dirección. Acaricio la espalda de la pequeña con mimo y le chisto al oído. —Ya está, cariño. Vamos a ir, tranquila.

—¿Seguro?

—Segurísimo —afirmo.

Los sollozos de Zoey se calman y la animo.

—Venga, vete buscando un conjunto bonito. Enseguida subo a ayudarte.

—Pero tenemos que terminar la cocina. —La preocupación que demuestra, por un trabajo que claramente ella no debe hacer, me reblandece el corazón. Es tan tierna.

—Ya lo hago yo. Quedan muy poquitos, ¿ves? —señalo mi entorno —. Vamos, ve —insisto. Asiente con su cabecita pegada a mí. Le doy una palmadita cariñosa en el culo y sale disparada, escaleras arriba. —Zoey…

—¿Sí?

—No te olvides de coger el dibujo.

Me regala una de sus sonrisas medio desdentadas y yo me derrito al verla.

En cuanto la niña desaparece, enfrento a mi madre.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado para que le hables así?

—Es una consentida —escupe encendiéndose el cigarrillo.

Atónita, sacudo el paño de cocina y apoyo una mano en la mesa.

—Sabes que aquí no se puede fumar.

—¿Eso lo dices tú?

—Lo dice cualquier persona con dos dedos de frente. Tienes una niña de cinco años en casa. Deberías tener un poco de cuidado, mamá.

—Para eso ya estás tú. —El retintín molesto con el que lo pronuncia y su actitud infantil, hoy me superan.

—¿A qué viene eso?

—Oh, vamos, Cassidy, no te hagas la tonta.

—¿Qué no me haga la tonta? Mira, no sé qué diablos te pasa hoy. Lo cierto es que tampoco me importa. Acabas de pasarte mucho, mamá. Me largo.

Solo espero que reflexione y cambie de actitud.

No parece tener intención de hacerlo cuando me replica.

—Eso es lo que quieres, ¿no?

—¿Cómo dices?

—Es lo que estás buscando.

¿De qué coño habla?

Decidida a ignorarla por completo y cortar con esta tontería, subo las escaleras de dos en dos, tratando de alejarme de ella lo antes posible. Hoy no es su día. Y claro está que, si sigo escuchándola, tampoco va a ser el mío. Me niego a que mi paz se perturbe porque ella se haya levantado hoy con el pie izquierdo.

—Ten cuidado con lo que haces, Cassy.

—¿Pero de qué vas? ¿Me estás amenazando? No sé qué te ocurre, pero se te está yendo de las manos, mamá. Contrólate antes de…

—¿Antes de que Grayson me vea?

Ahora sí, me pilla totalmente fuera de combate. ¿Qué dice? ¿Qué tiene que ver Grayson con su pataleta?

—Antes de que Zoey baje y sigas haciéndola sentir mal en su propia casa —termino lo que tenía pensado decir e ignoro el comentario sin sentido que acaba de formular ella.

—También es mi casa —reprocha enfadada.

—No porque te lo merezcas.

Lo siento, pero no puedo callarme. Estoy cansada. Harta de que se comporte como una niña malcriada y egocéntrica en vez de como la adulta que se supone que es.

Para evitar seguir escuchándola, entro en la habitación de Zoey y cierro la puerta con un suave clic.

No estaba siendo un mal día, pero mi madre acaba de jodérmelo por completo.

Tengo ganas de llorar. Es solo por la frustración que siento ante su estúpida actitud.

Me centro en la preciosa niña que tengo delante, que me observa con ojos esperanzados. Por un instante, estoy ardiendo en deseos de salir de aquí y llegar donde Grayson. Ni siquiera sé para qué. Pero su presencia me transmite paz, un sitio seguro. Un lugar en el que refugiarse cuando todo se tuerce.

—Tengo ganas de ver a papi —admite Zoey mientras la peino y me dispongo a hacerle una coleta. Esta mañana le deshice las trencitas y tiene el pelo muy ondulado. Justo como si fuera una de esas muñequitas de porcelana.

—Yo también, cariño —admito con un largo suspiro.

Me he dejado liar por una niña de cinco años.

Según ella, la heladería del pueblo no estaba en Kerrville, sino a dos pasitos del rancho.

Así que decidimos pasar a comprarle un helado antes de bajar a ver a Grayson al establo.

Lo que se suponía que nos llevaría poco más de veinte minutos, se ha convertido en una hora y media.

No me arrepiento. Ver como destellaban esos ojos y el gran abrazo que me regaló cuando la dependienta le entregó un helado con tres bolas, mereció la pena con creces.

Aparcamos a tomar por saco del establecimiento. Nos costó más de un cuarto de hora encontrarlo. Eso no es culpa de Zoey, sino mía. No debería confiar en las indicaciones de una niña para encontrar un sitio. No me importa. No tenemos prisa y lo hemos pasado muy bien.

Cuando detengo el vehículo, echo un pequeño vistazo a través del espejo retrovisor.

Ha terminado el helado y sus morretes están pringandos.

Busco una toallita húmeda en mi bolso y, retorciendo la mano en un ángulo imposible, desabrocho su cinturón de seguridad.

—Ven aquí —pido con calma.

Zoey trepa por encima de los asientos y yo la acomodo en mi regazo.

Le limpio la boca, las mejillas y hasta la nariz.

—Te has puesto bonita…

—Gracias.

Río ante su inocencia.

—Dame un beso con sabor a chocolate —pido y pongo los labios en posición para recibirlo.

No tarda en obedecer. Acto seguido me rodea el cuello con los brazos y le respondo abrazándola.

—Te quiero un montón, Cassy.

Mi corazón se encoge al escucharla y estoy a punto de arrancar a llorar como una boba. No me sorprende emocionarme ante su declaración de afecto, sino saber que realmente alberga sentimientos hacia mí. Hace dos semanas que llegué al rancho y, aunque puedo decir con toda certeza que esta pequeñina tiene mi corazón en sus manos, no deja de parecerme increíble que ella sienta cariño tan pronto por mí.

—Y yo a ti, cariño.

—Te vas a quedar para siempre.

No respondo a su afirmación. No porque no desee quedarme. Creo que, en mis diecinueve años de vida, la casa de Zoey es la única a la que he podido llamar hogar.

Pero nunca se sabe qué nos depara el mañana. Menos aún si se tiene una familia como la mía.

No vengo de un hogar inestable ni mucho menos. No olvidemos que en esta aventura se embarcó mi madre sin pensar. ¡A lo loco! No puedo hacerle una promesa que no sé si podré mantener. Fallarle es algo que no me permitiré.

—Venga, vamos a ver a papi.

Abro la puerta del coche y Zoey sale disparada.

Trato de seguirle los pasos de cerca. Entre coger la mochila, cerrar la puerta y hacer malabarismos para no terminar estampada en el charco de barro en el que he tenido el tino de aparcar, me lleva un buen rato.

Al escuchar la voz alegre de Zoey, me doy cuenta de que ya lo ha encontrado.

—¡Papi! ¡Papi!

—Hola, ratoncita. —El bramido ronco y grave de Grayson termina de confirmarlo. —¿Y Cassy?

Levanto la mano a modo de saludo, justo cuando él repara en mi presencia.

Se yergue. Se quita el sombrero y lo sujeta con su mano a un costado de su cuerpo. Permanece en silencio con la vista clavada en mí, con una intensidad abrumadora. No estoy acostumbrada a que nadie me mire de ese modo. Y no puedo decir que no me guste, me encanta, especialmente cuando los ojos que lo hacen son los suyos. Pero no debería ser así. Me obligo a apartar mi mirada, aunque soy capaz de sentir sus ojos color whisky clavados en mí.

—Es de buena educación saludar. Tienes que decirle hola—Zoey tira de una pernera del vaquero de Grayson, lo que parece sacarlo de la ensoñación de la que parecía prisionero.

—Eh. Hola, Cassy.

—Hola, Grayson. —Le dedico una sonrisa y trato de controlar los nervios que escalan a toda velocidad por mi vientre y que no comprendo qué diantres hacen ahí.

—Tenemos que enseñarle a montar a caballo.

Grayson baja la vista a su hija.

—¿Cómo dices, ratoncita?

—A Cassy —insiste ella. Dialogando con su padre como si yo no estuviera presente. —Tenemos que enseñarle. Ahora vive con nosotros y no va a marcharse nunca. Tiene que aprender.

—¿Y eso por qué, pequeñaja? —Su tío Zane le revuelve el pelo.

—¡Tío!

Cuando lo ve, alza los brazos y este la coge y la hace girar un par de veces.

—Estás aquí.

—Justo aquí —dice él. —Esperando a mi chica favorita —susurra. Y, como viene siendo habitual en Zane, cada vez que nos vemos, cuando hace ese tipo de comentarios me fija a mí en lugar de a su sobrina.

Grayson carraspea. Algo me dice que no soy la única en darse cuenta.

—¿Qué tal, Cassidy? —pregunta Zane ignorando la situación.

Asiento con la cabeza un par de veces.

—¿Y tu dibujo?

Zoey abre la boca. Ese gesto me indica que acaba de olvidarlo en la camioneta. Seguramente en el asiento trasero.

Esperemos que no esté pringado a causa del helado.

—Iré a buscarlo.

—Te acompaño —añade Zane, dejando a su sobrina en el suelo.

—No es necesario —digo, andando en dirección al vehículo.

De espaldas no puedo ver la cara de Zane ante mi corte. La imagino. Las risas de su hermano, y varios de los trabajadores, la hacen visible.

—¿Y este quién es?

—Logan —canturrea Zoey como si fuera evidente.

En defensa de Grayson, tengo que decir que no hay nada evidente en ese dibujo. Entusiasmo le pone, pero…

—¿Y este?

—Papi, eso no es una persona, es nuestra camioneta.

—Mi camioneta no es roja, ratoncita.

—La tuya, no. La de Cassy y mía, sí. —Deja a la vista su sonrisa medio desdentada. Es adorable.

—Y este eres tú. Esta de aquí es Cassy.

—¡Vaya! Es genial.

—Sí, lo sé. Salimos todos. Toda nuestra familia —explica balanceando las piernas.

—Faltan la mamá y el hermano de Cassy.

—Todos los que importamos, papi —remarca ella.

La cara de circunstancia de Grayson, es total. Me lanza una disculpa de reojo con la mirada. Entreveo su disposición a corregir a su hija. No hay nada que corregir. Me fastidia admitirlo. Comprendo que la niña tiene razón. Se limitó a dibujar a su familia, y a mí, porque formo parte de su día a día.

Tal cual se comporta mi madre con ella, y la ausencia de mi hermano, que apenas la mira, es lógico que no los incluyera.

Me adelanto.

—Te ha quedado genial. A mí me gusta mucho ese lacito que le has puesto a Logan en la cabeza.

Zoey ríe entre dientes.

—No es un lazo.

—¿No?

—Noooo. Es un chichón. Papá siempre le da capones en la cabeza cuando llega muy tarde.

No puedo evitar mirar a Grayson a la vez que varias carcajadas atraviesan mi pecho.

—Culpable —ruge con voz ronca y la boca pequeña.

—¿Puedo ir a jugar con el abuelo?

Al obtener el permiso de su padre, no tarda en marcharse. Grayson la sigue con la mirada, hasta asegurarse de que su abuelo se queda con ella.

Grayson dejó el trabajo a un lado. A petición de su hija, nos sentamos en el suelo, sobre la hierba, a la sombra de varios árboles. Zoey le entregó el dibujo que realizó por la mañana con tanto esfuerzo. Aproveché el momento para darle la merienda, introduciendo pequeños trocitos de bocadillo en la boca de la pequeña mientras esta se estaba sobre el regazo de su padre, contándole entusiasmada todo lo que plasmó en ese pequeño trozo de papel.

—Gracias por traerla —recita con los ojos todavía clavados en su hija.

—No es nada.

—No pasa mucho tiempo en compañía femenina. Contar contigo le hace mucho bien. —Desvía su postura. Flexiona una rodilla, apoya allí su antebrazo y se inclina hacia adelante.

Con la cabeza ladeada, conecto con su mirada a través del ala de su eterno sombrero.

Se forma un silencio incómodo. Me revuelvo un poco en mi sitio y dejo descansar la espalda contra el tronco de un árbol.

Pasan algunos minutos. Ninguno abre la boca. Sin embargo, Grayson parece estar conforme. Me atrevería a decir que bastante cómodo.

—Si tienes que seguir trabajando… —Cierro la boca de golpe. Sigue observándome y finalmente prosigo. —No quiero distraerte.

—Eso es imposible. Centrarme teniéndote cerca no es fácil, cowgirl.

—Yo… —No tengo idea de qué responder. Acaba de dejarme sin palabras y ni siquiera sé qué ha querido decir exactamente.

—Me gusta estar donde estoy, Cassy.

CAPÍTULO: 10

Grayson

No tengo la más remota idea de dónde han salido las dos últimas confesiones. Puede que al verla darle la merienda a mi hija. Tal vez, el cariño con el que la trata. O quizá tan solo, esos pantalones vaqueros que se ajustan perfectamente a sus caderas me han jugado una mala pasada.

Embobado. Babeando como si fuera un puto adolescente. Así llevo los últimos cinco minutos. Tal vez más. ¡Quién sabe!

El presentir su nerviosismo es lo que rompe mi ensoñación. Lo agradezco. Hago que ella se sienta incómoda y, a la vez, aprovecho para quedar como un imbécil.

Carraspeo y retomo el control. Algo que siempre fue mío y que, en los últimos días, estoy perdiendo por culpa de esta chica.

—¿Buscaste información sobre alguna universidad?

—No. Lo cierto es que no tuve tiempo.

La culpabilidad me invade. ¿Cómo va a tener tiempo si se pasa el día haciendo de niñera y atendiendo mi casa?

—Le diré a mi viejo que vigile a Zoey la próxima semana, así podrás…

—Noooo —corta ella, alargando mucho la o.

Gesto que me recuerda a mi hija y me devuelve a la realidad. Joder, tengo que controlarme. Es una cría. Últimamente, pienso

demasiado en ella. Algo que no nos traerá nada bueno a ninguno de los dos.

—Zoey no es el problema.

—¿Hay un problema?

Suelta de golpe una cantidad incontable de aire por la boca.

—No, no hay ningún problema.

Su gesto no acompaña sus palabras. Decido presionar un poquito más y sonsacarle sutilmente información.

—Cuéntamelo. —Puede que no sea tan sutil como tenía planeado. Más bien, es una exigencia grave que abandona mi garganta y no da margen a negativa.

Lo que me sorprende es que lo tome al pie de la letra. Estoy acostumbrado a exigir, no a que acepten sin poner resistencia. Logan es experto en eso.

—Cursé el primer año de empresariales en Los Ángeles.

No veo el problema. Cassidy endereza la postura y se sienta estilo indio.

Guardo silencio, reconociendo que está inmersa en un momento de reflexión. Evaluando cómo contar, o si contar, lo que le pasa por la cabeza. No se hace de rogar. Enseguida arranca.

—Cuando me matriculé, ni siquiera me concedí un segundo para meditarlo. Mi hermano estudia empresariales. Mi padre era empresario, así que… —Juguetea con sus manos, dejando su discurso a medias.

—Es lo que se suponía que debías hacer. —Termino por ella.

—Sí.

—Pero no lo que tú querías. —Puede que pinche hondo. Presiento que esta chica necesita que alguien lo haga.

No la conozco. No sé nada sobre ella. Mucho menos sobre su familia, vivencias o los motivos de su actuación. Por extraño que resulte, creo que necesita un empujón. Es alegre. Extrovertida y muy

positiva. Lo demostró con creces desde que llegó a Hidden Valley. Cariñosa, amable y familiar. Algo que también deja patente. Pero… empiezo a pensar que hay mucho más. No negaré que estoy deseando descubrirlo.

—No, no es lo que yo quería —admite sin pudor. Sin esconderse. Alza la cabeza y me sostiene la mirada.

—¿Qué es lo que tú quieres?

Porque tengo la sensación de que nadie le hizo jamás esa pregunta.

—Ese es el problema. No lo sé, Grayson. —En su expresión leo que se prepara para mi supuesta decepción. Algo que no llegará. Entiendo su preocupación.

—Sigo sin ver el problema —siseo con firmeza.

Con la cual pretendo otorgarle un poquito de seguridad. Me jode no palparla.

—¡Tengo diecinueve años!

—No es una cuestión de edad, Cassy.

—Eso házselo entender a mis padres. Bueno, a mi madre —corrige. Atisbo una punzada de dolor.

Ahí lo tengo. El verdadero y único problema.

Me revienta. Ni siquiera es por sí misma. Por los suyos, por el qué dirán. Esta chica vale mucho más que toda esa mierda.

Me importa poco si su entorno proviene de cuna de oro. Cosa que, entre otras, ni siquiera es cierta. No soy de apuntarme a los cuchicheos. En este caso, dado que me casé con su madre, conozco el tema.

Pueden vivir como les dé la gana. Falsos ricos, decían. Estafadores, lo llamo yo.

No haré mención alguna al tema, por razones obvias. Tampoco voy a permitir que esta chica siga flagelándose a sí misma. Mucho menos, careciendo de sentido.

Sus padres, incluyo al difunto, parece ser que le exigen a ella, lo que ni siquiera ellos mismos pudieron dar.

Injusto es quedarse corto.

No voy a entrar a evaluar la situación. Me comen los demonios solo con pensarlo.

—Acabas de dar con la respuesta sola.

—¿Cómo? —pregunta desconcertada.

—Tienes diecinueve años.

—No comprendo a dónde quieres llegar.

—No le debes nada a nadie, Cassy.

Guarda silencio. Ignoro si reflexionando o solo manteniéndose al margen, tratando de no iniciar una discusión. Una que, por mucho que ella intente evitar, va a llegar.

Más que discusión, yo lo llamaría… Soltarle la chapa.

No pretendo joderla. Solo abrirle los ojos.

—Eres adulta para obedecer órdenes y deseos ajenos, pero no lo eres para tomar tus propias elecciones y dirigir tu vida, ¿es así?

Muerde su labio inferior.

Analizando mi confesión y planteándose cómo rebatirlo.

—Comprendo la presión social y familiar a la que mucha gente se siente expuesta…

—¿Comprendes? ¿Tú no la tienes? —Me corta de golpe.

—¡No! —Hablo por encima sin darle opción a más. No va a irse por las ramas ahora. Muy astuta. Pero más sabe el diablo por viejo… —Respeto tu dedicación y las ansias por complacer a los demás. Pero, ¿hasta cuándo vas a ignorar y menospreciar tus deseos?

—No creo que esté dejando de lado lo que yo quiero.

—Lo haces.

—Grayson…

—Contéstame algo. —Atisbo su buena predisposición y disparo. —¿Quieres estudiar empresariales?

—No. —No duda. No lo piensa. Clara, directa, concisa y a la velocidad de la luz. Así llega su respuesta. —Tampoco sé lo que quiero.

—Pues concédete un tiempo.

—Así de fácil —escupe indignada.

—Así de fácil.

—No es tan sencillo.

—Tú no quieres que lo sea. Te fuerzas a ti misma y tratas de autoconvencerte de que deseas algo que, en realidad, detestas. Cuando busques información para el próximo curso, ¿también valorarás más opciones, o te lanzarás al segundo año de una carrera que te importa una mierda?

—No eres justo.

—¿Crees que no lo soy?

—No lo entiendes, Grayson.

—A la perfección, Cassidy —pronuncio su nombre, con la intención de apretarle un poquito más las tuercas. —¿No respondes a mi pregunta?

—Lo ves todo muy fácil. Pero no lo es.

—¿Te sientes presionada, cowgirl? ¿Juzgada? ¿Atrapada en un lugar que no te corresponde? —Cojo carrerilla y suelto lo que sé, la hará reaccionar. O al menos estallar y sacar toda la mierda que guarda dentro. —Estresada, coaccionada, forzada…

—¡Sí! Me siento así, ¿vale?

—Frénalo, Cassy. ¡Hasta aquí! Ponte firme. No tienes nada que demostrar a nadie. Tu eres la única que tiene las riendas de tu vida.

—Es mi madre, Grayson. Espera algo de mí y no puedo fallarle.

—Es tu madre. Acabas de decirlo. Lo único que debería esperar una madre es que su hija sea feliz. Que le guste el traje que elige

cada mañana. Que se reconozca en su propio reflejo en el espejo.

Solo llevan dos semanas aquí. He visto lo suficiente para no gustarme una mierda el comportamiento abusivo y exigente de Skylar con Cassidy. Puede que no sea nadie para entrometerme en su relación. Como varias veces me dijo la propia Skylar, tampoco me mantendré al margen, viendo cómo pisotean a esta chica, delante de mis narices.

Intenta evadirse, sin afrontar un problema que claramente le afecta. Flexiona las rodillas, deja caer los brazos entre ellas, y juguetea con sus dedos.

—Ey, mírame —exijo. Intentando no ser cortante. No va a escapar.

No dejaré que lo haga, porque no merece ni todo lo que le exigimos, me incluyo, ni olvidarse de sí misma. Cassidy no vive para complacer al mundo, al contrario de lo que ella opine.

—No sé si quiero estudiar. No estoy segura de querer seguir en la universidad. Tampoco de no hacerlo. Me da miedo… —Me deslizo hasta quedar sentado a su lado, sin llegar a tocarla. —No llegar a descubrir nunca mi camino.

Respiro hondo. Apoyo mi mano sobre las suyas y la miro directamente a unos ojos que, en este instante, huyen de mí.

—Existen muchos tipos de personas. Yo las clasifico en dos grupos. Las que se pasan toda su vida intentando averiguar qué quieren ser, hacer, o transmitir. Y las que dejan a un lado la incertidumbre y disfrutan. Da igual si logran encontrar un motivo o no. Es indiferente si consiguen una meta o finalizan un plan. ¡Viven! Gozan la experiencia. Porque todos estamos en el camino. No existe un sendero oculto. Tu camino lo recorres día a día. Y por desgracia, es corto y breve. No te frenes a ti misma. Si quieres estudiar, lo harás. Si pretendes conocerte a ti misma, solo debes escucharte. Si ansías algo, fíjalo, no lo pierdas de vista y lánzate a por ello. No importa cuánto tardes. Tal vez descubras un desvío en el trayecto que te complete, y ese fin deje de tener sentido. Puede que no lo

hagas y te toque pelear. Lo importante es que no olvides vivir el presente. Porque el futuro es incierto, cowgirl. El presente es nuestra única garantía. Siempre fiel a ti misma, ¿vale? No permitas que nadie robe lo más importante.

—¿Qué es lo más importante?

—Tu libertad.

—¿Un bate?

—Si le ves la cara a los dos tipos…

Logan clava la pala en la tierra, luego apoya el pie en un lateral y hace fuerza. La retira repleta y vuelca el contenido en un montón a su izquierda.

—Me lo puedo imaginar.

—Le tocaron los cojones al tipo equivocado.

Me seco el sudor de la frente con el antebrazo. Cojo una botella de agua fría de la pequeña nevera portátil y la bebo de un trago.

—Forasteros —digo sin mucho entusiasmo.

Al parecer, hace un par de noches, mi hijo fue con unos amigos al local de Jerry. Un par de indeseables, en busca de bronca, se enzarzaron con los chavales, con tan mala suerte que terminaron rompiendo un taburete del bar.

Los compadezco. Cualquiera de los del pueblo sabemos que nadie monta jaleo y, mucho menos, causa desperfectos en el establecimiento de Jerry sin lamentarlo.

Estoy del todo seguro de que mi hijo no es un santo. No me cuesta imaginar que la película no es exactamente como él me la vende. Aun así, estoy convencido de que no fue más que una chiquillada. Un conflicto mínimo entre chavales. De lo contrario, al día siguiente, el propio Jerry me habría informado.

—No te metas en peleas —advierto y lo apunto con el índice.

—Eh. No fue culpa mía.

—Estoy seguro —respondo, colocándome el sombrero. —Voy a meter a los caballos. Quiero acabar pronto.

—Oye, papá —detiene mi huida —. El abuelo organiza una comida familiar.

—¿Otra?

Típico en mi viejo. Cuando tiene tiempo libre y se aburre, tira de nosotros hacia la casa grande. No malinterpretemos las cosas, me gusta. Me encanta reunirme con mi padre y mis hermanos. Que mis hijos pasen tiempo con su familia.

Es solo que… Esta vez, no estoy solo.

No puedo largarme y dejar a Skylar, Tristán y Cassidy en casa. Ahora forman parte de la tropa. Mi familia. O, al menos, eso se supone. Lo cierto es que no tengo ninguna gana de involucrarlos. Aunque sé que debo hacerlo.

No me importa que Cassy lo haga. Es más, admito que me gusta verla integrarse. A Tristán, bueno… La primera semana, resultó un tanto complicada. Los enfrentamientos entre él y Logan eran constantes. Desde que tomé la decisión de separarlos, va a lo suyo. No tengo queja del chaval. Skylar es otro tema. Por alguna razón que desconozco, me resisto a que ella forme parte, y desde lo que ocurrió hace unas noches, todavía más. No quiero que malinterprete las cosas. En un principio parecía conforme con nuestro acuerdo; últimamente no tengo esa sensación.

—Le dije que contara con nosotros.

—¿Con quién?

Logan frunce el entrecejo, extrañado. Cuadro los hombros y me mantengo a la espera.

—¿Todos? —pregunta, en lugar de afirmar —. Tranquilo, no me olvido de tu mujercita, el gilipollas de su hijo… —A una fracción de segundo de reprenderlo por el modo en el que se refiere a Tristán, me contengo. No tengo nada que decir. Lo cierto es que es un gilipollas. —Y el pibón de su hija.

Al verbalizar el pensamiento hacia Cassy, me hierve la sangre.

—No hables así, joder.

—Es un gilipollas —escupe.

—¡Claro que lo es! No me refiero a Tristán.

—¿Entonces?

—Nada.

Mejor contenerme. No hay nada que pueda decirle a mi hijo.

—Ahhh —silba como si acabara de comprenderlo todo. Será imbécil. —Te refieres a Cassidy. —Le borro la estúpida sonrisita de un plumazo.

—No. —Niego, sin darle importancia. Solo ha cotorreado sobre ellos dos. De Skylar no dijo ni media.

—¡Mis cojones! —Doy media vuelta. Paso de esto. —Vamos, papá… No puedes negarme que está muy buena. Tiene un culo que…

Cierro los puños con fuerza. Conteniéndome por no abalanzarme sobre mi propio hijo y hacer que se trague uno. Lo merece. Por puto salido. Por poner los ojos donde no debe, joder.

—No hables así de ella —advierto con poco margen a discusión. Me conoce bien. No debería replicarme cuando estoy cabreado. Lo sabe. Y ahora estoy la hostia de cabreado.

—¿Por qué? —pincha. —Solo miro. No voy a follármela. A menos que ella lo pida, claro.

Tres. Dos. Uno. De nada sirve respirar. De repente no es suficiente. Doy la vuelta y ladeo la cabeza en señal de advertencia.

—No es mi hermana —continúa. —Así que no me salgas con esa mierda. Vamos, papá…

Salvo los pocos metros que me separan de él. Abro las palmas de las manos y arremeto contra mi hijo.

De un empujón, lo siento en el montón de tierra que tiene a los pies. Joder, he tenido que hacer un esfuerzo titánico por empujarlo y

no liarme a puñetazos con él.

Abre los ojos, incrédulo. Enseguida recobra la compostura. De un salto se pone en pie y cabecea.

—¿Pero qué cojones haces?

Aprieto los dientes el uno contra el otro. Hasta que su chirriar es tan agresivo que me duelen los molares. Vuelvo a cerrar los puños. Entrecierro los ojos y fijo a mi hijo.

—No me jodas —susurra para sí.

—Aléjate de ella —advierto con voz ronca y profunda.

Logan asiente muy lentamente. No es una afirmación. Más bien, es como si acabara de resolver un conflicto mental. No me gusta un pelo.

—Tú también la ves —dice en voz baja.

—No digas chorradas, es una cría. —El sentirme juzgado. Expuesto. Incluso pillado, me hace actuar a la defensiva.

Porque no. No tiene razón. Yo no veo a Cassy. Yo no pienso en Cassy. No me atrae Cassy…

De repente, un velo imaginario cae ante mis ojos y me sorprendo, haciendo justamente lo contrario.

Viendo a Cassy apoyada en el marco de la puerta de entrada de mi casa, descalza, con unos pantalones minúsculos de pijama y una camiseta de tirantes. Solo me apetece colar la mano en la curva de su cintura y sentir ese cuerpo pegado al mío.

Pienso en Cassy en mi cocina, pidiéndome que me mantenga en mi sitio mientras ella me sirve el desayuno y se sienta frente a mí para degustar el suyo. Pienso en el lento movimiento de su boca al masticar, en ese ruidito de satisfacción que hace al darle un sorbo a su zumo de naranja. Saboreándolo. Justo como a mí me gustaría saborear esos labios carnosos y...

Descubro lo atraído que me siento por su calidez. Como se acoplaba su espalda a mi pecho en el establo. Lo bien que encajaba conmigo. La suavidad de la piel de su cadera. En el corto espacio

que pude palpar de ella. Esa mínima porción expuesta. Esos cinco centímetros visibles, que quedan entre el final de su camiseta y el principio de la cinturilla de sus vaqueros.

¡No! No puede ser.

—Papá…

Retrocedo hasta quedar apoyado en la pared de acceso al establo. Me quito el sombrero y lo dejo caer al suelo.

¿Me atrae Cassy? No.

Es una cría, joder.

Es… Es la hija de mi mujer.

Joder, a todos los putos efectos soy su padrastro. Tiene la edad de mi hijo. ¡Mi hijo!

Me llevo un par de dedos a las sienes. Las masajeo con firmeza.

Todo está confuso. O, lo estaba, ahora parece aclararse y no me gusta una mierda lo que veo.

—Papá…

Juro que no miré en su dirección ni una sola vez.

Reflexiono sobre mi último pensamiento y enseguida me doy cuenta: no soy plenamente consciente cuando pasa. Pero si lo hice… Sí lo hago, joder. Constantemente.

—¡Papá!

Cuando quiero darme cuenta, mi hijo está pegado a mí.

—¿Qué?

—¿Quieres hablar de ello?

No. Claro que no.

—Lo que quiero es que acabes con toda esa mierda —señalo con la barbilla hacia la zona en la que trabajaba hace un momento. —Voy a ocuparme de los caballos.

Sin dejar correr un solo segundo más, desaparezco dentro del establo.

CAPÍTULO: 11

Cassidy

Estoy sentada en la cama cuando mi hermano entra a la habitación.

—Mañana llega Jade.

Él no me lo dijo, pero ya lo sabía. Hace varios días que vive en una nube. El buen humor lo acompaña constantemente.

—Debes de tener muchísimas ganas.

Arrastra la silla de mi escritorio hasta pegarla a la cama y se acomoda en ella.

—No quiero que vea toda esta mierda.

Entorno la mirada y agudizo el oído.

Comprendo lo que dice, aunque no lo comparto. Esta mierda, como él la llama, es lo mejor que me ha pasado desde… Siempre. Grayson no solo salvó nuestra situación financiera al casarse con mi madre, también me rescató a mí. Sin saberlo. Sin pretenderlo ni ser consciente de ello. Pero así fue. Lo hizo.

Le estuve dando muchas vueltas a la cabeza. Desde que me sinceré con él y verbalicé todos mis pensamientos en voz alta. No he dejado de pensarlo un solo minuto. Tiene razón. No puedo vivir mi vida, enfocada en el qué dirán, ni pisotear mis deseos y anteponer a los demás. Siempre me preocuparé por el bienestar de mi hermano y mi madre. Pero no dejaré de ser yo. No me voy a quedar a un lado, fingiendo ser invisible para no molestar a nadie. Tampoco

correreé para complacerlos, si eso significa anularme a mí misma, como llevo haciendo mucho tiempo.

Pienso coger mi vida por bandera. Vivirla. Y eso se lo debo en cierta medida a Grayson. No solo por la charla motivacional, que es cierto, me abrió los ojos. Pero fue solo un mínimo detalle. Su ejemplo y el comprobar que existe un mundo más allá de lo que conocía, es lo que lo hizo.

No me refiero solo a Grayson. Sino a todo el lote. A Zoey, a Logan, a Rhett… A todas las personas que estoy conociendo desde que llegué aquí. No soy tonta y comprendo que todo el mundo no vive como lo hacíamos nosotros. No me refiero a lo material. Cuando falleció mi padre, quedó claro que nosotros no teníamos un duro.

Pero sí nos creíamos más importantes, más válidos, cuando la realidad es muy distinta.

Así que, esta mierda, como la llama mi hermano, puede que sea una mierda, no entraré a juzgar eso, pero aquí nadie finge ser alguien que no es. Eso es lo más auténtico que cualquiera de nosotros dos ha experimentado nunca.

—¿Qué es lo que no quieres que vea?

—Venga ya, Cassy, ¿en serio? —señala con la mano a su alrededor. —Cuando mamá dijo: *matrimonio, tierras, dinero, no os faltará de nada*, ¿en algún momento imaginaste esto?

—No veo qué tiene de malo.

—Todo, Cassy. ¡Todo! Malvivimos. No me entra en la cabeza cómo mamá pudo aceptar algo así. ¿Dinero? Malvivimos, Cassy —repite. —Es vergonzoso. El único motivo que se me ocurre para explicar esta chaladura es que el tío tiene que follar de puta madre.

Me arden las entrañas al escuchar el último comentario. Lo dejo pasar, porque imaginarme a mi madre con Grayson es un detalle que no voy a contemplar. Admito que me escuece. No tengo ningún derecho, pero lo detesto.

Dejo a un lado los prejuicios y la falta de tacto de mi hermano. En absoluto malvivimos. Puede que Grayson no conduzca coches de

lujo, no vista trajes a medida, ni se rodee de la élite, pero que no se olvide que nosotros tampoco hemos tenido nunca eso realmente. Todo era un fraude. Un escaparate bonito, con un interior deplorable. Sin entrar en la parte emocional.

—Aunque lo dudo, porque últimamente duerme todos los días en el sofá. Y si no le calienta la cama ni la cartera… Es que está perdiendo la cabeza.

—¡Cállate! —exijo de mal humor. —Esta familia nos acogió con los brazos abiertos desde el principio. Se preocupa por…

—¿Se preocupa? Eres su chacha. Date cuenta de una vez. Lo único que les preocupa es que no nos vayamos, porque no van a encontrar otra pardilla que les haga de niñera y limpie su mierda.

—¿Sabes qué? Si tan mal estás, lárgate. —Mi hermano me observa con los ojos muy abiertos. Necesito escupir lo que llevo dentro para no envenenarme. —Ah, claro. No puedes. No puedes porque te quejas de ellos, pero tú no tienes dónde caerte muerto. Ni tú ni mamá. Ninguno de nosotros sabe qué hacer. ¿Sabes por qué mamá aceptó el trato?

—Te lo ha dicho.

—Nadie me dijo nada. Solo abro los ojos y observo. Porque no tenía nada. Estábamos a punto de que nos desahuciaran, con un montón de deudas en el banco y sin ni un dólar en la cartera. Era esto, o volver con el rabo entre las piernas a casa de sus padres. Y mamá es demasiado orgullosa para ello. Viven a menos de veinte millas, y ni siquiera ha ido a verlos todavía. No le importó arrastrarnos a nosotros. Da gracias de que la jugada le salió bien. Que es buena gente y…

—¿Le salió bien? Vamos, no me jodas.

—Si no quieres que Jade venga, si te avergüenzas de vuestra diferencia social, no es culpa de Grayson, sino de nuestros padres. Llevan engañándote veintiún años. Abre los ojos de una vez, Tristán. Y arremete contra quien lo merece.

De mala leche, me levanto de la cama y salgo por la puerta de la habitación.

Con la intención de bajar al piso inferior, camino distraída. Mis pies golpean con fuerza la alfombra del pasillo hasta que choco contra una pared de músculos.

Unas manos ásperas me sujetan por los antebrazos, evitando que caiga y me estabiliza. Antes de alzar la mirada, ladeo la cabeza y contemplo cómo se marcan sus bíceps ante la presión que ejerce para no dejarme caer.

—¿Estás bien? —pregunta la voz ronca y grave de Grayson.

Por fin anclo mi mirada verde a sus ojos expresivos y asiento, admirándolo embobada. Tengo que dejar de babear por este hombre. Es el marido de mi madre.

—Sí —suelto atropelladamente —, gracias.

—¿Qué pasa aquí? —La chirriante y aguda voz de mi madre me sangra los oídos.

Grayson se asegura de que no voy a caerme antes de soltarme.

—Voy a hacer la comida.

Se excusa Grayson y se dirige a la escalera sin responder a mi madre.

—Ya está hecha.

Comprueba su reloj de muñeca. Es bastante tarde. Él acaba de llegar con Logan. Llevo días fijándome. Si no preparo la comida para el día siguiente antes de que acabe su jornada laboral, lo hace él nada más llegar. Así que hoy me adelanté.

No le pasa nada por cocinar. Hacerlo después de todo un día de trabajo en el rancho no me parece razonable.

Dirige su atención a mi madre. Una risa irónica le traspasa el semblante. No puedo averiguar lo que tiene en la cabeza. Aunque me encantaría, no lo negaré.

—Papi, ¿puedo ir a dormir con el abuelo y los tíos? —pregunta Zoey saliendo al pasillo.

—Claro, ratoncita.

La niña aplaude.

—¿Puedo ir en pijama?

Justo antes de que cenara, le di un baño y le puse el pijama. En esta ocasión, su padre niega con la cabeza. Ella finge un puchero. No se lo cree nadie. Su alegría es palpable. Tengo que decir que es la única en el pasillo que proyecta un sentimiento positivo. El resto de nosotros parecemos tensos y forzados. Sobre todo, mi madre, que nos contempla con las fosas nasales dilatadas y cara de asco.

—Ve a vestirte, voy a… —El teléfono móvil de Grayson suena en ese momento y responde la llamada.

No se entretiene mucho. Son apenas unas frases las que comparte con su interlocutor. Lo suficiente para saber que Grayson no puede dar por finalizada su jornada laboral, pese a que es tardísimo. Vuelve a meterse el teléfono en el bolsillo de los vaqueros y continúa atendiendo a su hija.

—Voy a la camioneta un momento. Vete preparándote, te acercaré a casa del abuelo… —Siento lo apresurado que está desde aquí. Con la intención de quitarle trabajo de encima, me ofrezco a ayudarlo.

—Puedo llevarla yo. —Mi madre me observa ojiplática.

—No es necesario, Cassy. La acercaré a casa de mi padre y luego atenderé…

—No me cuesta nada —lo corto.

Parece dudar unos segundos. Pero su decisión es firme.

—No. No quiero que conduzcas ahora. Está anocheciendo para cuando vuelvas de casa de mi padre, habrá oscurecido del todo y estos caminos no son seguros…

—Yo la acompañaré. —Este pasillo está más transitado que Times Square en hora punta. Logan se apunta a la escapada saliendo de la

antigua habitación de Grayson. —Despreocúpate. Vete a atender a esa yegua —sisea. Parece que al contrario que yo, él sí conoce el apuro de su padre.

—Gracias, chicos.

Le sonrío y apenas nos devuelve la sonrisa se agacha para darle un beso a su hija, advertirle que se porte bien con su abuelo y se marcha.

—Ya escuchaste a papá. Pórtate bien con el abuelo, pitufa —dice Logan revolviéndole el pelo a su hermana.

—Ella siempre se porta bien —discute Rhett con la mano apoyada en la puerta. —¿Seguro que no os apetece quedaros?

—Abuelo, no tengo cinco años —protesta Logan. Su abuelo nos ofreció quedarnos a dormir.

Río entre dientes y me mantengo al margen mientras se despiden.

Pese a que la casa de Rhett está en la misma finca y solo nos lleva unos tres o cuatro minutos llegar con la camioneta, hace casi dos horas que salimos de casa.

Vengo poco por aquí, pero cada vez que lo hago me entretengo muchísimo. Puede que él nos retenga. No puedo culpar solo a la hospitalidad de Rhett. Admito que yo tampoco pongo mucho de mi parte para marcharme.

Me gusta su compañía y tiene buena conversación. No conozco a nadie en este pueblo y al mismo tiempo los conozco a todos. Es un buen cuentachismes.

—No dices eso los días de barbacoa.

Logan cabecea divertido.

—Un placer como siempre, señor Ashford.

—Déjate de pamplinas y dame un beso.

Se acerca y me estrecha justo como creí siempre que haría un abuelo. No puedo saberlo con seguridad, porque nunca he tenido uno. Es justo como lo imaginaba en mi mente.

No tuve relación con mis abuelos por parte de madre. Y los padres de mi padre fallecieron cuando era muy pequeña. Así que contar con Rhett ahora es toda una suerte.

Besa mi mejilla y me da un buen achuchón.

—Acordaros que el domingo coméis aquí.

—Lo recordamos —asegura Logan cogiéndome por el antebrazo y echando a andar hacia la camioneta. —Vámonos antes de que se lo piense mejor y nos obligue a apuntarnos a su fiesta de pijamas.

Ocupo el asiento del copiloto y saludo a Rhett a través del parabrisas. Zoey se suma a la despedida. Lanzo besos al aire y ella finge atraparlos.

El motor se enciende y Logan baja la ventanilla, maniobrando para dar la vuelta al vehículo.

—Te quiero —grita Zoey a su hermano.

—Y yo a ti, monstruito —finaliza este antes de dar gas y salir derrapando por el camino de tierra.

No llevamos más de medio camino recorrido cuando Logan tira del freno de mano. Apoyo una mano en el salpicadero para no acabar estampada contra el parabrisas. Lo miro con los ojos muy abiertos y él sonríe socarrón.

Me inspecciona de arriba a abajo y frunzo las cejas.

—¿Qué miras?

—Podría ser peor.

—¿Qué?

—Por lo menos no has venido en pijama.

—¡Qué más da! No vamos a salir del rancho.

Llevo unos pantalones cortos de deporte negros, una sudadera rosa y unas chanclas.

—¿Te apetece ir al pueblo?

—¿Ahora?

—¿Tienes algo mejor que hacer? Te invito a una hamburguesa.

Me llevo bien con Logan, pero no tengo ese tipo de confianza con él. Nunca hemos salido del rancho juntos.

No me incomoda hacerlo, pero no esperaba esa invitación por su parte.

—Ya hemos cenado.

—Hace mil años, Cassy —lo pienso un instante y mis labios se curvan hacia arriba —. Buena chica. Nos vamos de fiesta —canturrea alegre.

—Has dicho una hamburguesa. No mencionaste nada de fiesta.

—Quien dice una hamburguesa, dice… Una hamburguesa y tres o cuatro cervezas. Puede incluso que alguna más.

—Ni siquiera tengo edad para beber.

—Yo tampoco, ¿me ves preocupado por ello?

Le doy un manotazo en el muslo y él me guiña un ojo.

Cuando arranca, interrumpo su huida.

—¿Puedes dejar que vaya a cambiarme?

—Ni de coña.

—¿Por qué? Serán solo dos minutos.

—Los dos sabemos que si entramos de nuevo en casa, no volveremos a salir.

Le doy un bocado a mi hamburguesa completa con bacon y huevo.

—Mmm.

—Sabía que te gustaría —presume antes de atacar la suya —. Jerry hace las mejores hamburguesas del condado.

—Creo que puedo volverme adicta a ellas. Oye, Logan.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte algo?

—El preguntar si puedes preguntarme algo ya es una pregunta.

Formo una bola con mi servilleta y se la lanzo.

—¡Listillo!

La atrapa al vuelo.

—Dale, reina.

—¡Logan! —interrumpe en ese momento una chica que rondará una edad similar a la nuestra.

Cuando ella se acerca a la mesa, él se levanta.

—Ey, hola.

—¿Te acuerdas de mí, verdad?

—Por supuesto.

—Ufff. Menos mal. De lo contrario, sería superincómodo.

—¿Te imaginas?

La chica rompe a reír. No tengo ni idea de por qué. No ha dicho nada gracioso. Yo finjo no escuchar la conversación, lo cual es imposible. Están a literalmente medio metro de mi posición.

Continúo comiendo mi hamburguesa. Cuando voy a atacar las patatas con cheddar que compartimos, Logan me da un manotazo en la mano. Atrapo mis labios con los dientes, divertida. No causo más interrupciones y dejo que sigan a lo suyo.

—Estaba ahí con unas amigas, y… Bueno, no sabía si acercarme o no. Pero… Quería hacerlo —suelta de pronto —. Acercarme y eso. Ahora que estamos de vacaciones, tengo un montón de tiempo libre y he pensado que, tal vez, podamos quedar y…

La voz de la chica se va apagando a medida que suelta su discurso. En cierto modo, me da pena. Lo cierto es que parece interesada. Logan no muestra el más mínimo rastro de emoción. Se

rasca la nuca con una mano. No parece preocupado ni cohibido, solo aburrido. Lo que hace la situación mucho más violenta.

—Puedo dejarte mi número y tú me llamas cuando puedas —ofrece sin darse por vencida.

Justo en ese instante, Logan me sujeta por un codo. El gesto me obliga a ponerme en pie. Tengo que soltar la hamburguesa de golpe sobre el plato para que no caiga al suelo. Le dirijo una mirada asesina. Él me ignora. Su brazo rodea mi cintura y me quedo perpleja cuando me estrecha contra su cuerpo.

—Oh, ella es… —tartamudea sorprendida la chica.

—Ella es —confirma Logan.

¿Qué? Estoy a punto de negarlo rotundamente. De hacerle saber a esta chica que yo no soy nada. Que no tengo en absoluto nada que ver con Logan. El inmenso trozo de bacon que aún tengo en mi boca y me veo obligada a masticar para no escupirlo y quedar peor de lo que ya estoy quedando, me lo impide.

—Cassy —ofrece mi nombre. —Mi chica.

Puede que no sea capaz de hablar con la boca llena. Levanto el pie y le piso la puntera de la bota con mi talón. Como mucho le he hecho cosquillas. Llevo unas simples chanclas y él unas botas de trabajo. ¡Qué frustrante!

—¡Vaya! —La chica no sabe dónde meterse. Su apuro me atraviesa incluso a mí. —No lo sabía. Lo siento mucho, Logan. Yo… No tenía ni idea.

—Ahora ya lo sabes —suelta el muy capullo.

—Lo lamento —ofrece en mi dirección la pobre chavala.

Pellizco el costado de Logan y él contiene la risa. Estoy a punto de tragarme el trozo de bacon y pienso ponerlo en su sitio, cuando el mamonazo la despide sin miramientos.

—Si no te importa. —Levanta la mano y señala la mesa donde la esperan sus amigas.

—Oh, sí, claro. Me voy. Bueno, lo siento de nuevo —se despide y le falta tiempo para correr en dirección contraria a nosotros.

Atónita, permanezco en pie, mientras Logan toma su asiento, frente a mí, y sigue comiendo como si nada.

Observo cómo la chica se agacha a susurrarle algo a una de sus amigas e instantes después, las tres salen por la puerta del local.

—No puedo creer que hicieras eso.

Sigue comiendo, ignorando mi comentario. Eso sí, la estúpida sonrisilla en los labios no lo abandona. ¡Tendrá morro!

Vuelvo a ocupar mi sitio.

Cruzo los brazos sobre la mesa y lo miro fijamente.

—¿Por qué?

—Porque no me acordaba de ella —admite sin pudor.

—¿Cómo?

Completamente descolocada. Así me encuentro. Ni siquiera se acordaba de la chica.

—Eso solo significa una cosa —prosigue tras darle un trago a su cerveza. —Es un fiasco en la cama. Créeme, recuerdo un buen polvo. Puede que no su nombre, pero sí su cuerpo. Y esta chica no me sonaba de absolutamente nada. Mal asunto.

—Serás cabrón —espeto sin poder creer lo que sale por su boca.

Varias carcajadas inundan el pecho de Logan.

—Oye, tampoco soy tan malo. No voy por ahí diciéndole lo prescindible que es. Simplemente, me aseguro de librarme del marrón sin herir sus sentimientos.

—Me has utilizado —protesto, indignada.

—No. No lo he hecho —contraataca. —No me atrevería. No quiero arriesgarme a que mi padre me corte las pelotas —sisea para sí.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Lo escuché a la perfección. Imagino por dónde van los tiros. Viviendo en la misma casa. La hija de su mujer, blablablá. Lo comprendo. Puedo llegar a imaginar que no sería agradable para nuestros padres. Ni siquiera lo sería para nosotros. Viendo lo visto, Logan es de los que la mete una vez y luego desaparece. Un marrón en toda regla. No quiero decir que me interese Logan ni mucho menos. Es un chico guapísimo. Nadie dice lo contrario, pero nunca lo he visto con esos ojos. Y ahora mucho menos.

—Bueno, continúa —, pide.

—¿Qué?

—Antes de que nos interrumpieran, querías decirme algo.

Cierto.

—Ya no sé si me apetece.

Se levanta de su asiento y se hace hueco en mi banco a mi lado. Pasa un brazo por mis hombros.

—Vamos. No dejes que nadie nos joda la noche.

—Tal vez sea yo quien la joda.

—Ahora me tienes intrigado.

Pica una patata del cesto y se la lleva a la boca. Deja de tocarme y se reclina hacia atrás, estirando las piernas todo lo largo que es.

Hay un tema al que llevo días dándole vueltas y que no puedo pasar más tiempo por alto. Podría comentarlo directamente con Grayson. Algo me dice que es mejor ser prudente y presentarle mi… llamémoslo *petición* en firme.

No sé muy bien cómo gestionarlo y he pensado que, tal vez, Logan pueda ayudarme. Si piensa como yo, será más sencillo dar con una solución.

—¿Crees que a tu padre le molestaría si me mudo a la habitación de Zoey?

—¿A la habitación de mi hermana? Espera. Creo que me estoy perdiendo algo. Empieza por el principio.

Le cuento lo que él ya sabe.

Grayson lleva varios días durmiendo en el sofá, ocupándose de dejar los desayunos y las comidas del día siguiente listos, y llegando a las tantas. Él tira para adelante sin quejarse, sin embargo, nadie puede aguantar tanta presión.

Yo misma no me siento cómoda con la situación. Logan me comunica que él tampoco. Me dice que habló con su padre y le ofreció ser él quien durmiese en el salón. Algo que, a la vista está, Grayson declinó sin miramientos. Por lo que parece, también intentó dialogar con mi hermano, bajar revoluciones con él e intentar convivir como al principio. Tristán no solo no colaboró, sino que dejó patente que ni de broma volvería a compartir habitación con él. Al parecer, no soy la única que está preocupada por Grayson. Su hijo también le da vueltas a la cabeza al tema.

Me alegro de no estar sola en esto.

—Tira de todos y nunca nadie de él. Siempre fue así.

—Pero no siempre la situación estuvo tan justa en casa —rebato.

—Ya. La cuestión es que no puedes dormir con Zoey, Cassy.

—¿Por qué no?

—Porque no vas a dormirte a las siete de la tarde, cuando comience su curso escolar, ni tampoco a renunciar a toda privacidad. Demasiado haces ya.

—No hago nada…

—¿Crees que soy imbécil? ¿Qué no me doy cuenta? No me tomes por lerdo. Que mantenga la boca cerrada, no quiere decir que no tenga ojos y vea lo que ocurre delante de mis narices.

Pasamos un rato hablando.

Por cómo se expresa, cae de cajón que esto tampoco lo complace. No lo dice abiertamente, pero sé que el problema es la falta de responsabilidad de mi madre y el pasotismo de mi hermano. Me siento culpable. Al final son mi familia. Aunque soy consciente de que tiene razón.

Mi madre se pasa los días sin hacer absolutamente nada. Como mucho sale aquí o allá. Se hace la manicura, va a la peluquería… Sigue atendiendo sus clases de pilates y meditación online. Incluso así, protesta. Esto la supera y no es capaz de ponerse al frente. Mientras mi hermano es como un fantasma. Desaparece, Dios sabrá dónde, o se recluye en su habitación con su teléfono y ordenador y no se relaciona con el mundo.

Mi apuro debe ser evidente. Porque Logan deja caer en varias ocasiones que el problema no soy yo, que no es culpa mía. Se niega en rotundo a que yo duerma permanentemente con su hermana. Sus motivos son razonables. Me hace saber que ella estaría encantada, pero tiene razón: instalarse en la habitación de una niña de cinco años no es factible.

No lo digo por vergüenza. Yo también lo hablé con Tristán. Le ofrecí que compartiéramos habitación. Al fin y al cabo, es mi hermano. Conmigo se negó, igual que hizo con Logan.

Y sé que mi madre tampoco lo permitiría.

Me siento una carga y atrapada. No sé qué hacer, pero convencida de que no puedo dejar las cosas así, insisto.

—Oye, ¿y si compartimos habitación nosotros? —propongo. Logan entorna los ojos. Debe creer que estoy chalada. —No es tan descabellado, piénsalo. Mi cuarto es muy pequeño para los dos, pero podemos cambiárselo a Tristán. Allí cada uno teníais vuestro espacio. Sería lo mismo. Al menos tú y yo, no nos tiraríamos los trastos a la cabeza. O eso creo —susurro la última frase.

Logan me escucha y permanece pensativo unos instantes. Cuando voy a darme por vencida y pedirle que lo olvide, expulsa todo el aire de sus pulmones de golpe y asiente.

—¡Claro! Por mí no hay problema. Paso el día fuera. Y ya estás acostumbrada a hacer mi cama y recoger mis mierdas —sisea en tono de broma. —En serio, por mí sí. Es una idea cojonuda. No creo que tengamos problema.

—Pues hecho. Mañana hablaré con Tristán e intento cambiarlo todo antes de que lleguéis por la tarde.

—No, Cassy.

—Si espero a que tu padre vuelva del trabajo…

—No esperaremos. Lo vas conociendo. No permitiría un cambio, creyendo que nos afecta a nosotros. —Me corta.

—Exacto.

—Me escaqueo al mediodía y te ayudo.

Extiende el brazo con la palma abierta y se la estrecho para firmar el trato.

—Oye…

—¿Sí?

—No solo le haces bien a mi hermana.

—¿Qué? —pregunto sin seguirlo.

—Que me alegro de que estés aquí.

Una emoción que no logro describir se remueve en mi interior.

—Gracias, Logan.

CAPÍTULO: 12

Grayson

La noche fue larga. Muy larga. Recibí la llamada de uno de mis trabajadores. Gracias a que se entretuvo (Dios sabrá haciendo qué), se percató de que una de las yeguas que estaba a punto de parir tenía problemas.

Me largué a toda prisa al establo. El potrillo venía de nalgas y se quedó atascado en el canal de parto.

En cuanto me di cuenta del problema, tuve que llamar a uno de nuestros veterinarios a toda hostia.

No es una situación que se dé con frecuencia en caballos, es la hostia de complicada, a la par que peligrosa.

Intentamos lubricar bien a la yegua, con la intención de recolocar al potrillo. No dio buen resultado.

Después de lo que parecía un tiempo interminable intentando empujarlo hacia adentro de nuevo para colocarlo en una buena posición y así ayudar a la yegua a extraerlo, fue imposible.

Utilizamos cuerdas obstétricas, para tener mejor control de las extremidades del potro. Nada. Era demasiado grande y estaba muy mal posicionado.

No quedó otra que recurrir a una cesárea de emergencia cuando la vida del animal y también la de su madre empezaron a peligrar seriamente.

Normalmente, ante un problema así, trasladamos a la yegua a la clínica veterinaria. El tiempo apremiaba y eso nos obligó a tomar la

decisión de hacerlo in situ.

Despuntaban los primeros rayos de sol cuando tanto la yegua como el potro salieron de peligro.

Todavía deberé estar pendiente los próximos días.

La yegua necesita antibióticos para prevenir una infección. Antiinflamatorios y analgésicos. Tendré que vigilar de cerca y asegurarme de que expulsa la placenta por sí misma. De lo contrario, las cosas pueden complicarse. Esta tarde volverá a pasar por aquí Jack, el veterinario.

La hemos dejado descansar. Quiero asegurarme de que no sufra ningún desgarro o lesión interna.

—Hola, preciosa. —Acaricio el cuello de la recién estrenada mamá. —Menuda nochecita me has dado.

Relincha. Quiero tomármelo como una señal de agradecimiento.

El pequeño lleva un buen rato en pie y tira de la mama de la madre que da gusto. Una preocupación menos.

Le ofrezco mi mano. Se lanza a por el puñado de avena que porto en ella.

—Lo has hecho muy bien —alabo.

—¿Papá?

—Aquí —informo a mi hijo.

Se para frente a la puerta de uno de los boxes especiales que reservamos para las yeguas con sus crías.

—Te lo has pasado de cine por lo que me han contado.

—Una noche inolvidable —bromeo.

—Pareces cansado.

—Estoy bien. —Agotado, diría yo.

—¿Por qué no te largas a casa y te acuestas un rato?

Niego con la cabeza. Me encantaría.

—Jack se pasará por aquí en un rato. —El veterinario.

—Puedo atenderlo yo. Vete a echar una cabezada —insiste.

—No. Tengo mucho que hacer, Logan.

—Será imposible desde el cementerio —suelta alejándose por el pasillo.

El día pasa lento y parece no tener fin.

Consigo terminar el trabajo pendiente. Jack me comunica que la yegua está perfecta. Ni rastro de lesiones internas o desgarro. Hizo un buen trabajo.

He cerrado la venta de tres caballos, por fin acabamos de instalar la dichosa tubería hacia el nuevo cobertizo.

Productivo. Aunque admito que estos turnos de treinta y seis horas empiezan a quedarme grandes.

La parte buena es que mi padre estuvo por aquí y Zoey insistió mucho en volver a dormir con él esta noche. Lo que me deja margen suficiente para llegar a casa y no preocuparme de una mierda. Solo quiero llegar y…

Joder, me estampo la mano contra la frente al acordarme de que no puedo llegar y tirarme en la cama las próximas doce horas, ya que no puedo privar al mundo de andar por casa. Y ahora yo duermo en el puto salón.

Tal vez aproveche que mi hija no está para robarle la habitación una noche.

Es penoso tener que colarme a hurtadillas en la habitación de mi hija de cinco años para conseguir descansar.

Compruebo por última vez a la yegua recién parida antes de marcharme. Llamo a Logan porque no hay ni rastro de él. Debe de andar por el rancho. Nunca se va a casa sin avisar antes.

Decido que es mayorcito para volver solo. Hoy no tengo cuerpo para esperar a nadie.

Me monto en la camioneta y mi único objetivo es llegar lo antes posible, dejarme caer de cualquier manera en la cama y no volver a

abrir los ojos hasta que suene mañana el despertador y me obligue a venir al curro de nuevo.

Subo las escaleras del porche y, antes de introducir la llave en la cerradura, veo a Skylar, apoyada en la barandilla, con un cigarro entre los dedos.

—A buenas horas.

Abro y empujo la puerta con la palma de la mano.

—Un día intenso.

—A saber de dónde vienes.

No respondo. Sinceramente, hoy no estoy de humor para aguantar las tonterías de Skylar. Cierro de nuevo, y a los pocos pasos un olor a carne guisada me invade.

Antes de que se percate de mi presencia, veo a Cassy. Con unos leggins negros, una camiseta enorme, anudada a las lumbares y descalza.

De inmediato me hace sonreír.

Tenía pensado recluirme en la habitación de Zoey y no hacer ninguna parada. Me descubro apoyando el antebrazo en el marco de la puerta. La contemplo. Comiéndomela con la mirada, justo como no debería hacer.

No puedo más, estoy agotado, pero la satisfacción de verla simplemente cocinar y desenvolverse con tanta soltura en mi cocina ahora mismo siento que es el mejor antídoto para mis males. Me inyecta energía. Es un puto subidón de adrenalina. Simplemente mirarla. Ver su pelo rubio, enmarañado y mal recogido en lo alto de su cabeza me fascina. Sigo la línea curvada de su cuello y repaso las curvas de sus caderas con mis ojos.

Cierro los párpados un breve instante y vuelvo a sentir la suavidad de su piel. La palpo en mi memoria.

—Ays.

Los abro y veo cómo Cassy sacude una mano.

Me aproximo a su espalda y cuando rozo su cuerpo, da un pequeño brinco. Se gira, me reconoce y sonríe.

Joder, es tan bonita.

—¡Qué susto!

Reclamo su mano y observo la quemadura.

—No es nada —explica cuando la inspecciono.

—Esa olla está hirviendo.

—Pero no me he hecho daño.

—Acabas de quemarte, Cassy. Claro que te has hecho daño. Déjame.

La conduzco al fregadero. Abro el grifo del agua fría y dejo que el chorro caiga sobre el dorso de su mano.

—Hola, Grayson —saluda alzando la cabeza y desarmándome con su mirada.

—Hola, Cassy.

Le devuelvo el saludo mientras sujeto su mano con las mías. El agua fresca cae sobre su piel, aliviando ese escozor que se empeña por ocultar.

Durante los cinco o seis minutos que la mantengo a remojo, nos quedamos muy cerca, sin hablar. Ella mantiene la vista clavada en su mano, y yo siento el calor de su cuerpo, sin ser capaz de apartar mi mirada de ella.

¿Qué mierda me pasa con esta chica?

Joder, es obvio.

No debería ser. Pero lo es.

La deseo. No la tendré. Pero la deseo. Es una gilipollez que intente autoengañarme a mí mismo.

Cierro el grifo, no libero su mano. Apago la vitrocerámica y tiro de ella suavemente.

—¿Dónde me llevas?

—Vamos a curarte.

—Pero si ya estoy bien.

No lo está. Pero lo estará.

Entro en mi antigua habitación, actual de Logan, con la intención de buscar el botiquín en el cuarto de baño. Voy a coger una crema para las quemaduras y a cubrirle la mano con un apósito.

Me detengo. Frunzo el ceño y…

—¿Qué ha pasado aquí?

Estoy convencido de que Cassy lo sabe.

Todas mis cosas están en su sitio habitual. Las sábanas están recién cambiadas. Mi cargador está encima de la mesita de noche. Incluso tengo la ropa preparada para mañana, en la silla que tengo en la esquina. O, mejor dicho, que habitualmente tenía en esa esquina, pero que es del comedor. Logan la devolvió a su lugar cuando se instaló aquí y ahora está de vuelta.

—No me has dado tiempo a decírtelo —se excusa ella. —Lo siento. Quería hablar contigo. Justo cuando llegas, me quemo la mano y estropeo la sorpresa.

—¿Sorpresa?

—Bueno, no es una sorpresa en sí. Una… ¿Noticia? Vamos, que has recuperado tu habitación.

—¿En serio?

Cassy asiente feliz. Criatura, el que está feliz, soy yo. Joder, no sabe cuánto necesitaba esto. Volver a la puta normalidad.

Enseguida, reflexiono y pienso. Para que yo esté en mi habitación, Logan tiene que volver a compartir cuarto con Tristán. No se llevan bien y…

Lo cierto es que no aguanto más durmiendo en ese puto sofá.

—¿Logan sabe esto?

—Claro. También ha sido idea suya. —La observo y curvo los labios, me corrijo antes de que se note.

—¿También? Eso quiere decir que tú tienes mucho que ver.

—No. No. Quiero decir… Bueno, sí. Tal vez un poco. No podías seguir durmiendo en el salón, Grayson —arranca de carrerilla. Y joder, solo tengo ganas de echármela al hombro y tumbarme con ella en esa cama.

—Yo estoy bien.

—Ya. Pues ahora estarás mejor.

—No las tengo todas conmigo. Logan y tu hermano, cualquier día de estos van a matarse.

—Ah, no. No te preocupes por eso. Adiós a los conflictos.

¿Adiós a los conflictos? ¿Compartiendo espacio? ¡Imposible! No comprendo como ella puede estar tan segura. Ya hemos vivido esa fiesta y no es nada graciosa.

Puede que la situación no sea permanente. No seré yo el que se niegue a disfrutar de ella mientras dure.

—Mientras no se maten esta noche, me doy por satisfecho. Que duerman un día tranquilos antes de llegar a las manos. —Estoy demasiado cansado para levantarme a separarlos.

Cassidy ríe entre dientes.

—No van a dormir juntos. No tienes por qué preocuparte.

¿Cómo? ¿No van a dormir juntos? Ahora sí que estoy perdido. Y alerta. Algo no me encaja. No tenemos habitaciones suficientes. Si Tristán y mi hijo, no duermen en la misma habitación… No, Logan no va a cambiarse por mí. Ni de coña. Hablamos de eso y lo dejé claro. No voy a consentir que mi hijo duerma en el sofá todas las putas noches.

Antes de anticiparme y montar una escena de padre sobreprotector, pregunto.

—¿Entonces?

—Tú te quedas con tu habitación. Mi madre y Zoey siguen como están. A Tristán lo he cambiado de cuarto. Ahora duerme en el mío.

—No me gusta una mierda el camino que toma esto. —Y Logan, en lugar de compartir habitación con mi hermano, lo hace conmigo.

Por encima de mi puto cadáver.

Ni de puta coña, vamos. Si pretendían acabar de joderme el día, lo están haciendo de lujo.

Lo que me faltaba. Mi hijo durmiendo con ella. De chiste. Eso es mucho peor que instalarlo en el salón.

El mismo que me confesó que pretendía follársela. Al mismo que se le cae la baba cuando mira en su dirección.

Hasta aquí llegamos.

Aprieto los dientes con fuerza. Mis fosas nasales se dilatan. Me jode admitir que quiero plantarme delante a mi hijo para partirle la cara, pero así es.

No me va a temblar el puño a la hora de estampárselo en la cara.

De pronto miro el semblante satisfecho de Cassy. La necesidad de tirarla sobre esa cama, abrirme camino entre sus piernas y hacerla entrar en razón a base de polvos se abre paso. Todo explota cuando la realidad me golpea las costillas.

Quiero, quiero, quiero… No puedo hacer una mierda.

Es la hija de mi mujer.

La-hija-de-mi-mujer.

¡Joder!

Se me va la puta pinza.

Ni siquiera soy nadie para reprocharle nada. Eso es lo más jodido. Es adulta. Si quiere dormir con Logan, yo solo puedo aceptarlo y callarme la boca.

No puedo montar una escena en plan neandertal, cargármela al hombro y recluirla en esta habitación. Retenerla solo para mí, como me gustaría hacer, porque no soy quién para reclamarla.

La vuelta a la realidad es amarga y sabe a mierda.

No cuento con una buena mano para jugar. Tampoco puedo pasarlo por alto sin pelearlo. Aunque sea escondido en una esquina. Si tengo algún As, es el momento de sacarlo de debajo de la manga.

—No me parece buena idea —siseo con los dientes apretados.

Mi voz suena tensa, más grave y profunda de lo normal, incluso algo molesta y seca.

—Es la mejor solución, Grayson. Todos contamos con un espacio y nadie va a sacrificar más que otro.

Se equivoca. Yo voy a sacrificar muchísimo. Mi puta cordura está en juego. No puedo dormir sabiendo que, en la habitación de al lado, tras la pared que duermo, mi hijo lo hace con ella.

—No somos críos —intenta tranquilizarme. Sin éxito.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

Cassy cabecea, entendiendo perfectamente mi comentario, no sé si tomándoselo a coña o no. Ahora mismo estoy tan cabreado que me importa una mierda cómo lo interprete. Lo más jodido es sentirse entre la espada y la pared y no poder hacer nada.

Atado de pies y manos, sin margen de maniobra.

¿Se supone que me tengo que quedar de brazos cruzados mientras mi hijo intenta meter ficha? Joder, sí. Es justo lo que se supone. No puedo hacerlo, hostias. No puedo imaginar a Cassy…

Doy media vuelta y me aprieto la sien con los dedos.

—También somos responsables…

—Tú puede, pero él, ni de coña —rujo cabreado.

Respiro hondo. Una vez, dos, tres… Cuarenta y cinco. Y me sigue pareciendo la misma mierda. La misma puta locura. Cassy espera a mi espalda paciente y comprendo que la pataleta que tengo frente a ella no se sostiene.

Me va a hervir la puta sangre, pero tengo que tragar la bola y dejarlo ir. No queda otra.

Podría hacer saltar el puto mundo por los aires, ¿y luego? ¿Estoy preparado para afrontar las consecuencias?

No. Claro que no. Ni siquiera sé qué pretendo. Seamos realistas: esta chica no es para mí. No puedo ser tan egoísta.

—De acuerdo —concedo a regañadientes —. Si es lo que quieres.

El semblante de Cassy se descompone. Es como si, en cierta medida, ella esperase mi reacción desorbitada, pero al comprobar mi rendición, parece decepcionada.

O, tal vez, eso es parte de mi autoengaño.

CAPÍTULO: 13

Cassidy

Tristán rodea con sus brazos a Jade y apoya la cabeza en su hombro.

Ayer llegó al pueblo. Mi hermano pasó el día fuera con ella. Al parecer, se resistía a traerla al rancho. Finalmente, claudico. Se han levantado tarde y acaban de aparecer en la cocina. Hambrientos.

—¿Queda zumo? —Niego con la cabeza. —¿Y mamá?

—No la he visto. ¿Café? —pregunto sin volver la cabeza.

—No. Nos vamos a Kerrville. Me llevo tu camioneta.

No es la primera vez que me pide el coche. No me importa que se lo lleve. Seamos sinceros, ni siquiera es mío. Pero tengo que ir a recoger a Zoey a casa de su abuelo.

No me importa hacerlo a pie. No me parece bien darle esa caminata a la niña.

—Tengo que ir a casa de Rhett.

Mi hermano resopla.

—¿Hasta ese punto llegamos? —susurra, Jade. Si su intención era que yo no la escuchase, falla estrepitosamente.

—Viven aquí al lado. Puedes ir…

—No —corto el discurso. Lo conozco y no necesito escucharlo.

—Joder, Cassy.

—¿Por qué ella tiene vehículo propio y tú no?

—Yo no tengo vehículo propio —me defiendo antes de que mi hermano abra la boca.

—No sé cómo puedes aguantar esto.

Nunca me ha caído demasiado bien Jade. En esta ocasión, lo hace peor de lo habitual. Supongo que mi cupo de tonterías está completo.

Aun así, decido no echar más leña al fuego.

Dejo la olla al fuego. Voy a cambiarme de ropa antes de que la sangre llegue al río.

Tengo claro que, en cuanto salga por la puerta y los pierda de vista, no volveré a saber nada de ellos, al menos hasta mañana. Mi hermano es especialista en desaparecer. Si Jade está involucrada, su superpoder aumenta.

—No te olvides de que mañana comemos en casa de Rhett.

Puede que deba llamarlo por teléfono un par de veces mañana, cuando no se presente, y nos deje a todos tirados. Aun así, intento recordárselo.

—¿Rhett? ¿Quién es Rhett?

—El padre de Grayson —explico a mi futura cuñada sin más.

—¿El estafador? —pregunta a mi hermano.

¿Estafador? ¿De qué habla?

Detengo mi marcha. Anclo los pies en el suelo. Freno a su lado y giro la cabeza. Busco los ojos castaños de mi hermano. Repiqueteo la punta de mi pie, descalzo contra el suelo y cruzo los brazos por debajo del pecho.

Esperando una explicación. Con mucha más paciencia de la que debería.

—Sí —dice sin atisbo de duda y sin que le pese.

—¿De qué hablas, Tristán? Grayson no es ningún estafador.

—Ah, ¿no? Dime si algo de lo que se nos prometió es cierto.

—Nadie nos prometió nada —recuerdo.

—Tierras, dinero, buena vida.

—¿En serio? —Me observa con la mandíbula contraída y reafirmando su posición con un gesto de cabeza.

Me froto la cara con las palmas de las dos manos. Tiene que ser una broma. No puede ser tan imbécil. Para sorpresa de nadie descubro que sí. Sí, es tan imbécil.

—En todo caso, la estafadora es tu madre —escupo de mala gana. —A fin de cuentas, ella es la que te prometió todo eso. A él ni siquiera lo conocíamos. Si crees que no tienes una buena vida, lárgate de aquí, ya te lo he dicho antes.

—No, chicos. No os enfadéis. Es una situación complicada, pero estoy segura de que sí hablo con mi padre…

—¿Situación complicada? Sí, lo es. Pero porque Tristán no hace más que poner trabas.

—¡Cassy! —protesta mi hermano enfadado.

—Me largo. No necesito escuchar nada más.

Golpeo los pies contra el suelo y subo a mi habitación.

—¡Cassy!

—Hola, cariño.

Saludo a Zoey nada más cerrar la puerta de la camioneta. Baja corriendo y la recibo con los brazos abiertos.

—¿Me echaste de menos? —cuela su carita en mi cuello —. ¡Cuánto pesas! Has crecido muchísimo —bromeo. —¿Qué te da de comer el abuelo?

—Macarrones con queso —responde feliz.

La achucho contra mí y subo las escaleras del porche con ella en brazos.

—Hola, señor Ash… Rhett —corrijo cuando arquea sus cejas.

Le doy un abrazo de medio lado, ya que teniendo a Zoey en brazos, la tarea se complica.

—El tío Ethan me regaló una muñeca. ¿Quieres verla?

—¡Claro!

Dejo que los pies de la niña toquen el suelo y sale disparada, aplaudiendo. Supongo que en busca de su muñeca nueva.

—Hola, bombón.

—Hola, Zane. —Pongo los ojos en blanco.

El coqueteo constante de Zane ya no me incomoda. Acabé comprendiendo que él es así. Tampoco considero que lo haga con maldad. Simplemente es un ligón de manual. Pero es buen tío.

Entro en la cocina seguida de Rhett. Cuelgo la mochilita donde llevo mi arsenal personal de productos altamente imprescindibles y tomo asiento en una de las sillas de madera.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto a Ethan.

—Yo también me alegro de verte —responde socarrón —. He venido a cambiarme.

—El muy idiota se ha caído al río —espeta su padre.

No puedo evitar cubrirme la boca con una mano y esconder las carcajadas que amenazan con inundar la estancia.

—Ríete, tranquila.

—Lo siento, Ethan. No quería…

—Querías —bromea —. No me decepciones ahora. Bueno, os dejo. ¿Vas a pasarte luego por el establo?

Tamborileo los dedos en la mesa.

Últimamente, voy con Zoey a diario. A veces no nos entretenemos allí mucho tiempo. Pero siempre vamos a hacerles una visita. Tenemos esa rutina. Creo que a las dos nos gusta y a los chicos también.

—Es posible. Depende de Zoey.

—Si la dejas decidir a ella, entonces es un sí —ladra a modo de despedida.

Le proporciona un par de toquecitos con la mano a la guarnición de madera y se marcha.

Rhett se coloca de espaldas a mí, junto a la encimera. Vierte café en tres tazas. Me pasa una, otra la deja en el hueco vacío frente al mío. No tarda en ocuparlo Zane. Él toma asiento en la cabecera y vierte un gran chorro que llena la taza hasta arriba, de whisky irlandés.

—Vamos fuerte.

Coloca el dedo índice sobre sus labios.

—Es un secreto —susurra con voz juguetona.

—No es ningún secreto, papá. Lo huelo desde la entrada. No engañas a nadie.

Su padre se recuesta en la silla y ríe abiertamente.

Zane, le arranca la botella de alcohol de la mano e imita el gesto de su padre.

—Compartimos secreto —dice encogiendo los hombros. —¿Quieres? —ofrece la botella.

Cabeceo con una sonrisa en los labios, en señal de agradecimiento. No me gusta el alcohol. Su sabor me repele.

—Lo olvidaba —sisea entre dientes.

—¿Qué?

—No tienes edad suficiente para beber —se mofa.

—Muy gracioso.

—Tranquila. Puedes servirte. Nosotros te guardamos el secreto.

—Deja a la chiquilla en paz. —Rhett se apresura a defenderme.

Levanta el culo de la silla. Retira la botella de la mesa y aprovecha para darle una colleja a su hijo.

Él se frota la nuca con un reproche que nunca llega a pronunciar y que queda en la punta de la lengua.

No puedo evitar apretar los labios uno contra otro y reír por la nariz.

—Consentida —escupe Zane con ironía.

Sé que solamente bromea.

Le enseño la lengua y me quedo tan ancha.

El teléfono fijo suena desde el salón. Rhett que ya está en pie, se decide a responder.

Apenas sale por la puerta, Zane alarga la mano y roza mis nudillos con sus dedos. A modo de reclamo, para llamar mi atención. Estaba distraída jugando con mis manos.

Cruzo una pierna sobre la otra.

—¿Sales conmigo? —Eso ya no suena a coña. Todo lo contrario. Lo pregunta totalmente en serio.

No hay fanfarronería ni falta de respeto en sus palabras. Una simple pregunta, que busca una afirmación por mi parte.

—Una cena. —Niego.

No tiene sentido salir a cenar con un tío que solo busca lo que viene después de la cena. Un chico que no se interesa por mí. Solo soy una fijación. El hecho de que el primer día que nos conocimos cortara por lo sano con el coqueteo, lo lleva a querer salirse con la suya.

Tengo clarísimo que Zane sería un polvo y punto.

Sinceramente, estoy demasiado a gusto como para joder lo que tengo en este lugar, con estas personas, por un simple revolcón.

—Una copa. —Baja la apuesta.

El resultado es el mismo.

Su insistencia no es más que su negativa al rechazo. Al parecer, nadie le dice que no a Zane Ashford. Cuando nos conocimos, no tenía ni idea de quién era. Con los días me he informado. No solo es

el Bareback Rider más conocido del condado. Sus logros en su carrera deportiva van tan lejos como su fama de mujeriego.

Está muy bueno. Nadie puede decir lo contrario.

Un hombre de veintiocho años, con un físico impresionante, unos músculos esculpidos en piedra que te hacen perder el norte, el sur, este y oeste al mismo tiempo. Con una altura de casi metro noventa y unos ojos grises que prometen que lo que ves y lo que ofrece no decepciona. Ese pelo rubio claro revuelto, esa sonrisa de medio lado, por instantes, admito que me hace replantearme mi decisión. La mía y la de cualquier pardilla que le diga que no a un tío como este. Porque hay que ser imbécil para rechazarlo. Pero… Nunca dije que no lo fuera. Además, puede que Zane sea el sueño húmedo de cualquier mujer, pero no es lo que yo sueño todas las noches.

Se muerde el labio inferior. Más que mirarme, me devora.

—¿Puedo hacer que cambies de opinión?

Sin palabras, vuelvo a responder lo mismo.

No tiene pudor cuando retira la silla hacia atrás y se incorpora, apoyando un puño en la mesa. Tampoco cuando se inclina hacia adelante y se coloca cerca de mí. Mucho menos, cuando invade mi espacio personal y me acaricia el labio inferior con el pulgar.

—Haré que cambies de parecer, dulzura.

Estoy a punto de soltar un «buena suerte con eso».

Rectifico y mantengo el silencio.

Al escuchar los pasos de Rhett, toma asiento de nuevo. Con las piernas abiertas y recostado en su silla. Se aleja, pero no cambia de actitud. Su mirada lasciva y sus gestos descarados, me hacen sentir un pelín incómoda.

No por mí, sino por Rhett. Paso de que se malinterprete nada. Como bien dije, no quiero jugarme lo que tengo, por un malentendido.

Su padre pasa de nuevo detrás de su silla y a Zane le cae una nueva colleja.

—Joder, papá.

—Deja de molestar a la chiquilla.

Esta vez sí río abiertamente.

No me contengo.

Parece ser que Rhett lo tiene caladísimo. Eso me hace sentir de nuevo a gusto.

Me fallan las piernas. Mis rodillas se tambalean y echo la mano a un lado. Me descubro sin punto de apoyo, por lo que la palma de mi mano contraría, completamente sudorosa, se aferra con fuerza.

¡Joder! Joder, joder, joder.

—Au. Me haces daño.

—Perdona, cariño —me disculpo con Zoey a quien llevo de la mano. —Lo siento —. Modifico mi agarre que es demasiado intenso, y trato de relajar tanto mis músculos como mi respiración errática.

Incapaz de apartar la mirada.

Grayson Ashford, a lomos de un caballo. Sin camiseta. El sudor resbala por su pecho y yo estoy a punto de desmayarme. Galopa. A un cierto punto, el caballo relincha y levanta las patas delanteras, dejándolos a ambos en un ángulo de casi noventa grados.

Grayson sujeta su sombrero con una mano. Lo que hace que el sueño continúe, y yo, abra la boca.

Jo-der.

Las patas delanteras del animal tocan de nuevo el suelo y Grayson repara en nosotras.

—Shhh. Tranquilo.

La bestia que tiene entre las piernas se relaja, pero no lo suficiente. Grayson palmea su pelaje color chocolate y lo alienta a acercarse. Antes de llegar a nuestra posición, baja de un salto y recorre los metros que le quedan caminando.

—¡Papi! —saluda Zoey con entusiasmo.

—Mi ratoncita.

Grayson se agacha para besar a su hija.

—No, no. Que me manchas —lo rechaza.

Él esconde una sonrisa y acaricia su mejilla.

—¿Qué tal lo has pasado en casa de abuelo?

—Mira lo que tengo. —Enseña orgullosa su muñeca.

—¡Vaya!

—¿Y Logan?

—¿Quieres enseñarle la muñeca? —La niña afirma, levantando el dedo índice y flexionándolo varias veces. —Logan —llama a su primogénito con voz profunda.

—Aquí —responde él.

—Ve a buscarlo. Está detrás de esos fardos. —Zoey suelta mi mano, para ir en busca de su hermano. —Cuidado donde pisas —advierte Grayson.

—Hola —saludo como una pardilla, levantando la mano derecha y sin poder apartar los ojos de él.

—Hola, cowgirl.

—Ha sido… —Busco la palabra. —Impresionante.

—¿Quieres intentarlo?

—No, no quiero. Quiero decir…

—Es broma, Cassy. No te lo permitiría. —¿No me lo permitiría? ¿Qué quiere decir con eso? —Ven, quiero enseñarte algo.

Sin darme tiempo a reaccionar, Grayson entrelaza sus dedos con los míos y tira suavemente de mí. Esa conexión, de repente, hace palpitar mi entrepierna.

Camina con paso decidido. Su cuerpo va por delante. Lo que me lleva a fijarme en su espalda ancha y bien definida. Si su sola presencia aumenta diez grados, su toque hace estallar el termómetro.

Su mano es áspera y su agarre firme. Me obligo a mantener la compostura y fingir que nada ocurre.

Entramos en el establo. Apenas hay caballos, excepto en algunos boxes que siguen ocupados, por lo que no pasamos cerca de ellos.

—Están todos fuera —explica adivinando mi pregunta.

Eso me tranquiliza mucho.

Desde el día en que entré a conocer a Buck, he estado unas cuantas veces en el establo, siempre acompañada de Grayson, quién es de lo más paciente conmigo.

No sé si puedo decir que mi miedo a los caballos pasó a mejor vida. Sin duda, me siento mucho más cómoda que al principio. Al menos no tengo ganas constantes de salir corriendo y tengo que taparme los ojos para no ver lo que me rodea.

Frena delante de un box apartado, que es bastante más grande que la mayoría. Me deja frente a la puerta y cruza los brazos a la altura del pecho.

No puedo evitar repasarlo con la mirada. Cuando carraspea (porque evidentemente soy imbécil, no puedo controlar mis hormonas, y lo estoy haciendo sentir incómodo), aparto la mirada.

Con un golpe de cabeza me pide que observe el interior.

—Nació hace dos noches.

Mi corazón se reblandece cuando veo al potrillo, mamando.

—¿Por eso te llamaron? —pregunto, recordando que tuvo que marcharse a toda prisa, cuando llevé a Zoey a casa de su abuelo.

—Sí. Complicaciones en el parto. Salió bien —informa al leer la preocupación en mi rostro.

—Es precioso.

—Preciosa —corrige.

—¿Hembra?

—Así es.

Sin pedir permiso a Grayson, abro la puerta y me acerco con mucha cautela. Cuando su madre gira la cabeza, me acobardo y retrocedo.

—Shhh —susurra él a mi oído, pegando su cuerpo al mío de nuevo. —Es muy tranquila. No tienes de qué preocuparte. Solo déjate guiar.

—Vale —acepto sin oponer resistencia.

Confío en Grayson. Tengo clarísimo que no va a dejar mi seguridad al azar. También conoce mis límites y conduce la situación a la perfección.

—Extiende la mano.

Lo hago y él se agacha para coger un puñado de algo que vierte en la mía.

—Es avena —explica con voz pausada. Sus labios me cosquillean el lóbulo del oído y yo solo puedo desear que no los retire nunca.

Rodea mi muñeca con su enorme mano y me extiende el brazo.

A la yegua pronto le llama la atención y gira el cuello en nuestra dirección. Admito que, cuando acerca su hocico, me acojono.

Grayson no cede y, cuando siente mi temblor, incluso se percata de que voy a retirar la mano, reafirma su agarre, lo hace más duro, pero sin llegar a hacerme daño.

Intenta mantenerme serena, chistándome al oído.

—Le encanta.

—No lo dudo. Yo no estoy tan segura de… Ayyy —suelto, cortando mi queja al sentir su proximidad.

Él no deja de chistarme, mientras agarra mi mano, extiende bien el brazo y acaricia la porción de piel desnuda de mi vientre.

No soy capaz de controlar el temblor de mi cuerpo. Es… ¿Miedo? ¿La excitación inevitable que su toque me proporciona? Ya no lo sé. Supongo que es una mezcla de todo.

Me relajo cuando el labio superior de la yegua cosquillea la fina piel de mi palma, mientras atrapa todos los copos y comprendo que no va a morderme.

—Tranquila, cowgirl.

Ese susurro ronco y profundo, lejos de tranquilizarme, me acelera mucho más el corazón.

Joder, ¿qué me pasa con este hombre?

La yegua retira la cabeza, apenas termina.

—Es muy tranquila —repito las palabras que él mismo me dijo solo con la intención de tranquilizarme.

—¿Qué tal la noche? —pregunta de la nada.

—Bien.

Permanece callado unos segundos. Libera mi muñeca y dejo caer el brazo. Grayson coloca la mano libre en mi vientre, junto a la otra. Pasa a acariciarme con ambas. Pese a que el momento pasó. Ya no estoy nerviosa. Al menos, no por el caballo. Mi alteración es por un motivo muy distinto. Cuela la nariz en mi pelo y juraría que inhala mi olor.

Eso me lleva a desear recostar la cabeza sobre su pecho. Me contengo.

—¿Tiene nombre? —Trato de romper el silencio.

—¿Quieres ponérselo tú? —No hace el intento de separarse y yo no seré la que proteste por ello.

—¿Puedo pensármelo? El nombre, quiero decir.

—Puedes.

Los dedos de Grayson se aferran un solo segundo a mi piel y luego desaparecen.

Interpone una distancia prudencial entre nosotros.

Al instante, su ausencia me perturba.

CAPÍTULO: 14

Grayson

Aspiro entre dientes con los ojos cerrados. Todavía percibo su aroma. Extiendo la palma abierta sobre los azulejos de la pared. Bombeo mi polla mientras la cascada de la ducha empapa mi cuerpo.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hice esto. No me refiero a masturbarme, sino al hacerlo pensando en una mujer. Una mujer en concreto.

Recurro a fantasías constantemente mientras me la machaco. Nunca tienen rostro. Siempre son imágenes eróticas que utilizo para ponérmela dura y descargar.

Hoy es diferente.

Todo es distinto.

Distingo a la perfección mi objeto de deseo. Tiene nombre y una preciosa carita de muñeca que me vuelve loco.

Ni siquiera tengo que imaginarme nada obsceno.

Basta con recordar el tacto de la piel de su vientre, el olor de su sudor, el color y sedosidad de su cabello rubio, para que me vuelva un animal.

Gruño y la última sacudida me lleva a correrme y derramar una cantidad desorbitada de semen, que el agua arrastra hacia el sumidero.

¡Qué puto placer! Y breve, muy breve.

No tardo más de dos segundos en sentirme como una mierda tras descargar.

Es la hija de la que se supone es mi mujer.

Una cría de diecinueve años, hostias.

Mi hijastra. A quien debería proteger, y no utilizar para masturbarme como un puto degenerado.

Golpeo la pared de la ducha con el puño y dejo caer la cabeza hacia atrás.

Esto tiene que parar.

Sé de buena tinta que no voy a acercarme a ella. No voy a pervertirla. No haré algo tan asqueroso como seducir a una niña. Mucho menos a una que vive bajo mi mismo techo. Juega con mi hija pequeña y confía en mí.

Soy deplorable.

Y lo peor de todo es que ya lo he hecho.

Ya me acerqué a ella. Ya la toqué de manera indebida. Ya se coló bajo mi piel y me parece imposible desterrarla.

Suspiro con aspereza, agotado mentalmente, odiando la contención que estoy obligado a mantener. Por su bien. Porque un hombre de treinta y ocho años no puede dar rienda suelta a sus instintos primarios con una adolescente. No es ético, joder.

Soy un puto enfermo.

Salgo de la ducha, decepcionado conmigo mismo, y me enrollo una toalla a la cintura.

Apago de un manotazo la luz antes de abrir la puerta del cuarto de baño de mi habitación.

Sin ganas ninguna y con un bajón de la hostia, me siento en el borde de la cama.

Me dejo caer de cualquier manera sobre ella. No me molesto en secarme. Nadie va a entrar en mi habitación. Fijo la vista en el techo y no sé a qué hora me quedo dormido.

El peso de su cabeza sobre mi pectoral. Las caricias de sus uñas a mi pecho. El cosquilleo de su pelo al caer sobre mi brazo.

Un rugido de satisfacción invade mi garganta.

Mis labios están sellados.

Reafirmo el agarre en su cintura y la estrecho contra mi cuerpo.

Su piel ardiente se acopla a la mía.

Coloco un brazo a modo de almohada y…

Joder. No es un puto sueño.

Noto la tensión de mis pelotas y sé que la tengo dura.

Abro los ojos de golpe.

Sigo tirado en mi cama, boca arriba. No estoy solo, giro la cabeza y abro mucho los ojos, pese a que no se ve una mierda. La oscuridad envuelve la habitación.

Sus labios se aferran a mi piel. Reparte húmedos besos a lo largo de mi pecho. Cruza una pierna por encima de las mías y desciende la mano hasta acariciarme la polla.

Está desnuda. Yo estoy desnudo.

Me incorporo un poco. Con más brusquedad de la que pretendía, me separo de ella. En mi defensa diré que es una puta emboscada. Estaba dormido. No esperaba encontrar a nadie en mi cama en absoluto.

—¿Qué pasa?

La voz de Skylar resuena y eso solo me desconcierta todavía más.

—¿Skylar? ¿Qué cojones haces?

Intenta acercarse de nuevo a mí. Soy rápido y ya he abandonado la cama. Tiro de la toalla que anoche debió caerse al suelo y me la enrosco de nuevo a la cintura.

No acepta mi negativa. Se arrodilla en la cama y apoya las palmas abiertas en mis pectorales.

Enciendo la luz de la mesita de noche.

Ella no siente el más mínimo pudor por quedar desnuda frente a mí.

—¿Tú qué crees que hago, Grayson? —ronronea contoneándose.

Agarro sus muñecas con dos manos. Cuando presiento que va a acercarse más, empieza a acortar la distancia. Le retiro las manos de mi cuerpo y dejo que caigan a ambos lados de su cuerpo.

Abro la puerta de mi habitación y señalo el pasillo.

—Sal de aquí —exijo sin miramientos.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Pero… —dice, enmudeciendo un segundo. —¿Qué haces tú? —recrimina. Tócate los cojones, ¿qué se supone que hago yo? Dormir, joder. Dormir hasta que llegó ella a montar una escenita. —Se supone que eres mi marido —escupe con indignación.

—No ese tipo de marido. —Y ella lo sabe muy bien. No entiendo a qué viene este numerito.

—Sal de mi habitación, por favor —repito sin perder el temple.

—No voy a irme, Grayson. Tú y yo…

—No hay un tú y yo —corto lo que sea que tenga en mente, porque tiene que quedarle muy claro. Los dos lo teníamos meridiano, joder.

Indignada y cabreada, pero sin la más mínima vergüenza, se levanta de la cama, donde seguía de rodillas y desnuda. Me planta cara.

—Te vas a arrepentir de esto —amenaza. —¿Me oyes? —insiste, señalándome con el dedo, cuando se percata de que no voy a entrar en su juego.

—De acuerdo —respondo tranquilo.

—Eres un desgraciado.

La invito a retirarse con un ademán y ella sale enfadadísima de la habitación.

—Esto no se va a quedar así —grita más de lo debido.

—Te recuerdo que nuestros hijos, incluida mi hija de cinco años, duermen tras esa puerta —explico con calma, dando un golpe de cabeza en dirección a la habitación de Zoey. —Te agradecería que bajes el tono de voz. No me gustaría que presenciara esta escena y mucho menos que nos encuentre desnudos en mitad de la noche en el pasillo.

La cara de Skylar se descompone. La ira visita sus ojos. Su rostro se enrojece a causa de la mala leche acumulada.

—Eres un hijo de puta.

¿Por no querer follármela? Esta sí que es buena. No pienso discutir con ella. Lo mejor es que se retire, se relaje y reflexione ella misma. Si una mujer de cuarenta y cinco años no distingue cuando hace algo mal, no se lo explicaré yo. Ya tengo dos hijos de los que cuidar, no necesito otra. Es mayorcita.

—Buenas noches, Skylar.

—Desgraciado…

Cierro la puerta y esta vez me aseguro de pasar el cerrojo. Es lamentable que tenga que hacer algo así en mi propia casa para poder dormir tranquilo.

Me extraña encontrar a Skylar por la mañana en la cocina. Cada mirada que me dedica es peor que la anterior.

Si pretende hacerme sentir molesto en mi propia casa, no le saldrá bien la jugada.

Soy un hombre de treinta y ocho años no un crío que tiembla ante cualquier percance y esconde la cabeza bajo el ala.

Es absurdo.

Cassidy deja una lonchera junto a la taza de café que acabo de servirme.

Antes de que se dé la vuelta y regrese a la encimera, es inevitable que atrape su mano. Coloco encima la mía. La intensidad de esos

ojos verdes, tan serenos y bonitos como la más valiosa de las esmeraldas, me deja sin aliento.

—La comida —explica y sus labios se curvan hacia arriba.

—¿Mi comida? —asiente por toda respuesta. —Gracias, Cassy.

—De nada, Grayson.

Ese nombre. El mismo que llevo escuchando todos los días de mi vida, suena distinto si ella lo pronuncia. Una promesa que todavía no soy capaz de descifrar.

Al darme cuenta de que no se marcha, se limita a sonreír en silencio, caigo en que todavía es prisionera de mi agarre.

Carraspeo a modo de disculpa y la libero muy a mi pesar.

Pasamos unos minutos en silencio, Skylar sin abandonar la fijación que parece tener esta mañana conmigo.

Cassidy me ofrece un vaso de zumo de naranja recién exprimido. Lo acepto con ganas y se lo agradezco de inmediato.

—¿Vas a venir hoy a comer con tu padre?

Es verdad. La santa comida. Casi lo olvido. Tengo trabajo para aburrir. Encontrar tiempo para disfrutar de mis hijos es primordial. Además, me apetece desconectar un rato. Me apetece ir, comer con Cassy y mi familia. Lo que no me llama tanto es hacerlo con Skylar. Es mi mujer. Se supone que debo acudir con ella y toda esa mierda. Pese a que me niego a montar un numerito delante de los míos, tampoco puedo hacerle vacío.

—Os veré directamente allí.

No me gusta trabajar los domingos. Varios de los trabajadores andan por el establo, con las complicaciones que sufrió la yegua en el parto, me quedo más tranquilo si le echo un ojo yo mismo.

Levanto el culo de la silla. Bebo de un trago el zumo y golpeo el marco de la puerta con los dedos a modo de despedida.

Con los brazos estirados, agarro el volante con las dos manos. Pierdo la vista en un punto fijo en la nada.

No soy capaz de medir el tiempo que pasa.

Ausente. Con mil cosas y a la vez con ninguna rondándome la cabeza.

Ethan golpea el cristal de la ventanilla con los nudillos.

—¿Vagueando?

Presiono el interruptor, imaginario, y salgo de la camioneta.

—¿Pasó Jack por aquí?

—Acaba de irse.

—¿Y?

—Seguirá administrándole analgésicos y antibióticos para prevenir. La ve bien.

Le doy un par de palmaditas en el hombro.

—¿No has traído a Logan?

—No.

Es domingo. Trabaja como un jabato. Merece un descanso.

A lo lejos observo cómo Zane aparca su camioneta y la puerta del copiloto se abre. Logan sale de ella.

¿Otra vez va a entrenar? ¿Con mi hermano?

Resoplo.

Hace unos meses llegó con la sorpresa. Traté de hacerlo cambiar de opinión, precisamente a base de esfuerzo bruto en el campo. Al muy cabrón parece gustarle. Lejos de replantearse su futuro y aplicarse más en los estudios, conseguí que los desechara por completo.

Se obsesiona enseguida. Últimamente con la tontería de seguir los pasos de mi hermano Zane. Me preocupa. Tengo bastante con los quebraderos de cabeza que nos da Zane, como para sumar que mi

hijo se dedique a lo mismo. Pero es lo que desea. Al menos de momento. Jamás me atrevería a cortarle las alas.

Sé que juré que, si esa fijación seguía su curso, cortaría de raíz. No puedo. No quedará pendiente por mi culpa. No me opondré. Aunque me cueste Dios y ayuda aceptarlo.

Mi cometido es que mis hijos sean felices. Puedo morder el polvo, con tal de verlos sonreír.

Eso no quiere decir que no intente disuadirlo. No me entusiasma que mi hijo se juegue la vida, todos los días.

Llegamos a casa de mi padre y lo primero que hago es saludar a mi hija. Como siempre la encuentro junto a Cassidy.

Me encargo de la barbacoa. Zoey se queda en la cocina con Cassy, y empiezo a creer que es su persona favorita de todos los tiempos.

Es una niña muy afectuosa. Enseguida se entusiasma con las personas que le muestran un poco de cariño. Pero lo que tiene con esta chica va más allá de lo normal.

No se separa de ella ni a sol ni a sombra. Parece una extensión de su cuerpo. A Cassidy parece no importarle. Todo lo contrario. Cuando desaparece más de quince minutos, enseguida va en su busca. Pasa más tiempo sobre su regazo que en cualquier otro lugar. No voy a decir que no se me cae la baba al verlas.

Coloco las tiras de costilla en una bandeja.

Mi padre hace sitio en una mesa repleta.

—¿Y Tristán? —pregunta mirando a Skylar.

—Con su novia. Tenían planes.

Tan solo el sonido de su voz me molesta. Cada día que pasa, me resulta más complicado tenerla cerca.

Puede que solo sea resentimiento a raíz de los últimos encuentros que mantuvimos a solas. No soy un tipo rencoroso. Algo en esta mujer no me gusta.

—¿No van a venir? —insiste.

—No.

—Mejor —responde Logan, quien se gana una mirada asesina de mi parte en señal de advertencia. Sé lo mal que le cae el chaval, tiene que controlarse.

—Siéntate con tu mujer, hijo.

A regañadientes obedezco, no porque me haga ilusión. Se supone que así es como tiene que ser.

Se nos unen los amigos de Logan y un par de amigos de Zane. Ethan bromea con mi padre y Zoey pasa toda la comida encima de las piernas de Cassidy.

Las dos más alejadas de lo que me gustaría.

Mi hermano pequeño no ha dejado de intentar meter ficha en toda la puta comida. Varios de nosotros nos atragantamos al escuchar algunos de los descaradísimos comentarios. Menos mal que mi padre anda avispado. Alguna que otra colleja se llevó. No parece importarle, ya que sigue dando por culo.

Me comen los demonios cada vez que le tira la caña, o se acerca demasiado. En el momento en que paseó sus nudillos por el antebrazo de Cassy, estuve a punto de mandarlo todo a la mierda, de levantarme de un brinco y partirle la cara.

Apreté los dientes con fuerza y aguanté el tirón.

Lo que más me jode es que, a pesar de que Cassy parece sentirse a gusto y no le afecta la actitud de mi hermano hacia ella, tampoco le da bola. Eso me tranquiliza y al mismo tiempo, me lleva a querer sacárselo de encima a toda costa.

—Tienes que llevarla al pueblo.

—Ya lo conoce —siseo, engullendo un trozo de pastel de carne.

La boca se me hace agua. Miro a Cassy y le guiño un ojo. Conozco esas manos, sé que lo cocinó ella. Me sonríe brevemente y se centra en cortar la carne del plato de mi hija.

—Ven con el abuelo —pide mi padre a la niña. Esta niega con la cabeza. —Vamos, pequeña, ven aquí conmigo —palmea sus piernas.

Comprendo que solo trata de quitársela un rato de encima a Cassidy. Quien, ocupándose de mi hija, todavía no pegó bocado.

Al ver su resistencia, me levanto y voy en busca de mi hija.

Le ofrezco una mano. La muy condenada la rechaza. Rodea el cuello de la rubia con los brazos.

—Vamos, ratoncita, tienes que dejar comer a Cassy.

—No. Quiero quedarme con ella.

La adoro, sin embargo, batallar con una niña de cinco años no siempre es fácil. Hacerlo con una que tiene un montón de personas alrededor consintiéndola es aún peor.

Cassidy le pasa la mano por la espalda, reconfortándola y explicándole sin palabras que no es necesario que se marche si no quiere. Pero es que todos, en esta maldita mesa, están terminando de comer, cuando ella ni siquiera empezó.

Cassy susurra algo bajito. Con el jaleo que montan a nuestro alrededor, no consigo entenderla.

Me inclino para estar a su altura y agudizo el oído.

—No hay problema. Deja que se quede —repite, supongo.

Apoyo la mano en el respaldo de su silla. Me acerco un poco más a su oreja.

—No has comido nada.

—Estoy bien.

Cojo su plato de encima de la mesa y entro en la cocina. Tras darle un golpe de microondas, se lo devuelvo. Su comida estaba congelada.

—Gracias, Grayson.

Tomo asiento de nuevo y me acoplo a la conversación.

Prácticamente me resulta imposible no mirar embelesado a las dos personas que se sientan en mi mesa, pero en el sitio equivocado. Demasiado lejos para mi gusto.

—Me lo comentó. Los cambios siempre son caóticos.

—No imaginas cuánto, Rhett.

—Lo importante es que las cosas se vayan encarrilando —comenta mi padre. —Tendréis tiempo de sobra.

Habla con Skylar sobre su padre.

Es amigo del mío. No son íntimos. Pero hace muchos años que se conocen. Asher y él estudiaron juntos. Fueron muy amigos durante la infancia. Hace un siglo. Con los años, cada uno construyó su propia familia. No perdieron el contacto, pero dejaron de tener una relación estrecha.

Siempre se han respetado el uno al otro. También han manteniendo el contacto. Incluso en ocasiones, cuando la nostalgia entra en juego, suelen juntarse con antiguas amistades de su adolescencia.

Asher es de Kerrville. Cuando se casó con la madre de Skylar, se mudaron a un pueblo vecino. Allí se establecieron y tuvieron hijos. Yo, por mi parte, no conocí a Skylar hasta el día de nuestra boda, si es que podemos llamar así a un simple papeleo en un juzgado.

Al parecer, por lo que su padre nos contó, Skylar abandonó su lugar de nacimiento cuando ingresó en la universidad. Allí conoció a Damon, el padre de Tristán y Cassidy. Era un hombre proveniente de una familia adinerada de Los Ángeles.

No tardó mucho en casarse y acoplarse a la vida de este. No tengo ni idea de cuál es la historia ni de los motivos que la llevaron a romper el contacto con su familia. Lo que sí sé es que sus padres acudieron a su boda. Pero desde entonces, se han visto un puñado de veces en estas dos décadas.

Cassidy y Tristán apenas han visitado un par de veces en toda su vida a su familia materna. Nunca tuvieron contacto con sus abuelos. Ni siquiera conocen a sus tíos o primos.

En cierto modo, me entristece.

Puede que el nacer en una familia unida como la mía me lleve a no concebir ese tipo de distancia interpuesta. No me gustaría que mis hijos crecieran sin ese tipo de relación con las personas de su misma sangre.

Somos una piña y, aunque a veces nos tiremos piñones a la cabeza los unos a los otros, también pondríamos el mundo patas arriba si algo le sucediera a alguno de nosotros.

—Podríamos invitarlos a la próxima comida familiar si a ti te parece bien —propone mi viejo.

Skylar finge una sonrisa que no se traga nadie.

Cruza una pierna por encima de la otra y ladea su postura, lo que la deja muy cerca de mí.

Pasa el brazo alrededor de mis hombros y se aferra a mi camiseta.

El canalla que lleva media hora dándole conversación sonríe. A mí me disgusta a más no poder. Tampoco es que tenga opción alguna de llamarle la atención o quitármela de encima.

Percibo los ojos de Cassidy clavándose en la mano de su madre.

Me inclino hacia adelante bebo un sorbo de cerveza, solo con la excusa de alejarme un poco de ella. Sin éxito. Cuando me recuesto de nuevo en mi silla, Skylar todavía recrudece más su agarre. Llega al punto de asfixiarme. Cuando frota su mejilla contra mi hombro y me da un beso en el cuello, no lo soporto más.

Carraspeo, una clara señal dirigida a la mujer que se toma muchas más licencias de las que puede.

Me ignora por completo. Suma la mano libre, y me acaricia el pecho por encima de la camiseta.

El ruido que hace Cassy al arrastrar la silla fija mi atención en ella.

Deja a mi hija en el suelo.

—Ve con papá, cariño. Yo tengo que…

—Pero yo quiero ir contigo.

—Vuelvo enseguida.

Le da un beso en la mejilla a mi pequeña y abandona la mesa. Es la primera vez que atisbo el más mínimo gesto de rechazo hacia mi hija por su parte. Si es que pedirle amablemente que le conceda un minuto puede llamarse rechazo.

No lo es en absoluto. Viniendo de ella, me sorprende.

CAPÍTULO: 15

Cassidy

¿Tengo derecho? No. ¿Tiene sentido? Tampoco.

No entiendo qué me ocurre, ni por qué no puedo controlar mis emociones. Mi fijación por Grayson está llegando demasiado lejos. Hasta el punto de que me afecta mucho más de lo que puedo controlar.

Solo sé que las ganas de llorar me oprimen el pecho. La rabia consume mi paciencia. La ira se apodera de mi cuerpo cuando la veo tocarlo.

Escondida en el cuarto de baño del suegro de mi madre, me concedo un segundo. Permito que las lágrimas de frustración que despuntan en mis ojos, salgan y así liberarme de este nudo en la garganta que no consigo deshacer.

Llegué a Hidden Valley y admito que Grayson me dejó patidifusa. Sería estúpido negarlo. Es un hombre imponente, con un atractivo físico impresionante y un carácter adictivo. Lo desterré de inmediato. Volví la vista en otra dirección.

Con el pasar de los días, según nos íbamos conociendo, resultaba cada vez más complicado no fijarse en él.

Ya no solo entraban en juego sus músculos de piedra y esa voz profunda que moja bragas a la primera palabra que suelta por su boca. También su cercanía, su calidez, su familiaridad y su… Mierda, su todo.

Cada día que pasa, la lista de pros aumenta, mientras la de contras sigue vacía.

No logro encontrar un solo defecto. Miento, se casó con mi madre. Es un dato a tener muy en cuenta.

Es algo incomprensible, ¿qué pinta un hombre como Grayson con mi madre? No tiene sentido. Tal vez yo me niegue a encontrarlo. No se llevan bien. Al menos mi madre no se lleva con él, y no le interesaba en absoluto, e incluso lo rehuía. ¿De dónde sale ese repentino interés y ese deseo en sus acciones que es incapaz de ocultar?

Las lágrimas repletas de rabia manchan mis mejillas. Las retiro de mala gana con el dorso de mi mano.

Me reúno de nuevo con mi madre y la familia de Grayson. La comida ha terminado. Yo ni siquiera llegué a probar bocado.

Logan y sus amigos están entretenidos haciendo rugir el motor de la moto de uno de ellos. Los demás contemplan la escena embobados, como si fuera un gran espectáculo.

Puede que así sea. Mi mala hostia no me permite apreciarlo supongo.

—¿Estás bien? —susurra a mi oído. Se acerca a mi espalda y me roza el vientre con sus callosos y ásperos dedos.

Asiento, deseando que ese leve roce se convierta en algo que nunca va a ser. Empiezo a conocer a Grayson. No creo que vaya a cruzar esa línea, aunque sé que él, también se siente atraído por mí.

Mi madre, sentada a varios metros con una copa de vino en la mano, fija la vista en la mano de Grayson. Él debe percibirlo y se retira sin añadir palabra.

Ya no me roza, pero permanece con su pecho pegado a mi espalda y la cabeza inclinada. Siento la intensidad de su mirada clavada en mí y su aliento en mi nuca.

—¡Cassy! —Zoey corre en mi dirección con los brazos abiertos.

Me agacho un poco para imitar su gesto y recibirla. —Has tardado mucho.

—Solo cinco minutos —me defiendo. Vale, puede que fuese algo más. —Estaba en el servicio, cariño.

—Pues… Te echaba de menos.

Me rodea el cuello y rápidamente la atrapo, poniéndome en pie y cargando a la niña.

—Y yo a ti.

Al incorporarme, caigo en que Grayson no se ha movido. Sigue pegado a nosotras. De nuevo envuelve mi vientre con una mano, flexiona un poco el cuerpo y le da un beso a su hija. No estaría tan desconcertada si no fuera porque besa mi mejilla antes de retirarse.

Volteo la cabeza y observo cómo se retira y apoya el culo en la mesa. Estira las piernas y las cruza a la altura de los tobillos, dándole un trago a su botellín de cerveza.

—Papi también te quiere.

—¿Qué has dicho, cariño?

—Que papi también te quiere —repite Zoey.

Por un instante estoy a punto de hacer una tontería, algo así como confesarle a la niña: y yo a él. Me contengo y me flagelo mentalmente por permitirme pensar un disparate como ese.

—Dame espacio.

—Si te doy espacio, escapas.

Zane me acorrala contra el muro de piedra de la pared de su padre. Creo que va pasado de cervezas. No se tambalea ni traba con las palabras, pero cada vez que abre el pico, suelta una incoherencia mayor.

—Escaparé de todas formas.

—Eso ya lo veremos. Llegará el día en que me supliques.

—¿Que te suplique? —Su sonrisa de medio lado se ensancha. —Suerte con eso.

Apoyo las palmas de las manos en su pecho. Lo empujo con suavidad. Conozco a Zane, no le tengo en cuenta estas salidas. Tiene que intentarlo, de lo contrario no sería él. No es que me haga sentir incómoda, ni tampoco es su intención. Pero una cosa es escuchar sus tonterías y reírme con ellas y otra muy distinta que invada mi espacio personal y se le vayan las manos. Comprendo que es fruto del alcohol. Por eso no pongo el grito en el cielo, aun así, prefiero que guarde las distancias.

—No seas tan dura conmigo —lloriquea.

—No seas tú, tan sobón conmigo —contraataco.

Sus manos pasan de estar ancladas en la pared a ambos lados de mi cabeza, a sostenerme por la cintura y masajearme al mismo tiempo. Pega su cuerpo al mío y choca nuestras frentes.

—Admite que te mueres por besarme.

—No me muero por besarte, Zane.

—Pues yo sí. Necesito probar esos labios, Cassidy.

Me acerca más a él y hace el intento de apoyar la boca contra la mía. Forcejeo con él. Se le está yendo de las manos, demasiadas cervezas en su organismo. Grayson sale de la nada, lo aparta de un empujón y, sin pensarlo dos veces, cierra el puño, coge impulso, y le asesta un puñetazo en la cara a su hermano.

Me hundo en la pared. Abro los ojos. Pasan un puñado de segundos hasta conseguir comprender qué sucede.

Me acuclillo deprisa junto a Zane.

Dios, acaba de tumbarlo.

—¿Estás bien? —Es una pregunta estúpida. En mi defensa diré que la situación me supera. No sé qué decir ni cómo comportarme. No entiendo lo que acaba de ocurrir.

—A ti se te va la puta pinza —recrimina Zane, tocándose la nariz y observando la sangre que brota de ella y le mancha los dedos.

—¡Grayson! —Ladra su padre a lo lejos. Corre apresurado en nuestra dirección.

Acabamos de mandar al traste el buen rollo de la comida de un plumazo.

Todos los presentes flipan. No es para menos.

La boca de mi madre se abre tanto, que parece uno de esos dibujos animados a los que le cae la mandíbula contra el suelo y observan con ojos desorbitados.

—¿Qué cojones haces? Eh. —Arremete de nuevo Zane.

Grayson se mantiene en pie. Con las piernas un poco abiertas y los brazos cayendo a ambos lados de su cuerpo.

Aprieta los puños con fuerza. Como si luchara por contenerse. Su mandíbula se tensa, sus fosas nasales se dilatan y tiene los ojos inyectados en sangre.

Nunca lo había visto así. Jamás imaginé que alguien tan dulce y atento como Grayson pudiera tener una reacción similar. Mucho menos sin motivo aparente. Puede que Zane se estuviera pasando, pero es su hermano, y lo conoce bien. Sabe que no es más que pura fachada y que va pasadísimo.

Rhett coge a Grayson por el antebrazo. Intenta apartarlo de su hermano. Este no cede. No se mueve un milímetro. Fija la vista en Zane, que sigue tirado en el suelo.

Manteniendo un claro duelo mental con él. Una conversación telepática, que ninguno de los presentes entiende.

O, puede que todo sean invenciones mías y tan solo lo mire con asco y más enfadado y fuera de sí, de lo imaginable.

Ethan le echa la mano a Zane. Trata de ayudarlo a levantarse. Este, que lleva un cabreo monumental, —comprensible, su hermano mayor acaba de derribarlo de un puñetazo sin motivo—, se zafa de su agarre y se sacude con fuerza, rechazando su ayuda.

—Te falta un tornillo, tío. ¡Joder! Esto es surrealista. —Admito que pienso exactamente como Zane.

Sigo acuclillada. Zane me tiende una mano y la acepto.

—¿Tú estás bien? —pregunta con voz arisca.

—Sí.

—¿Seguro? —insiste. Solo quiere asegurarse de que su hermano, con su arrebato desmesurado, no me haya dañado.

—Aha.

Le dedica una última mirada a su hermano, que parece ser mudo, y entra por la puerta principal. Dos de sus amigos lo siguen y desaparecen en el interior de la casa

Grayson mira en mi dirección en ese momento.

Abro los ojos y le enseño las palmas de las manos, preguntando, *por qué,* sin palabras.

Fiel a su voto de silencio, da media vuelta y abandona también él el lugar.

CAPÍTULO: 16

Grayson

—No eres muy original eligiendo escondites.

Ethan se sienta a mi lado, sobre un fardo de heno, frente al establo.

—No me escondo.

Es la realidad. No lo hago. Simplemente, me largué porque… No podía seguir viendo cómo Zane metía ficha con ella.

No tengo derecho. Soy consciente.

Eso no quiere decir que no arda por dentro. Tengo sangre en las venas, joder. Y… Cada día que pasa, toda esta mierda se complica más. Es un puto imposible mantenerme al margen.

—¿Por qué? —inquiere Ethan.

¿Por qué? Porque no quiero que nadie la toque, hostias.

No puedo ni pienso admitirlo.

—Se estaba pasando con ella.

—No, no lo hacía.

—¿Qué no? Estaba a punto de comerle la boca, joder.

—¿Y?

—Estaba claro que ella no quería.

—Si Cassidy se lo hubiera querido quitar de encima, lo hubiera hecho.

Tiene razón. Sé que es así. Puede que Zane se pase, pero en el momento en el que ella se ponga firme, no dudo que mi hermano se alejará y dejará de incordiarla. Admitir que quizá Cassy esté donde quiere y que Zane pueda llegar a interesarle, todavía me jode más.

Porque… Él no es lo que ella necesita.

Él no va a valorarla como se merece.

Él… No soy yo.

—¿Qué cojones significa eso?

—Dímelo tú.

—Vete a la mierda, Ethan. —Me levanto y me acerco al cercado donde están varios de nuestros caballos.

Montana no tarda en acercarse. Le acaricio el cuello.

—Hola, preciosa.

—Todos estábamos allí, Grayson —pincha mi hermano siguiéndome de cerca.

—Si quieres decirme algo, hazlo.

—¿Qué sientes por ella?

—¿Qué? —giro la cabeza en su dirección.

¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué mierda quiere decir?

No siento nada por Cassy. Y si así fuera… Joder… Tengo edad suficiente para dejar de autoengañarme. Siento algo por ella. Atracción, deseo, fascinación… No lo sé. No me resulta indiferente y tampoco vale la excusa de padrastro protector. Mi hermano no es imbécil. Me conoce demasiado bien.

—¿Quién lo sabe? —bramo sin dignarme a mirarlo. Porque seamos sinceros. Tengo mucho de lo que avergonzarme.

—El viejo.

No me jodas. Debí imaginarlo. El cabrón es zorro astuto. No necesita más que verme la cara y leer en ella.

—Vas a decirme ya lo que ocurre, Grayson. —No pregunta.

En cierto modo lo agradezco. Estoy hasta la punta de la polla de callar y esconderme. Eso no va a cambiar. Mi hermano es un buen apoyo. Siempre lo fue. Puede que nos llevemos seis años, sin embargo, siempre hemos estado muy unidos.

Palmeo el cuello de Montana a modo de despedida. Relincha y sale al trote.

Las palabras se atascan en mi garganta. Admitir que la hija de mi mujer me trae de cabeza es trago amargo.

—Sé que es una cría. Que no debería mirar en su dirección. Que me he casado con su madre. —Ethan escucha a mi espalda, sin intervenir.

La imperiosa necesidad de defenderme cobra vida. Porque soy consciente de que esto, está mal. De que no soy un puto adolescente que pueda dejarse manipular por sus propias hormonas.

—Zoey la adora. Ella adora a Zoey y…

—No metas a tu hija en esto.

Puede sonar a justificación. No lo es. Si estuviera en mi posición, lo entendería. Ahora no solo me siento como un puto pervertido, le sumo el ser un cobarde que culpa de sus acciones a una niña de cinco años.

—Tengo que hacerlo, Ethan. Porque no me atrajo Cassy, hasta que vi cómo cuida de ella. Joder, si cuida incluso de Logan y de mí. Es atenta y cariñosa. Mientras a Skylar todo le importa una mierda, Cassy se preocupa de que todas las noches contemos con un plato caliente encima de la mesa, cuando llegamos de dar el callo. Que Zoey se vaya a la cama con una sonrisa en los labios. No… Joder, ni siquiera puedo explicarlo. Nos antepone a todos a sí misma, capaz de renunciar a su propio bienestar para asegurar el nuestro. Tiene un puto corazón…

—No me jodas —interrumpe mi hermano. —Joder, Grayson. —Le mantengo la mirada con la mandíbula contraída. No me gusta una mierda la compasión que descubro en su mirada. —Esto no es un: me pone cachondo y necesito metérsela —suelta sin tacto alguno.

Es algo que me enciende. No quiero que hable así de Cassy, hostias.

—Claro que no. No he pensado… —Cierro la boca antes de soltar una mentira que ninguno de los dos va a tragarse. Claro que he pensado en tenerla, en meterme entre sus piernas y hacerla mía. No sucederá, pero es absurdo decir que no lo deseo. No deja de taladrarme la cabeza cada maldito segundo de cada maldito día.

—Sí, sí has pensado. Pero no es eso, ¿verdad? Mierda, Grayson —. No agacho la cabeza, pero sí rehúyo su mirada. No puedo desterrar ese pensamiento de mi cabeza. Ahora mismo me avergüenzo de mí mismo; es una cría, la hija de mi mujer.

—Va mucho más allá, ¿cierto? —insiste. —Joder. ¿Qué pretendes, tío? Dar el cambiazo por la madre.

—No pretendo nada, Ethan. —Alzo la voz.

—Aléjate de ella. Esto no va a salir bien, Grayson.

—¿Crees que no lo intento? —bramo. —Lo intento, joder. Todos los putos días. No puedo, tío. No soy capaz, joder. No puedo sacarla de mi cabeza —siseo con los dientes apretados de carrerilla.

—Estás metido en un buen marrón.

Un millón de imágenes bombardean mi cabeza. En todas aparece ella. Cassy con mi hija sentada en el regazo. Cassy cocinando con una sonrisa en los labios. Cassy temblando la primera vez que la traje al establo. Cassy con los ojos repletos de lágrimas al confesarme lo perdida que se siente. Cassy estremeciéndose bajo mi toque. Cassy, Cassy, Cassy. ¡Joderrrr!

—Empiezo a darme cuenta.

Ese es el día, el momento, el instante, en el que reconozco que estoy completamente pillado de esa chica. Tengo que parar y olvidarla antes de que las cosas se compliquen todavía más.

Permanezco tumbado en la cama, boca arriba y con la vista clavada en el techo. Mi habitación inmersa en penumbra y silenciosa.

No soy capaz de pegar ojo.

Escucho risas y agudizo el oído. Provienen de la habitación de Logan. Mi hijo duerme con ella. Y creo que eso tiene mucho que ver con el motivo de mi insomnio.

Resoplo con fuerza y me cubro la frente con el antebrazo.

Me comporto como un puto crío.

Decepcionado conmigo mismo, me levanto y salgo de la habitación. Bajo las escaleras, busco un botellín de cerveza en la nevera y salgo al porche.

Planto mi culo, embutido en unos vaqueros que acabo de ponerme a toda prisa, en las escaleras.

—¿Va todo bien?

Cassy baja un par de escalones y se sienta a mi lado. Observo sus pies descalzos.

—No deberías salir descalza. Los escalones son de madera, puedes clavarte una astilla —explico antes de que me llame entrometido.

—Vale, papá —susurra divertida.

Mi respiración se acelera y un latigazo me cruza la polla. ¡Joder!

Me resulta repugnante, a la par de excitante.

Cassy coloca su mano sobre el dorso de la mía. Fijo la vista en ese punto. Mi piel se calienta al instante.

—En serio, ¿te encuentras bien?

Supongo que lo dice por el *incidente* de este mediodía en casa de mi viejo.

—Sí. Vete a la cama. —Son las tantas.

En lugar de obedecer, entrelaza sus dedos con los míos. Acerca su cabeza y la deja sobre mi hombro. Su melena rubia me cae desparramada por encima. Suspira.

—Lamento haber perdido los papeles.

Alza la cabeza y sus ojos verdes penden de los míos.

—Lo sé.

—Es mejor que entremos. —Un rugido ronco abandona mi garganta. No puedo dejar de mirarla. Y en lugar de ceñirme a mi propia orden, le rozo el labio inferior con el pulgar.

El jadeo que contengo yo se le escapa a ella. Y estoy perdido. Jodidamente perdido.

Se levantó y tomó lugar sobre mi regazo, pegándose por completo. Durante los primeros segundos le mantuve la mirada. Hasta que no pude más. Entonces acoplé mi mano en su nuca, la atraje hacia mí y la besé.

Succioné ese carnoso labio inferior, para después tirar de él con mis dientes. Mis manos repasaron cada curva de su cintura en busca de más cercanía. Le acaricié los muslos y luego jugueteé con el reverso de la costura de su pantalón corto de pijama, para colar los dedos bajo el mismo y sentir la suavidad de su piel. Devoré su boca, haciéndole cosquillas con mi lengua y frotando mi erección contra su entrepierna… Justo en ese momento, con esa imagen en la cabeza, volví a correrme. Solo. Una vez más. Porque nunca llegué a tocar a Cassy. Porque ante mi petición asintió e interpuso distancia de inmediato. Porque volví a la cama, a masturbarme pensando en ella.

Con un par de saltitos me ajusto los vaqueros. Pillo una camiseta y salgo de la habitación mientras me la pongo.

Hoy no paso por la cocina. No me detengo a desayunar. No lo hago porque acabo de machacármela pensando en ella y no tengo ni puta idea de cómo mirarla a la cara y no sentirme como una mierda.

Abro la puerta de la camioneta y el reclamo de Skylar me detiene.

—Tenemos que hablar, Grayson.

Ayer se tomó muchas más licencias de las que le corresponden. Pasé por alto el llamar su atención delante de la gente. Y cuando

ocurrió lo de Zane, me largué sin mediar palabra. No olvido que debo hablar con ella. Se columpia demasiado alto.

—En la cena.

Me siento tras el volante y ella no se conforma. No se da por vencida. Me sigue y llama con los nudillos a la ventanilla. La bajo y sin dignarme a mirarla, introduzco la llave y arranco el motor.

—¿Necesitas algo?

—Sí.

Hago un ademán con la mano, pidiendo sin palabras que diga lo que tenga que decir. Normalmente, suelo tener tiempo para atender cualquiera de sus peticiones y escuchar paciente. Hoy no estoy de humor.

—Tenemos que arreglar esto, Grayson.

—¿Arreglar el qué?

—Me sentí fatal ayer en casa de tu padre. —Me hundo en el asiento. No me jodas. ¿Skylar lo sabe? Pues claro que lo sabe, joder. Estaba presente cuando tumbé a Zane por acercarse a ella. —Intenté que las cosas fluyeran, pero así es imposible. No atiendes ninguna de mis muestras de afecto, Grayson. Creo que incluso a tu familia le resultó incómoda la distancia que interpones entre nosotros.

¿De qué mierda me habla? ¿Distancia? Obvio, entre ella y yo, no hay nada. No tiene sentido que monte ese numerito en presencia de nadie. Mucho menos de mi familia. Ese no era el plan. Nunca fue el trato.

—Mi familia sabe perfectamente qué tipo de relación tenemos, Skylar.

Estoy demasiado cansado como para ponerme a dialogar con ella ahora mismo. Y tampoco entra en mis planes pararme a pensar en ello. Solo quiero que lo entienda de una jodida vez.

Ella por su camino, yo por el mío.

Al principio parecía que lo tenía claro. ¿Qué cambió? Se empeña en complicar las cosas con un acercamiento entre nosotros, que ninguno de los dos desea. No os dejéis engañar, puede que yo no esté interesado en absoluto en mantener una relación afectiva con Skylar. Es recíproco.

Yo no le intereso. No le importa mi estilo de vida, ni mi casa, mis hijos o mi trabajo. No entiendo este capricho estúpido.

Si todo este circo lo monta por echar un polvo, es que esta mujer está peor de lo que creí.

—No me siento cómoda.

—Ese no es mi problema.

Suelto el freno de mano y la dejo con la palabra en la boca. Mi paciencia tiene un límite y esta mujer traspasa sus confines.

CAPÍTULO: 17

Cassidy

Zoey juega en el parque con sus amiguitos mientras yo la vigilo. Aprovecho el momento para llamar a Sydney, mantenemos contacto diario, pero la echo mucho de menos.

—¿Le pegó un puñetazo?

—Como lo oyes.

Le he narrado al detalle todo lo ocurrido en la comida de ayer. He omitido ciertas partes. Como que me sentó tan mal que mi madre tocase a Grayson, que me encerré en el baño de Rhett a llorar la frustración. No porque no confíe en ella. Si no, porque me parece patético.

—No sé, Cassy. Algo no encaja.

—¡Zoey! Ten cuidado con el columpio —advierto al verla pasar por detrás de uno en movimiento. —Perdona.

—Te veo muy infiltrada en el papel de mami —bromea.

—No te pases. La verdad es que es una niña maravillosa. Tendrías que verla. Es preciosa y muy lista. Cariñosa, tierna… —Empiezo a nombrar las cualidades de Zoey.

—Como el papá, ¿no? —Me corta ella.

—No seas idiota.

—Anda. Te cambia la voz cuando hablas de ese hombre. Apuesto diez dólares a que, si te hago una videollamada, te encontraré babeando, solo con imaginarlo.

—Mira que llegas a ser petarda.

—Ya… Lo que tú digas. Admítelo de una vez, Cassy.

—¿El qué?

—Ese hombre te gusta.

Me detengo un momento a pensarlo. Aunque lo cierto es que no debería. No es necesario un break. Tengo muy claro cuánto me gusta Grayson. Empezando por su físico y terminando por ese músculo que bombea en su pecho. No solo está bueno, que lo está y mucho. Va más allá. Es… Es… Es la única persona, —si no contamos con la loca que me taladra la oreja desde la otra punta del país con sus llamadas diarias—, con la que puedo ser yo. No tengo miedo a sentirme juzgada o rechazada. Grayson Ashford es todo lo que siempre he deseado en un hombre. El único pequeño detalle a tener en cuenta y que juega en mi contra es que se casó con mi madre.

—Me gusta —admito por fin en voz alta. —Me gusta muchísimo. —Al pronunciarlo y sentir las mariposas que revolotean en mi vientre, cuando pronuncio esas tres simples palabras, caigo en que, tal vez, sea incluso algo más que eso.

—Lo sé. Solo hace falta escuchar cómo te tiembla la voz cuando hablas de él. Y todos tus intentos por no mencionarlo. Siempre que alguien te importa, lo escondes, Cassy.

Mi amiga tiene razón. No puedo rebatirlo.

Tal vez sea un método de autodefensa. Miedo a que alguien del exterior pueda explotar mi burbuja personal. Vete tú a saber. Pero es cierto, cada vez que alguien me importa, ya sea en el plano amoroso o en cualquier otro, trato de no revelar mucho de esa persona. De mantenerla en exclusiva para mí. Soy celosa de mi intimidad.

—¿Lo sabe? —pregunta Sydney.

—¡Te has vuelto loca! Por supuesto que no.

—¿Por qué? —investiga sorprendida.

—¿Cómo qué por qué? Es el marido de mi madre, tía. Mi padrastro. No puedo… Yo… Joder, es una locura.

—Yo no veo el problema.

—Porque tú eres una zumbada. —Atacarla a ella es más divertido que hacer frente a mi realidad.

Realidad que, por otro lado, es exactamente como yo estoy narrando. Puede que tardase un poquito en darme cuenta de que Grayson me tocaba la fibra sensible, pero ahora que lo sé, es algo de lo que nadie puede enterarse. Mucho menos, él.

Las cosas ya son lo suficientemente complicadas por culpa de la actitud de mi madre y hermano, como para que yo presente más movidas. Y menos una de tal envergadura.

—No puedes callarte, Cassy. Ese hombre siente algo por ti.

—No digas chorradas.

—Comprendo que no eres la tía más avispada del mundo…

—Muchas gracias —interrumpo con ironía.

—Tampoco te tenía por la más pava.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Que no ves un burro a dos pasos. Interpreta las jodidas señales.

—No hay ninguna señal.

—Ah, ¿no? Explícame cómo las llamas tú.

—¿A qué te refieres?

—A las caricias que te roba…

—No me roba ninguna caricia —escupo, apresurada. Eso me pasa por contarle siempre todo. Me lo merezco.

—¡Cállate! Y déjame hablar. —Casi puedo visualizar cómo me apunta con el índice en señal de advertencia. Algo muy típico en Sydney. Frunce el entrecejo y arruga la nariz. —Paseos por el campo… —A punto estoy de decirle que su hija está presente en todos esos paseos. Me aguanto y espero a que termine. —Caricias en el vientre. Susurros al oído. ¡Le dio un puto puñetazo a su hermano porque intentó besarte, Cassy!

—Le dio un puñetazo porque intentaba protegerme. —No quiero admitirlo en voz alta. Lo cual es una tontería, porque Sydney sabe tan bien como yo que la actitud de Grayson traspasa los confines de un *padre*.

—No. Lo hizo solo porque no era él quien estaba en esa posición y le ardían las venas. Aprende a leer entre líneas de una vez. A veces eres corta de más. —O simplemente me niego a admitirlo en voz alta, porque comprendo los problemas que acarrea esa decisión.

—¡Oye! —protesto cuando me insulta por decimoquinta vez en una sola llamada. —¿De verdad lo crees? —Cambio de actitud enseguida y me intereso por su opinión ante el último comentario. No se trata de que no lo sepa. Es más bien, un intento de conocer una opinión externa. Aunque la de Sydney no cuente, ya que conoce cada detalle de mi vida. Conoce cada mínimo momento compartido con Grayson, cosa que el resto del mundo ignora. Al menos, eso quiero creer.

—No creo. Lo sé.

—¡Joder, Sydney!

—¿Qué?

—No sé qué hacer —admito.

—¿Qué es lo que quieres hacer tú?

No quiero perder lo que apenas he descubierto. No quiero alejarme de esta familia. No me imagino una vida sin Zoey. Adoro a la familia de Grayson. Me gusta vivir en el rancho. Me dolería no saber nada más de Rhett, Logan, Ethan… Incluso Zane. Pero, sobre todo, no puedo arriesgarme a meter la pata y que él se aleje de mí. El solo pensamiento de estropear la innegable conexión que compartimos me azota el corazón.

Paso el día contando las horas para que llegue y cuando se me hacen eternas, cosa que suele ocurrir a diario, me monto en la camioneta con Zoey y voy en su busca. Claro que me gusta la idea de que Zoey pase más tiempo con su padre. No puedo mentir y la principal razón por la que soy la primera que pierde el culo por

visitar el establo a diario es Grayson. Porque lo echo de menos cada vez que no lo tengo delante. Y porque me acelera la respiración cuando sí.

Me cuesta apartar la mirada y dejar de observarlo. Tengo que obligarme a no ronronear cuando susurra mi nombre. Y cuando me toca, joder, el esfuerzo por no desplomarme allí mismo es titánico.

—No quiero estropear lo que tenemos.

—Acabas de responderte tú sola.

Cuando vuelvo a casa con Zoey, no puedo dejar de darle vueltas a la conversación con Sydney. Desde que llegué aquí, me he negado a pensar en lo que en mi interior crecía a pasos desorbitados. Un interés que se transformó en atracción y más tarde en fascinación, admiración, cariño hacia el propietario de esta casa.

Lo ignoraba porque inconscientemente me convencí de que estaba mal. De que era un imposible.

Morder el fruto prohibido acabaría con mis huesos en el infierno. O lo que puede ser lo mismo, fuera de esta casa, arrastrando conmigo a mi familia y privándola de una vida que ellos solos no consiguen, porque son demasiado vagos para mover un solo dedo.

Es cierto que el interés que nunca demostró mi madre por Grayson desde que llegamos ahora parece aflorar.

Solo hace falta ver cómo lo mira últimamente. Cómo lo toca cuando tiene ocasión, como hizo en la comida en casa de Rhett. Le faltó poco para subirse encima.

Me saca de mis casillas. Porque ella sí puede tener lo que yo anhelo. Por otro lado, soy consciente de que Grayson se mantiene distante con ella.

Tal vez, en un principio, sí estuviera más receptivo. Acababa de conocerla y no sabía con qué se toparía. ¿Ahora? Pese a llevar poco tiempo conviviendo con ella, tengo la sensación de que a él, como a mí, también le hierve la sangre cuando la tiene delante.

Nadie lo puede culpar. Ella sola, con su indiferencia, egoísmo y esnobismo, se lo ha ganado.

Puede que no tenga oportunidad con él. Pero no me sentiré culpable. Cosa que hacía constantemente, cada vez que Grayson se acercaba, me tocaba o simplemente compartía una conversación conmigo.

—Tierra llamando a Cassy.

—Perdona, Logan. No te escuché.

—Eso es evidente. ¿Apagamos la luz?

—¿Cómo?

—Que si apago ya la luz. —Afirma en lugar de preguntar. No lo culpo. Por su tono, deduzco que ha repetido la misma canción varias veces.

Tiro de la colcha para cubrirme con ella. Me coloco de lado con las manos bajo la cabeza a modo de almohada.

—Sí, cuando quieras.

Logan estira el brazo y le da un manotazo al interruptor.

Lo cierto es que desde que compartimos habitación, estrechamos muchos lazos. Puede que esté un poco colgado, pero es un buen tío. No entiendo los conflictos con Tristán. Empiezo a creer que mi hermano tiene la mayor parte de la culpa.

Por lo que llevo conocido de Logan, es un tío de mecha corta, pero si nadie le toca las narices, ni se entromete en lo que no debe, es súper fácil llevarse bien con él.

Escucho un fuerte estruendo y enciendo la luz rápidamente.

—¿Qué… —No puedo terminar. Me agarro el estómago con las dos manos y rompo a reír.

La imagen es de lo más cómica.

Los pies de Logan levantados al aire. Su cabeza engullida por la almohada, de su cuerpo no hay rastro. Literalmente desapareció.

Su colchón se hundió, y la parte central, llegó a tocar el suelo. Varias maderas del somier se han partido y están esparcidas por el suelo de la habitación.

—No seas tan hija de puta y ayúdame.

Levanta la mano al aire, haciendo aspavientos de todo tipo.

Ay, Dios. No puedo parar de reír.

—Cassy, no me toques los cojones —protesta y su tono indica que el cabreo que lleva no es pequeño. Más que enfado, siente humillación. Y eso que él no es capaz de verse a sí mismo. —¡Cassy! —reclama con impaciencia. Yo, por mi parte, no puedo parar de reír.

Tengo que hacer un esfuerzo bestial para sacar las piernas por el lateral de la cama y sentarme en ella. El problema es que cuando lo consigo, la cama de Logan chirría, cede de nuevo, otro par de tablones se parten y él se hunde un poco más.

Me dejo caer de espaldas y me sostengo la barriga. Lo siento por él, yo me lo paso de primera y lo disfruto sin pudor alguno.

—Cassidy, te juro que…

Ante su posible amenaza y, sobre todo, el bochorno que debe estar pasando, trato de recomponerme.

—Voy, voy —aseguro entre carcajadas.

—Eres una cabrona.

—Tendrías que verte.

—Cállate y dame la mano, estoy atascado.

Le ofrezco la mano, pero cuando tiene la suya a punto de rozar la mía, un nuevo ruidito llama mi atención.

—¿Eso ha sido un pedo?

—Vete a tomar por culo.

Y no puedo. Lo intento, es imposible.

Me dejo caer en el suelo de rodillas y me envuelvo el vientre con los brazos.

—Esta me la pienso cobrar.

—Vale, vale. Ya paro —prometo de una vez por todas. Aunque no es así. Me cuesta varios intentos más lograr recobrar el aliento y dejar de reírme, y luego al menos tres tentativas, hasta que consigo liberar a Logan de la cama zampona.

—Parecía literalmente una gran boca y amenazaba con engullirte.

—Eres idiota. —Cabecea con una sonrisa en los labios. —Admite que soy el mejor compañero de habitación que has tenido.

—Eso no tiene mucho mérito, eres el único.

—Tú sí que sabes joder la magia del momento.

—Vaaaaaale. Eres el mejor compañero de cuarto que he tenido jamás.

—Pues tú eres una compañera de mierda —sisea recuperando su almohada. Se dirige a la puerta.

—Ey, ¿dónde vas?

—Al sofá.

—¿Al sofá?

—La cama está rota, Cassy.

Lo miro a él y la cama alternativamente. Cierto, pero superrota, además, se la cargó por completo.

—Puedes dormir aquí —ofrezco sin pensarlo.

—¿Aquí? —Extrañado, frunce el ceño.

—En la mía.

—¿Y tú?

—Bueno, yo… Es grande. —Ya no me parece tan buena idea.

—Cassidy Lawson, ¿estás intentando seducirme?

Le tiro un cojín a la cara y, antes de que pueda retirar una oferta que, sin duda, hice sin pensar, y era demasiado precipitada, acepta.

—Prometo no meterte mano mientras duermes.

Se acerca y en silencio nos acomodamos. Quedo de espaldas a Logan, mirando hacia la pared. Él se pega a mí y me rodea la cintura con un brazo.

Apagamos la luz y no pasan más de cinco minutos cuando siento la mano de Logan descender hasta el borde de mi pantalón de pijama y acariciarme la cadera.

—Oye, ¿qué haces?

—Dije que no te metería mano mientras duermes, no que no fuera a hacerlo cuando estás despierta.

Su voz evidencia que se trata de una broma. Flexiono el codo y arremeto contra su estómago.

—Auuu. Vale, vale. Lo pillo. Nada de follar esta noche.

—Ni esta ni las próximas. Al menos durante el siguiente milenio.

—Mmm, interesante.

—¿El qué?

—Das por hecho que vamos a dormir juntos durante mucho tiempo. —Prefiero no responder. Porque lo cierto, es que no me importaría. Logan se está convirtiendo, poco a poco, en un hermano. Y uno, con el que puedo hacer cosas como esta. Bromear, dormir, ver una película o salir a tomar una cerveza.

—Tienes un montón de cama libre al otro lado.

Estrecha su agarre en mi cintura y me cuela la cabeza en el hueco del cuello.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Me gusta abrazarte.

—Vaya. Me siento afortunada.

—Deberías. No he abrazado a una tía en mi vida. Mucho menos dormido con ninguna.

—¿En serio?

—Completamente.

—¿Por qué no me sorprende?

—Porque me vas conociendo. Anda, duérmete. Gracias a tu numerito son las tantas, y mañana tengo que levantarme temprano.

—Querrás decir tu numerito.

—Lo mío fue un accidente. Tú te has estado partiendo la caja tres horas a mi costa.

Tiene razón. No voy a negarlo.

Me revuelvo un poquito y me pego más contra él.

—Logan… —susurro un par de minutos más tarde. —Yo tampoco he dormido nunca con un chico.

No tengo ni idea de por qué admito eso, lo hago sin pensar, como muchas tantas cosas últimamente.

—Lo tuyo seguramente es por motivos muy diversos.

—No lo es —acepto.

—¡No jodas! ¿No eres virgen?

—Anda, cierra el pico. Es tarde.

La que corta la conversación ahora soy yo. No me avergüenzo de nada. Creo que todavía no estamos en el punto de confidencias traumáticas. Puede que, con tres cervezas y un par de chupitos, lleguemos en algún momento.

—Tú solo dime si hay que cargarse a alguien y yo me encargo, ¿vale?

—Gracias, Logan. Buenas noches.

—Descansa —susurra bostezando contra mi oído.

CAPÍTULO: 18

Grayson

Hace un buen rato que estoy despierto. La casa sumida en el más absoluto silencio. Me he duchado, desayunado y no hay rastro de Cassy. Raro en ella. Siempre se levanta antes que nosotros. La veo trastear por la casa, hornear un bizcocho, ocuparse de la colada…

Podría marcharme a trabajar. Me resisto y conozco el motivo. No quiero irme sin verla. Sin despedirme y coger esas fuerzas que se han vuelto necesarias todas las mañanas para emprender el día.

Pierdo cinco minutos sentado en la cocina. Soy un imbécil. Estoy esperando verla aparecer, solo por el placer de contemplar esa sonrisa que me regala cada vez que se topa conmigo. O simplemente, escuchar cómo da los buenos días.

De Logan tampoco hay rastro. Eso ya es más habitual. En ocasiones se despierta con el tiempo justo y sale deprisa y corriendo. Otras veces se marcha incluso antes de que yo me despierte.

Me asomo a la ventana y me percato de que el coche de mi hijo sigue aparcado junto al mío.

El que duerman juntos, no me gusta un pelo.

Ayer escuché risas hasta las tantas.

Y si…

No, no es posible.

Le advertí a Logan que mantuviese las manos lejos de ella.

Pero…

Joder, ahora sí me siento como un puto gilipollas.

No acostumbro a despertar a mi hijo de veinte años. Es mayorcito y sabe lo que tiene que hacer y cómo. El seguir sin noticias de Cassy me conduce escaleras arriba.

Para bien debería llamar a la puerta.

Aunque la excusa de despertar a mi hijo es una auténtica chorrada, me acojo a ella.

Decido arrasar. Tiro de la manilla de la puerta y la abro lentamente.

Cuelo la cabeza y…

La cama de Logan está en el suelo, destrozada y mi hijo… Con ella. Abrazándola. Con una mano alrededor de su cuerpo y las piernas enredadas entre las suyas.

Solo puedo sentir una emoción ahora mismo. Celos. En realidad, dos. Celos y mala hostia.

Carraspeo, aprieto la mandíbula y decido retirarme. No soy nadie para opinar al respecto. Aunque a este imbécil le va a caer una buena.

Está clarísimo lo que ha pasado en esta habitación.

Justo cuando me dispongo a cerrar la puerta, Logan levanta la cabeza y mira en mi dirección.

Parpadea, ajustando su visión somnolienta.

—¿Papá? —Sigue pegado a su cuerpo. Ni siquiera hace el intento de retirarse.

Su brazo le rodea la cintura y la retiene contra su pecho.

A punto de saltar sobre Logan y darle una paliza.

Contente.

—¿Qué hora es?

—Tarde —bramo tajante entre dientes.

Logan alarga el brazo y comprueba su teléfono móvil.

—Son las cinco —protesta. —Todavía me quedan diez minutos.

Reafirma su agarre. Un puto puñal me atraviesa las costillas en ese momento.

—Vamos —apremio.

—Joder, papá, déjame dormir. Voy sobrado.

Sí, claro que va sobrado. Le sobra caradura y le faltan hostias.

Mi hijo cuela la cabeza en el cuello de Cassy. Ella se revuelve un poco y bosteza. Abre los ojos.

Sigo de pie, sujetando la manilla de la puerta con la mano. Mi puño ejerce tanta fuerza que me sorprende no haberla partido.

—Buenos días, Grayson.

Es la primera vez que no me apetece darle los buenos días y tampoco me encandila su vocecilla dulce.

—Date prisa, Logan. Tenemos mucho trabajo.

Salgo de la habitación dando un portazo. Sin importarme despertar a Zoey o Skylar. Más cabreado de lo que he estado en toda mi vida.

Esto me pasa por pensar con la polla.

Es una cría, joder. Una cría que se está follando a mi hijo.

Más vale que me empiece a comportar. A verla como lo que es, la hija de mi mujer. Mi hijastra. Una niña con la que no pasará nunca nada. A la que tengo que desterrar de inmediato de mi cabeza.

Como el claro masoquista que no sabía que era, me resisto a abandonar la casa, sin asegurarme de que Logan venga conmigo.

Como si así solucionase el problema. Como si fuera a conseguir apartarlo de ella para siempre. Es absurdo.

Veinte minutos después, me encuentro conduciendo mi camioneta. Logan viaja en el asiento del copiloto.

Normalmente, vamos cada uno en nuestro vehículo. Así podemos retirarnos por separado y hacer planes propios. Hoy no me apetece dejarlo a su libre albedrío. Hoy quiero tenerlo vigilado.

Cuando le ordené con un golpe de cabeza que subiera, no se opuso.

—¿Me he perdido algo?

No, claro que no, ¿cómo se va a perder algo? Todo lo contrario. Lo cogió todo. Resoplo. Guardo silencio y me concentro en la mierda de camino que tenemos delante de las narices.

Cambio de marcha sin calcular bien. Un fuerte chirrido me lleva a intentarlo de nuevo.

Le doy un manotazo de mala gana a la palanca.

—Estás cabreado.

—No —rujo.

—Cualquiera lo diría.

—Intenta mantener la boca cerrada.

Atravieso un barrizal húmedo. La rueda delantera se atasca, así que presiono el acelerador para intentar liberarla.

Un ruido llama mi atención: lo ignoro. Cuando doy un poco más de gas, me percato de que he pinchado.

Lo que me faltaba.

Tiro del freno de mano y sin apagar el coche, suelto todos los pedales. Se cala al instante. Salgo de la camioneta, dando un portazo.

En medio del camino hay un hierro oxidado. La goma de la rueda está rajada por completo.

¡Puta suerte la mía!

Le doy una patada y me paso la mano por el pelo.

—¿Hemos pinchado? —No le respondo.

Pillo la rueda de repuesto en el cajón de la camioneta, junto con el gato y los utensilios necesarios para cambiarla.

No estoy de humor. Y justo el puto peor día, me quedo tirado. Para acabar de mejorar las cosas, el tío al que no me apetece tener delante, pese a ser mi hijo, viaja conmigo.

Se agacha e intenta deshacerse del hierro que todavía está bajo la rueda.

—Aparta.

Obedece. Me tiro al suelo sin importarme una mierda, pringarme la ropa, y comienzo a cambiar la rueda.

—Joder, papá, ¿en serio?

Coloco el gato en su lugar. La camioneta se eleva, según giro la palanca.

Logan permanece en pie a mi espalda sin interferir. Lo agradezco. No me apetece una mierda escucharlo.

Me deshago de la rueda vieja. La frustración me lleva a tirarla de mala gana a un par de metros.

Posiciono la nueva y la ajusto. Con la primera patada no encaja en el sitio; a la segunda, acierto de pleno.

—Vale ya, ¿no?

—Mantén la boca cerrada. ¿Estamos? —Ladro por encima del hombro.

Enrosco los tornillos manualmente, antes de apretarlos con la llave de cruceta.

Me comporto como un crío. Soy consciente. Me gustaría que no fuese así. Pero no logro controlar mis impulsos.

—Todo esto es porque he dormido con ella —susurra y afirma. Lo da por hecho.

¿Dormido? Tendrá jeta el mocoso.

Continúo a lo mío. El penúltimo tornillo se atasca. Tengo que desenroscarlo y comenzar de cero.

—¡Joder!

—No me la he follado. Si eso es lo que te preocupa. No me follaría a Cassy.

—Me importa una mierda lo que hagas. Pero en casa vive una niña de cinco años. Controla. Lo que hagáis que no sea bajo mi techo.

No es cierto. No me importa una mierda. Y el muy cabrón lo sabe. Lo que acabo de soltar es una chorrada. Zoey duerme como un tronco. Además, Logan nunca se arriesgaría a que su hermana lo pillase.

No es la primera vez que duerme con una chica en casa. Nunca me ha importado.

Prefiero que esté en casa y no donde no sepa si está seguro.

—No-me-la-he-follado —repite haciendo hincapié en cada palabra.

Sin poder contenerme durante más tiempo, interrogo a Logan.

—¿Y, por qué cojones estabais durmiendo juntos?

—Si es que lo sabía —murmura para sí mismo. —Es buena tía, ¿vale? Me importa —escupe y el vello de mis antebrazos se eriza.

¿Le importa? ¿Le gusta Cassy?

No me jodas.

—No del modo en el que imaginas —se adelanta. —Puede que al principio le mirase el culo más de la cuenta, pero no me metería en la cama con ella, papá —asegura convencidísimo. Dejo la tarea que tengo entre manos a un lado. Me incorporo, cruzo los brazos a la altura del pecho y escucho a mi hijo. —Me gusta pasar tiempo con ella. Nos llevamos bien. Adora a Zoey.

—Se adoran mutuamente —comento bajando revoluciones. Aunque sigo a la defensiva.

—Ya sabes lo que opinaba sobre esto. —Se refiere a mi matrimonio con Skylar. Cuando lo comenté, Logan fue el único que puso el grito en el cielo y me tachó de loco. Lo aceptó. Porque entre

nosotros siempre vamos a apoyarnos. Pero estaba claramente en contra. —Y sigo pensando igual. Pero, Cassy… Es un puto ángel. Y pese a llevar poco tiempo con nosotros… No me tiraría a Cassy, porque tiene varios años más que Zoey, pero empiezo a verla como a ella.

Una sonrisa de medio lado se instala en mi rostro. Logan no es un tipo sentimental. Todo lo contrario. Se le da fatal eso de expresar sus sentimientos. Al menos entre nosotros. Supongo que parte de la culpa es mía.

¿Ve a Cassy como una hermana? Sí, creo que es eso. Si rebobino y paro a darle vueltas a la cabeza, restando los comentarios de los primeros días, Logan no ha vuelto a dejar creer que esté interesado en ella.

Es más, se volvió muy cercano con ella.

Cosas como encontrarlos en el porche compartiendo una cerveza, ayudarla a tender la ropa de la colada, sentarse en la alfombra del salón a ver una película con ella y Zoey, se han convertido en habituales.

—Además —añade al percatarse de mi alivio instantáneo. —Está colada por ti. —Su confesión me noquea. —No dice nada, pero es evidente.

—No digas tonterías.

—Joder, papá. No pillas una, eh. Tan espabilado para algunas cosas y tan pardillo para otras.

Entorno la mirada y Logan levanta las dos manos en señal de rendición.

Hace bien. Este pardillo puede tumbarlo de un solo puñetazo.

—No lo hagas.

—¿Hacer qué?

—Joderla —explica con total transparencia.

—No tenía pensado hacer nada, tranquilo.

—Ya. Por eso. No la jodas. Es una buena chica.

—Para. Vamos a acabar con la rueda, se hace tarde.

—Solo para que lo sepas —interrumpe. —A mí me parece bien que estés con ella.

—Logan, no voy…

—No te digo lo que tienes que hacer. Tú sabrás, papá. Solo quiero que sepas que si decides estar con ella, cuentas con mi apoyo. Y apuesto a que también con el de Zoey.

—Es una cría.

—No lo es. Los dos lo sabemos.

Le doy un par de palmaditas en el hombro y termino de cambiar la rueda.

Tras la conversación con Logan, el ardor de mis venas encontró un poco de sosiego.

Llevo todo el día dándole vueltas a la cabeza. Siempre llego al mismo punto. Es cierto que saber que tengo el apoyo de mis hijos, significa muchísimo para mí. La realidad es que jamás me lanzaría a algo si ellos no me apoyaran.

Aun así, en este caso, no puedo hacerlo.

No puedo porque Cassy es demasiado joven. No puedo porque sigo casado con Skylar. Viendo como han salido las cosas, no es la primera ni la segunda vez que me planteo romper mi matrimonio con ella. Si no lo hago, es, simplemente, por temor a perderla a ella. A que su madre decida marcharse lejos de nuevo y me la arrebate. A no tenerla bajo mi techo. A verme obligado a renunciar, aunque solo sea a su compañía.

Jack visita a la yegua. Me informa sobre su estado de salud y, cuando lo acompaño fuera del establo para despedirlo, una voz entusiasta y alegre me recibe.

—¡Papiiii! —Se abraza a mis piernas y no tardo nada en cogerla en brazos.

—Hola, ratoncita. ¿Qué tal el día?

—Cassy me ha llevado a comer un helado. —La adicción de esta niña a los helados no es de este mundo. —Y, ¿sabes qué? —Espero paciente a que cuente lo que se muere de ganas por contar. —¡Papi! Tienes que preguntarme.

—Perdona, ratoncita. ¿Qué? —pregunto contagiándome de su entusiasmo.

En ese momento aparece Cassy. Clavo mis ojos en los suyos y me sonríe a modo de saludo. Mi hija se arranca a hablar y yo no puedo apartar la mirada de ella.

—¡Tenemos un gatito! —grita mi hija.

En ese instante bajo la vista y observo la bola de pelo blanca —más bien gris a causa de la mugre que lo cubre—, que lleva en las manos.

—¿Un gatito? —Ethan se acerca a nosotros y capta la atención de mi pequeña.

—¡Tío! Sí, un gatito. Mira… —Se revuelve entre mis brazos. La dejo en el suelo. En menos de dos segundos le arranca la bola de pelo a Cassy de las manos y se la planta en la cara a su tío, quien acaba de acuclillarse para ponerse a su altura.

Cassy recorre la distancia que nos separa.

—Lo siento. Lo encontramos bajo la rueda del coche, al volver de Kerrville y… No fui capaz de dejarlo allí —se disculpa. Percibo su inseguridad. Juro que quiero sonreírle para tranquilizarla. Hacerle comprender que no ocurre nada. Hoy lleva el pelo suelto. Su melena rubia choca contra la curva de su culo y eso me distrae. —Te prometo que le buscaré una casa. No tenemos por qué quedárnoslo. Solo dame unos días.

Doy el último paso. No es humanamente posible que me acerque más. El siguiente paso me llevaría a fundirme con ella. Algo que, cada jodido día que pasa, deseo más.

—Ey. No pasa nada. —Sin poder contenerme, me deshago de mi guante de trabajo y le acaricio la mejilla con los nudillos. —No tienes por qué buscarle casa.

—Ah, ¿no?

—Claro que no. No, si no quieres.

—¿No estás enfadado?

No comprendo por qué esta chica cree que debería estarlo. Es un gato. No un león.

Cabeceo una única vez para que comprenda que no tiene motivo para mostrarse tan insegura.

—¿Eso quiere decir que puede quedárselo?

—Claro.

—Buffff. Menos mal. No sabía cómo arrebatárselo.

Apoyo la mano en su cintura. Su calor me envuelve de inmediato.

A saber qué la lleva a actuar así. Lo desconozco. No me gusta un pelo.

—Tranquila, cowgirl.

—Sí —dice con la boca pequeña.

—Ven.

Tiro de ella. Le digo a mi hermano que vigile a Zoey y la cuelo en el establo.

—He pensado en un nombre… —Imagino que se refiere a la yegua. Lo cierto es que en este instante me importa una mierda.

Apenas nos alejamos tres o cuatro metros de la puerta, cojo a Cassy por la cintura, la apoyo en la pared y pego mi cuerpo al suyo.

El movimiento es rápido e incluso un poco brusco. No tengo ni idea de qué me cruza la cabeza y por qué actúo así. Solo me dejo llevar. Olvido las restricciones, las limitaciones, mi ética y moral, también se van a la mierda.

Alza la vista y yo bajo la mía para regular nuestra diferencia de altura.

Un instante mis ojos se anclan a los suyos, al siguiente, fijan sus labios.

El inferior le tiembla. Su respiración se acelera. La envuelvo de nuevo con un brazo y con el otro, la sujeto por la nuca. Colando la mano por debajo de su melena.

Aproximo mi boca a la suya y junto nuestros labios.

Un breve roce. Receptiva como no imaginé que estaría, cosquillea mis labios con los suyos.

Y ya no puedo más. Abro la boca, reafirmo mi agarre en su nuca y la presiono contra mí.

A la mierda el mundo. Solo quiero empaparme de ella.

Le devoro la boca. Me la bebo entera. Y ella responde tal y como tantas veces hizo en mis fantasías. Dispuesta, sedienta… Jadea en mi boca. Enredo nuestras lenguas.

CAPÍTULO: 19

Cassidy

Sus callosos y ásperos dedos, rascan la piel de mi cuello. Su cuerpo duro e imponente, se yergue sobre mí. Su lengua húmeda y adictiva. Su erección creciendo por momentos y clavándose en mi estómago. La fricción que ejerce es deliciosa. Su barba de dos días cosquillea mi piel. Su brazo musculoso y tenso rodeándome. Sus labios calientes y hambrientos…

Incapaz de contenerse, balancea a ambos lados las caderas, frotándose contra mi cuerpo. Es tan grande y rudo… Me hace sentir tan pequeña y protegida. Atrapo la tela de su camiseta entre los puños y me aprieto más contra él. Mientras siento su beso, tan feroz e intenso, como adictivo. El esfuerzo para evitar que las rodillas me fallen, es inmenso.

No sé si es un puto sueño. Pero no quiero despertarme. Grayson arremete con fuerza. Clava mi espalda en la pared y se restriega con tanta fuerza contra mi cuerpo, que temo pueda traspasarme.

No quiero que pare.

Dios, me encanta sentirlo.

Es mucho mejor de lo que he imaginado. De esa fantasía constante a la que mi cabeza recurre por cuenta ajena y que yo me empeño en desterrar.

Gimo en su boca y él gruñe cual animal hambriento.

Atrapa mi labio inferior con los dientes y succiona.

—Me desarmas. Solo quiero más de ti, cowgirl. Lo quiero todo —ruge con los dientes apretados, antes de lanzarse de nuevo a atacar mi boca.

La rudeza con la que me trata lejos de ahuyentarme, me excita. Bajo una mano por su pecho y la cuelo dentro de su camiseta. Acaricio sus pectorales. Asciendo con la palma de la mano abierta, presionando las yemas de mis dedos. Al bajarla le clavo las uñas. Su respiración se torna más pesada y trabajosa.

—Joder, Cassy…

Saca la lengua y lame mis labios. La lascivia de sus ojos color whisky tiene un efecto directo entre mis piernas. Levanto una y Grayson me sujeta por debajo del muslo, enredándola en su cintura y clavándome su erección por encima de los vaqueros.

Me besa como si el mundo fuese a acabarse en este preciso instante y él necesitara demostrármelo todo de golpe.

Es abrumador. Eclipsante. Excitante.

Estoy mojada. Muy mojada. Un río de lava se acumula en mi ropa interior, lo único que deseo es que me la arranque y se cuele dentro. Muy adentro. Quiero que me la meta tan profundo que me cueste trabajo respirar.

Sigue besándome. Manoseándome el culo y arremetiendo con embestidas feroces que me dejan al borde del cataclismo.

—¡Papi! ¿Papi, dónde estás?

La vocecilla de Zoey estalla nuestro remanso de lujuria de un plumazo.

—Mierda —ruge Grayson entre dientes obligándose a apartar su cuerpo del mío.

Carraspea, un gesto al que recurre mucho. Lo hace siempre que algo le molesta, gusta o sorprende. Vamos, lo utiliza para todo.

Atrapo mis labios con los dientes. En un principio, un poco apurada, después no puedo evitar esconder una sonrisa.

Zoey aparece sonriente. Sostiene al gatito contra su pecho.

—Estáis aquí.

Suena a pillada en toda regla. Imposible. Nos apartamos antes de que ella pudiese vernos. En este momento, me alegro de que sea una niña tan ruidosa. Dios, no sé qué hubiera hecho si llega a aparecer, cuando su padre me tenía empotrada contra la pared. Metiéndome la lengua hasta la campanilla y masajeándome el culo.

La hinchazón de mis labios, a causa de los besos de Grayson, consigue sonrojarme las mejillas.

—¿Qué hacéis? —pregunta. Adoro a esta niña, pero… Joder, podía entretenerse media horita sola. No pido más.

—Nada —respondo a la velocidad de la luz.

Grayson fija la vista en mí y me revuelvo un poco. El momento pasa de excitante a embarazoso, en un instante.

—Cassy estaba a punto de decir qué nombre le gustaría ponerle al nuevo potrillo.

Se le da mucho mejor que a mí disimular, no hay duda.

—Ahhh. ¿Y cuál es?

—No lo sé. —Se acerca de nuevo y me pasa la mano por la parte baja de la espalda. Un escalofrío me recorre entera al sentirlo. Vale, tengo que centrarme. No pasa nada. Me toca muchas veces en presencia de su hija. Pero hoy lo percibo distinto. Aunque, seguramente, sea yo la que se monta la película. —Tiene que decírnoslo ella. —Me mira fijamente, invitándome a revelar algo. Perdí el hilo y no tengo ni idea.

¿De qué estábamos hablando?

Ah, sí. La yegua. No, el potro.

Parecerá una estupidez, lo cierto es que ni siquiera consigo recordar el nombre que yo misma elegí.

Lo único en lo que logro concentrarme y sacude mi cabeza, son sus besos, el peso de su cuerpo sobre el mío, la fuerza de sus manos… El cosquilleo que baila en este momento, en mi bajo vientre. La puñetera humedad de mis bragas… ¡Mierda!

—¿Cassy? —apremia Zoey.

—Eh… Mmm… Es… —¿Qué digo? —Blanca. —La primera tontería que se me pasa por la cabeza es lo que suelto.

—Es marrón —reprocha Zoey con el ceño fruncido.

Grayson ríe entre dientes. Sin importarle una mierda el apuro que estoy pasando. Cómodo, relajado y pasándoselo en grande según parece. ¡Cabrón!

—Es verdad. No lo había pensado.

Zoey frunce el ceño y repiquetea la puntera de sus deportivas contra el suelo. Tiene cinco años, pero no es tonta.

Más vale que me centre y empiece a actuar como una persona normal

—Tendremos que buscar otro —admito mi fracaso.

—Sí. Ese no es un buen nombre.

—¿Qué te parece si me ayudas? Entre las dos, seguro que encontramos alguno. —Me inclino hacia delante. Siento la mano de Grayson deslizarse hacia abajo.

A esperas de lo que diga Zoey, permanezco inmóvil.

¿Me está tocando el culo? Abro los ojos desmesuradamente. Grayson ríe a boca cerrada y deja de meterme mano. Lo agradezco, su descaro me desconcierta.

—Claro —acepta la niña. —Si te dejo sola, seguro que la lías.

¿De qué habla? Ah, sí, el dichoso nombre.

—Sí, seguro. —Le tiendo la mano y ella la acepta de inmediato. —Vamos a buscarle nombre al gatito.

—Al caballito —corrige.

—Eso, eso.

—Se quedará unos días más.

Mi madre acaba de comentarme que Tristán, decidió quedarse en Los Ángeles con la familia de Jade, más tiempo del previsto. No me sorprendo. Lo esperaba. Lo extraño no es que no vuelva, sino que lo haga.

Ella asegura que serán pocos días, yo lo dudo.

—No toques eso —reprende con voz arisca a Zoey. Ella se queda congelada con la mano a medio camino.

Hace unos minutos, retiré un bizcocho del horno. A Zoey le vuelven loca. Pensaba meterle mano, cuando mi madre la pilló.

La cojo de la cintura y la siento sobre mis piernas.

—Quema —explico con calma. —No queremos que te hagas daño, cariño. ¿Te parece si cortamos un trocito y lo dejamos en un plato para que se enfríe antes? —Ella asiente mil veces del tirón. —Espera aquí —digo.

Abro el armario de la cocina y regreso a su lado con un cuchillo.

Con cuidado, retiro el molde y dejo el bizcocho en un plato.

—¿Me ayudas a cortarlo?

—Sí —responde entusiasmada.

Lo colocamos en su plato favorito, y cortamos a trocitos pequeños.

—En un ratito, estará listo. ¿Te apetece un chocolate?

—Jeje. —Esa risita es un sí, como una casa de grande.

—Ve a jugar con Blanca. —Al final, nos trajimos la gatita a casa. Le dimos un buen baño y Zoey quiso rescatar el nombre. —Te llamo en cuanto esté listo.

Zoey salta de la silla y se dirige a la puerta. Estiro el brazo y tiro de su camiseta. Le señalo mi mejilla con el dedo índice. De inmediato me rodea el cuello con esos bracitos tiernos y me da un beso.

—Te quiero.

—Yo más a ti. —Beso su mejilla un número incontable de veces seguidas, haciéndola reír.

—¿Has visitado ya alguna universidad?

Ahí tenemos el tema que tanto esfuerzo me lleva ignorar. Llevo mucho dándole vueltas. Aunque en un principio me sentía confusa y poco segura conmigo misma, tomé la decisión de hacer caso a Grayson. Soy yo la que debo decidir. No quiero apresurarme. Tampoco equivocarme. Por lo que la decisión que he tomado, creo que es la más sensata. Esperemos que mi madre opine lo mismo. Aunque ya os digo yo, que no lo va a hacer.

—No.

—Cassy, el tiempo se echa encima. Si no espabilas, vas a quedarte sin plaza en…

—No me preocupa —corto. —Hay algo que quiero decirte.

A regañadientes, mi madre toma asiento en una silla de la cocina. Me limpio las manos en un paño.

—No voy a matricularme en ninguna universidad este año, mamá.

Abre la boca. Obviamente, para protestar. O poner el grito en el cielo. Y entonces asumo el rol dominante. Si me dejo amedrentar por mi madre, esto acabará muy mal. La conozco.

—No digo que vaya a dejar los estudios. Solo que voy a tomarme un año sabático. Quiero pensar, plantearme hacia dónde quiero dirigir mi vida.

—Ya sabes hacia dónde va tu vida.

—No, mamá. No lo sé. No quiero seguir estudiando empresariales. Eso lo tengo claro. Y tú también lo sabes. Aunque no descarto hacer cualquier otra carrera. Necesito un tiempo.

—No digas tonterías, Cassy. Más te vale que mañana mismo…

—No me estás escuchando, mamá. No soy feliz. Ese plan de vida, no me hace feliz. Quiero aprovechar mi vida. Encontrar algo que me apasione e ir a por ello. Pero…

—Eres una niñata consentida. Siempre has tenido todo lo que has querido. ¿Así me lo pagas? Solo tienes que hacer una cosa, Cassidy. —Siempre dice lo mismo. La realidad es otra. Debo hacer muchas cosas, no una. Aun así, ella nunca estará contenta.

—La decisión es mía. —Trato de cortar antes de que se nos vaya de las manos. La conozco y pierde rápido los papeles. Sinceramente, estoy cansada de tanta discusión con ella. Parece que es para lo único que nos relacionamos. —Soy adulta, mamá. Me encantaría contar con tu apoyo, aunque no dependerá de él mi elección.

—Inconsciente. Vas a arrepentirte de esta decisión. Malcriada. Eso es lo que ocurre. Tu padre siempre te malcrió y así has salido.

No es cierto. Mi padre nunca me malcrió. A mi padre le era indiferente. Yo y mi hermano. Los dos. Siempre fuimos un incordio. Demasiado ocupado con su propia vida, como para involucrarse en la nuestra. Nos pasamos la infancia en internados. Dando tumbos de aquí para allá. Nos crió el personal de servicio, no mis padres.

—Estas son las consecuencias. A la que le toca tragarse el problema, es a mí. Ese accidente de tráfico le concedió la excusa perfecta.

¿En serio? ¿Acaba de decir que mi padre murió para tener una excusa y no ocuparse de nosotros? ¿De victimizarse a sí misma de ese modo?

Bajo un poco la potencia de la placa vitrocerámica. Aguantando que pase el chaparrón lo antes posible.

No tiene razón. Ella nunca aceptará que no es así. Por lo que hace mucho tiempo que opté por dársela cuando se trata de cosas así. Es triste, pero lo único que funciona con ella.

El sonido de su voz suena amortiguado a causa de los muchos recuerdos de mi infancia que regresan a todo trapo.

—¿Me oyes? Eres una desagradecida. Una carga y como sigas así, lo serás el resto de tu vida.

—Cassy no es eso —refunfuña Zoey asomando la cabeza.

No sé cuánto tiempo lleva escuchando. Inmersa en la discusión con mi madre, desconecté de su presencia.

—Cállate y métete en lo tuyo, niña.

Sacudo la mano delante de su cara. Solo para llamar su atención y le advierto.

—Ni se te ocurra hablarle así. Que sea la última vez que te diriges a ella con ese tono. Lo digo muy en serio. —Abre la boca, pero no articula palabra alguna. —Ven, cariño.

Zoey me envuelve la cintura con las piernas y el cuello con los brazos.

—¿Por qué está enfadada? —pregunta cuando mi madre sale de la cocina golpeando sus zapatillas contra el suelo, sin duda de mala leche.

Porque es una amargada.

—Supongo que tuvo un mal día. ¿Tú nunca tienes un mal día? —Niega con la cabecita, mordiéndose el labio inferior, pensativa. Apuesto cinco dólares, a que está repasando mentalmente, todos los días de su vida que consigue recordar. —¡Qué suerte! Vas a tener que enseñarme.

—¿Tú tienes malos? —intuyo que se refiere a días malos.

—Sí. Mira. —Tiro para abajo del cuello de mi camiseta y le enseño una cicatriz diminuta. —Estaba jugando en el patio del cole. Un niño tiró una piedra y me hizo esto. Fue sin querer. En realidad, su intención era encestarla en la papelera, pero falló. Ese fue un mal día —explico.

—¡Vaaaaya! Tuvo que ser un día terrible.

—Tampoco tanto. Nana me compró un helado a la salida de clases.

—¿Quién es Nana?

—La chica que me cuidaba cuando era pequeña.

—¿No te cuidaba Skylar? —Niego. —A mí me cuidaba mi mamá.

—Fuiste una chica con suerte.

Me encantaría saber más sobre su madre. Seguramente, fue una mujer maravillosa. Poco se habla de ella en esta casa. Más que nada porque no surge el tema. Pero cada vez que recuerdan algo bonito, siempre sale ella a relucir.

No negaré que me intriga mucho la relación que tenía con Grayson. No por celos, ni nada por el estilo. Solo es curiosidad.

Dejo a Zoey sentada en la encimera.

Coloco los brazos en jarras y la miro.

—¿Te apetece que nos demos un baño antes de comernos el bizcocho con chocolate?

—Síííííí.

En los últimos días se ha aficionado a que nos metamos juntas en la bañera. Yo le lavo el pelo, mientras ella juega con sus muñecas. Después nos envolvemos en un albornoz, y jugamos a las peluquerías, como ella lo llama.

Cuando acabo de secarla y hacerle algún peinado bonito, dejo que sea ella la que me maquille o arranque media cabellera. Menudos tirones.

—¿Podemos meter a Blanca con nosotras en el agua? Mam… Cassy.

—No —río. —Pero podemos ponerle su camita cerca y que nos haga compañía.

—Trato hecho.

Levanto la mano y choca los cinco conmigo, sellando el acuerdo.

Ni Logan ni Grayson vinieron a cenar. Es algo habitual en ellos. Muchos días les dan las tantas y cuando llegan, ya estamos todos en la cama.

Cené con Zoey. Al bajar del baño, mi madre ya se había recluido en su habitación.

Como estábamos solas, sin nadie que nos juzgara, cenamos bizcocho con chocolate. Dejamos las verduras con pescado en el horno. Hace un buen rato que se quedó dormida.

Salgo al porche con una cerveza en la mano, y me siento en los escalones.

El silencio es infinito. Corre una suave brisa, pero hace un tiempo estupendo.

Puede que discutir con mi madre sea la misma canción de siempre. Pero eso no quiere decir que no me afecte.

Desconozco el tiempo que llevo aquí, ya que dejé el teléfono cargándose en la habitación. Los faros de un coche se aproximan. El destello me impide ver quién es. Segundos después, Grayson estaciona en su lugar habitual y baja de la camioneta.

—Has llegado tarde —susurro a modo de saludo, con la vista fija en mis pies descalzos.

Se fija en ellos. Abre la boca y la cierra de nuevo. Contengo una sonrisa. Sé de buena tinta que pensaba echarme la bronca.

—¿Qué haces aquí fuera?

Encojo los hombros. Grayson toma asiento a mi lado. Para hacerlo, apoya una mano en mi muslo y al darse cuenta, la retira de inmediato.

Cuando pilla la postura, se quita la sudadera y me la echa por las piernas.

Cuando salí, la temperatura era estupenda. Ahora parece que empieza a refrescar. La agradable brisa comienza a resultar un poco molesta.

—No deberías estar descalza —gruñe por lo bajo.

—Es superior a ti, ¿eh? —Me burlo de él.

La sonrisa que me dedica es puro compromiso.

—Te pasa algo —afirmo.

Repite ese gesto que tan poco me gusta.

—Verás, Cassy… —Su tono de voz es aún peor. —Con respecto a lo que ocurrió antes… —Hace una pausa.

Y de repente caigo. Sus gestos, su actitud. El evitar rozarme pese a cómo me besó en el establo. ¡Mierda! Se arrepiente.

—Lo siento. No tengo ni idea de qué me pasó por la cabeza para hacer algo así. No es excusa, lo sé…

Antes de que siga cagándola y haciéndome sentir peor, paso una pierna por encima de las suyas y me siento a horcajadas en su regazo.

—Cassy…

Lo pillo por sorpresa. Se congela y me observa como si estuviera perdiendo la cabeza. Y es justo lo que sucede. Pierdo la cabeza por completo. Este hombre me nubla el sentido.

Enredo las dos manos en su pelo para atraerlo hacia mí.

—Esto no está bien.

—¡Cállate! —susurro con la voz bañada por el deseo.

Esta vez soy yo la que me lanzo a su boca. La que sin pensarlo entro a saco y ataco. Pese a la resistencia inicial de Grayson, en el momento en que siente mis labios sobre los suyos, nuestros cuerpos acoplándose a la perfección, cede de inmediato.

Se aferra a mis caderas con las dos manos.

Desesperada, busco su lengua con la mía y degusto el suave amargor de la cerveza que bebí hace un rato.

Traspaso mi saliva a su boca y eso lo acelera. Abre más la boca y me succiona con fuerza. Mezo mi cuerpo sobre el suyo. Grayson gruñe y restriega una más que considerable erección en mi centro de deseo.

Joder, joder, joder, joder… Decir que ahora mismo estoy en el cielo se queda corto. Es mi limbo personal, del que no quiero salir nunca.

El ambiente se caldea por segundos. Sus manos pasan de mis caderas a mi culo.

A diferencia de esta tarde, que estaba embutida en unos jeans ajustados, ahora llevo un pantalón corto de pijama. Tira de la goma y cuela las dos manos al mismo tiempo. Aprieta mis nalgas, jadeo en su boca y…

—No puedo hacer esto. No contigo. Tengo que parar, Cassy.

Hace el intento de apartar las manos de mi cuerpo, vuelvo a recolocárselas en mis caderas. Le paso los brazos alrededor del cuello y me lanzo a saborear sus labios de nuevo.

Siento su titubeo. Su indecisión. La batalla mental que mantiene consigo mismo.

—Detente. No lo hagas más difícil, cowgirl. No puedo cruzar esta línea y mucho menos arrastrarte conmigo.

Las manos de Grayson se transforman en dos puños repletos de impotencia. Lo miro a los ojos y en ellos solo veo culpa, decepción consigo mismo. Y duele mucho más de lo que me había imaginado.

—Es mi culpa. Lo siento, Cassy. —La frustración se apodera de mí. Mi cara debe ser un poema. Incapaz de ocultar cómo me siento. —Quiero hacerlo, muñeca —asegura cuando bajo la mirada avergonzada. Me cubre la mejilla con la palma de su mano y la acaricia con el pulgar. —Lo deseo más de lo que debería. Si sigo, voy a darte una versión de mí que ni yo mismo respeto. Y tú no mereces eso.

Al escucharlo, todo el subidón de hace unos segundos se transforma en un dolor palpable en mi pecho. Avergonzada por mi actuación, cuando Grayson claramente no quería que esto ocurriese, paso la pierna de nuevo por encima. Esta vez, para retirarme.

—Ey… —llama cuando subo el último peldaño.

Giro la cabeza, atendiendo su reclamo. Evito mirarlo a los ojos.

Pero no dice nada. Se mantiene pensando en Dios sabrá qué. Su mirada, lejos de calentarme como acostumbra a hacer, enfría mis huesos.

—Buenas noches, Grayson.

—Buenas noches.

CAPÍTULO: 20

Grayson

Cuando Logan llega a las tantas sigo sentado en las escalerillas de acceso a la vivienda.

Me siento como una mierda. No sé si el problema es haberla rechazado. Porque no quería hacerlo, joder, no quería apartarla. Pero sé que luego nos habríamos arrepentido los dos.

Sigo con la sensación, palpitando en mi pecho, de haberla metido en este embrollo.

Al cerrar los ojos todavía siento su tacto, su sabor. Me odio por ser tan gilipollas. Por privarme de lo único, de la única persona a la que he deseado desde que Keira falleció.

Es una cría, intento autoconvencerme.

Aunque esa no es la sensación que vertió sobre mí, cuando se subió sobre mis piernas y se mecía sobre mi polla.

¡Joder!

Tengo una puta empalmada de campeonato.

Me niego a masturbarme pensando en ella, aunque no sería la primera vez. No puedo seguir así, tengo que parar esto. Siempre digo lo mismo y continúo jodiéndola.

No quiero hacerle daño, joder. Esa carita y su semblante decepcionado, me agujerean el puto corazón.

No lo comprende. No es consciente de las consecuencias que acarrearía que no echemos el freno, de cómo se sentiría si me dejo llevar con ella, de los problemas externos a los que nos tocaría

enfrentarnos. No puedo olvidarme de que legalmente soy su padrastro.

Eso sin contar con la diferencia abismal de edad. Tiene diecinueve años. Joder, yo los doblo. Tiene que vivir experiencias. Conocer a chicos de su edad…

Me detengo ante mi último pensamiento. La tensión se apodera de todos los músculos de mi cuerpo. Trato de respirar con calma y no lo consigo. Mi pulso se acelera. Solo tengo ganas de liarme a puñetazos con la pared más cercana.

No quiero que Cassy conozca a otro tío, no puedo imaginar a Cassy en brazos de otro. No concibo que Cassy piense en otro hombre. La quiero para mí, joder.

La necesito y el no tener derecho a ella me está matando.

Con la cabeza a punto de explotar, masajeo mis sienes y cierro la puerta principal.

Afino el oído al pasar frente al umbral de la habitación que mi hijo y ella comparten. No se ve luz por debajo de la puerta y tampoco escucho ruido alguno.

Me mantengo quieto, expectante. A la espera.

Me estoy volviendo loco yo solo, convirtiéndome en un puto acosador y en un jodido pervertido.

Tiro de mi camiseta y luego de mis pantalones. Duermo en bolas. Lo he hecho toda la vida.

Dejo caer mi cuerpo sobre el colchón y apago la luz de un manotazo.

Solo espero poder conciliar el sueño pronto y no pasarme la noche con la vista fija en el techo… Un día más.

Hoy toca revisión. El herrador visita a los caballos regularmente. Tenemos más de doscientos animales en el rancho y nos gusta que gocen de buena salud. Por lo que mi hermano y yo solemos controlarlos una vez al mes. Si necesitan un leve ajuste o vemos

algo que no nos encaja, metemos el animal en lista para que, cuando llegue el herrador, sea al primero al que le meta mano.

Hay pequeñas cosas que podríamos hacer nosotros mismos. Ethan controla bien este tema, pero preferimos derivarlo. Los dos coincidimos en que una atención especializada es irremplazable. Además, estamos siempre hasta arriba, lo cual nos deja muy poco tiempo disponible. Aun así, que nuestros ojos pasen una revisión exhaustiva a nuestros ejemplares, no es opcional.

Somos un rancho de competencia. Criamos caballos para rodeos, carreras… Algunos son entrenados para practicar equitación. Nuestros animales tienen un entrenamiento muy específico. Se dividen en varios grupos. Dependiendo de a qué estén destinados. Son animales con un valor muy alto. Por lo que contamos con veterinarios y personal cualificado en plantilla.

Me coloco bien el sombrero sobre la cabeza. Fuera, el sol pega duro.

—Este va bien, pero Rayo necesita que le cambien las herraduras.

Suelto la pata del animal y me lanzo a por el siguiente.

—Por cierto —murmura Ethan —, Demi anda por el pueblo.

Resoplo al escuchar la noticia.

Demi es la madre biológica de Logan, esa con la que eché un polvo la noche de la fiesta de último curso y desapareció en cuanto nació el crío. La misma que se presenta cada cierto tiempo en busca de pasta y luego vuelve a desaparecer sin más.

Agradezco que Logan tenga más que superado el tema de su madre. Hubo un tiempo en el que no fue así. Un tiempo en el que mi hijo era pequeño y lloraba día y noche. En el que no comprendía por qué su madre no lo quería o lo había abandonado. Gracias a que ya no es así, puedo respirar tranquilo.

Pero no me gusta que lo ronde.

Puede que ya no le afecte del mismo modo, pero sigue siendo su madre. Sé que lo único que hará, será emborracharse en todos los

garitos del pueblo y liarse con cualquiera que se lo proponga, si eso le da lo suficiente para comprarse la próxima dosis.

No es plato de buen gusto para Logan.

Vivimos en un pueblo pequeño, en el que todo se sabe y los cotilleos están a la orden del día. Por muy bien que lo lleves, que te cuenten que han pillado a tu madre de crack hasta las cejas y haciéndole una mamada en cualquier callejón al primer camionero que se le ponga a tiro, jode.

—¿Lo sabías?

—No tenía ni puta idea. Esperemos que se largue pronto.

—Esperemos —coincide —. ¿Sabes si Logan la ha visto?

—Lo dudo. No me comentó nada, pero no creo que tarde en enterarse.

—Si todavía no le pidió pasta, no tardará. Por lo visto, lleva un par de días en la zona.

Me seco el sudor de la frente con el antebrazo y empezamos la revisión del próximo caballo.

—¿En qué estás pensando?

—En llamarla —digo —. Tal vez así se largue antes.

No sería la primera vez que lo hago, con la intención de aliviarle cargas a mi hijo. Accedo a darle la pasta que busca para que desaparezca. Suele acceder sin más.

Puede parecer que no tengo corazón: con esa mujer ya lo he intentado todo. Pasamos por todas las fases.

Llegué a internarla tres veces en un centro de desintoxicación, con la esperanza de que se desenganchara y fuera una madre para Logan. Ya no digo que fuera una buena madre, sino una madre sin más, con eso me hubiera conformado.

Le ofrecí venirse a vivir al rancho. Hablé con mi padre para construirle una casa pequeña, en la que contase con una habitación

para ella y otra para el niño, creyendo que eso les haría pasar más tiempo juntos. Que sería un bien para ambos.

Le ofrecí un trabajo. Me presté a pagar sus deudas innumerables veces. Fueron muchos años de lucha con ella.

Al final comprendí que nada de lo que hacía tenía sentido. Ella no quiere cambiar. Está cerrada por completo.

Es triste, pero lo acepto. No puedes luchar por salvar a alguien que no quiere ser salvado. En el proceso te arriesgas a caer tú también.

Llega un punto en el que, o abandonas o acabas volviéndote loco.

Mi hermano guarda silencio. Supongo que no tiene una mierda que añadir. Él, mejor que nadie, sabe por todo lo que hemos pasado con Demi.

Su teléfono suena y me alejo unos metros para pillar una cerveza, mientras él atiende la llamada.

—Grayson. —Me giro y toco el ala de mi sombrero con los dedos —. No te vayas, ven.

Vuelvo sobre mis propios pasos.

La cara de mi hermano es un puto poema. No hace falta que pregunte para saber que algo no va bien.

—¿Zoey? —pregunto con el corazón encogido. Él cabecea y, muy serio, pronuncia un nombre que, en estos momentos, es lo último que quiero escuchar. Porque sé que no va asociado a nada bueno.

—Cassidy.

El camino desde el establo hasta casa no es largo. Pese a que, más que conducir vuelo, se me hace eterno.

—¿Qué te ha dicho?

—No lo sé. Gritaba y no le entendí nada.

Al parecer lo llamó Skylar. Lo único que sé es que Cassy tuvo un accidente. Ni puta idea de más. Eso me mata.

Siempre llevo el teléfono encima. Lo dejé conectado al cargador en una de las oficinas esta mañana. No están lejos del establo y tenía en mente pasarlo a buscar. Nos liamos con los caballos y… Joder, si le ha pasado algo y yo no estaba atento, no me lo perdonaré en la vida.

Salto de la camioneta y lo primero que encuentro al llegar a casa es a mi hija. Está de pie, en el porche, sola y llorando.

Corro en su busca.

—Lo siento, papi.

—Ey, ey, ratoncita, ya está. No llores, ya está.

La cojo en brazos y la estrecho contra mí. Le chisto al oído y acaricio su pelo.

—Ha sido mi culpa.

—Tranquila. Shhh. Ya está.

Skylar sale por la puerta en ese momento.

—¿Y Cassy? —exijo saber de inmediato clavando la vista en ella.

—Se la ha llevado Logan.

—¿Logan? —pregunta mi hermano a mi espalda.

—No respondías, Grayson —acusa ignorando a Ethan —. Tuve que llamar a tu hijo. Cuando llegó, me pasó el número de tu hermano…

—¿Qué le ha ocurrido? —corto su discurso.

—Se resbaló por mi culpa —llora Zoey sobre mi hombro.

—No se resbaló. La tiraste.

—¿La tiró? —El tono de mi hermano, ante la acusación de Skylar, se llena de desconfianza.

—Sí —solloza mi pequeña.

—Shhh. —No se trata de que sea su padre. Sino de que conozco a esta niña. Pongo la mano en el fuego por ella. Es lo más bueno que te puedas echar a la cara. No dudo que hay una explicación

para todo esto. Me rompe el puto alma verla así. Pero ahora mismo, necesito saber dónde cojones está mi Cassy.

—¿Dónde están?

—En el hospital. Logan se la llevó en su camioneta. Yo no he podido ir porque tenía que cuidar de tu hija. ¿Lo entiendes? He dejado a la mía sola para cuidar de la niña que causó…

Levanto la mano y ladeo la cabeza.

Mi cuello cruje en ese momento.

Mi pose le advierte que tenga mucho cuidado con lo que va a salir por su boca.

Parece entenderlo a la perfección porque cierra el pico.

Sin dar más explicaciones, me llevo a Zoey y la pongo en su sillita. Antes de que termine de abrocharle el cinturón, Ethan ya ocupa el asiento del copiloto.

Dejo a Skylar con sus reproches en el porche. Para estar tan sumamente preocupada, ni siquiera hace el intento de venir al hospital con nosotros.

A la mierda. Eso es lo que menos me preocupa. Solo quiero llegar a ese maldito hospital y ver a Cassy.

—Quiero ir contigo.

—Escucha. Mientras papi va a ver a Cassy, tú y yo nos vamos a ir a ver a Jerry. Veamos si todavía tiene trozo de tarta de esa que tanto te gusta. —Mi hermano intenta disuadirla antes de que lleguemos al pueblo.

—Pero yo quiero ver a Cassy.

—Y la vas a ver. Te vas a cansar de verla. Pero ahora tenemos que dejar que papá se ocupe de esto.

—No me voy a cansar —responde ella convencidísima con la voz temblorosa a causa del llanto. —No me voy a cansar nunca.

Finalmente, llego a la puerta del hospital y salgo del coche a toda prisa. Dejo el motor en marcha, convencido de que Ethan sabrá ocuparse. Entro con paso acelerado en la zona de urgencias y no me detengo frente a las puertas de ingreso de los pacientes.

Dos guardias de seguridad me siguen de cerca. Los ignoro hasta que veo a mi hijo sentado en unas sillas de plástico.

Se levanta de inmediato y me hace una señal con las manos para que me tranquilice.

—¿Dónde está? —gruño con mi reserva de paciencia extra, completamente agotada.

—Tranquilo.

—¿Dónde-cojones-está?

—Frena. Está bien, ¿vale?

En cuanto escucho *está bien*, mis músculos parecen reaccionar y relajarse un poco. Me deshago de un peso de dimensiones incalculables. Aun así, no podré volver a soltar el aire que llevo reteniendo desde el momento en que me dijeron que había tenido un accidente, hasta que la vea yo mismo.

—Resbaló y cayó por la escalera. Le han hecho varias pruebas. No tiene nada fracturado. Se llevó un golpe en la cabeza y perdió el conocimiento. Se despertó hace un rato. Le han hecho un TAC cerebral, estamos esperando los resultados. —Da la sensación de que tenía el discurso preparado. Lo soltó de carrerilla. Sin parar a coger aire.

—¿Dónde está? —repito un poco más calmado, sin dejar de lado la impaciencia.

—Ahí dentro —señala la puerta a su espalda. —Papá. —Miro a mi hijo con la mano en la manilla. —Está bien —asiento.

Al entrar, veo a Cassy recostada sobre una cama de hospital. Lleva un camisón de hospital. Está rodeada de máquinas de hospital. Y todo huele a hospital. Detesto este lugar. Detesto verla a ella aquí.

Abre esos preciosos ojos verdes y me sonríe. Su mirada no se ilumina. Respiro por primera vez desde que Ethan recibió esa llamada. Mi piel sigue erizada y necesito asegurarme de que ella está bien.

—Menudo susto me has dado, cowgirl.

—Lo siento —susurra con una vocecilla cansada y titubeante.

Me aproximo a su cama. Apoyo un antebrazo por encima de su cabeza y le acaricio la mejilla con la mano libre. Beso su frente. Su aroma penetra en mi sistema. Joder, necesito sacar de aquí a esta chica, abrazarla y no volver a soltarla jamás. No quiero dejar que nada en este mundo la dañe.

La puerta se abre y entra un médico.

—¿Es de la familia? No está permitido que nadie la acompañe si no lo es. —De entrada, me parece un gilipollas. De salida, también.

Si me muerdo la lengua es solo porque Cassy no necesita que nadie le rompa la cabeza ahora. A punto estoy de preguntarle si a este imbécil le parece mejor que la deje sola, solo por el hecho de no llevar su sangre.

Ladea la cabeza esperando una respuesta, tamborileando, a su vez, el informe que lleva en las manos contra su pierna.

Y odio lo que estoy a punto de soltar por la boca.

—Su padrastro.

Y sé que a ella le ha jodido escucharlo, tanto como a mí pronunciarlo.

—Señor…

—Ashford.

—Señor Ashford, su hija… —¡Cómo escuece esa puta palabra! —Sufrió un traumatismo craneoencefálico leve. El TAC es correcto. Aun así, no se debe tratar a la ligera. Perdió el conocimiento más de veinte minutos. Un síntoma de alarma. Necesitamos mantenerla en observación para descartar posibles complicaciones que se puedan ocultar en las pruebas realizadas…

—¿Complicaciones de qué tipo? Sea más específico —exijo tajante.

—Como un posible sangrado interno. Conmoción cerebral, micro lesiones cerebrales, convulsiones postraumáticas, trastornos psicológicos o cognitivos, síndrome del segundo impacto… Como ve, la lista es larga y compleja. —Este tío es un gilipollas de manual. Pero es el médico de Cassy. Y ella está presente. A morderse la puta lengua. —Por eso hemos decidido dejarla en observación esta noche. Si todo va como creemos, mañana durante el día recibirá el alta médica. ¿Quién se quedará con ella?

—Yo —respondo sin pensar y sin plantearme si Cassy quiere o no que lo haga. No es negociable. No cuando se trata de su salud.

—Las enfermeras de guardia pasarán cada dos o tres horas por aquí.

—¿Para qué?

—Hay que despertarla, realizar un control neurológico, asegurarnos de que sus reflejos no sufren alteraciones, comprobar que habla con normalidad, reconoce a la persona que la acompaña… —Asiento.

El doctor se despide sin mucho entusiasmo y abandona la habitación.

—¿Y Zoey? —Es lo primero que pregunta.

—Con Ethan. No sabes lo que me costó retenerla para que no subiera a verte —bromeo con ella, solo con la intención de volver a ver su sonrisa.

—Quiero verla.

—Cassy, tienes que descansar. Mañana podrás verla cuando… —Silencio mi discurso cuando sus ojos se llenan de lágrimas. —Ey, ¿qué ocurre?

—Necesito verla, Grayson. Logan me dijo que estaba muy triste. Dijo que pensaba que había sido culpa suya.

—¿Qué pasó? —Aprovecho a preguntar.

—Tiene cinco añitos, Grayson. Eso es lo que ocurrió. Quiso subir un vaso de zumo a su habitación y se le cayó la mitad en las escaleras. No me di cuenta y resbalé cuando bajé a prepararle un sándwich. Culpa mía por no estar atenta.

—No es culpa de nadie. Fue un accidente.

—¿Y si hubiera bajado ella en vez de yo?

—Eh —advierto serio cuando la veo venir. —No vayas por ahí, Cassy. No es culpa de nadie. ¿Me oyes?

—Pues no lo comparto. —Joder, a cabezona no la gana nadie. —Es tan pequeñita… si ella se hubiera caído…

—Seguiría siendo un accidente. —Necesito que lo entienda, porque esa mierda que estoy percibiendo no me gusta nada.

No va a culpabilizarse por no darse cuenta de que se ha caído zumo en las putas escaleras. Vamos, no me jodas.

Le resbalan un par de lágrimas por las mejillas, las atrapo con el pulgar y las retiro de su precioso rostro.

Apoyo la frente en la suya.

—No me llores, cowgirl. Me destrozas el puto corazón.

—Lo… Lo siento.

—Shhh…

La envuelvo entre mis brazos, con cuidado de no hacerle daño.

Sus manos tan pequeñas y frágiles se aferran a mi camiseta.

—Estoy aquí, muñeca —susurro y permito que se desahogue. Necesita sacar esa mierda que lleva dentro.

—No te vayas —pide y la reconozco vulnerable. Como odio verla así.

—No me voy a mover de tu lado.

—Y déjame ver a Zoey.

Cabeceo y no puedo evitar retener la risa ahogada. Es tremenda. Tremendamente chantajista, quiero decir.

Accedo. Aunque a Zoey no la dejan entrar a urgencias a menos que ella sea la paciente, encuentro una solución factible.

Le pido el teléfono a Logan, que sigue esperando tras la puerta, y le hago una videollamada a mi hermano, cuando Cassy está más calmada.

En cuanto Zoey se planta delante de la cámara y Cassy también, soy testigo de la complicidad y hasta qué punto llega el vínculo que las une. Esta chica parece darlo todo por mi hija. Pero es que mi hija, parece haber convertido a Cassy, en tan poco tiempo, en el centro de su mundo. Justo como estoy haciendo yo, pese a mi resistencia. Me hizo falta verla en esta puta cama de hospital para darme cuenta de que no puedo renunciar a ella.

No tengo ni puta idea de qué hacer, ni de cómo hacerlo, pero sé que no puedo mantenerla alejada. No quiero ni pienso renunciar a ella.

Es ella. Es la persona que necesito en mi vida. Es la persona que mi hija necesita en su vida. Joder, hasta Logan la necesita.

Me doy cuenta. La puta estabilidad, el equilibrio que con tanto esfuerzo busqué sin éxito, llegó con ella.

La confidente, amiga y persona de confianza que necesitaba Logan, es Cassy.

Aunque Keira no sea reemplazable, y sea toda la vida la madre de mi hija, el referente femenino de Zoey, su figura materna, es Cassy.

La mujer que yo necesito, que ha vuelto a despertar mi deseo, mis ansias por proteger de nuevo a alguien, que me ha devuelto la ilusión, es Cassy.

Joder, llegó sin hacer ruido, pero arrasó como un ciclón. Nos robó el corazón, y nos regaló un hogar, ya que el nuestro por momentos se tambaleaba y se mantenía a flote a duras penas.

—Te quiero mucho, mucho, muchísimo —revela mi hija tirándole besos a la pantalla.

—Yo mucho, mucho, muchísimo más —responde Cassy, fingiendo un humor y una energía que no tiene, solo para ver sonreír a mi hija.

—Vendrás mañana, ¿verdad?

—Te lo prometo, cariño.

—Te quiero —repite.

—Te quiero mucho, mi niña.

No recuerdo la edad que tenía la última vez que lloré. Creo que debía tener una edad similar a la que mi hija tiene ahora. No lo hice ni en el funeral de mi madre, ni tampoco en el de mi esposa. No porque lo sintiera menos. Me reventó por dentro perderlas. Pero no soy un hombre al que le resulte fácil demostrar sus sentimientos a partir del llanto. Sin embargo, tengo que girarme un momento y alzar la cabeza al techo. Respirar hondo y tomarme un segundo cuando las veo a ellas.

Carraspeo cuando Cassy cuelga la llamada.

—¿No vas a darle las buenas noches?

—La llamaré luego. —Incluso postrada en una cama, nos antepone a ella. Joder, es completamente imposible no perder la cabeza por esta chica.

Le paso la mano por la cara, cerrando sus párpados a mi paso.

—Descansa.

Bajo la intensidad de la luz al mínimo. Voy a sentarme en el sillón a su lado. Vuelve a abrirlos y tira de mi camiseta.

—No hay espacio para los dos —siseo al advertir sus intenciones.

—Sí que lo hay —asegura sin ceder y arrastrándome con ella.

Tomo asiento de lado en su cama. Le coloco la cabeza encima de mi brazo y le acaricio la mejilla.

Poco a poco sus ojos se cierran.

Su respiración es lenta, pausada y silenciosa.

Acaba de caer rendida.

—Muñeca —susurro pegando los labios a su frente.

Puede que sea una chorrada porque está bien. La tengo conmigo. No corre peligro. Pero el puto miedo a perderla, a que algo malo le ocurra, se apodera de mí.

Necesito sacarla de aquí, que me confirmen que todo va bien y llevármela a casa. Al lugar al que pertenece.

CAPÍTULO: 21

Cassidy

Abro los ojos y me topo con Grayson, sentado en un sillón. Pegado a mi cama, esperándome. Con esos preciosos ojos del mismo color del whisky, destellando preocupación y familiaridad a raudales.

—Buenos días —susurra acariciando mi mejilla con el reverso de su mano. —¿Cómo te encuentras?

La noche fue un ir y venir de enfermeras cada poco tiempo. Las interrupciones del sueño eran constantes cada vez que conseguía quedarme dormida.

—Bien. —Grayson se acerca y deposita un beso en mi frente. —¿Qué hora es?

—Las ocho y veinte —responde sin necesidad de comprobarlo. —Necesitabas descansar —añade, anticipándose a mi reacción. —Acerca su rostro al mío e inspecciona mis pupilas. —¿Recuerdas tu nombre? —Sonrío. —¿El mío?

Ante sus preguntas solo puedo curvar los labios y comérmelo con la mirada.

—¿Estás intentando realizarme un control neurológico por tu cuenta?

—Solo me aseguro de que estés bien —responde sin pudor alguno.

Llevan toda la noche desvelándome para hacer preguntas similares.

—Perfectamente —digo, impulsándome un poco con la mano para incorporarme en la cama.

—Cuidado.

Grayson me planta una palma en el hombro. Me ayuda él mismo a sentarme. Recoloca mi almohada y se mantiene en pie a mi lado.

—Gracias por quedarte… —Las palabras mueren en mi boca al abrirse la puerta. Un doctor distinto al que me atendió ayer cuando llegué a urgencias, da los buenos días y se dirige a Grayson en lugar de a mí. Eso me enfurece, aunque no doy muestras de ello. Y me saca de mis casillas, porque se refiere a él en todo momento como *mi padre*.

¡Mi padre! Mierda. Mi supuesto padre se empalma bajo mi toque. Se le acelera la respiración cuando lo beso. Gruñe y pierde el control cuando gimo en su boca. ¿Eso lo hace un puñetero padre? ¡No, mierda! Claro que no.

Grayson no es mi padre y que alguien lo reconozca como tal escuece como no podéis imaginaros.

Le hace saber que las analíticas y demás pruebas son correctas y que el informe de las enfermeras es favorable. Me darán el alta en las próximas horas.

Antes de irse, se asegura él mismo de que mi estado sea el que consideran correcto y se despide.

No quiero demostrarlo. Soy consciente de lo que piensa Grayson sobre mí. Es inevitable que el enfado que se cuece en mis entrañas se perciba.

Cruzo los brazos a la altura del pecho y solo soy capaz de escuchar la voz del doctor: *su hija, su hija, su hija*…

Se repite en bucle en mi cabeza. Cada vez que suena nuevamente, escalo un peldaño imaginario. Uno que me conduce al territorio imaginario en el que Cassidy pierde los papeles y le asesta un puñetazo en la cara a este pardillo por tratarnos a Grayson y a mí, como padre e hija.

Sin poder contenerme, abro la boca.

—No eres mi padre —escupo de mala baba.

Él inspecciona durante un segundo las baldosas del suelo. Muerde su labio inferior y cabecea.

—No. No lo soy, Cassy.

Casi puedo sentir en su voz que tampoco lo complace lo más mínimo escucharlo, que en cierto modo lo cabrea tanto como a mí. Simplemente, es mejor conteniéndose.

—Pero si tengo que fingir para que no me aparten de ti mientras estés aquí, lo haré. —Levanto la vista. —Da igual si tengo que convertirme en tu padre, o en Dios, a la vista de los demás. Tú y yo sabemos quiénes somos, cowgirl. No dejes que eso te afecte.

—Me afecta —discuto con una actitud que, ahora mismo, solo puede tacharse de infantil.

Grayson tiene razón. Es un sinsentido permitir que la visión, opinión o crítica ajena te destroce. El problema no se trata de las personas extrañas a nosotros, sino que Grayson piensa igual que ellos. Puede que no lo diga, pero solo hay que ver cómo me rechazó la otra noche.

No fue por él, sino por los demás. El puñetero qué dirán.

Creo que por eso me duele tanto.

—Ya lo veo.

Giro la cabeza y clavo la vista en la ventana, intentando distraerme y no hacer una montaña de un grano de arena. Porque puede que mi cabreo vaya más allá de las palabras de ese doctor. Puede que en realidad con quien esté enfadada sea con Grayson.

Su mano sostiene mi perfil, obligándome a torcer la cabeza en su dirección. Accedo y me doy de bruces con su rostro a pocos centímetros. Junta sus labios con los míos. Me besa. Un pico de apenas un par de segundos. Rápido, húmedo y cálido. Uno que significa mucho más que cualquier beso que hayamos compartido hasta el momento.

—Yo no lo veo así —afirma, adivinando mis pensamientos y dejando clara su opinión.

Atrapo mi labio inferior con los dientes. Grayson no se separa ni un milímetro de mí. Tampoco intenta besarme de nuevo. Permanece ahí, observándome y analizando mi reacción.

Esa simple frase, suena a confesión. A pistoletazo de salida. A… que no va a esconderse como hizo la última vez.

Asiento lentamente y él me guiña un ojo.

Estiro los brazos y lo rodeo, descansando mi cabeza en su pecho. No duda, se acomoda a mi lado y me estrecha contra él, meciéndome lentamente y depositando algún que otro beso en mi coronilla. Los minutos pasan y él no se retira.

Permanece justo donde lo necesito. Justo como lo necesito.

Advierto a Zoey a varios metros de distancia.

Camina de la mano de su hermano.

Él va contándole algo que la hace sonreír. Se me encoge el corazón al verla. Calienta mi sistema y me arden las plantas de los pies. Solo quiero correr en su busca.

Ella percibe mi presencia. Sin dudarlo, suelta la mano de su hermano y recorre, a la velocidad que le permiten esas pequeñas piernas, los metros que nos separan.

—¡Cassy!

—Hola, cariño —saludo, atrapándola y levantando su cuerpo en volandas. —Te eché mucho de menos.

—Ratoncita, Cassy no puede hacer esfuerzos…

—Déjalas, papá —protesta Logan.

Tras un par de achuchones más, dejo a la niña en el suelo. Logan me envuelve. Me da un abrazo rápido y un par de palmaditas a su padre en la espalda.

—Me alegra verte de una pieza.

—Gracias, Logan. Por traerme, por… Gracias.

No estaba consciente cuando Logan llegó a casa. Recuperé el conocimiento antes de llegar al hospital.

Aun así, estaba demasiado aturdida como para hablar con él. Me trasladó a toda velocidad en brazos. Cuando lo echaron, al no ser familiar directo, montó un espectáculo. No soltó mi mano hasta que se aseguró de que estaba estable. Grayson me dijo que se había quedado tras la puerta de la habitación de urgencias, donde me ingresaron. Solo accedió a marcharse cuando llegó su padre.

—No me des las gracias y deja de darme estos sustos.

No tardamos en subirnos al coche.

—Ayer el tío Ethan me llevó a comer tarta.

—¡Qué bien!

—Jerry me puso un trozo enorme. —No puede ser más bonita. Me contagio de su humor. —Y mira…

Deja sobre mi regazo algo envuelto en una servilleta. Me veo venir lo que es. Se me derrite el alma en ese instante.

—Te he traído un poco. —Logan y Grayson ríen en la parte delantera.

Despacio y con mucho esfuerzo, porque el papel se ha pegado al chocolate, descubro mi regalo.

—¡Vaya! Esto tiene una pinta estupenda…

—¿Qué cojones es eso? —interviene Logan al mirar por el espejo retrovisor. Su expresión de asco lo dice todo.

Es cierto que no tiene la mejor pinta del mundo. La capa de chocolate externa se ha derretido y está pegada por completo al papel. Imagino que lo llevaba en un bolsillo o algo así, porque el bizcocho está destrozado y forma una pelota, como si Zoey lo hubiese amasado con las manos, buscando que ocupase lo mínimo posible.

—¡Cállate! —ladro.

Me llevo el trocito de golpe a la boca.

—Mmm…

—No puedes comerte eso… —advierte Grayson. Respondo dándole un manotazo en el hombro. Con la boca llena es imposible hablar. Pero entiende a la perfección que debe mantener el pico cerrado.

—¡Está buenísima! Muchas gracias, cariño.

Zoey balancea sus pequeñas piernitas que no llegan a tocar el suelo.

—Sabía que te gustaría.

—Me encanta.

Su gesto satisfecho es el mejor de los pagos a mi sacrificio.

No ha resultado tarea sencilla meterme eso en la boca. Pero su semblante alegre lo merece con creces.

Al llegar a casa, encuentro a mi madre en el salón.

—Ya has llegado.

Compruebo que las manos de Grayson se transforman en dos puños. Aprieta con tanta fuerza que parece que las venas van a estallarle.

Comprendo de inmediato su cabreo. Nace al descubrir que, desde que Logan me sacó en brazos inconsciente de esta casa ayer, hasta ahora, casi veinticuatro horas después, no se ha preocupado de venir a verme al hospital. Tampoco he recibido una sola llamada. Tampoco muestra el mínimo signo de la preocupación que se supone va de la mano con el título de madre.

A mí no me afecta. Estoy acostumbrada. Ella siempre fue a lo suyo. Y ya no me sorprende.

Parece que a Grayson sí. Y no le sienta nada bien.

—¿Podemos salir al jardín? — La incomodidad de Zoey es palpable.

Conociendo a mi madre y consciente de que fue ella la que se quedó a cargo de la niña, solo espero que no la hiciera sentir mal. Es especialista en eso.

—Cassy tiene que descansar, ratoncita.

Le habla a su hija con tono amable. La tensión de su voz, traspasa el salón y su atención se fija directamente en mi madre.

—Estoy bien —repito por enésima vez.

Logan nos dejó en casa y se marchó a trabajar.

Grayson decidió que hoy se tomaría el día libre.

Algo que me sorprende mucho, porque desde que lo conozco no ha librado ni uno.

Puede que se conceda momentos a sí mismo.

Como cuando vamos a comer a casa de su padre o alguna tarde que llega antes para compartir tiempo con Zoey. Sin contar eso, no hay un solo momento de relax en su vida.

Comprendo que lo mueve la preocupación y la resistencia a dejarme sola. Admito que me derrito por dentro. Pero no tiene por qué alterar su vida por mí. Cuando digo que estoy bien, no es un mero formalismo. De verdad me siento así.

—Vamos. —No cede.

Descontando los dos minutos que pasamos en el salón, mi madre no hace el intento de acercarse a mí. Como si, de alguna manera, que me hiciese daño, fuese culpa mía.

Le gusta ser el centro de atención. Y cuando alguien le roba lo que ella cree que es su protagonismo, pilla una pataleta como la que, a la legua, se percibe sufre ahora.

—Puedo quedarme en mi habitación —digo cuando me conduce a la suya.

—No —brama, tajante. La culpa la tiene la sangre que mi madre ha alterado con su actitud.

—¿Puedo quedarme contigo?

—Claro, cariño. Podemos ver una película.

—Síií —aplaude entusiasmada —. Me pondré el pijama.

Es temprano, pero Zoey debe creer que así estará más cómoda.

Grayson sigue a su hija. Imagino que va a ayudarla. Sin embargo, a los treinta segundos, entra de nuevo y cierra la puerta tras de sí.

Deja mi pijama encima de su cama, una orden silenciosa. Al parecer, yo también tengo que ponérmelo.

No me resisto. La idea de dejarme engullir por unas sábanas que huelen a él y dormir en ellas, consigue atraparme.

La percepción de que así lo sentiré un poquito más cerca me gusta.

—No dejes que Zoey te maree, necesitas… —empieza a decir, pero lo interrumpo.

—Me gusta estar con Zoey, Grayson. Y estoy perfectamente —. Ahora la tajante soy yo. Le da demasiadas vueltas.

Asiente. Cojo el pijama entre las manos y me dispongo a recluirme en su cuarto de baño.

Rodea mi muñeca con su mano y pega mi espalda a su pecho. Entierra la cabeza en mi pelo y envuelve el brazo en mi cintura, dejando la palma de la mano abierta en mi vientre.

—Casi me vuelvo loco. No sabía qué te había ocurrido. Podrías haber estado agonizando y yo no me hubiera enterado porque me dejé el puto teléfono en la oficina —gruñe la última frase entre dientes a mi oído. Cargada de impotencia y frustración a partes iguales. —Solo imaginar que…

Me giro entre sus brazos y alzo la cabeza para mirarlo a los ojos dada su altura.

—No pasó nada.

—Sí que pasó. Y yo no estaba aquí…

—Eh. Se acabó —susurro poniéndome de puntillas. Le rodeo el cuello con los brazos y me fundo con él.

—No puedo perdonarme…

No cede. No pasa página. Y convierte un accidente en un problema enorme por el cual culparse. Por lo que solo encuentro una opción.

Pego mis labios a los suyos.

Responde a mi beso con desesperación. Con un deseo desorbitado, con el ansia de quien está enloqueciendo, aferrándose a mis labios como si fueran el único antídoto a su enfermedad.

Pierdo la noción del tiempo, el contacto con la realidad, demostrándole sin restricciones todo lo que me hace sentir, volcando lo mucho que me importa en ese beso.

Su boca se abre, engullendo hasta el último de mis jadeos. Su lengua voraz acaricia la mía, desesperada por su cariño, su atención, su…

En un par de intensos minutos, nos obligamos a bajar revoluciones. Supongo que su miedo coincide con el mío. Ninguno de los dos quiere que Zoey entre en la habitación y nos pille de esta guisa.

—¿Esto quiere decir que ya no te sientes culpable?

—Sigo sintiendo lo mismo. —El bajón es inmediato al escuchar tal confesión. —Pero no voy a alejarme de ti.

—¿Qué ha cambiado?

—Media hora.

—¿Media hora?

—Es el tiempo que pasé sin saber qué te había ocurrido, muñeca. —Ese *muñeca*. Esa voz. —Nunca más —asegura.

No tengo ni idea de a qué se refiere con eso, pero me gusta cómo suena.

Sus brazos me estrechan contra él. Cuelo la cabeza en el hueco entre su hombro y su cuello, envolviéndome con su aroma.

A tierra mojada, a madera recién talada, a hogar.

CAPÍTULO: 22

Grayson

Los últimos días han sido un tanto… Extraños. Insistí en que Cassy se instalara en mi habitación. Al principio con la intención de concederle el espacio y la comodidad que necesitaba.

Ahora… Puede que encuentre reconfortante el pensamiento de que duerma en mi cama.

Zoey se instaló con ella. Eso no nos deja ningún espacio para nosotros. No hemos tenido ni un solo instante de privacidad. Sin pillarla a solas un segundo, creo que voy a volverme loco.

Aprovecho cualquier momento para colarme con la excusa de interesarme por ella.

Es algo estúpido si tenemos en cuenta que hace vida normal y da la impresión de estar mejor que nunca.

Eso sí, las miradas, los roces accidentales y las sonrisas cómplices aumentaron por su parte considerablemente.

Yo intento contenerme. Ella lo complica mucho.

Aprovechando que Zoey liberó su habitación, paso las noches allí. Estoy volviéndome jodidamente loco. La necesidad de sentirla, de apartarla del mundo y tenerla es tal, que apenas logro cerrar los ojos por las noches.

Con Skylar todo va de mal en peor.

Es cierto que nunca estuve receptivo con ella. Eso no es excusa para que se comporte con su hija como lo hace.

Los putos celos que siente hacia su hija los disfraza con indiferencia. A mí no me engaña.

La veo venir de lejos.

Trato de no meterme en su relación. Es cosa de Cassy, no mía. Pero el día que llegamos del hospital y pasó olímpicamente de ella, sumado a su actuación del día anterior, tanto hacia mi hija como a la suya propia, colmó mi paciencia.

Me aseguré de que Cassy y Zoey dormían y de que Logan todavía no había vuelto para tener una charla con ella.

Al principio intentó disuadirme, tomándome por imbécil. Su excusa para tratar a mi hija como lo hizo fue que estaba muy preocupada por la suya, y que eso supuestamente le había hecho soltar cosas por la boca que no sentía. Saqué a relucir su trato hacia Cassy y su coartada se fue a la mierda.

A partir de ese punto, el ambiente se caldeó. Tal vez resulté un tanto duro y exigente con ella. No me defenderé, lo fui. No merecía menos.

Su fingido ataque de ansiedad no me produjo lástima alguna. Pruebo la misma empatía hacia ella, que ella por mi hija… o por Cassy.

—Te veo distraído.

Apoyo la puntera de la bota en el estribo y cojo impulso. Toco con dos dedos el ala de mi sombrero a modo de saludo.

Junto a mi hermano, está Demi, la madre de Logan.

—Te conservas bien, Grayson.

—No puedo decir lo mismo —bramo. —Logan no está.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

Me froto la mandíbula con tres dedos, pensando en el mejor modo de tratar este asunto.

Vuelvo a bajar del caballo.

—Llévalo dentro —pido a mi hermano que se limita a asentir y coger las riendas suavemente, para que el animal lo siga. —¿A qué has venido, Demi?

—¿A qué he venido? ¿Qué clase de pregunta es esa? A ver a mi hijo, Grayson.

Ni ella misma cree lo que acaba de salir por su boca. Esta mujer no se interesó nunca por Logan, salvo para sacar tajada de él.

En cierto modo, siento pena por ella, hasta cierto punto. Comprendo que es adicta y que toda su vida ha girado en torno a lo mismo. Pero ya no me vale. No es suficiente. Esa excusa dejó de sumar sentido a su actuación, después de los cientos de veces que me tocó consolar a mi hijo por su culpa, de verlo llorar cuando no era más que un niño.

—Terminemos con esto de una vez, Demi.

—No sé a qué te refieres…

—¿Cuánto necesitas?

—No vas a comprarme. Joder, es alucinante.

—¿Mil?

—Me siento insultada…

—¿Dos? —la corto. Conozco este numerito de memoria.

—Con cinco podría arreglarme. —Un par de carcajadas repletas de ironía atraviesan mi pecho.

—No voy a darte cinco mil de los grandes, Demi. —Me observa. No tiene vergüenza ninguna. No siente apuro. Ni le importa una mierda lo que opine de ella. Solo conseguir lo que tiene en mente. —Tres, no voy a negociar más, Demi. Lo tomas o lo dejas…

Antes de que pueda terminar la frase, ella responde, acelerada.

—Acepto. —Es jodidamente increíble.

Camino en dirección a mi camioneta. Abro la puerta y pillo la chequera del salpicadero. Cubro mis datos y le extiendo un cheque. Lo coge al vuelo. Yo no lo suelto. Espero paciente a que me mire, de

momento, solo se fija en la suma que acabo de escribir en bolígrafo azul.

—No quiero verte por aquí en una buena temporada —advierto con aspereza.

Voltea su escuálida y frágil figura.

Un problema menos.

Cierro el vehículo de un portazo.

—Grayson.

—¿Qué quieres?

—Saluda a Logan de mi parte.

Tras la marcha de Demi, ensillo de nuevo un caballo y me largo a galope, ansioso por un momento de desconexión. Bordeo las lindes de nuestras tierras y regreso al trote.

Es el único capricho que me concedo. Me gusta perderme de vez en cuando, para estar a solas con mis pensamientos. Así puedo hacer las paces con mis demonios interiores, librar cargas y volver a coger energías para levantarme al día siguiente.

Distraído, no presto atención al camino. Cuando quiero darme cuenta, en lugar de volver al establo, me topo con mi casa de bruces.

Alzo la cabeza para conseguir ver por debajo del sombrero. Observo la ventana de mi habitación, pensando en que Cassy estará ahí dentro.

No tengo idea de la hora que es, pero tarde. Estoy seguro. Zoey habrá caído rendida. Sonrío al imaginar a mi hija invadiendo el sitio que me gustaría ocupar a mí, junto a Cassy.

—¿Buscas algo?

Trato de esconder la alegría que me produce el sonido de su voz.

Suelto las riendas. Conozco a Apache, no se moverá hasta que yo lo ordene.

—Contemplaba las vistas.

—¿Las molduras? Sí, son impresionantes —se burla de mí.

La repaso de arriba abajo.

¡Perfecta! Es… No me salen las putas palabras.

Lleva unos simples leggins, una camiseta anudada a la espalda y unas zapatillas de deporte. Tiene el pelo desordenado, en una especie de moño extraño en lo alto de su cabeza.

—Vamos, chico —susurro, dándole un pequeño toquecito con el talón. Apache acata mi orden al instante.

Se aproxima con cautela. Conozco el miedo de Cassy por los caballos. Aunque lo tiene bastante controlado, no quiero asustarla.

Me sitúo junto a las escaleras.

—¿Logan ha llegado?

—Sí. —Le tiendo la mano. Titubea. —No puedo subir a ese caballo, Grayson.

—¿Por qué?

En lugar de aceptar que se acojona, se observa a sí misma.

—Mira que pintas llevo. Ni siquiera llevo un calzado adecuado.

—Estás jodidamente preciosa. Tranquila, no necesitas introducirlos en los estribos. Vamos, cowgirl.

Tarda en decidirse. Temblorosa, extiende su mano. Con la mía, rozo sus dedos, su palma, su muñeca. Asciendo por su antebrazo hasta rodearle el brazo a la altura del codo. Adoro el modo en el que tiembla, pero aun así confía y se deja llevar por mí.

Tiro de ella. Gracias a su disposición, en pocos segundos la tengo subida a horcajadas sobre Apache.

Se estremece y acoplo mi pecho a su espalda. La envuelvo con los brazos, tratando de aportarle una seguridad que ahora mismo no encuentra.

—Es extraño —susurra con voz entrecortada, sin poder esconder sus nervios.

—Estás conmigo. —Sus dedos, suaves, frágiles e inseguros en este momento, se aferran a mi antebrazo. —Estás a salvo, muñeca —siseo a su oído.

Su cabello me cosquillea los labios. Tengo que contenerme. Una sacudida me azota por dentro y me pego un poco más a ella.

Está demasiado concentrada en mantenerse serena. Fracasa, tiembla como un copo de nieve en medio de una ventisca. Intenta no caerse. Lo sé por el modo en el que aprieta los muslos. Jamás la pondría en peligro. Soy yo el que se ocupa de mantenerla segura, aunque ella ni siquiera sea consciente.

Cassy mantiene el silencio. Dirijo a Apache hacia los acantilados. Ahora que he conseguido que Cassy confíe lo suficiente en mí como para subirse a un caballo —tengo clarísimo que en el animal no confía, y que por sí misma, jamás subiría a uno, al menos de momento—, lo último que quiero es asustarla. Por lo que vamos al paso, al ritmo más suave y lento, al cual es capaz de conducirnos Apache.

Los minutos van pasando y la tensión inicial comienza a aplacarse. No la percibo confiada en su totalidad. Pero sus músculos se relajan un poco. Sigue cerrando los puños y sujetándose a mi antebrazo, con el que no dejo de rodear su cintura, pero la fuerza disminuye.

Le concederé el tiempo que necesite. Con el propósito de ayudarla, me deshago de su agarre, levantando un poco el brazo. Acaricio el suyo, desde el hombro hasta la muñeca. Suelto las riendas solo para colocar mis manos encima de las suyas y volver a tomarlas.

Entrelazo mis dedos con los suyos, mientras sostenemos las correas de cuero.

—Shhh —chisto. Apache se detiene a varios metros del acantilado. El sol se ocultó hace un buen rato y ha oscurecido

durante el camino. Es completamente de noche. La luna brilla con fuerza. Gracias a eso, y el punto en el que estamos, puede ver lo que tiene delante.

—Es precioso —dice. Ella es preciosa. —¿Vienes mucho?

—Sí.

—Tu sitio mágico en el mundo —murmura, comprendiéndolo de inmediato.

—¿Cuál es el tuyo? —Encoge los hombros. Le aparto el pelo al hombro contrario. —Ya tienes uno.

Extiendo la mano en su estómago y la estrecho más contra mí. Atrapo su lóbulo y succiono despacio. Repaso la curva de su cuello con los labios, respirando pegado a su piel. Le beso el cuello. Al principio es algo lento, sutil. Abro la boca y atrapo su carne con los dientes. Apoyo los labios en ese punto y me dejo llevar. Flexiono y estiro los dedos, arrugando su camiseta. Mi agarre es intenso. Deseo más. Mucho más de esta chica, cuelo la mano por debajo de su camiseta y la coloco en el mismo punto. El sentir su piel contra la mía… Joder. No he experimentado nada mejor en mis treinta y ocho años de vida.

—Grayson… —Jadea ella, mientras sigo besándole el cuello y acariciando su vientre.

Apache se mueve. Levanta las patas un poquito y vuelve a tocar el suelo. No llega a desplazarse. Permanece en el mismo lugar. Eso lleva a Cassy a sostener de inmediato las riendas.

—Ay.

No puedo evitar sonreír.

—No pasa nada.

—Como le dé por caminar cuatro o cinco metros a toda leche, te voy a decir yo que no pasa nada. —Estamos casi al borde del acantilado. Tiene razón. Si se asusta y hace la tontería de echar a trotar, nos vamos todos al abismo.

Conozco bien a este caballo. No lo hará. Tiene que llevarse un susto muy grande para reaccionar así.

—Tranquila. —Cojo las riendas y lo hago girar.

Podría alejarme un poco del acantilado y seguir saboreándola. Es lo único que me apetece en este momento, pero tomo rumbo al establo.

El camino de vuelta nos lleva poco más de media hora.

Soltamos algún comentario aquí o allá. En general, lo hacemos en un cómodo silencio, disfrutando del paseo.

Cassy deja caer la cabeza hacia atrás, sobre mi pecho.

Cierra los ojos varias veces. Conozco ese gesto. Solo disfruta de la brisa, del sonido de algunos animales nocturnos, del suave balanceo de Apache.

Esa señal me indica que está mucho más tranquila. En un par de paseos más, lo tendrá superado.

Y con el tiempo, no descarto que sea ella la que se anime a montar sola.

—Grayson, Grayson.

Pide ayuda cuando bajo del caballo de un salto. Extiendo los brazos, la cojo de la cintura y la bajo a ella. Le guiño un ojo cuando me observa con los ojos muy abiertos.

—Es que me he visto ahí —señala con un golpe de cabeza a Apache. —Sola…

—No estás sola.

Cassy me sigue mientras llevo al animal a su box. Retiro su silla. Lo acomodo y le doy algunas caricias, antes de salir y cerrar la pequeña portezuela.

Me quito el sombrero, se lo pongo a ella y la tomo de la mano.

Me sigue sin pensarlo. Se deja guiar por mí, sin tener ni idea de hacia dónde la dirijo. Esa entrega, esa confianza por su parte, es… Joder, es perfecta.

Pillo un par de cervezas de la neverita que tenemos, para sobrellevar los días de trabajo duro y calor.

Le ofrezco una y acepta. Aun así, no la abre y no bebe.

Yo, sin embargo, le quito el tapón de rosca y bebo la mitad de un trago.

—¿No tienes sed? —Sacude la cabeza.

Le quito el botellín de las manos y lo dejo en el suelo, junto al mío.

Cassy se muerde el labio inferior.

Coloco mis manos en su cintura. Me inclino y la beso.

Joder, me moría por besarla de nuevo.

Paso unos minutos jugueteando con sus labios, sobándole descaradamente el culo.

—Estás muy callada.

No voy más allá. No pretendo tirármela en un puto establo. Puedo besarla, tocarla, jugar con ella. Pero no me la voy a follar por primera vez aquí. La quiero en mi cama. Necesito dedicarle tiempo. Ni quiero conformarme con metérsela en cinco minutos, ni ella merece eso.

Eso sin pensar en que no tengo ni idea de la experiencia que tiene esta chica. Tiene diecinueve años. Conociéndola, no creo que se acostase con muchos tíos. Aunque espero que sí con alguno. Me jode, no lo negaré. Pero más me jodería ser el primero. A mi conciencia le jodería. Ya siento que le estoy arrebatando demasiado, como para quitarle también la virginidad. No, gracias.

Además, en el fondo, trato de autoengañarme a mí mismo para convencerme de que no es una cría. De que sí me la merezco. De que quiere estar conmigo, consciente de lo que es el mundo ahí fuera. De que tiene más opciones y yo soy lo que elige.

—¿Qué pasa, muñequita? —Le doy un toque con el dedo índice en la nariz y masajeo su cintura con mis dedos.

Tengo la impresión de que lo utiliza para esconderse, así que fuera. Baja la cabeza y su rostro queda oculto bajo el ala. Quiero verla.

Le quito el sombrero y lo dejo caer al suelo.

Coloco la palma en su mejilla. Sigo masajeándole la cintura, las lumbares. Me sorprende su timidez. Cassy no es tímida. Pero me parece adorable. No voy a mentir, su actitud tiene un puto impacto directo en mi polla.

—Ey —llamo su atención.

—No sé qué va a pasar.

No la sigo. No comprendo a qué se refiere. ¿A nosotros en general? ¿A este momento?

Permanezco en silencio, evaluándola con calma.

Baja la vista de nuevo y le agarro el mentón con dos dedos, obligándola a mirarme. Lo último que quiero es que esta chica se retraiga, se sienta insegura. Me toca los cojones. Si necesita una aclaración, no tengo problema en dársela. Pero tiene que hablarme. Trato de intuir, leer entre líneas, pero no soy adivino.

—Cuéntame qué pasa por esta cabecita —siseo dándole un toquecito en la sien con mis dedos.

Abre la boca y la cierra un par de veces.

—Con nosotros. Quiero decir… ¿Qué somos, Grayson? Sé que no me debes nada y no pretendo complicarte la vida, pero… —Cuando arranca a hablar, lo hace titubeante. Como si no se sintiera con derecho a nada. Cuando ella es la única que tiene todo el derecho del mundo sobre mí. Según avanza en su discurso, su voz se convierte en un susurro, hasta que se apaga por completo.

—Me gustas muchísimo...

Sonrío al escucharla. Es tan bonita.

Y teniéndola frente a mí, tan insegura y entregada al mismo tiempo, me hace comprender que me importa una mierda el resto. Quiero estar con esta chica. Quiero tenerlo todo en ella.

Y tengo que hacer las cosas bien. Aunque es complicado…

—Tú a mí no me gustas, Cassy. —Abre los ojos y se muerde el labio inferior. Antes de que me malinterprete, le explico del modo más honesto y sincero que puedo. —Me vuelves loco. Despertaste una parte de mí que hacía mucho tiempo estaba dormida. Llegué a creer, que la había perdido. Verás… —Para que me entienda y no asustarla, decido ir poco a poco. —Cuando la madre de Zoey murió, me cerré. No me refiero a cerrarme a otras mujeres, algo que también hice. —Es palpable su gusto por mi último comentario. —Si no, a por completo. Antes de que tú llegaras, y me convirtieras en un adolescente sobrehormonado de nuevo, todo era mecánico. Dormir, comer, trabajar, ocuparme de mis hijos y la rueda volvía a girar. Ni siquiera me apetecía hacerlo. Funcionaba en automático. Me devolviste las ganas, la ilusión, la puta sonrisa. No puedo darte un plan porque no lo tengo. Pero no eres un juego, Cassy. No busco seducirte y esconderte en una esquina. Te quiero en el centro de mi puto mundo. Y no voy a coaccionarte ni a pedirte más de lo que estés dispuesta a dar. Y mucho menos exigir que hagas algo o tomes decisiones para las que no estés preparada. Puede que sea hipócrita de mi parte decirte eso y pretender estar contigo. Sé que mi egoísmo no tiene límites, pero no quiero, no puedo, renunciar a ti. No si sé que tú deseas lo mismo. —Ella escucha con atención. Cuando le revelo que no pienso renunciar a ella, expulsa una gran bocanada de aire. Como si acabara de sacarse un gran peso de encima. —Tengo treinta y ocho años, pero créeme, soy muy consciente de que tú no estás en el mismo punto que yo. Tengo todo el tiempo del mundo. Estoy dispuesto a ir a tu ritmo y respetar tus tiempos. No hay prisa. No quiero que jamás te sientas obligada a nada. No quiero que bajo ningún concepto accedas a hacer algo si no estás totalmente segura. Estoy aquí, contigo. Y de aquí no me voy a mover. No me importa esperar ni que la espera sea larga. Tú marcas el ritmo, ¿vale? Quiero que tengas eso muy claro. En todos los aspectos.

No voy a mentirle. Tampoco a realizar promesas que no pueda cumplir. Pero todo lo que le he dicho es la verdad. Soy muy

consciente del hándicap que resulta nuestra diferencia de edad. Por eso creo que lo mejor es dejarlo en sus manos. No quiero decir que ella sea la que tenga que tirar de todo. Más bien, soy yo el que lo hará, pero respetando su momento.

Es primordial que no se deje llevar solo por complacerme. No voy a consentir que luego se arrepienta. Si hay dudas, mejor no dar ese paso. Sea cual sea. El que me pare los pies en cualquier sentido no va a hacer que la desee menos, que la necesite menos. No olvido que nuestra situación es delicada.

Aunque Cassy sea mayor de edad, el equivocado enlace con su madre me convierte en su padrastro a efectos legales en este estado. Pese a no haberla adoptado ni nada por el estilo.

Y las leyes texanas prohíben que podamos mantener una relación. Tengo que admitir que, últimamente, estoy demasiado tentado a acabar con mi matrimonio con Skylar. No puedo seguir con esto. Tampoco puedo presionar a Cassy.

Por lo que tengo que andar con cuidado. Es una situación compleja, cuanto menos. Por todo lo que engloba. No solo somos ella y yo, también está su familia en medio. Y la mía. Empezando por mis hijos y terminando por mis hermanos y mi padre. Aunque sé que para mis hijos no sería un problema en absoluto. Adoran a esta chica.

—No soy una niña.

—Lo sé.

—No. Me refiero a que no soy una niña —repite adoptando un tono graciosísimo con la voz. —No creas que me siento obligada a nada.

—¿Te refieres a que no eres virgen?

—¡Grayson! —replica dándome un manotazo en el pecho.

La he entendido a la primera, pero me gusta sacarla un poco de quicio. Ver el rubor de sus mejillas y sentir su apuro, es algo que me sorprende muchísimo en ella.

—No estoy muy seguro de si eso me alegra.

—No seas cavernícola. Tampoco es que tú lo seas.

Suelto un par de carcajadas.

—No. No precisamente.

Puede que lleve dos años sin tener sexo con una mujer. Tampoco soy hombre de poner los ojos sobre otra persona si estoy en una relación. Pero también he tenido su edad. Las hormonas revolucionadas y un público insistente, por lo que no podía defraudarles.

Cassy me pellizca el antebrazo y frunce mucho los ojos.

—¿Qué haces? —Río ante su reacción. Vaya, es celosa. Esto sí que no me lo esperaba. No deja de sorprenderme. —¿Querías que lo fuera?

—No tiene gracia —sisea con los morros arrugados. Es un claro gesto del enfado que se cuece en su interior. Eso solo me hace reír con más fuerza.

—La tiene —admito calmando mis carcajadas. Le cubro la mejilla con la mano. —De saber que llegarías te habría esperado —. Mi zalamería no la engatusa.

—Pues tampoco era tanto, un par de décadas —protesta ella.

—No lo digas así, me siento un puto pervertido.

Su respiración se acelera de la nada. Cuela las manos por debajo de mi camiseta. Me masajea el pecho y luego me rodea. Se coloca de puntillas y se lanza a mi boca.

La sujeto por el culo, obligándola a enroscar las piernas en mi cintura.

Camino cargando con ella, porque realmente no pesa una mierda, y le estallo la espalda contra un montón de fardos de heno. Dejo que caiga sobre ellos.

Nos deslizamos hasta que queda tumbada en el suelo. Le abro las piernas bien con la rodilla y me coloco en medio.

Meto la mano por debajo de su camiseta y sujetador, y le masajeo un pecho, mientras devoro sus labios.

Flexiona las caderas hacia arriba y se restriega sin pudor alguno contra mi erección, más que preparada.

—Me estás poniendo burrisimo —gruño, clavándosela entre las piernas y deseando deshacerme de las capas de ropa que nos cubren.

Le beso el mentón, el cuello, la clavícula. Mi mano desciende. Tiro de la goma de sus leggins, aparto sus bragas a un lado y le paso un dedo por el coño.

—¡Joder! —bramo volviéndome loco al sentir su humedad.

Está jodidamente preparada.

—Grayson —gime ella, acercando su boca a la mía.

—Que suave eres —jadeo a su oído. Presiono mi entrepierna contra su muslo. —¿Ves lo que me haces?

Deslizo dos dedos a lo largo de su raja, arrastrando su humedad. Es apenas un roce. Mueve las caderas en busca de más fricción. La beso. Introduzco mi lengua en su boca y me la bebo.

Sus manos vuelan rápidas a la hebilla de mi cinturón.

—No, muñeca. Aquí no —advierto, entre beso y beso. Y no sabéis lo que jode comportarse en este momento, cuando en todo lo que pienso, es en desnudarla y metérsela hasta la empuñadura.

—No vas a mancillar mi honor —susurra en mi boca.

—No seas impertinente —susurro entre besos, pellizcando el interior de su muslo.

Ríe, pero obedece.

Paseo mis yemas arriba y abajo, arrastrando sus fluidos y volviéndome jodidamente loco. Dios, como me pone esta chica.

—Es que no quiero que pares —admite con la voz jadeante.

—¿Quién te dijo que fuera a hacerlo? Vas a correrte en mis dedos, cowgirl —rujo metiéndole dos al mismo tiempo con fuerza. Sin

controlar la presión, hundiéndolos en ella por completo.

—¡Oh! Joder, Grayson —implora.

Bombeo mis dedos en su coño y le froto el clítoris con el pulgar.

—Mírame a los ojos mientras te masturbo, muñeca —exijo.

Fija sus ojos repletos de placer en los míos. Un tono rosado salpica sus mejillas y sé que está disfrutando, pero también que se siente cohibida, aunque se empeñe en disimularlo.

Saqueo su coño, intentando controlarme y no dar rienda suelta a mi rudeza. Trato de ser delicado. Me cuesta horrores. El puto ruidito que mis dedos hacen al chocar contra el fondo, a causa de sus fluidos, me pone demasiado cachondo y acelero el ritmo. Le asesto un par de sacudidas más y luego los retiro para metérselos en la boca.

Ella lame y luego succiona tragándoselos por completo, sin que tenga que ordenárselo.

¡Joder!

—Mi niña buena —alabo. —Eso es, trágatelos todos, muñeca.

Le guiño un ojo cuando acaba de limpiarlos y vuelvo a masturbarla.

Ladea la cabeza, rehuyendo mi mirada.

—Tus ojos en mí —ordeno con aspereza.

Gime, gime, y gime, pero gime obedeciendo, aunque su apuro es palpable. También lo es lo cachonda que está.

Solo quiero escuchar esos ruiditos mientras se la meto de un solo golpe.

—Eres una puta delicia.

Trazo círculos con el pulgar alrededor de su clítoris. Aproximándome cada vez más a su centro y ejerciendo poco a poco más presión, mientras le meto y saco los dedos, a un ritmo cada vez más rápido.

—Ey —llamo su atención cuando deja caer la cabeza a un lado. —Mírame. —Tengo que llamar su atención cada poco tiempo. Completamente extasiada, se revuelve sobre los fardos de heno.

Su respiración es un maldito caos.

Arquea la espalda y me empapo de su visión. Trato de contenerme, pero no puedo evitar rozarme contra ella.

Estoy convencido de que podría correrme sin ni siquiera tocarme si sigo así.

Arremeto con más fuerza. Apoyo el pulgar en su clítoris y presiono, sin dejar de follármela. Se aferra a mi antebrazo y abre mucho la boca sin emitir sonido alguno.

—Córrete para mí —bramo cuando sé que está a punto. —Empápame la mano.

—Ahhhh… Grayson… Dios, no pares —ruega apretando su cuerpo contra mi mano. —Grayson…

Mi nombre muere en su boca y un espasmo atraviesa su cuerpo. Las paredes de su coño se estrechan. Mis dedos quedan atrapados en una jaula húmeda y palpitante.

Traga con fuerza. Muerde su labio inferior y se estremece por completo.

Le concedo un momento para que se recupere.

Hago retroceder mis dedos muy lentamente. Acaricio cada rincón de su interior a mi paso. Le masajeo el coño unos segundos y retiro la mano.

Todavía no ha recuperado la respiración por completo. Sus ojos siguen clavados en los míos.

Me llevo la mano a la boca y esta vez, soy yo el que la pruebo.

Es altamente adictiva. Me meto los dedos en la boca y la saboreo. Su corrida me taladra la cabeza y hace que mi polla se sacuda en mis pantalones.

Me chupo los dedos y un nuevo gemido abandona su garganta.

—Bésame —bramo con aspereza y mucha exigencia.

Entrelazo mi lengua con la suya. Reafirmo mi agarre en su nuca solo por el placer de sentirla mía.

Su sabor, su olor, el regusto de sus fluidos lo intensifica todo.

Le restriego la polla a través de los pantalones y me la como con la boca bien abierta.

Poco a poco bajo la intensidad, hasta acabar dándole varios besos húmedos y cortos en los labios.

—Buena chica —continúo masajeándole el clítoris. La penetro una vez más y le rujo al oído. —Vuelve a correrte para mí, cowgirl.

CAPÍTULO: 23

Cassidy

—Tenemos que entrar —susurra dándome un beso en el pelo.

—No quiero —admito enfurruñada, como si fuera una niña y no la adulta que se supone que soy.

La tensión que se fue cocinando a fuego lento durante mucho tiempo, sobre todo desde que volví a casa del hospital, estalló esta noche.

No podría haber sido más perfecta ni proponiéndomelo.

Lo que empezó como un paseo nocturno terminó con el cuerpo duro y fibroso de Grayson sobre el mío, embistiéndome con los dedos hasta atravesarme el alma y regalándome los orgasmos más intensos de mi vida.

No es que yo sea una experta, ni que me haya tirado a un montón de tíos. Sí, he tenido una relación anterior durante mi primer año en la universidad, y me he liado con varios chicos en mi época de instituto.

Ninguno de ellos tenía absolutamente nada que ver con Grayson. No es un crío, es un hombre. No le tiembla el pulso al meter la mano bajo mi ropa. No duda ni le titubea la mirada. Es seguro de sí mismo y no le resulta difícil satisfacer a una mujer, al contrario que muchos críos de mi edad con los que me he topado y no tenían la más remota idea de qué hacer con una entre sus brazos.

Mucha boca, pero luego… En fin.

Me queda claro que las caricias tiernas y palabras cariñosas las deja fuera del ámbito sexual. Y aunque me pilla un poco de imprevisto —no fingiré que estoy acostumbrada—, tengo que decir que me encanta.

Pese a ser duro y exigente, mantiene su lado protector y atento intacto. No me podría gustar más ni proponiéndoselo.

En realidad, creo que va más allá de eso. Simplemente, todavía no estoy preparada para admitirlo.

La noche fue maravillosa y ahora estoy acurrucada contra su pecho, mientras él me acaricia y envuelve con su cuerpo en su camioneta, aparcados junto a la puerta de entrada de casa.

Lo cierto es que no quiero entrar. Y no quiero hacerlo, porque sé de primera mano que Grayson se marchará a su habitación —hoy por fin la desocupé— y yo tendré que hacerlo a la que comparto con Logan.

No soy idiota, comprendo que las cosas tienen que ser así.

Primero, porque no podemos pasar de cero a cien en una sola noche. Segundo, no olvido que sigue casado con mi madre.

¡Cuánto odio admitir eso!

Pero después de lo que ocurrió esta noche, lo último que me apetece es separarme de él.

Necesito más. Más tiempo, más caricias, más besos, más Grayson.

—Es tarde. Tienes que descansar un poco. —Él es el que tiene que descansar. No tengo ni idea de qué hora es, pero no creo que falte mucho para que vuelva a amanecer y le toque irse a currar de nuevo.

—Podemos hacerlo aquí —propongo. —Dormir, quiero decir.

Grayson cabecea y ríe bajito. Me da otro beso en el pelo y me retira, dejando claro que eso es imposible. No entiendo el porqué, yo no le veo nada de malo.

Cedo y salgo del vehículo.

Me preparo para volver a alejarme de él. ¡Cuánto me fastidia que tenga que ser así!

Sin embargo, Grayson se acerca a mi espalda y me rodea con los brazos. Camina conmigo y me besa la frente al llegar a la puerta de casa, justo antes de abrirla. Comprendo que es una despedida. Al menos hasta la próxima vez que consigamos quedarnos a solas. Algo que deseo sea lo antes posible.

—Zoey está durmiendo en su habitación —comunico al entrar.

Grayson asiente y se dirige a las escaleras. En lugar de subir a la cama, me detengo en la cocina. Enciendo la luz y me siento en una silla.

—Ey... ¿Qué pasa? —Al parecer, decidió seguirme al ver que no subía.

—Nada —argumento y no puedo evitar que mi voz se tiña de un halo de tristeza.

Empiezo a montarme películas. Digo películas porque no sé cuál será la realidad. En mi mente, solo lo percibo de una manera. Viéndonos a escondidas. Evitando tener contacto en casa. Sin que sus hijos lo sepan, sin que mi madre lo sepa.

Que una extraña para él se crea con más derecho que yo es lo que me revienta. No voy a esconderlo.

Es demencial que le dé tantas vueltas al coco, cuando hace solo unas horas ni siquiera me lo había planteado.

No tengo derecho, lo sé.

Ni siquiera puedo definir el tipo de relación que tenemos.

Si es que tenemos una relación.

Llamadme loca, pero es que todavía no lo tengo seguro.

Sé lo que quiero, lo que deseo. No lo que quiere Grayson. Le gusto, eso está claro. Pero… ¿Hasta qué punto? ¿Cuál es el límite? ¿Dónde vamos a llegar?

—Creí que habías dicho que no eres una cría —brama con voz ronca y grave.

—No seas borde.

—Compórtate y dejaré de serlo. —Mi silencio es todo lo que obtiene por respuesta.

Sé que él no tiene la culpa de mis paranoias mentales. No se merece este trato. Pero… No puedo evitarlo. He pasado de estar flotando en una nube a sentirme como una mierda, imaginándome cómo serán las cosas entre nosotros. Puede sonar absurdo, infantil o incluso desmedido. Me encanta Grayson. Me vuelve loca. Pero no voy a convertirme en la fulana de nadie.

Alarga la mano y roza mi mejilla.

—Muñeca…

—No voy a convertirme en la amante del marido de mi madre —suelto de golpe.

—¿Qué? ¿De qué narices hablas?

Se escucha un ruido y los dos mantenemos el silencio unos segundos. Pendientes. Intentando averiguar de dónde proviene. Es justo a esto a lo que me refería. Puede que me dijese que no pensaba convertirme en un secreto, pero dos horas después aquí estamos. Justo en ese punto.

Él me mira, y yo lo miro a él, expresándole con solo una mirada mi último pensamiento. Porque es un puñetero hecho.

—Da igual. Déjalo.

Me levanto y me dispongo a abandonar la cocina.

—De eso nada. —Grayson me agarra por el brazo, cierra de un portazo, desvelando que le importa una mierda quién lo escuche y me sienta de nuevo en la silla. —Tienes algo que decir y vas a hacerlo, Cassy. Te dije que no esperaría más de lo que puedas dar. El que seas honesta conmigo, compartas lo que piensas y afrontemos esto con madurez, no es opcional.

—Afrontemos esto con madurez, ¿qué es esto, Grayson? —Puede que levante más la voz de lo que debo. Pero no me arrepiento. Necesito saber desde el minuto cero en qué nos estamos metiendo, con qué propósito y qué esperar de ello.

Grayson se pasa las manos por el pelo un par de veces.

Carraspea y respira antes de responderme.

—Nuestra relación, Cassy. Me refiero…

—¿Y cuál es nuestra relación? —interrumpo. La frustración debe hablar por mí, porque a continuación suelto un montón de chorradas. Todas fruto de mis celos y, supongo, de mi inseguridad. Admito que, frente a este hombre, tengo muchas. Jamás en mi vida me había sentido insegura. Con él… Mierda. —¿Qué voy a ser? Dime. ¿El secreto que escondes durante el día y que por las noches disfrutas en el granero? ¿La sustituta que te calienta la cama? Porque está claro que a mi madre no te la tiras.

Grayson me observa contrayendo la mandíbula. Sus puños se cierran a ambos lados de su cuerpo.

Lo conozco lo suficiente para saber que se está mordiendo la lengua. Que se contiene para no soltar algo de lo que podría arrepentirse. Y puede que yo sea injusta, que no merezca mis palabras hirientes. No dudo de él. No dudo de sus intenciones. Pero… Después de lograr el acercamiento que tanto ansiaba y volver a casa, me he dado cuenta de la realidad que nos rodea.

No se trata de que nosotros lo queramos. No es suficiente. Sé que no puede ser. No puede ser porque se casó con mi madre. Y de pronto siento una punzada en el corazón. Un sentimiento creciente de odio hacia la persona que me trajo al mundo. Un odio que nace del hecho de que ella tiene lo que yo deseo, lo que mataría por conseguir, y ni siquiera lo valora.

Estoy a punto de abrir la boca de nuevo cuando Grayson se adelanta.

—Esto ha sido un jodido error. Tienes razón. Lo siento, Cassy.

—¿Qué? —escupo, estupefacta. —¡No!

Quiero frenarlo, quiero que hablemos, quiero detenerlo. Grayson ya se encuentra a media escalera. Me deja con la palabra en la boca y las lágrimas comienzan a despuntar en mis ojos. Me siento peor de lo que me he sentido en toda mi vida.

Vaya mierda de noche.

Me resistí a subir a mi habitación. Logan dormía, estoy segura, pero no me apetecía nada tener compañía. Me quedé en el salón hasta que escuché ruido en la planta de arriba y me puse en funcionamiento.

Logan fue el primero en aparecer, poco después lo hizo Grayson. No podía dejar de mirarlo. Tampoco decir nada en presencia de su hijo. Eso no hizo más que incrementar mi cabreo. La frustración y la impotencia son emociones de mierda.

Cuando me quedé sola en la cocina, después de tirarme media hora llorando como una imbécil para liberar tensión y relajarme un poco, me sentí fatal.

Me di cuenta de que Grayson nunca prometió nada. De que él mismo intentó marcar distancias. Siempre fue sincero. Supongo que solo puedo culpar a la situación.

Y lo más jodido es que, en el fondo, me siento agradecida a mi madre.

Es una chaladura, soy consciente.

Pero seamos sinceros, de no ser por ella, jamás lo hubiera conocido. No habríamos venido a parar a esta casa. Zoey no formaría parte de mi vida. Ni Logan ni Rhett, ni Ethan o Zane. Bueno, tampoco es que fuera a llorar si Zane no me toca la moral diariamente. Aunque es un buen tío. Va sobrado, pero no es mal chaval. Eso sí, menuda jeta se gasta.

—Voy a dejar a Blanca en casa del abuelo. Va a vivir con él.

No lo hará. Siempre me lía. Su único propósito es llevarla para después traerla de vuelta. Yo lo sé y ella también.

—¿Seguro?

—Sí. Le gusta la casa del abuelo.

—Entonces será mejor que llevemos sus cosas.

Zoey me observa con los ojos muy abiertos cuando me agacho a coger la camita de la gata.

—No, no —interviene apresurada. —Déjala aquí. Por si viene de visita.

Me estrello la palma de la mano contra la frente.

—Ah, claro. ¡Qué tonta soy! No lo había pensado.

—Tranquila. Ya pienso yo.

—Ya lo veo.

Escondo la sonrisa. Tiene tanto morro como su tío. Pero la adoro.

Saludo a Rhett con un abrazo. Me declaro fan de este hombre. Grayson, Ethan y Zane tienen mucha suerte al contar con él como padre. Es todo lo bueno que os podíais imaginar.

—Zoey dice que Blanca vivirá con vosotros —suelto delante de la pequeña, quien tiene a la gata en brazos.

—Perfecto. —Su abuelo, que conoce bien el ritual de su nieta, me sigue la corriente. —Iré a preparar su cama y le pediré a Jack… —Uno de los veterinarios del rancho. —…Que se ocupe de ponerle sus vacunas.

—Pero a lo mejor no se queda hoy —salta la niña al escuchar a su abuelo. —Es que… —Se muerde la uña del dedo índice. Buscando una excusa desesperadamente. —Le gusta dormir en su cama. Nos la olvidamos en casa.

No puedo hacer más que girarme. De espaldas a ella, me cubro la boca con la palma de la mano, conteniendo la risa.

—Vaya. Eso es un problema.

—No lo es. —Tranquiliza a su abuelo —. Vendrá otro día.

—De eso estoy seguro.

Pasamos la mañana charlando, sentados a la mesa de la cocina. Mientras Zoey juega con la gata.

Hablamos de todo en general. En un momento dado, Rhett saca a relucir el tema de la universidad y me sincero con él.

Le comento lo que tengo pensado y le hablo sobre el año que he decidido tomarme para reflexionar.

Al contrario que a mi madre, a él, sí le parece una buena idea.

Me hace saber algo que yo ya sabía: la importancia de elegir. Que no se puede elegir lo que serás los próximos cuarenta años a la ligera. El simple gesto de sentirme apoyada me hace quererlo un poquito más.

Dado el tiempo que paso en esta casa, nuestra confianza va en aumento cada día. Quiero a mis padres. Puede que tengamos nuestros más y nuestros menos. Siempre los he querido. Pero desde que conocí a esta familia, me di cuenta de lo que significa en realidad ser una familia.

No puedo estar más contenta de ir formando parte de ella poco a poco.

Lo que me lleva siempre al mismo punto, Grayson.

A replantearme toda esta situación. A poner en una balanza mi vida. Valorar pros y contras.

Lo tengo claro.

Lo que me juego es mucho.

Un hogar, una familia, estabilidad emocional. Pero del otro lado está Grayson y eso gana por goleada. Siempre pesa más.

Llaman a la puerta y Rhett abandona su silla.

No tarda en aparecer de nuevo en la cocina, seguido de una mujer.

Una muy delgada, hasta el extremo, diría. No soy de prejuzgar a la gente, pero su aspecto llama mi atención.

Su melena, color azabache por debajo de los hombros, está repleta de nudos y grasienta.

El top de tirantes, supuestamente blanco, lleno de manchas y con las costuras rotas, sus vaqueros han visto días mejores, y el cuero de sus deterioradas botas, cuarteado y rajado en algunas zonas.

Las inmensas ojeras hacen que parezca que no ha dormido en tres años. Al abrir la boca, veo que carece de algunas piezas dentales. Por mucho que no pretenda fijarme, la mugre de sus uñas se distingue a leguas.

—Ya sabes que no está aquí, Demi.

—Sí. Lo sé. —Su tono de voz es agudo y tembloroso.

Tiembla de pies a cabeza y el sudor le corre por la frente. Visiblemente inquieta, limpia la palma de sus manos contra sus vaqueros.

—Tú tampoco deberías estar aquí. —Me sorprende la sequedad de Rhett.

—Sí. Lo sé. —De pie, sin moverse del mismo lugar, su cuerpo se tambalea. Abre las palmas para apoyarlas en la mesa de madera y evitar caer al suelo, justo en el momento en que Rhett la sujeta por el codo.

Rhett suspira con fuerza y chasquea la lengua contra el paladar.

—¿Qué te has metido?

Ella cabecea, no responde.

Y caigo. Por eso su estado me choca tanto: hace calor, pero no para sudar de ese modo: el aspirar constantemente y frotarse la nariz, el tembleque, su inestabilidad, el nerviosismo y esa voz descontrolada y apresurada.

Quiero preguntar. Pero no quiero incomodarla. No tengo ni idea de quién es, aunque queda claro que Rhett la conoce muy bien.

—Tienes que irte a casa. ¿Dónde duermes?

Frunzo el ceño, atenta a su conversación, tratando de averiguar qué ocurre.

La tal Demi encoge los hombros.

—Esto tiene que parar, chiquilla —advierte Rhett.

Ella asiente. No tengo ni idea de su edad. Tampoco soy especialmente buena calculando los años de una persona, pero de chiquilla tiene poco. Yo diría que pasa de los cincuenta, tal vez, incluso sean cincuenta largos.

Convulsiona un par de veces y gira la cabeza a un lado. De pronto, vacía todo el contenido de su estómago en la cocina de Rhett.

—Por Dios —exclama este. Pero su voz evidencia compasión, en lugar de reproche. —Voy a por la fregona.

Y lo hace. Se va. Se larga y me deja sola en la cocina con esta mujer. Con la cual, no tengo ni idea de qué debo hacer. Lo qué, si sé, es que no puedo ignorarla.

Se abraza a sí misma y una nueva arcada la lleva a vomitar de nuevo.

No tengo sangre para ver que una persona sufre de este modo, y mantenerme al margen. Me levanto. Me coloco a su espalda y le sujeto el pelo con una mano. Le acaricio la espalda. Juro que puedo sentir todos y cada uno de los huesos de su columna.

—Tranquila. —No tengo ni idea de que más decir para consolarla o hacer que se sienta mejor.

—Lo-lo siento —tartamudea incorporándose y limpiándose la boca con el dorso de una mano.

—No tienes que sentirlo. Nos puede ocurrir a todos.

—¿Quién eres? —pregunta girándose en mi dirección.

—Es Cassy. —Ella observa a Rhett, bajo el umbral, con el cubo y la fregona en sus manos. —La hija de Skylar. La mujer de Grayson.

—¿Grayson se ha vuelto a casar? —Rhett no responde. Se limita a escurrir el mocho y comienza a limpiar el desastre. —Me alegro por él. Eres guapísima —me dice sin dejar de temblar. —Ha-hace mucho frío.

—Llevas un buen cuelgue —corrige Rhett.

Cojo mi chaqueta del respaldo de la silla y se la paso por los hombros.

—Gracias, cielo. Eres muy guapa. —Eso ya me lo dijo. Me creería que no se acordase. —Puedo irme…

—¿Dónde? No llegarías ni a la puerta tú sola. —El trato de Rhett es duro. Eso es lo que más me descoloca. —Si Grayson sabe que has venido, te enterrará. Y con razón.

—Lo sé. No-no se lo digas, Rhett.

Este suspira y acaba de fregar el suelo.

—Túmbate en su antiguo cuarto. No quiero que Zoey vea cómo estás.

Se retira, supongo que para deshacerse de ese cubo y fregona. Sinceramente, merecen ser tirados a la basura.

Demi tropieza al primer paso. Le paso un brazo por la cintura y dejo que se apoye sobre mis hombros. Si esta señora tiene que llegar a la planta de arriba sola, me apuesto el cuello a que no lo conseguirá jamás.

Zoey decidió quedarse a dormir con su abuelo.

Parece ser que Blanca sí es capaz de dormir en cama ajena, siempre y cuando Zoey, lo haga con ella.

¡Qué granujilla!

Dejé a Demi en el antiguo cuarto de Grayson y cuando me quedé a solas de nuevo con Rhett, me confesó que era la madre de Logan. Me contó por encima lo básico. Que es adicta, que desaparece grandes temporadas. Nunca se ocupó de Logan y que, cuando se deja ver por el pueblo, siempre acaba en casa de Rhett tras meterse

en alguna movida. Él no tiene ni idea y tampoco quiere saberlas; aunque las intuye.

Dice que llevan años con la misma cantinela, pero que no tiene corazón para echarla sin más cuando se presenta en ese estado.

Parece ser que Grayson está totalmente en contra. Él sostiene que es la madre de su nieto. Aunque sea una madre de mierda, como él mismo dice.

Al comprobar mi reticencia a dejarlo solo, ya no solo con el problema de Demi, sino también con la niña, me tranquiliza. Me dice que Demi dormirá unas horas y luego desaparecerá. Parece acostumbrado y resignado.

Aprovecho la ausencia de Zoey para pasar por el establo.

Creo que Grayson y yo tenemos una conversación pendiente.

Bueno, soy yo, la que debería pedirle disculpas por lo sucedido anoche. Un poco de privacidad me viene bien.

CAPÍTULO: 24

Grayson

Zane se prepara en el corral de rodeo con chute.

Me mantengo atento. La verdad es que ese animal puede acabar con su vida antes de que yo tenga tiempo a reaccionar.

Podría entrenar con un puto simulador, sin correr ningún tipo de riesgo. Y más aún estando fuera de temporada, como hacen los demás jinetes. Pero al muy gilipollas no le da la gana.

Él tiene que ser el gallo más ancho del corral.

Tenemos unos veinte caballos broncos en el rancho, especialmente para él y sus entrenamientos.

Hoy se decidió por Black. Es uno de sus favoritos. Contra todo lo que se pueda pensar, quitando el hecho de que sea una fiera en la arena, es un buen animal.

Tiene un carácter fuerte y una energía agotadora, pero está lejos de ser agresivo o violento.

Simplemente, nació para este deporte. Fue entrenado para ello e interpreta a la perfección su papel. Es noble. Muy sociable, sobre todo con Zane, pese a que pasa mucho tiempo fuera del rancho.

—Cassy está en los establos —escucho la voz de Ethan a mi espalda.

—Grayson, ¿estás grabando? —pregunta Zane con un grito.

¿Qué hace aquí?

No contaba con verla hoy.

Me llamó mi viejo para decir que Zoey se quedaba con él esta noche.

—Prepara la cámara. Está a punto de salir —le pido a Ethan.

A Zane le gusta grabar los entrenamientos. El revisar los videos le ayuda a poder analizar la técnica.

—Ni se te ocurra —advierto señalando a Logan.

Lo conozco. Cuando baje mi hermano, él insistirá en montar a Black. No voy a oponerme. No me entrometo. Pero lanzarse con Black me parece demasiado precipitado. Ya puede ir eligiendo otro.

Antes de llegar, la veo.

Jodidamente bonita. Como siempre.

Con el pelo recogido en una trenza, cayéndole sobre un hombro. Esa piel blanca. Y esos enormes ojos verdes, que me vuelven loco buscando a su alrededor.

—Para, chico. —Acompaño mi orden, tirando suavemente de las riendas. Inclino el cuerpo un poco hacia atrás y relajo las piernas.

No llevo mucho tiempo entrenando al caballo que monto hoy, pero obedece, reduce despacio y se detiene justo cuando llego al lado de Cassy.

Me dedica una sonrisa un tanto incómoda. Toco el ala de mi sombrero a modo de saludo y bajo del caballo.

—Tom —llamo a uno de los empleados que anda cerca. Solo necesito ofrecerle las riendas para que comprenda que debe llevárselo.

Cassy mira en ambas direcciones.

—Hola —susurra con un hilo de voz. —¿Podemos hablar? —titubea al verse rodeada de trabajadores.

—Claro. Acompáñame —digo, echando a andar hacia la camioneta.

Me muero por tocarla. Por sentir su calor. Sus manos, sus labios, lo que sea. Tras lo ocurrido ayer, me contengo.

Arranco la camioneta y conduzco varios minutos hasta llegar a una zona apartada, donde hay una pequeña cascada y el río forma un estanque. La excusa es buscar un poco de privacidad para que pueda decirme lo que quiera, tranquila. La realidad es que me encanta este lugar y quería mejorarlo, teniendo la visión de ella en él. Llevarme esa imagen cuando me dé la patada. Porque estoy seguro de que a eso ha venido.

—Zoey se quedó en casa de tu padre.

Lo sé. Me llamó él mismo para contármelo, cosa que estoy bastante seguro, ella sabe dado que, estaba con él en la cocina cuando lo hizo.

—No hay problema.

—Verás, Grayson… —Percibo su respiración y comprendo que su tacto se debe a la búsqueda de valor para mandarme a la mierda. Me lo merezco, joder. Me lo merezco porque nunca debí fijarme en ella, mucho menos acercarme. —Lo de ayer no estuvo bien. —Ahí lo tengo. Así empieza a sonar la jodida despedida. Y aunque yo piense todo lo contrario, lo de ayer estuvo de puta madre, no puedo retenerla. —No sé qué me pasó… Bueno, sí, lo sé. Me consumía la *incertidumbre* por dentro… Los celos —argumenta y sus mejillas se tiñen de un ligero color rosado. Joder, cómo me gustaría sonrojarla por algo muy distinto. Me quedo con lo que acaba de soltar, solo sentía curiosidad. Por un hombre mayor que ella o por el morbo de la situación, vete tú a saber. —Nunca debí hablarte así. Me arrepiento muchísimo de todo lo que te dije. —¿Qué? —Lo hice justo en el momento que salió por mi boca. Yo…

Creo que no lo estoy pillando. O, sí, pero me parece tan surrealista, que no consigo asimilarlo. Está así por la discusión en la cocina, no por lo que hicimos antes de ella.

Y aunque, joder, admito que mi primer instinto es mirar hacia otro lado, no puedo.

—No hagas eso. No te disculpes, Cassy. Tenías razón. No puedo pretender…

—¿Qué? No. No la tenía.

—Eres joven y…

—Deja ya ese rollo de la edad —escupe interrumpiendo mi discurso, bastante cabreada. —Estoy cansada de escuchar siempre lo mismo. —La miro extrañado. Puede que yo le de muchas vueltas, nunca le he comido a ella la cabeza. —No me refiero a ti. Me hostigué yo solita lo suficiente —admite.

—Pero es que es así, cowgirl. Todo lo que dijiste…

—¡Estaba celosa! —Alza la voz. —Celosa, Grayson. ¿Puedes entender eso? —Juro que el puto esfuerzo de no abalanzarme sobre ella y follármela ahora mismo es titánico. —Celosa de saber que nunca podré tenerte. Celosa de que ella… —dice en referencia a su madre. —Sí lo haga. Celosa y muerta de miedo por lo que siento. Temo que mañana o pasado, quizá la semana que viene, tú te replantees mejor la situación. Abrirás los ojos y te darás cuenta de que no merezco tal esfuerzo.

A la mierda todo.

Me inclino sobre ella. Le coloco la cara entre mis manos y la miro a los ojos.

—Escúchame bien, muñeca. Primero, porque odio repetirme. Segundo, porque quiero que grabes a fuego esto en esa preciosa cabecita y lo tengas muy presente. —Cassy me mantiene la mirada. Expectante y temerosa a partes iguales. ¿Cree que me voy a replantear el estar con ella? Eso es absurdo. —La única que me tiene, eres tú. La única que vive los ochenta y seis mil cuatrocientos segundos del día en mi cabeza, eres tú. Y no creas que eso va a cambiar, ni en dos semanas ni en mil años. Porque no soy ese tipo de hombre. Y si mi lealtad no te aporta la seguridad suficiente, entonces, que lo haga mi corazón. Mis putos sentimientos. Porque estoy jodidamente enamorado de ti.

¿Lo sabía? Sí, solo me lo negaba a mí mismo. Al menos, hasta que he visto la puta inseguridad que eso le causaba a ella. Hasta que he percibido su miedo y el mío se volvió palpable al creer que la

perdía. ¿Iré al infierno por esto? Posiblemente. No me importa ni un poquito.

Ahora mismo, en este jodido instante, lo único que cuenta es la rubia que atesoro entre las palmas de mis manos.

Puede que ella no sienta lo mismo, cosa que dudo. Tal vez sus sentimientos se desvanezcan antes que los míos. Tal vez esto solo sea una experiencia más en su vida, mientras yo la convierto en el centro de la mía. No importa. Tengo claro que mientras ella esté segura, y quiera permanecer a mi lado, ahí estaré.

Una lágrima solitaria rueda por su mejilla y la atrapo con mi pulgar.

Aprovecha mi segundo de distracción para subirse a horcajadas sobre mí. Sus piernas flanquean mis muslos.

Muerde su labio inferior. Me quito el sombrero y se lo pongo a ella.

—¿Qué quieres?

El cambio de actitud es repentino. Su coqueteo es evidente. Su cambio drástico de humor no me sorprende. Es fruto de aplacar unos nervios interiores que no tenían sentido, pero que le estaban jodiendo el día.

—A ti —responde sin titubear con un cierto toque de timidez en la voz. Justo ese toque que a mí me vuela la cabeza.

—A mí ya me tienes, cowgirl.

Niega sutilmente con la cabeza. Sonrío de medio lado. Me va a costar la puta vida, pero no voy a follar con ella por primera vez en un puto coche.

Tampoco la dejaré insatisfecha.

—Las manos a la espalda. —Cassy me observa confusa con los ojos abiertos. —Ya sabes lo que opino sobre repetirme.

Me saco la camiseta por la cabeza y ella intenta tocarme, entorno la mirada. Enseguida vuelve a colocar los brazos hacia atrás.

Le enrollo las muñecas con la tela negra y se las anudo al volante.

No puedo evitar fijarme en cómo se le marcan las tetas con esa camiseta. Desear meterme sus pezones que comienzan a despuntar en la boca, y escucharla gritar mi nombre.

Su respiración se acelera. Se vuelve más irregular, aunque todavía no he puesto un solo dedo sobre ella.

—Así no puedo tocarte —protesta.

Desabrocho el botón de sus vaqueros y tiro de él.

—¿Rosas? —Cassy se sonroja cuando observo sus bragas. —¿Vas a ser una niña buena? —Asiente. —Te quiero calladita.

Paseo la yema de mis dedos por la pequeña porción de piel expuesta. Me encanta. Es tan suave, tan… Tierna.

Presiono la palanca y deslizo el asiento lo más atrás posible.

Mientras ella tiembla cada vez más de pura excitación, me deshago de sus pantalones y los lanzo a la parte trasera.

Dibujo el contorno de sus bragas con mis dedos. Según me voy aproximando a su entrepierna, se estremece con más ímpetu.

El espacio es reducido. Me las ingenio colocando mis brazos bajo sus muslos y levantándola a ella. Se ve obligada a inclinar el cuerpo hacia atrás al estar atada al volante. Dejo caer el culo hacia abajo, para colocarla en la posición que me conviene.

Acerco mi cabeza a su entrepierna.

—Grayson…

—Calladita. —Le recuerdo.

Tras la interrupción, pego mi boca a su sexo. Inhalo su aroma a través de la tela rosa que la cubre.

—Jodidamente desquiciante.

—Suéltame, por favor —suplica con la voz entrecortada.

—Si no obedeces, no vas a dejarme otra opción más que amordazarte —gruño con los labios pegados a su coño.

Atrapo la tela con los dientes y una fuerte sacudida me atraviesa la polla y las papilas gustativas al mismo tiempo, al saborear la humedad vertida en sus bragas.

Las aparto a un lado y las exprimo en mi boca antes de soltarlas.

—Jadear, gemir y disfrutar, es lo único que tienes permitido —bramo justo ante de sacar mi lengua y repasarle desde su fruncido agujero trasero, hasta su clítoris.

Arrastrando sus fluidos y bebiéndomelos de inmediato.

Joder, es deliciosa. En sentido literal.

Ya me siento como un puto adicto a ella, sin haberla probado.

—Ahhh…

Le coloco las piernas en mis hombros. Ella tensa los muslos y vuelvo a lamer toda su extensión.

—Oh… Grayson. Por favor.

Cosquilleándole el coño con los labios, gruño.

—No hagas que me arrepienta, muñeca. Contén la boca.

—Suéltame. Necesito… —implora.

Enredo los dedos en ambos laterales de sus braguitas. Las arranco de un tirón.

Tras retenerlas un segundo en mi puño, las introduzco en su boca.

No pierdo el tiempo en mirarla.

Ataco su coño de nuevo. Varios lametones más a lo largo de su raja. Le bordeo el clítoris con la lengua. Jugueteo en ese punto sin aplicar presión, mientras acaricio el interior de sus muslos.

Cassy gime. Puede que tenga la boca ocupada. Eso no le impide llenar el espacio con sonidos obscenos.

Le sujeto bien las nalgas con las manos abiertas y le meto la lengua dentro.

Me la follo a mi manera.

Pendiente de su placer, pero sin poder evitar retorcerme. El impacto en mi polla es brutal.

La tengo como una piedra. Los vaqueros me aprietan y tengo que bajar una mano y desabrocharme algún botón, si no quiero acabar mutilado.

Mi lengua entra y sale de su coño. Me niego a cerrar los ojos.

El primer plano de su clítoris es una puta delicia.

Lo rozo el coño con mi nariz a cada embiste. Ella se retuerce arqueando la espalda. Sus gritos quedan amortiguados por las bragas.

Introduzco la lengua hasta el fondo y con la nariz le estimulo el clítoris. Mi barba de un par de días castiga su piel. La irrita y enrojece, lo que sólo consigue excitarme más.

Retiro mi lengua de su interior, tratando de arrastrar conmigo la cantidad indecente de flujo que mana de su coño. Trago y lamo de él varias veces más. El ímpetu me lleva a apretar mi cabeza contra ella y frotarla mientras continúo follándomela. Paro de golpe y me retiro.

La estoy levantando a peso, así que la bajo hasta que su culo queda apoyado en mis piernas.

La imagen de Cassy, desnuda de cintura para abajo, amordazada y con las manos atadas a la espalda, abierta de piernas, exponiendo su coño a mi vista, jadeando y temblando de pies a cabeza, es de lejos lo mejor que he visto en la vida.

Fijo los ojos en unos que me rehúyen la mirada a causa del pudor.

Me observa de reojo. Arrastro el antebrazo por mi boca, limpiando sus restos y aspirando entre dientes.

El sonido que mana de mi interior es altamente lascivo y estremecedor.

Con dos dedos, doy un toque en su mejilla, enderezando su cabeza.

—Tus ojos en mí —rujo con aspereza. Aunque no puedo ocultar lo cachondo que estoy. Tampoco lo pretendo. Mientras le retiro las bragas de la boca, exijo. —Solo a mis preguntas. Solo si yo te lo ordeno. —Sonríe, más por nervios que por otra cosa. Intentando restregarme el coño contra los vaqueros. —No te conviene desafiarme.

Su rostro cambia en milésimas de segundo. Antes de que gire la cara, como tiene pensado hacer, presiono.

—¡Tus ojos en mí!

Abre la boca. Mi toque de atención la trastoca un poco. Jamás le haría daño. Tiene que saberlo, pero soy exigente. Muy exigente en este plano. Cuanto antes se lo muestre, mejor.

No me gusta que me contradigan, que me lleven la contraría, ni el tonto rebote vacilón. Me gusta que las mujeres, mantengan la boca cerrada a menos que yo les pida lo contrario. Me gusta que me obedezcan, que sean complacientes y que se dejen llevar. Hablando claro, que bailen al son que yo les marco. Sumisas. Sumisas de manual. No tengo problema alguno en reconocerlo.

No pretendo asustarla, pero tampoco engañarla.

Le ofrezco mis dedos y ella lame y los introduce en su boca sin pensar. Sus mejillas cada vez están más encendidas.

No necesita lubricarse: está empapada. Me gusta verla, y a ella, por el modo en el que mece las caderas sobre mi regazo, le gusta hacerlo.

—Me estás empapando los pantalones —bramo retirando mi mano. —Qué jodido desastre tan perfecto.

Con la mano contraria le masajeo un pecho y la penetro con los dedos empapados en su saliva. El chapoteo lascivo, la lleva a hacer el intento de girar la cara. Se los clavo hasta el fondo y arqueo una ceja. Más que suficiente para que se corrija ella sola y continúe manteniéndome la mirada.

—No sabes lo cachondo que me pone tu timidez. Las piernas bien abiertas —exijo.

Meto y saco los dedos, alternando la vista entre sus ojos y su coño.

—Joder, cómo te los tragas. ¿Vas a tragarte igual mi polla, muñequita?

Su coño se contrae con mis palabras y sus paredes me aprietan la mano. Río para mis adentros. No dejo que ella perciba el gesto.

Le retiro el sombrero de la cabeza y lo lanzo al asiento del copiloto.

Me la follo despacio. Saboreando cada puto saqueo a su coño. Gruñendo cuando los veo desaparecer en su interior y resoplando cuando los retiro.

No la abandono por completo.

Se los meto hasta los nudillos y giro la muñeca en su interior. Dejo la palma hacia arriba y trazo círculos con mi pulgar en su clítoris.

Cassy gime e intenta seguir mis movimientos.

Sumo un tercer dedo. Sin dejar de follárselo, intensifico la presión en su clítoris.

—Voy a meterte el puño. —Abre los ojos asustada. —Hoy no, cowgirl, tranquila. Necesitas mucha preparación previa para eso. Pero tenemos todo el tiempo del mundo.

Gruño cuando a pesar del miedo evidente que le produce mi confesión, se moja más y contrae todos los músculos de su interior.

—¿Vas a ser una chica buena? ¿Vas a suplicar que te folle a mi manera?

El puto ruidito que hacen mis dedos al chocar con su final, a causa de sus fluidos, me está volviendo loco. Cassy asiente despacio, mordiendo su labio inferior. Cada vez le cuesta más sostenerme la mirada. Y yo a cada segundo que pasa estoy más y más cachondo. Juro que si no quisiera tomarme mi tiempo con esta mujer y hacerla sentir especial la primera vez que nos acostemos, ya estaría dándole por todos los agujeros al mismo tiempo. La puedo

llenar de muchas formas. Dios sabe que lo estoy deseando, y por eso me tiene vetadas las puertas del cielo.

Chasqueo la lengua contra el paladar.

—Palabras, cowgirl. Quiero tus palabras.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Voy a ser una chica buena.

Cabeceo.

—No tienes cinco años. Tienes que ser más específica. Cuéntamelo. Dime lo que quiero escuchar. Todo lo que quieres que te haga.

Le doy un margen. No olvido que tiene diecinueve años. Aunque no es una cuestión de edad, conozco a mujeres de la mía, que tampoco son capaces de desinhibirse.

Me apuesto el cuello a que Cassy, aunque no sea virgen, tampoco ha tenido amantes muy exigentes.

Se tiraría algún niñato de su edad. Lo que la deja a menos cero en cuanto a experiencia.

Sigo follándomela y con la mano libre le doy varias palmaditas en el clítoris.

Jadea. Está empezando a sudar y cada segundo que pasa se contrae más.

—Dejarás que te folle a mi antojo. Que juegue con tu cuerpo y lo lleve al límite. Que me corra en cada centímetro de tu piel. Y lo harás porque sabes que eso te va a proporcionar un placer indescriptible. —No lo pregunto porque viéndola lo tengo claro.

Lo desea, joder. Lo desea tanto o más que yo.

Desea que la libere, que la fuerce, que la rompa y luego que la reconstruya de nuevo. Sentirse protegida, adorada, satisfecha.

—Dejaré que hagas lo que quieras conmigo —sostiene retorciéndose entre mis brazos y gimiendo al mismo tiempo.

—Buena chica. Ahora córrete para mí.

Con un movimiento rápido, la sujeto de nuevo a peso con un solo brazo y la atraigo hacia mi boca.

Le lamo el clítoris y sigo follándomela con los dedos.

Acelero el ritmo.

En menos de un minuto, sus muslos se tensan, sus jadeos inundan mis oídos, su coño se contrae.

Empujo dos veces más y le atrapo el clítoris con los dientes, tiro suavemente de él.

—Grayson…

—Empapa mi boca.

Su jodido orgasmo se hace también conmigo.

Estoy a punto de correrme en los pantalones cuando trago su flujo y le gruño en el coño.

—Estás demasiado buena —rujo contra su carne ardiente.

Retiro mis dedos de su interior.

Sin poder evitarlo sigo comiéndoselo.

Primero, despacio, lento. Enseguida pierdo el control y hundo la boca para volver a follármela.

Necesito sentir ese coño palpitando de nuevo en mi lengua.

Sacar más de ella. Bebérmela entera.

CAPÍTULO: 25

Cassidy

Ni una, ni dos, sino tres veces me hizo correr. Hasta que no fui capaz de mantener la cabeza erguida. Grayson no tuvo compasión. Se mantuvo firme hasta conseguir lo que quería: dejarme completamente exhausta.

He tenido orgasmos antes, muchas veces, ya sea, masturbándome sola o en compañía de alguna pareja anterior. Nunca así.

Jamás me han llevado hasta este punto y desconocía que tuviera la capacidad de tener más de un orgasmo sin largas pausas entre uno y otro.

Lo admito, fue una pasada.

Grayson es… Ufff.

Su exigencia, su lascivia, su lenguaje soez, su descaro y la dureza de su mirada. Me sentía humillada, utilizada, pese a ser yo quien recibía placer: él parecía disfrutarlo tanto o más. Me hizo sentir cohibida como nunca antes. Al mismo tiempo, cuanto más crecía mi apuro, también mi excitación.

Este hombre es… Perfecto.

Llegué con la intención de disculparme y que cada uno siguiera su camino, y acabo más pillada de él si cabe.

Ha dicho que me quiere. No, corrijo: *estoy jodidamente enamorado de ti*, palabras textuales. Al escucharlo, el deseo, la dicha y el alivio se apoderaron de mí.

Puede que sea una locura. Una completa majadería, pero… Sé que estoy enamorada de este hombre.

Con un mimo sorprendente, tras la crudeza con la que se desenvolvió mientras me hacía jadear, al terminar me ayudó a ponerme los pantalones. Eso sí, las braguitas eran irrecuperables.

Me tomó en brazos y cargó conmigo. Apoyando la espalda en el tronco de un árbol, se dejó caer hasta quedar sentado conmigo entre sus brazos.

Permití que mi cabeza se desplomara sobre su pecho.

Así estamos, envueltos en un cómodo silencio, escuchando cómo el agua rompe contra las rocas a pie de cascada. Grayson jugueteando con mechones de mi cabello mientras me estrecha contra él y me besa la coronilla, la mejilla, la frente… Lo que pilla a su paso.

—¿Estás bien?

—Mmm. —No tengo fuerza para hablar.

Su pecho vibra.

—No te quedes dormida.

—Aha.

Retira un mechón rebelde de mi frente y apoya sus labios.

—Si algo te molesta o simplemente, no te gusta, necesito que me lo digas, ¿de acuerdo?

Está obsesionado con no hacerme sentir mal. Lo comprendo. No tiene que preocuparse. No hay nada que pueda hacer que no me guste.

—Tranquilo. Todo está bien. Me ha gustado.

—Lo sé. No me refiero a este momento. Sino a los que están por llegar, cowgirl. Es imprescindible que te comuniques conmigo.

Abro los ojos. Atenta a su declaración.

—Te lo diré. —Trato de calmarlo. Es evidente que le da muchas vueltas al tema.

—Buena chica —susurra con voz ronca y grave, pasando su mano por mi cara y cerrándome él mismo los párpados.

—Me dijiste que no durmiera.

—Qué obediente —bromea. —Tranquila, estás agotada. Descansa.

—¿Aquí?

—¿Se te ocurre un lugar mejor que este? —Niego con la cabeza. Lo cierto es que estoy en la gloria. —Ahí lo tienes.

—¿Cómo está?

—¿Qué?

Tiro de las cuerdecillas de mi pantalón de pijama y les hago un lazo.

—Vamos, Cassy, no te hagas la tonta conmigo. Sé que la has visto.

Me muerdo el labio inferior. No entraba en mis planes contarle nada a Logan. El ver a Demi en las condiciones que la vi esta mañana no tiene que ser plato de buen gusto para él.

—¿Te lo dijo tu abuelo?

—¡Qué va! El viejo tiene los labios sellados. Vivimos en un pueblo pequeño. La gente habla. Demi le habrá ido con el cuento a alguien que se lo dijo a otro alguien… Después de correrse la voz, llegó a mis oídos.

—Lo siento, Logan.

—¿Tan mal estaba?

No quiero mentirle. Tampoco hacerle sufrir sin motivo. Tiene derecho a saber lo que ocurre. Se acabará enterando de todas formas. Mejor que se lo diga alguien de confianza, que dejar que algún chismoso lo cuente la historia a su manera.

Ya sabemos cómo es esto de los cotilleos. Muy similar al juego del teléfono escacharrado. De lo que decía el primero, a lo que entendía el último, va un buen trecho.

—Parecía… Frágil. —Tal vez esa no sea la palabra. Intento tener tacto. —No se encontraba muy bien. Tal vez ingirió algo que no le sentó bien.

—Ya te digo yo lo que ingirió, crack —escupe. Suena tranquilo. Tengo miedo a que no sea más que una máscara. Porque del mismo modo que su voz es serena, también se percibe un deje de molestia e ironía.

Está sentado en el borde del colchón. Su padre trajo una cama nueva, por lo que ya no compartimos la misma.

Abre las piernas y apoya los codos en las rodillas. Pierde la vista en la nada.

Tomo asiento a su lado y le acaricio la espalda.

—¿Qué haces? —Se zafa de mí de un brinco.

—Nada, yo… Creía…

—No creas tanto, Cassy. No soy un crío.

—No digo que lo seas.

—Pues entonces no me trates como si lo fuera.

—Vale, vale. —Levanto las palmas en señal de rendición.

—Anda, ven aquí.

Con un brazo rodea mi cuello y me frota la cabeza con los nudillos.

—¡Logan! —protesto.

—Ay, Logan, que me enredas el pelo —dice, imitando mi voz. Una burla en toda regla.

—Serás imbécil. —Él rompe a reír.

—Un imbécil que te cae de puta madre.

—Pero un imbécil, a fin de cuentas.

—Te voy a dar yo imbécil. —Me tira sobre el colchón y me cubre la cabeza con la almohada. Forcejeo con él. Es inútil. Tiene muchísima fuerza.

Nos tiramos cosa de cinco minutos peleando. O, mejor dicho, él dándome una paliza en condiciones, y yo intentando defenderme sin éxito.

Es inútil. No puedo hacer nada contra este chico. Me supera en todo por goleada.

Cuando consigo que me suelte y, tras reírme tanto que temo despertar a mi madre y a Grayson, me meto en la cama.

Tiro del edredón. Hace un calor de mil demonios, pero no sé dormir sin taparme.

—Buenas noches.

—Así que no vas a contármelo.

Levanto un poco la cabeza y lo observo extrañada. ¿Contar el qué? Logan, todavía sentado en la suya, con la espalda apoyada en la pared y fingiéndose inocente. Este tío es muchas cosas. Tiene muchas cualidades. La inocencia no es ninguna de ellas.

—No te pillo.

—Al final te liaste con mi padre.

Enmudezco. Me atraganto con mi propia saliva.

¿Acaba de decir…? Sí.

Es imposible que lo sepa. Hemos tenido muchísimo cuidado. Es más, desde que toda esta historia comenzó con Grayson, incluso evito hablar con él en casa. A menos que… Mis reproches de anoche. Esos que yo misma acepté, estaban fuera de lugar y también de tono.

No puede ser. ¡Mierda!

—Tiene una explicación —respondo sin tener ni idea de cuál darle. —No es como tú piensas. Las cosas están sacadas de contexto. Quiero decir… No es nada. Solo… Mierda. —Él frunce el ceño, confuso. —Sé que está mal. Que no debería… Tú no lo entiendes. Yo…

—¿Por qué no? Superar obstáculos es importante, Cassy.

¿Lo aprueba? ¿Así sin más?

—Pero se casó con mi madre y puede que todo resulte algo confuso. Entiendo que tiene treinta y ocho años y yo diecinueve. Sé que no todo el mundo va a comprender…

—¿Qué tiene que ver tu madre en esto?

—¿Cómo? Espera, ¿de qué estás hablando?

Logan ladea la cabeza y empiezo a creer que acabo de meter la pata… mucho.

—¿De qué hablas tú? —investiga con desconfianza.

—Tú primero —insisto.

—Del caballo.

—¿El caballo? ¿Qué caballo? —No entiendo nada. Pero a cada palabra estoy más y más nerviosa.

—Os vi salir al paso por la ventana. Consiguió convencerte de que subieras a uno… —Susurra en voz baja. Aunque realmente parece estar dándole vueltas al coco a la mierda que yo solté por la boca, y no a lo que él acaba de confesar.

Dios… Nos vio salir cuando Grayson me llevó a dar un paseo. A eso se refería. Acabo de cagarla a lo grande. ¡Fantástico! Lo que me faltaba. Cantar yo sola el primer día tras solucionar nuestras diferencias, malentendidos, o cómo queráis llamarlo.

—Ah. Sí. Dimos una vuelta —titubeo.

Trato de acabar esta conversación lo antes posible. Implorarles a todos los dioses de la mitología griega que no les dé vueltas a mis palabras.

Giro para no seguir viéndole la cara. Sobre todo, esa mirada desconfiada y acusatoria que tiene impresa en el rostro.

Que apague la luz y se ponga a dormir ya, por favor.

—¡Ay-qué-fuerte! —Separa bien las palabras. —¡Te estás tirando a mi padre!

Me doy la vuelta de nuevo de golpe.

—Noooooooo. —Intento defenderme. Convencerlo de que no es así. Anticipo que lo tengo difícil. Logan no se deja engañar con facilidad.

—Venga ya. No soy idiota, Cassy. Acepto que esto no me lo vi venir. Te follas a mi padre —repite.

—Yo no me f… Eso a nadie.

—No me hagas reír.

—¡Logan!

—Lo sabía. Sabía que estabas pillada por él. No hacía falta más que verte la cara. Y a él, tres cuartos de lo mismo. Pero admito que no pensé que mi padre le echara cojones. ¡Qué fuerte!

Llegados a este punto, es inútil negarlo. Solo puedo esperar, que me guarde el secreto. Si Logan se va de la boca, podemos tener muchos problemas. Todos. Él incluido. En esta casa no solo estamos nosotros tres. También mi madre, y una niña de cinco años, no nos olvidemos.

—No tengo derecho a pedirte nada. Y no espero que lo entiendas, Logan. Solo quiero que sepas que yo no planeé nada de esto. Grayson tampoco. Solo… Sucedió sin más. Necesito saber que no saldrá de aquí. Si alguien lo sabe… —No quiero imaginar cómo se pondría mi madre de enterarse. —Por favor, Logan, no se lo cuentes a nadie. Me alejaré de él si es lo que quieres, pero… No quiero causarle problemas a tu padre. Te prometo que no volveré a acercarme a él…

—¿Por qué harías eso? —pregunta totalmente serio.

—Yo no quiero problemas. Te prometo que…

—¡Cassy! —interrumpe. —¿Por qué romperías lo que sea que tienes con mi padre si yo te lo pido?

—Porque me importa tu padre. Grayson no merece verse involucrado en nada turbio por mi culpa. —Decirle que lo quiero, me parece excesivo. No porque no sea así, sino porque es su hijo con

quien estoy hablando. No lo olvido. —Porque me importáis todos. Tú, Zoey, incluso tu abuelo y tus tíos.

—A Zane le arrancarías las pelotas si pudieras, admítelo. —Su broma aplaca un poco la tensión. Sonrío, pero no me llega a los ojos. —Si te importa tanto como para renunciar a él, con tal de no meterlo en problemas, no seré yo quien me oponga.

—Sé que es complicado.

—Ya. Te diré una cosa. —Abandona su cama y se sienta en el borde de la mía. —Tengo veinte años. Desde que tengo uso de razón, mi padre siempre se ha dedicado a los demás. Y solo ha recogido mierda a cambio. Demi… —Me resulta extraño que se dirija a su madre por el nombre de pila. —Lleva dos décadas jodiéndole la vida. Cuando por fin encontró a Keira, tuvo mala pata. Al poco de nacer Zoey, enfermó. Te aseguro que fueron momentos muy jodidos. Pasó de cuidar a sus hermanos, a cuidar de mí, Demi, Zoey y Keira. Hace años que vive con la batería de reserva. Hasta que llegaste tú. Había olvidado lo que era verlo ilusionado. No voy a oponerme a nada, Cassy. Lo único que voy a pedirte es que no lo jodas. Si quieres tirar adelante o no, es cosa tuya. Pero no lo jodas. Porque no estoy seguro de que mi padre pueda soportar otro golpe. Es el tío más duro del mundo, pero hasta esos tienen un límite.

Conozco parte de la historia de Grayson. No toda. Es lógico que lleve un tiempo y Grayson, aunque responde sin rodeos a todas mis preguntas, no es un hombre al que le guste ir llorando por las esquinas. Obviamente, nunca me va a dar la versión cruda de la realidad. Siempre muestra su lado más amable y siente cierta reticencia a hablar de sí mismo. Jamás se muestra vulnerable.

El que Logan no solo no se oponga, sino que incluso me anime, me da el empujón necesario.

Reflexiono en sus palabras y en el giro que ha dado nuestra conversación inicial. Empiezo a ser consciente de dónde me estoy metiendo. Y no voy a recular. No quiero hacerlo. Pero tengo que aprender a gestionar muchas cosas.

Situarme en una casilla. Mantener la compostura. No flaquear a la mínima, como suelo hacer.

—Entonces… ¿Te lo has tirado? —Arquea las cejas. Su cachondeo me pilla de improviso.

Le asesto un manotazo en el brazo.

—¡Cállate!

—Ahora entiendo que tumbara de un puñetazo a mi tío.

—Por favor, Logan…

Él ríe. Sin remordimiento alguno.

—Aunque yo ya lo sabía —garantiza.

—¿Lo sabías?

—Joder, Cassy. Hay que ir detrás pasando una fregona, cada vez que te ve. —Pongo los ojos en blanco.

—Anda, vete a dormir.

Logan se mete en la cama. Dejo que sea él quien apague la luz.

—Por cierto… Tienen que estar comiéndote los demonios. —Frunzo el ceño. —Por eso de compartir habitación conmigo y no cama con él.

Abro la boca. Pillo la almohada y se la lanzo a la cabeza. Será idiota. Pero razón no le falta.

—Eso es un sí.

CAPÍTULO: 26

Grayson

—Tienes visita.

Ethan asoma la cabeza por el hueco de la puerta y cierra de nuevo.

Trato de ocultar mi entusiasmo. Es imposible. Imagino de quién se trata.

Termino de contar la pasta que tengo en las manos y envuelvo el fajo de billetes con una goma.

Roy, uno de nuestros trabajadores, me comentó que tenía problemas de dinero. En ningún momento con la intención de conseguirla.

A su madre le diagnosticaron cáncer hace algún tiempo. Se sometió a infinidad de tratamientos y, hace solo unas semanas, sufrió una recaída bastante grande. Requiere un nuevo ciclo de quimio. Eso es caro.

Tienen seguro médico, pero solo cubre parte del tratamiento.

Su padre es mayor y sus hermanos aportan lo que pueden. Los dos están casados y con hijos menores a su cargo.

Él hace lo que puede. Nunca nada parece suficiente.

En realidad, solo trataba de desahogarse. Se ve desbordado. Siempre he sido una persona empática. Me gusta cuidar de los míos. Desde que ocurrió lo de Keira, es cierto que cuando sale a relucir el tema del cáncer, me toca la fibra sensible.

Por lo que aunque no lo pretenda y esa no sea su intención, decidí hacerme cargo de los gastos médicos de su madre. Al menos, de la parte que queda al descubierto.

Conociendo a Roy, veo venir su negativa. Hace un rato, hice una llamada al Doctor Kingley. El mismo que atendió a mi mujer y la acompañó durante todo el proceso. De no ser por la confianza que tenemos, y de estar al tanto, de que Roy lleva años trabajando en Hidden Valley, nunca habría accedido a revelarme información.

Aprovechando que sí lo hizo, recolecté el primer pago, y me ofrecí a hacer hoy mismo el ingreso.

Es lo menos que puedo hacer por un tío que se deja los cuernos a diario por nosotros y nunca ha pedido nada a cambio.

Incluso cuando Keira estaba en sus peores momentos, y yo tenía la cabeza en todas partes, menos en su sitio, él no faltó ni un solo día a currar. Desde hace ocho años, siempre a pie de cañón. Pese a que en esa época, olvidé más de una vez, pagarle el sueldo, nunca me lo reprochó. Cuando a mitad de mes la lucidez llamaba a mi puerta, él me disculpaba y le restaba importancia. *Vendrán días mejores*, insistía.

Cuanto antes se solucione este asunto, mejor para todos. Sobre todo, para la madre de Roy. Cuando el tiempo juega en tu contra, no puedes perderlo.

Dejo la pasta en el primer cajón de mi mesilla.

Cassy y Zoey no suelen venir a mi oficina, solo porque no se activan hasta después del mediodía. Me sorprende que estén aquí. Pero no voy a ser yo quien proteste.

Salgo al ver que no entran y me encuentro con Skylar de pie, al lado de mi camioneta.

No es la compañía que esperaba. No voy a mentir.

—¿Todo bien? —Sin esperar respuesta, cargo y disparo de nuevo. —¿Cómo has llegado hasta aquí?

Skylar vive pendiente de los taxis y cualquier coche privado que pueda agenciarse —a mi costa obviamente—. Ni siquiera sabe conducir, por eso no le proporcioné un vehículo propio.

Nunca se acercó a mi oficina, el establo o cualquier otro punto de la finca. No le interesa, ella misma lo ha dicho.

No le gusta esto y no tiene interés en conocerlo.

—Ethan.

Vale, por eso el cabrón me avisó de su visita. La trajo él. Podría habérmelo dicho, joder.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Sonríe. ¿Skylar? No se trata de que no lo haga nunca. La escucho reír y parlotear por teléfono. A nosotros, me refiero a todos los que vivimos con ella, ya sean mis hijos o los suyos, directamente, nos ignora. Parece ser que no somos dignos de ella.

—No conocía esto —murmura observando su entorno.

Su semblante habla por sí mismo. No lo conocía porque no quiso. Y ahora tampoco quiere. No sé qué hace aquí.

—No será porque no ofrecí traerte —bramo sin seguir su juego, sea cual sea.

Da un par de pasos en mi dirección. Me fijo en los altos y finos tacones que lleva. Mejor no comento.

—A veces… Una mujer necesita un margen, Grayson.

—¿Un margen? —La tengo calada. No creáis que soy imbécil. También sé que de momento debo llevarme bien con ella.

Digo de momento porque estoy convencido de que nuestro falso matrimonio, no puede ser duradero. Ya no solo por ella, que no colabora en absoluto y es la primera en querer abandonar este circo, sino también por mí. No le gusta mi vida, detesta mi casa, odia mi trabajo y está clarísimo que mis hijos le resultan un incordio.

Pero no todo es ella; ahora yo también tengo algo que decir.

Puede que, por preservar una estabilidad —de la cual ella nunca formó parte—, me planteara seguir una línea. Ya no se trata solo de mí, también está Cassy. Sé y comprendo lo mucho que le incomoda mi vínculo con Skylar. El que le dé a ella una posición que ni se merece, ni quiere, ni le corresponde. Sobre todo, cuando es precisamente Cassy, la que se encarga de todo, la que cuida de nosotros, de mí, de mis hijos. La que aporta estabilidad a mi vida. A mi casa. A la cual no quiero por eso, pero resulta justo, reconocerlo.

Por mi parte, aprovecharía su visita para hablar con ella y plantar una petición de divorcio sobre la mesa. Por el mismo motivo que me siento en la obligación de hacerlo, es por el que debo renunciar por ahora. Por Cassy. No olvidemos que es su madre.

Esto no va a ser sencillo.

Y por mucho que yo lo deteste, temo colocarla entre la espada y la pared.

Llamadme desconfiado. Estoy prácticamente seguro de que Skylar no lo aceptará sin más. Y yo no quiero hacer sufrir a la persona que amo. Obviamente esta situación no se puede prolongar por tiempo indefinido. Aun así, es necesario que Cassy y yo mantengamos varias conversaciones previas y que yo me asegure el mejor proceder en esta situación, contando con su opinión. Al fin y al cabo, Skylar no es más que una desconocida para mí; para ella, es la mujer que le dio la vida. Aunque en muchos momentos se merece que le sumerjan la cabeza bajo el mar. La indiferencia que muestra hacia su hija me saca de mis casillas.

—No empezamos con buen pie —explica.

—No. Ni empezamos ni continuamos.

—No seas tan duro.

—Solo debíamos ceñirnos a un plan, Skylar.

—Bueno, yo hice mi parte. —Cruzo los brazos a la altura del pecho y abro ligeramente las piernas. —Zoey está atendida.

—Gracias a Cassy.

—Cassy es mi hija —se defiende. Como si eso le diera derecho a disponer de ella a su antojo.

—Tú lo has dicho. Es tu hija. No tu esclava.

—Yo no la obligo a hacer nada, Grayson.

—Faltaría más.

Si con eso me quiere dar a entender que Cassy se ocupa de Zoey por voluntad propia, no es necesario. Lo tengo meridiano. El que lo fuera a hacer ella, en caso de que mi chica no hubiera congeniado desde el primer momento con mi hija… Lo dudo. Pero como bien he dicho, no caeré en su juego.

No somos críos, aunque ella se comporte como tal y me quiera tomar por imbécil.

No tengo ni idea de qué la lleva a tratar de buscar mi beneplácito. Lo imagino. Las pocas veces que me plantó las manos encima y tuve que pararle los pies, hablan por sí solas.

Debe picarle algo.

Mira tú, todavía no ha descubierto para qué sirve la mano derecha.

—No quiero discutir contigo, Grayson. —Lo que más me toca los cojones es el ronroneo con el que suelta el comentario. Parece del todo inocente. No lo es.

—Yo tampoco, Skylar —bramo tajante. —¿Necesitas algo más?

La sonrisa se le borra de un plumazo de la cara.

¿Qué cojones pensaba?

No acabo de pillar a esta mujer. Tampoco es que me esfuerce en hacerlo. Si la respeto y trato de mantener las aguas calmadas, es por Cassy. El mismo motivo por el que no terminé ya con este absurdo acuerdo. Cuando me lo planteé, mi relación con Cassy no era la que tenemos ahora. La necesidad de ella pudo contra el cansancio que esta mujer me produce. Es egoísta, lo sé.

Levanta una mano. No llega a tocarme, aun así, doy un paso atrás y mantengo la misma postura. Interponiendo de nuevo distancia. Solo espero que lo pille de una vez. No temblaré si tengo que pararle los pies de nuevo. Tampoco seré tan permisivo y paciente como anteriormente.

—Mejor me acercas a casa.

—Claro. —Busco con la mirada, hasta localizar a alguien. —Roy, lleva a Skylar donde ella quiera.

Skylar abre la boca y la cierra varias veces. Al final, habla.

—¿Ni siquiera te vas a molestar en llevarme tú?

—Tengo mucho trabajo.

—¿Y me confías a un cualquiera?

Contraigo la mandíbula. Esta mujer no conseguirá que pierda la paciencia.

—Lo conozco bien. —No es un tipo al azar.

—Pero yo no. —Es jodidamente insufrible.

Claudiqué solo por no seguir con este absurdo enfrentamiento que parece tener constantemente con todo el mundo.

Hicimos el viaje en silencio. Según avanzaba por el sendero, Skylar parecía más cabreada.

Dejo la camioneta frente a la puerta. Ella abandona el vehículo y apago el motor. Salgo y sigo sus pasos.

—Creí que tenías mucho trabajo —ladra por encima del hombro, pasando bajo el umbral. Y lo tengo. Pero quiero ver a mis chicas. Me muerdo la lengua y traspaso la puerta principal. Aunque no sé si Zoey sigue en casa de mi padre. Por lo que mantengo la boca cerrada. Decirle que voy a ver a su hija no creo que le siente muy bien.

—¡Papiiiiii! —grita mi hija en cuanto pongo el primer pie en casa.

—Hola, ratoncita. ¿Qué haces tú aquí?

Anoche durmió en casa de mi viejo. No esperaba verla hasta la tarde, pero me alegro de hacerlo.

—Cassy vino a recogerme temprano. Me echa mucho de menos —argumenta convencida.

—No lo dudo —rujo revolviéndole el pelo.

Justo en ese instante aparece Cassy envuelta en una toalla de ducha blanca.

Imposible evitarlo. Me yergo y repaso su cuerpo de los pies a la cabeza. Fijándome en cada puto detalle. Empapada. Sus sedosas piernas infinitas. Sujetando la tela de la toalla con una mano junto a un pecho que me muero por saborear. El pelo mojado le cae por los hombros. Las gotas de agua se estallan por la piel y se me hace la boca agua. Muerde su labio inferior. Joder, tengo que contenerme y cerrar los puños para no abalanzarme sobre ella. Es un puto sueño. ¡Mi puto sueño!

—Ponte algo —escupe su madre de malas maneras.

—Creí que estábamos solas.

—Esa no es razón para pasearte por ahí desnuda.

—No está desnuda. —La defiende mi hija.

Skylar abre la boca, señala a Zoey con un dedo. Cojo a mi pequeña en brazos y la miro fijamente.

Cierra la boca y traga. Más le vale.

Sé que no es santo de su devoción. Pero que relaje revoluciones. Si veo el más mínimo gesto o palabra, hacia mi hija, rompo con esta mierda en el acto.

Por ahí no paso.

—Vuelvo enseguida —se disculpa Cassy, avergonzada.

—Quiero ir contigo.

Le sonríe a mi hija y se acerca.

Extiende los brazos, haciendo malabarismos para que la toalla no caiga al suelo. Por mi parte, rezo para que no lo consiga.

Zoey me da un beso en la mejilla y rodea su cuello.

La tengo cerca, muy cerca, y joder, me muero por poder tocarla. Por no sentirme obligado a ignorarla y hacer como si no fuese nadie importante para mí.

—Buenos días —saludo. Lo que es una tontería. Llevamos minutos en este salón todos juntos.

Algo me empuja a llamar su atención y hacerle ver que sí la veo. Sí, estoy pendiente de ella. Sí, importa.

—Buenos días, Grayson.

—¿Podemos ir con papi a trabajar? —Le pregunta a ella en lugar de a mí directamente.

Algo que lejos de molestarme me gusta. Son pequeños detalles que me demuestran lo mucho que la valora mi hija. Lo que significa para ella.

—Tiene mucho trabajo —interviene Skylar. Le dedico una mirada que la atraviesa. Tengo trabajo, sí. Aunque también es cierto que lo utilicé para quitármela de encima a ella cuanto antes. Pero, aunque no diera abasto, siempre se lo dejé bien claro: mi hija, es mi prioridad. Siempre voy a tener tiempo para ella. Siempre voy a estar disponible para ella. Y, por supuesto, jamás le negaré mi compañía.

Cassy alterna la mirada entre su madre y yo, mostrándose incómoda. Como si no fuese quién para decidir. Como si ese cometido le quedara grande y no se sintiera con derecho. Cuando es precisamente la única que tiene ese derecho, ese poder. Joder, decida lo que decida esta chica, pida lo que pida, por mi parte, siempre obtendrá un maldito sí.

Ignoro a Skylar y centro la vista en las dos personitas que tengo delante y que me hacen latir el corazón a toda hostia.

—No podemos molestar a papá, cariño…

—Tú y Zoey no molestias nunca. —La incluyo porque me apetece. Porque quiero y porque es la puta verdad. Necesito que le quede claro.

Ella me observa con esos ojos verdes brillantes, con un tembleque constante en su labio inferior.

—¿Entonces podemos? —insiste mi hija.

—Siempre que a Cassy le apetezca y no tenga planes.

—No tengo planes —susurra ella.

—Esperaré por aquí mientras te vistes.

—Puedo ir en mi camioneta.

—Mejor vienes en la mía. —Le guiño un ojo y ella asiente mordiéndose el labio.

Si no deja de hacer eso, acabaré arrancándole la toalla y follándomela sobre la mesita de centro del salón.

Cassy sube las escaleras y por el rabillo del ojo veo que Skylar se marcha en dirección a la cocina. Me agacho y le susurro a mi hija al oído.

—Dile a Cassy que coja su bañador y el tuyo.

Pasamos un momento por la oficina y le enseñé esa zona a Cassy.

Adelanté algo de trabajo en el establo, mientras dejé a mis chicas con Buck y Clarke, —así decidieron llamar al nuevo potrillo—. A la hora de la comida, descubrí que la gran bolsa que trajo Cassy consigo contenía un montón de comida casera en varios tuppers. Nos libramos de comer un bocadillo, como hacemos habitualmente. Mis hermanos y Logan lo agradecieron. Están hasta los huevos de comer lo mismo siempre. Protestan, pero ninguno de ellos cocina.

Llevaba siglos sin tomarme una tarde libre, solo por el placer de hacerlo. Cuando les dije a los chicos que me largaba con Cassy y Zoey al río, no pude evitar que nos acompañaran.

Así que aquí estamos. Cassy haciendo babear a estos imbéciles con un bikini diminuto que pienso quemar en cuanto lleguemos a casa, y yo revolviéndome por dentro.

Le pego una colleja a Zane. Su cabeza sale disparada hacia adelante y se golpea la frente con el botellín de cerveza. Pena no habérselo hecho tragar.

—Eh, —protesta escupiendo los restos de cerveza que quedaban en su boca.

Ethan se ríe. A mí no me hace ni puta gracia.

Me separo unos metros de ellos y acomodo el culo en la hierba.

Flexiono las rodillas y me llevo la cerveza a la boca.

La risa de Zoey me inunda los oídos cada vez que Cassy chapotea en el agua y la salpica.

Olvido a los tres gilipollas que acabo de abandonar a unos metros y centro la vista en ella.

Joder, una puta sensación que no logro identificar me embarga al verlas juntas. No tengo ni idea de qué es. Solo que no puedo borrarme la estúpida sonrisa de la cara ni apartar mi mirada de ellas.

—¿Desde cuándo?

Giro la cabeza y me topo con Logan a mi lado.

—No sé de qué me hablas. —No puedo sonar más falso.

—Venga ya, papá. Cassy ha cantado.

Lo dudo mucho. Lo ignoro y centro mi atención en ellas.

—No porque quisiera —continúa él. —No le quedó otra. ¿Desde cuándo?

—Logan…

—Las cosas no son fáciles y ninguno de los dos lo buscaba. Ya me lo sé. Joder, papá, que soy yo. El primero que te empujó a ella, ¿recuerdas?

Lo escucho, pero me mantengo en silencio. Agradezco el apoyo de mi hijo. Eso no quiere decir que me apetezca contarle mis mierdas. Me resisto a hablar de Cassy. Y hay un motivo para ello. Se llama Skylar y mi puto matrimonio de mierda con ella. De lo

contrario, sería el primero en gritarlo para mantener a capullos como Zane muy lejos de mi chica.

Y porque me apetece. Porque me cuesta la puta vida estar aquí sentado cuando lo que deseo es estar ahí con ellas.

—¿No vas a decir nada?

—No.

—De puta madre. Pues entonces aprovecha el día sin rallarte y vete con ellas. —Miro a mi hijo. —Tengo ojos en la cara. —No puedo evitar echar un vistazo en dirección a mis hermanos. —Y ellos también. No vas a descubrirles algo que no sepan.

—Noooo. Noooo —grita Zoey cuando Cassy la coge por la cintura y la sumerge en el agua.

—A la mierda —bramo.

Dejo la cerveza a mi lado con demasiada fuerza. El botellín vuelca, vertiendo todo el contenido en el suelo. No podría importarme menos.

Llevándome un brazo a la espalda, tiro de mi camiseta y me desprendo de ella. De un puntapié me deshago de las botas.

Me dejo los vaqueros. Le coloco el sombrero a mi hijo. Él me observa ojiplático. Puede que ese gesto signifique mucho más de lo que parece a simple vista.

Solo hay una persona a la que le he cedido mi sombrero y esa es Cassy.

Obviamente, con un interés muy distinto al que le muestro a Logan ahora.

Muchos tíos lo toman a la ligera.

Tal vez yo sea más tradicional. El sombrero de un vaquero es sagrado.

Con ese simple gesto le demuestro a mi hijo mi respeto y mi confianza. Algo que este chaval se ha ganado a pulso toda su vida.

Cuando se lo ofrezco a Cassy… Digamos que son una confianza y respeto distintos. Y tal vez signifique un poco más que eso.

Avanzo a grandes zancadas. El agua empapa mis pantalones y los vuelve pesados. Sorprendentemente, eso me hace sentir vivo.

Coloco el dedo índice sobre mis labios cuando Zoey me ve. Ella me enseña una ristra de dientes blancos a medias… La pobre no hace más que perder piezas últimamente. Su pronunciación es graciosísima.

Rodeo la cintura de Cassy con un brazo sin que lo vea venir y ella suelta un grito agudo.

A toda velocidad la arrastro unos metros adentro y la sumerjo en el agua.

Zoey ríe a carcajadas.

Cuando consigue sacar la cabeza del agua, me aproximo a ella.

—¿Está fría, cowgirl?

Niega con la cabeza y me acerco más a ella.

—Es-está buena.

—Ya tenéis algo en común —rujo acercando mi boca a la suya, pero sin llegar a besarla. Eso sí, aprovecho la privacidad que nos concede el agua pese a estar a la vista de todos y le aprieto el culo con una mano. —Hola, muñeca.

CAPÍTULO: 27

Cassidy

Zoey acaba de encontrarse con unas amiguitas del colegio. Insistió mucho en pasar un rato con ellas. Normalmente, me quedo con ella en el parque. Hoy también pensaba hacerlo, pero una de las mamis de las niñas se ofreció a cuidarla mientras yo me acercaba a comprar algunas cosas. Aunque no me gusta perderla de vista, debo admitir que he de concederle su espacio.

Llamé a Grayson y me confirmó que Zoey queda algunas veces para jugar en casa de esa amiga. Me dijo que no había problema ninguno y que podía irme.

Aun así, le pedí el teléfono a la mamá de la niña y le dije que no tardaría más de una hora. Han pasado diez minutos y yo ya estoy de los nervios, arrepentida de haberla dejado.

Acabo de abandonar el supermercado. Volveré en otro momento. Camino a paso acelerado para volver al parque cuando, al pasar frente a uno de los bares del pueblo, el jaleo de su interior capta mi atención.

—Lárgate de aquí —brama un hombre. —No quiero problemas en mi bar.

—No estaba montando jaleo —grita una mujer.

—Acabas de ofrecerle una mamada al viejo Stuart; yo diría que eso es hacer jaleo.

—Eso a ti no te importa.

—Claro que me importa. Te ha dicho que lo dejes en paz tres veces, Demi.

¿Demi?

Sin pensarlo dos veces, entro.

Un hombre de unos cuarenta y muchos tras la barra es quien insiste en echarla.

Solo veo a un par de tipos sentados en unos taburetes y otro junto a las máquinas tragaperras.

Se giran todos en mi dirección.

—Buenas tardes —saludo.

—Buenas tardes, muchacha. —Demi, al mismo lado del mostrador que yo, se sujeta con una mano a la cornisa de madera de la barra con fuerza. Su cuerpo se tambalea. —Vamos, vete de una vez —insiste el que supongo es el propietario del lugar.

Pasa el brazo por encima de la barra y empuja la mano con la que Demi se mantiene en pie.

—Ya se marcha —intervengo. Frunce el ceño. —Se viene conmigo.

—¿Contigo? —pregunta, extrañado.

—Sí, conmigo. ¿Algún problema?

—Ninguno en absoluto, muchacha. Asegúrate de que no vuelva a aparecer por aquí. Lo siento por ella —dice, dedicándole una mirada a medio camino entre la compasión y la repulsión. —Solo causa problemas.

—No volverá —aseguro como si eso dependiera de mí.

—¿Necesitas ayuda?

¿Después de cómo la trató se ofrece a ayudarme?

Puede que Demi no se estuviera comportando como debe. En su defensa diré que se ve a la legua que no está en sus cabales en este momento. La empujó. Empujó a una mujer que, por muy irritante que le pueda resultar, pesa medio kilo y está claramente en inferioridad de condiciones.

—No, gracias.

Le rodeo la cintura con un brazo y dejo que se apoye sobre mis hombros.

—¿Y tú quién eres?

No se acuerda de mí. No la culpo. Cuando nos conocimos no estaba mucho mejor que ahora.

—Cassy —digo sin más.

—Ah. Cassy. —Me apuesto cinco dólares a que sigue sin acordarse. —Ya me acuerdo. —Lo dudo mucho. Me sorprendería que recuerde su propio nombre en este momento. —La nueva hija de Grayson. —¡Boom! Estoy a punto de soltarla y dejar que caiga de bruces contra el suelo.

—Grayson no es mi padre.

—Eres guapísima.

—Ya, eso ya me lo dijiste.

—No negaré que me sorprendió mucho tu llamada.

Yo tampoco esperaba marcar su número. Pero no sabía a quién más recurrir. Advierto que a Grayson no le haría gracia. Descarté a Logan por razones obvias. Rhett ya ha batallado lo suficiente con esta mujer, según parece, y Ethan está en los establos.

—Necesito ayuda. —Directa. De nada sirve darle vueltas. Por mucho que lo piense, seguirá siendo una mierda.

Además, necesito ir a ver a Zoey, ya. Hace mucho que debería estar allí. Llamé a la madre de su amiguita. Le comenté que me entretendría un poco más de lo planeado y respondió que no había problema. Aun así, no me quedo tranquila.

—¿Qué pasa?

Me hago a un lado y le muestro lo que estaba ocultando tras mi espalda. Como no tenía ni idea de qué hacer, dejé a Demi sentada

en un banco. Le fui a buscar un café y un botellín de agua y llamé a Zane.

Se pasa la mano por el pelo.

—La hostia, rubia. Será mejor que nos vayamos y que no le digas nada de esto a Grayson. Si sabe que estuvo molestándote…

—Ella no me hizo nada. Fui yo la que la traje hasta aquí —corto a Zane.

—Que tú, ¿qué?

—¿Estás sordo?

—No, flipando.

—Pues deja de flipar. Es una mujer, no un alien.

—Permite que lo dude. —Ignoro su broma. No tiene nada de gracioso.

—Tienes que ir a buscar a Zoey al parque frente a la heladería. Está con la mamá de una amiguita y…

—¿Y tú?

—Yo me quedo con ella.

—No, ni de puta broma. Grayson me corta las pelotas.

—No es negociable, Zane.

—Mira… —Se pasa la mano por el pelo. —Te entiendo, ¿vale? No la conoces y…

—No necesito conocerla. Es una persona y necesita ayuda.

—Ayuda que no quiere —brama.

—No la rechazó en ningún momento.

—Espera y verás. Mira, Cassidy, conozco a Demi. Todos conocen a Demi. No merece la pena. Créeme.

—Eso lo decido yo. No, tú. ¿Vas a ir a buscar a Zoey o me he equivocado al llamarte?

Zane resopla y coloca sus manos en las caderas.

Baja la vista al suelo.

—Está bien. Vete con Zoey, yo me encargo.

—No.

—Eres cabezona, ¿lo sabías?

Cruzo los brazos y doy toquecitos al suelo con la puntera de mis deportivas, esperando a que se decida.

No pienso ceder. Si él no me ayuda, lo hará otra persona. No voy a dejar a esta mujer en la calle a su suerte, al borde del colapso. Si no fuera porque no quiero que Zoey la vea así, me bastaría yo solita para encargarme de todo.

—A Grayson no va a gustarle.

—Lo sé.

Comprendo que sea así. Por lo poco que me comentó Rhett, peleó mucho por ella. Por alejarla de la mierda que se mete. Porque su hijo tuviera una madre. Y lo admiro por ello.

Pero eso no significa que no esté enferma, que no necesite ayuda y que ella misma no odie lo que hace.

Zane asiente. No le gusta la idea. Pero se rinde. Imagino que sabe que no cederé.

—Gracias.

—Saldrás escaldada.

—Seguramente. Mi ética no me permite mirar hacia otro lado.

—Ahora entiendo a mi hermano.

—¿Cómo dices?

—Llámame si necesitas una mano. Voy a buscar a Zoey.

Sin tener ni la más remota idea de lo que hacer, cargué con ella hasta el coche. Tiré del efectivo que acababa de coger del cajón de la entrada en el que Grayson siempre nos deja dinero y alquilé una habitación en un modesto hostal del pueblo.

No sin antes recorrer varios lugares en los que le negaron la entrada a Demi.

La dejé durmiendo la mona y me acerqué al local de Jerry. Compré algo para comer y también varias botellas de agua.

Al volver a la habitación, Demi estaba frita.

Pero se acordó de mí. Me dejó un charco de vómito de regalo frente a la mesilla de noche. ¡Puajjj, qué asco! Un detallazo por su parte.

Limpié como pude el desastre con papel higiénico. Lo único que encontré a mano. Dejé la comida sobre la mesita y me marché.

Mientras conducía, solo podía sentir celos de ella. Fue el primer amor de Grayson. Tiene un hijo maravilloso, ¿por qué se empeña en fastidiarse la vida?

—Mam… ¡Cassy! Tardaste mucho.

—Lo sé, cariño. Lo siento.

—No pasa nada. Te perdono.

—Ve a buscar tu chaqueta, nos vamos a casa.

La niña sale escopetada y Rhett me mantiene la mirada.

Zane me advirtió que la llevaría a casa de su padre.

—No me mires así.

—¿Dónde está?

Le explico que está en un hostal, con comida de sobra y la habitación pagada al menos durante las próximas dos noches.

—No dejes que se aproveche de ti.

—No lo haré.

Su reprimenda no va más allá de eso. Por el modo en el que Rhett maneja a Demi, sé que él me comprende.

Tampoco tiene corazón para dejarla en la calle.

—Eres buena persona, Cassidy Ashford.

—¿Ashford? —No, por favor. Si Rhett también me salta con el rollo de que Grayson es como mi padre, me pego un tiro. Me arrepiento de mi pregunta en cuanto sale por mi boca. Rhett me sorprende con su declaración.

—Tienes el corazón de los Ashford. Está claro que eres de mi familia.

—¿Mañana podemos ir al río?

—Claro.

—¿Pero vendrá papi con nosotras?

Estoy arropando a Zoey en su cama. Al final, cuando salimos de casa de su abuelo, era tardísimo. Me costó una barbaridad mantenerla despierta mientras hacía la cena.

Le di un baño rápido. Ella no dejaba de bostezar mientras le secaba el pelo.

Estoy a punto de decirle que no lo sé. Yo también quiero que venga, pero… No puedo prometerle a la niña algo que no está en mis manos. Y no quiero decepcionarla. No me gusta crear falsas ilusiones.

—Por supuesto, ratoncita. —Su voz grave y rasgada llega como un ciclón, convirtiéndome en gelatina a su paso y erizándome todo el vello del cuerpo al mismo tiempo.

Giro la cabeza y lo veo apoyado en el marco con los brazos cruzados.

Fija sus ojos en mí y se toca el ala del sombrero con dos dedos.

—¡Bien! —Aplaude su hija.

Le doy un beso en la frente a Zoey y me retiro para dejarle espacio a su padre.

Si él no llega a tiempo, la acuesto yo. Pero si puede y está en casa —seguramente acaba de entrar por la puerta—, lo hace él.

Grayson se acerca y cuando doy un paso para alejarme, Zoey atrapa la tela del short con su manita.

—No me voy, cariño. Estaré abajo. Solo voy a dejar que papá te dé las buenas noches.

—No. —Grayson frunce el ceño. —Quiero que me deis los dos las buenas noches.

Le acaricio la mejilla mientras su padre tira bien de las mantas, arropándola mientras yo le doy un nuevo beso, y le sostengo la mano mientras su padre se despide de ella.

—Buenas noches, papi. Buenas noches, Cassy.

—Buenas noches, cariño.

—Descansa, ratoncita.

Enciendo el quitamiedos antes de que Grayson cierre la puerta.

—Lo siento. Yo… No pretendía robar tu tiempo con ella —me disculpo cuando estamos solos en el pasillo.

—¿De qué hablas?

Señalo la puerta de Zoey con el pulgar. Es obvio que me refiero al hecho de fastidiar el momento de privacidad con su hija.

Grayson levanta la mano y me acaricia la cadera. Un roce breve y simple, pero enciende mi piel de inmediato.

—¿Te sientes incómoda?

—¿Incómoda? —repito.

—Me refiero a si es demasiado para ti.

—¿Quieres decir por Zoey? —Asiente serio. —Nooooo. En absoluto.

—Me refiero a lo mucho que te exige.

Lo observo con atención y medito mi respuesta, aunque en realidad ya la tengo clara. Es cierto que desde el principio hice buenas migas con ella. Y que su apego conmigo fue creciendo a

pasos agigantados. Pero en el último tiempo siento esa exigencia de la que Grayson me habla.

La niña se pegó a mí y parece ser imprescindible para ella obtener mi visto bueno a todo. Puedo llegar a entender que empatice más con una mujer y que muchas de sus actitudes, como sentarse sobre mi regazo en lugar de buscar el de su padre, son solo fruto de eso.

Pero cada día que pasa exprime un poquito más. Si tiene que pedir permiso para algo, espera obtener el de su padre tanto como el mío. Si su padre le niega algo, enseguida recurre a mí, aunque sabe a la perfección que no voy a contradecir algo que Grayson ordene. Nunca se me ocurriría entrometerme en su educación a la ligera.

Podría pensar que lo hace de forma inconsciente porque soy una de las personas con las que vive. Con mi madre no tiene confianza; es más, la evita. Sé que se siente a disgusto con ella. Motivo por el cual trato de interponer la máxima distancia. Intento que nunca se quede a solas con Zoey. Pero con Logan sí tiene esa confianza, es su hermano. Además, lo adora. Pero no la frena su opinión ni cuenta con su permiso. Tampoco lo hace con su abuelo ni con sus tíos. Pese a que los quiera con locura y sea superrespetuosa, no sigue sus órdenes. Porque lo cierto es que es una niña muy educada.

Así que sí, entiendo a dónde quiere ir a parar Grayson. La verdad es que solo le temo a una cosa: a que su padre se encabrone con este tema y sea él quien exija que mantenga más distancia con su hija. Al fin y al cabo, yo no soy su madre. Y Zoey se comporta como si lo fuera. Juro que tengo clarísimo que eso nunca va a ser así. Pero no puedo evitar sentir miedo de que me excluya. No tengo hijos, pero a esta niña… La quiero a rabiar.

—No.

—Si crees que es demasiado o te ves superada, debemos hablarlo, Cassy. —Reconozco que solo trata de proteger a su hija y, en cierto modo, a mí.

—Si hago algo que no debo, dímelo, Grayson, porque no quiero meter la pata. —Entorna los ojos. Carraspea y se mantiene atento. —Me encanta la exigencia de Zoey. Lo que me da miedo es no saber dónde marcar el límite y que termines alejándome de ella. Me importa esa niña. Mucho. Tú sólo házmelo saber y yo pisaré el freno. No voy a interferir…

Acaricia mi mejilla con los nudillos.

—Para ti no hay límite, cowgirl.

—Si algo no sale bien…

—Nunca te alejaría de ella. No te negaría a Zoey si las cosas se tuercen entre nosotros, si es eso a lo que te refieres. No soy esa clase de hombre —corta, leyéndome el pensamiento. Asiento despacio y relajo la respiración.

—Cassidy —interrumpe mi madre desde el piso inferior.

Abro la boca a punto de revelarle dónde estoy.

Grayson da el paso que conecta mi cuerpo con el suyo, me sujeta por la nuca y me besa.

El mundo deja de girar.

Todos dejan de existir.

Solo hay sitio para él.

Me incorporo sobresaltada. Afino el oído y un nuevo grito rompe el silencio de la noche.

Logan está completamente sobado, roncando.

Un sollozo me lleva a sacar los pies de la cama y ponerme de pie.

—Zoey —murmuro bajito.

Sin molestarme en ponerme las zapatillas, salgo corriendo y cruzo el pasillo.

Abro la puerta de su habitación de par en par.

Está dormida, pero se revuelve. Sus labios se curvan hacia abajo, formando un puchero, y es evidente que algo la inquieta.

Tomo asiento junto a ella y le coloco la cabecita sobre mis piernas.

Zoey solloza. Le acaricio el pelo y recupero su peluche del suelo.

Blanca lo suele utilizar de cama. Lo dejo al lado de Zoey.

La niña enseguida palpa a su alrededor. Al encontrarlo, se abraza a él.

Solloza con más lentitud.

—Tranquila, cariño. Solo es una pesadilla —susurro envolviendo mis dedos en sus sedosos mechones. —Ya pasó.

Alzo la mirada y me encuentro con Grayson apoyado bajo el umbral de la puerta, observándonos.

Zoey parece haberse tranquilizado un poco. En cuanto recuperó su peluche, su desordenada respiración se fue relajando.

—Un mal sueño —digo en voz bajita. —Puedes irte a dormir. —No parece convencido. —Esperaré a que se calme del todo y luego iré yo también.

Grayson no abre la boca. Solo nos observa a su hija y a mí, alternativamente.

Se mantiene pegado a la puerta.

Me centro en Zoey y cuando estoy segura de que el mal rato ha pasado, despacio vuelvo a dejar su cabeza sobre la almohada y me retiro.

Le doy un beso en la frente y acomodo su ropa de cama.

Grayson retrocede hasta quedar apoyado en la barandilla del pasillo.

Estaba tan absorta con Zoey que no me fijé en su padre.

Está descalzo, no lleva camiseta y tiene unos pantalones de chándal grises.

Da la sensación de que acaba de ponérselos deprisa y corriendo. La goma se le retuerce en las caderas, en la parte baja de su vientre, justo donde su torso se encuentra con su pelvis. Un pequeño sendero de vello se pierde tras la tela.

Levanto los ojos y me encuentro con el pecho esculpido a base de músculos de puro acero y unos hombros marcados.

Salivo antes de llegar a su pelo castaño claro. Sus reflejos rubios quedan ocultos en la oscuridad que nos envuelve. Sus mechones están completamente desordenados. Dios, cómo me gustaría pasar mis dedos y peinarlo yo misma.

—Cowgirl…

—¿Aha?

—Cierra la puerta.

—¿La puerta? —Ah, sí. Claro. La puerta.

Sacudo la cabeza, tratando de sacarme la imagen de Grayson de ella. Es lo único que evitará que me desmaye en mitad del pasillo. Tiro con suavidad de la manilla y cierro con un suave clic.

Me mantengo de cara a la puerta cerrada. Me llevo una mano al pecho, acompañando mi respiración. Cojo aire lentamente y lo retengo unos segundos antes de soltarlo. Repito la acción varias veces.

—Date la vuelta. —Exigente, grave, rasgada. Esa voz se cuela en mi sistema, alterando todas mis hormonas de nuevo, mandando al traste el poco control sobre mí misma que había conseguido respirando y evitando mirarlo.

No obedezco de inmediato, lo que lleva a Grayson a acercarse a mi espalda.

En cuanto siento su presencia, todo mi autocontrol se va a tomar por saco.

Coloca las manos en mis hombros, las desliza hacia abajo por mis brazos. Finaliza envolviendo mis muñecas con sus ásperos dedos.

¡Estoy perdida!

—Grayson…

No tengo ni idea de por qué pronuncio su nombre. ¿Para que pare? ¿Para que siga? Sí, definitivamente es por eso último.

Giro la cabeza. Mis ojos topan con la puerta de la habitación de mi madre cerrada. Trago con fuerza.

—A mi habitación.

No consigo retener el temblor de mis rodillas al escuchar esa… ¿orden? ¿petición? No estoy muy segura. Sin duda, sonaba exigente.

Giro al mismo tiempo que lo hace él. Camino con Grayson, perfectamente acoplado a mi espalda.

Traspaso el umbral de su cuarto. Sujeta mi cuello con su mano y me hace adelantar un par de pasos.

Me giro cuando Grayson cierra la puerta y ancla sus ojos, del mismo color del whisky, en los míos mientras pasa el cerrojo.

—¿Quieres marcharte? —Niego con la cabeza. —Bien. No tenías elección.

Apaga la luz de un manotazo. Imagino que la dejó encendida cuando salió disparado al escuchar a Zoey.

Se acerca a la mesita de noche y enciende una pequeña lamparita, cuya luz es mucho más tenue, suficiente para que nos veamos a la perfección y sin que moleste su intensidad.

Toma asiento a los pies de la cama. Giro para quedar de frente a él. Nos divide apenas un metro y medio. Yo me encuentro en pie.

Grayson apoya las palmas en el colchón y se inclina hacia atrás un poco.

—Desnúdate.

CAPÍTULO: 28

Grayson

Mi orden pilla por sorpresa a Cassy, percibo su apuro desde mi posición. Eso no me hará bajar la intensidad. Tampoco retractarme o ponérselo fácil.

Sus ojos verdes desprenden deseo a raudales. Es todo lo que necesito para continuar.

Paciente, espero a que se decida, a que reúna el coraje que parece haberla abandonado de golpe.

Es tan peleona, tan decidida, tan impulsiva en el día a día. En cualquier labor cotidiana… En la intimidad, se transforma. Y eso no podría gustarme más.

Valoro el doble que acate mis órdenes. Reconozco su esfuerzo.

Atrapa su labio inferior entre los dientes. Un gesto que me pone cachondo al instante. Cruza los brazos por delante del cuerpo y sostiene el dobladillo de su pijama con sus manos.

Asiento brevemente. Se desprende de la camiseta y la deja caer al suelo.

Tiembla de pies a cabeza. Eso solo consigue ponérmela más dura.

—Buena chica —murmuro.

Suelta aire entrecortadamente por la boca y desliza sus pantalones por sus caderas.

Unas braguitas negras básicas y un sujetador deportivo blanco. Ella lo lleva como si fuera la lencería más fina del mercado.

Apoyo los codos en las rodillas y le hago una señal flexionando el dedo índice y corazón juntos, para que se aproxime.

Lo hace de inmediato.

La coloco en el espacio libre entre mis piernas.

Le paso las manos por las caderas. Aproximo mi nariz a su vientre.

Es jodidamente embriagadora.

Repaso con calma sus curvas, al deslizar las manos hacia abajo, arrastro sus braguitas y las dejo caer al suelo.

Ella abre la boca y respira un par de veces por ella, tratando de contener los nervios.

Me pongo en pie y me deshago de su sujetador.

Levanta la cabeza para conectarse con mis ojos, dada mi altura.

—Shhh…

Trato de tranquilizarla. Cubro sus pechos y los amaso lentamente. Tienen el puto tamaño perfecto para mis manos.

Sus pezones se endurecen rápidamente, golpeando contra mi palma.

Le guiño un ojo al sentir su apuro.

—Relájate, cowgirl.

—Lo intento…

—Shhh. No te he dado permiso para hablar.

Ella asiente, mirándome a los ojos. Ese simple gesto de obediencia y disculpa me excita todavía más.

Le doy la vuelta yo mismo. Se deja manejar a mi antojo. La repaso varias veces con la mirada mientras acaricio su piel de porcelana. Quiero retener su visión en mis retinas. Grabarme su tacto en mi piel.

Me separo de ella.

—Acércate a la cama. Colócate de rodillas en el suelo y apoya la parte superior de tu cuerpo en el colchón.

Mis órdenes son claras, precisas y directas, sin margen a que no las comprenda y tenga que abrir la boca para preguntarme.

Solo tiene que obedecer, dejarse llevar y disfrutar.

Acaricio su pelo como recompensa.

—Las manos a la espalda.

Abro el cajón superior de mi comodín y me hago con una brida. Apreso sus muñecas.

—¿Necesitas que te amordace? ¿O puedes mantener la boquita controlada?

Pese a su descoloque, mantiene el silencio.

—Buena chica. —Aproximo la boca a su oído y le susurro. —Si te hago una pregunta, siempre, siempre… Tienes que responder. Tranquila… —Repaso su mejilla con mis nudillos. —Irás aprendiendo.

—Puedo mantenerme callada.

—Bien. Si no quieres esto o necesitas que pare, solo tienes que decir una palabra; *compasión*. De lo contrario, suplicarás, llorarás, implorarás y yo no me detendré. ¿Lo comprendes? —Asiente contra el colchón. —Usa tu voz, cowgirl. Necesito escucharle.

—Lo entiendo.

—¿Qué palabra debes usar para detenerme?

—Compasión —susurra con voz insegura.

—Repítelo.

—Compasión.

—Espero que estés cómoda.

—Sí…

—Buena chica, pero no te he preguntado. No respondas a mi discurso. Céntrate en obedecer mis órdenes y responder mis preguntas. Abre las piernas.

Me dejo caer de rodillas y masajeo sus nalgas, las aprieto entre mis manos y las separo despacio.

Aspiro entre dientes al fijar la vista en su sexo palpitante.

Basta que me acerque y sople sobre su coño, para que este se contraiga.

—Estás chorreando.

Todavía no la he tocado.

Paso un buen rato sobándole el culo, el interior de los muslos y contemplando cómo su figura se retuerce sobre mi cama.

¡Preciosa! ¡Es jodidamente preciosa!

—Creo que no voy a dejarte salir de esta habitación nunca, muñeca.

Inhalo su olor. Mi polla se activa en el momento que la pruebo con la punta de la lengua. Su respiración se vuelve más pesada, pero continúa calladita.

Cojo uno de los juguetes que guardé la semana pasada en el último cajón de la cómoda que tengo a mi espalda. En este momento agradezco mucho mi lado previsor. No sabía en qué momento ocurriría esto. No lo tenía planeado. Por algún motivo retiré el envoltorio de los nuevos juguetes y los dejé a mano, esperando estrenarlos pronto.

Paseo el pequeño artilugio con forma de huevo, a lo largo de su raja.

Chorrea, aun así, me reúno con ella en la cama.

—Abre tu boquita y humedécelo.

Necesito asegurarme de su reacción. Lo observa estupefacta, pero obedece mi orden.

Se lo introduzco en la boca despacio. Joder, si ella se viera como yo la veo ahora mismo.

—Cierra los labios y mantenlo dentro.

No es grande, no le supone esfuerzo. El par de arcadas que le dan en un primer momento es fruto solo de sus nervios.

Erguido al lado de la cama, la observo. No es capaz de retener la saliva que el vibrador acumula en su boca y le resbala por la comisura de los labios.

—Abre.

Recupero el aparato y sin esperar reacción me agacho a su espalda y se lo introduzco dentro.

Suelta un pequeño sollozo, azoto su nalga y no puede contener un grito.

—Shhh.

Mi mano queda marcada en color rojo intenso en su piel.

—Incorpórate.

Manipulo su posición hasta tenerla de rodillas a mis pies. Acabo de librarme del pantalón de chándal que me puse rápidamente cuando escuché a mi hija gritar.

Me coloco delante de ella y Cassy abre mucho los ojos al fijarse en mi erección.

Enredo el puño en su pelo y lo sostengo en lo alto de su cabeza, con una mano. Con el pulgar de la otra le acaricio el labio inferior.

Me sujeto la base de la polla, sin soltarle el pelo, y se la acerco a los labios.

Lame mi punta. Mis pelotas se endurecen de golpe. ¡Joder!

Repasa el tronco con su lengua cuando se lo ofrezco, dejando un reguero de saliva a su paso y empapándome la polla.

—Abre la boca, muñeca. Ahueca bien las mejillas y relaja la garganta. —No duda. Eso me encanta de ella. Esa decisión y entrega. Es jodidamente desquiciante.

La introduzco despacio y Cassy cierra los ojos. Todavía no me he deslizado por completo. Abofeteo su mejilla, muy despacio. Solo es un toque de atención.

—Tus ojos en mí —exijo.

Sujeto con firmeza su pelo, evitando que desplace la cabeza hacia atrás. Centímetro a centímetro mi polla desaparece en su boca.

Falta mucho por meter, cuando ya he tocado fondo.

Aspiro con fuerza entre dientes. Contengo las ganas de metérsela de golpe. Todavía no está preparada. No es el momento. Necesita tiempo. Pero llegará, todo lo que quiero con esta chica, llegará. Estoy completamente seguro.

Aprieto la base, la retiro un poco y me hundo una vez más.

—Estás preciosa.

Le follo la boca con mimo. Disfrutando de cada embestida lenta y estudiada.

Cassy coge rápido el ritmo. Colabora, aunque le cuesta mantener mis dimensiones.

Recupero el control remoto del vibrador y activo la segunda velocidad.

Expande el maxilar hasta el punto que creo que va a dislocárselo. Aprovecho para empujar más en su interior. Me jadea sobre la polla y trato de mantener el control.

Mi primer impulso es cogerla del cuello y follármela como un animal, pero me contengo. Quiero que tenga un buen recuerdo y disfrute.

Ataco su boca y doy marcha atrás despacio sin llegar a retirarla por completo. Cada vez que arremeto contra ella tiene arcadas. Las aguanta como una campeona. Cuando retrocedo, me gime sobre la polla.

—Mira cómo me tienes. Lo que me haces, muñequita. —Clavo la vista en el punto en que mi miembro se pierde en su interior y en cómo ella lo acoge. La baba le resbala por la barbilla. Acaricio su mejilla con el dorso de la mano. —Joder…

Limpio con mi pulgar las lágrimas que resbalan por sus mejillas.

Cassy baja una mano y se acaricia el clítoris, sin dejar de succionarme.

—Eres condenadamente perfecta.

Se me contraen las pelotas al escuchar sus gritos ahogados por mi carne al activar la cuarta velocidad del vibrador. El movimiento de caderas circular y los espasmos de su cuerpo, me revelan que acaba de correrse.

Bombeo varias veces más y me retiro. Si no lo hago voy a acabar corriéndome en su cara y esta noche, pretendo follármela.

Me persigue y doy un paso atrás.

—Shhh.

Frustro su intento.

No le suelto el pelo. Tiro de él y la pongo en pie. La coloco de espaldas.

—Túmbate en la cama boca abajo y sube el culo. Voy a follarte. —Mi anuncio la hace estremecer. —Las piernas bien abiertas.

Le meto la mano entre ellas. Joder… Sus fluidos resbalan por el interior de sus muslos. Me muero por meter mi boca entre ellos, pero ahora necesito penetrarla.

—¿Tomas anticonceptivos? —Introduzco dos dedos y busco la cuerdecita que sobresale de su sexo. Tiro de ella y retiro el juguete.

—Sí.

No necesitamos sumar un problema más a los que ya tenemos.

La cubro con mi cuerpo y me posiciono. Antes de embestirla, rodeo su cabeza con un brazo y le ofrezco el reverso de mi mano.

—Muerde. —Su resistencia me lleva a agarrarla por ambas mejillas con mis dedos y dejarle una zona concreta expuesta. —¡Muerde! —exijo una vez más. —Si necesitas que me detenga, patalea tres veces.

No me gusta una mierda repetir órdenes. Esta vez no se lo tendré en cuenta. Ni esta ni las próximas. Necesita habituarse a mí.

Conocerme. Bastante bien se comporta, aunque no me sorprende. Cassy lo lleva escrito en la cara. Sabía que no estaba equivocado con ella.

La segunda vez que llamo su atención, sí obedece.

—Buena chica —susurro junto a su oído en el momento que posiciono mi polla en su entrada y empujo mis caderas.

No lo hago de golpe. Tampoco soy brusco. Aun así, comprendo que va a dolerle. Tenía claro que la primera vez que se la metiera, le costaría amoldarse.

Cassy clava los dientes con fuerza en mi carne. Sé que mi petición acaba de cobrar sentido para ella.

No acelero el ritmo, pero tampoco me detengo.

Deslizo mi polla en su coño hasta que mis pelotas chocan contra ella.

—Shhh. Shhh —chisto una y otra vez al sentir cómo tiembla bajo mi cuerpo. —Ya está. La tienes dentro. Intenta relajarte. Tranquila.

El sollozo que atraviesa mi mano y el hecho de que no pueda contenerse y se retuerza sin control me confirman que le cuesta tanto soportar mis dimensiones como yo imaginé.

—Lo haces muy bien, cowgirl.

Permanezco inmóvil un momento. Poco a poco los espasmos de su cuerpo bajan de intensidad, aunque no llegan a abandonarla por completo. Su mandíbula se afloja un poco. Entonces retrocedo y, antes de sacarle la punta, me clavo de golpe.

—Vas a partirme la polla, muñeca. —Joder, es extremadamente estrecha.

Cassy clava con más ahínco sus dientes en mi mano y contrae el culo, buscando un alivio que no encontrará. Uno que me niego a concederle. Estoy en la puta gloria.

La tercera vez que la penetro, empieza a hiperventilar con fuerza por la nariz, mientras aprieta más la mordida.

Cuelo la mano entre nosotros. A estas alturas ya no mantiene el culo en alto. Ha caído desparramada sobre la cama. Presiono el centro de sus lumbares, empotrándola contra el colchón. Empujo con fuerza y estoy casi seguro de que es humanamente imposible que me introduzca más a menos que no me funda por completo con ella.

—Buena chica —susurro ronco a su oído.

Lamo las lágrimas que le resbalan por la comisura de los ojos.

—¿Estás preparada? —asiente con la cabeza.

Comienzo a follármela. Lento. Manteniendo un ritmo constante.

Se la saco casi por completo y le introduzco de nuevo la polla hasta la empuñadura.

—Que bien me acoges, muñequita.

Bombeo una y otra vez.

—Joder, cómo te la tragas.

Necesito rodear ese cuello con mis manos. Llevarla al límite. Hace mucho que no me tiraba a ninguna mujer, cierto. Pero en mi pasado hubo muchas. Puedo decir, con toda convicción, que Cassy es la más obediente y la más complaciente, la que mejor acató mis órdenes en un primer encuentro.

Puedo imaginarme lo lejos que me dejará llegar solo con eso, cuando se acostumbre a mí.

—No te corras. Ni se te ocurra correrte —advierto al sentir cómo sus paredes se estrechan, machacándome la polla, haciendo que tenga que embestir con más fuerza para adentrarme en ella.

Acelero un poco el ritmo. Cuelo la mano libre por debajo de ella y le sobo un pecho.

—Hecha para mí. Jodidamente mía.

Mis movimientos se vuelven más crudos, más bruscos, más salvajes.

Sin llegar a exigir todo lo que sé que puede darme.

Me arde la polla por la presión. Su interior es lava pura, chorreante y caliente como el puto infierno.

Paso la mano a lo largo de su cuerpo y la cuelo entre nosotros. Sigo follándomela. Recojo parte de sus fluidos y jugueteo con su ano.

Se tensa de inmediato. La señal que me hace comprender que aún queda algo virgen en ella, aunque no será así por mucho tiempo.

—Relájate, cowgirl. No va a dolerte. —Yo me encargaré de eso.

Rodeo con mis yemas su fruncido anillo de músculos e introduzco solo hasta la primera falange de mi dedo índice.

Ella solloza y mantiene los dientes clavados en mi piel.

—Shhh.

Presiono y meto hasta el segundo tercio de mi dedo y después hasta el tercero.

No puedo imaginarme cómo será metérsela por el culo. Si por delante es estrecha, por detrás es una puta locura.

Se la clavo hasta el fondo y trazo círculos con mis caderas, mientras palpo por dentro todas sus paredes traseras.

—Estoy deseando desvirgarte —rujo completamente convencido de mi teoría.

Trata de empujar. Echarme. Eso solo hace que mi polla se hinche y le asesto tres o cuatro acometidas de golpe rápidas.

Con un movimiento estudiado, retiro mi polla y mis dedos, recupero la mano que me tiene machacada. Varios regueros de sangre corren por ella a causa de la fuerza con la que muerde.

La coloco boca arriba.

Cassy suelta un grito y me observa. Estoy de rodillas, erguido, a su lado, en la cama.

Le sobo las tetas y pellizco sus pezones. Machacándomela con la mano libre y corriéndome sobre su pecho. Me hubiera encantado

hacerlo dentro, pero no podía renunciar a la visión de mi esperma tiñendo su piel.

Rujo. Sintiendo los espasmos de mi polla en mi mano. Sigo acariciándomela con el puño mientras los regueros de semen le pintan los pechos de blanco.

—Recógelo y comételo. Saboréalo para mí, muñeca —exijo cogiendo la navaja de mi mesilla de noche, ladeando un poco a mi chica, y cortando la brida para liberar sus muñecas.

Con la respiración acelerada y temblando. Arrastra con la mano mi semen y se lo lleva a la boca.

—Fija tus ojos en mí. Deja que lo vea bien —gruño con los dientes apretados, todavía sacudiéndome la polla con el puño. El placer se hace con todas mis putas articulaciones.

Cassy abre la boca y me muestra su lengua cubierta de ese viscoso líquido blanquecino.

—Traga.

Obedece y sigue recogiendo todos los restos de mi esperma y repitiendo la acción hasta que ya no queda nada.

—Buena chica. —Acaricio su pelo.

No me olvido de ella. Se corrió mientras me hacía una mamada, pero no cuando me la he follado. Y el ser una niña buena conmigo tiene su recompensa.

Sonrío de medio lado y la agarro por detrás de los muslos.

Me arrodillo justo al lado de la cama y le monto las piernas en mis hombros.

—Ahora puedes correrte, cowgirl

Ataco su coño con la boca, transportándola al puto paraíso.

Enredo mis dedos en sus mechones y tiro suavemente de ellos. Llevo un buen rato acariciándola.

Cassy reposa la cabeza sobre mi pecho.

Se corrió tres veces en mi boca. Es jodidamente adictiva. Me resultó imposible parar al primer orgasmo, necesitaba más y más, bebérmela entera.

Terminó exhausta. Tenía pensado meterme en la ducha con ella. Era evidente que su cuerpo pedía a gritos un descanso.

La metí en mi cama. Cogí una toalla del baño para asearla y me tumbé a su lado. Enseguida se acurrucó contra mí, pese a estar completamente dormida.

Yo, sin embargo, no he podido pegar ojo.

El tenerla en mi cama es tan jodidamente perfecto que llevo horas mirándola dormir.

Su suave aliento estallándose contra mi pecho, sus manos aferrándose a mi piel, su pierna enredada en las mías, sus párpados cerrados y tranquilos. Mire donde mire, solo veo perfección.

Los rayos de sol se cuelan por la ventana. Eso me indica que llego tarde, la hostia de tarde a trabajar. No podría importarme menos. Hace siglos que no me tomo una mañana para vaguear, aunque hoy eso tampoco es posible.

En breve se despertará Zoey. Espero que Skylar todavía no lo hiciera. Pero dudo que de ser así entrase en la habitación de Cassy a buscarla. O eso me gusta pensar.

Sé que me estoy arriesgando muchísimo.

No puedo evitarlo.

Necesitaba sentirla y después de acostarme con ella, ni de broma iba a permitir que se fuera a su cama. Además, no me apetecía.

Quería abrazarla, tenerla conmigo, que durmiese a mi lado, que se enredara en mí, cuidar de ella, velar su sueño y empaparme de su aroma.

Cassy bosteza y cuando abre los ojos, parpadea varias veces. Se estrecha más contra mí y levanta la cabeza para mirarme.

—¿Cuánto llevas despierto?

Le doy un beso en la frente y envuelvo su mejilla con la palma.

—Buenos días, muñeca.

—Buenos días —canturrea ella, bostezando de nuevo.

—¿Cómo has dormido?

—La mejor noche en diecinueve años —murmura bajito.

—Me alegro. —La abrazo. Le doy un pico en los labios y reafirmo mi agarre.

—No quiero levantarme —admite jugueteando con los dedos sobre mi pecho.

—Lo sé. Pero tenemos que hacerlo. Es tarde.

No quiero decirle que su madre puede estar ahí fuera. Ella ya lo sabe.

—Ya. ¿No podemos escondernos del mundo y fingir que nadie más existe?

Sonrío. Es tan jodidamente tierna.

—Claro que podemos. Pero no hoy.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. Tú déjame ver cómo lo organizo y te prometo que desaparecemos, al menos durante una noche.

—Me vale. —Con poco se conforma.

Eso me jode. Me jode porque esta chica se lo merece todo. Se merece mucho más de lo que yo puedo darle.

Sujeto su mentón con mis dedos. Necesito que me mire.

—¿Te hice sentir cómoda anoche? —Asiente. Le doy un par de toquecitos a su labio inferior. Entiendo su timidez. Incluso su reticencia a hablar del tema. Sobre todo, porque tiene diecinueve años. —Tienes que hablarme, muñeca. Tienes una voz preciosa, no me prives de su sonido.

—Sí. Todo bien —dice sin añadir nada más.

Sé que le gustó. Solo hacía falta leer su lenguaje corporal, sus jadeos. Estaba empapada. Pero a veces el corazón, hace cortocircuito con nuestro cerebro, y si pretendo mucho más de ella, si quiero tenerlo todo con ella, necesito asegurarme de que ella desea lo mismo.

—Deduzco que nunca antes has estado con un hombre tan… —Busco la palabra, tratando de no asustarla —exigente. —Su reacción, aunque correcta, habla por sí sola.

Suelta una pequeña risita, lo que me lleva a sonreír a mí.

—Deduces bien. La verdad es que… —Cierra la boca de golpe. Espero que se decida a contarme lo que pasa por su cabeza, pero no lo hace.

—¿Qué es? —Cabecea. Entorno los ojos. No es una reprimenda en sí, tampoco una advertencia. Más bien un; sabes que vas a decírmelo, no me hagas esperar.

—Exigente se queda corto. Dominante, diría yo.

Río abiertamente. Su susurro, mezclado con el modo en el que sus ojos se abren de forma desorbitada, me provoca a ello.

—Lo soy.

—Qué escondido lo tenías. —Carraspeo y arqueo las cejas. —Puede que no tanto. Algo me vi venir en el establo.

Ahora sí que río con ganas.

Su cabeza vibra a causa de mis carcajadas.

—Nunca me han tratado con tanta… ¿Rudeza?

Me lo esperaba.

—¿Y?

—Me gustas, Grayson. Y no me refiero a que solo me gustes tú, que también, por supuesto. Quiero decir que me gustas… Que me gusta esa faceta… Que… —No encuentra las palabras. Se está poniendo nerviosa y me veo obligado a contener la sonrisa porque no quiero que piense que me burlo de ella. No es así. Simplemente,

me parece jodidamente adorable. —Solo digo que me gustas en esa faceta. En ese rol. No sé si me entiendes.

—Te sigo. Te pone cachonda que te someta a mi mando.

—Bueno… Eh…

—¿No? —Me mueve el placer de ver sus mejillas sonrosadas.

—Sí —admite mordiéndose el labio inferior.

—Si sigues haciendo eso, me veré obligado a follarte de nuevo. Y no tenemos tiempo, muñeca.

—Pe-perdón.

—Te estoy vacilando, cowgirl.

Cuelo la cabeza en su cuello y la muerdo.

—Muy gracioso —suelta dándome un manotazo.

—Por supuesto que tenemos tiempo. Debería acabarse el mundo para que no te folle. Y, aun así, creo que recibiría gustoso el gran final, enterrado en tu coño.

Me coloco encima de ella mientras pronuncio las palabras. Le apreso las muñecas con una mano por encima de la cabeza y le entro a la boca mientras froto mi erección matutina, contra su hendidura empapada.

—No las muevas —ordeno antes de liberar sus manos.

Sus ojos brillan de emoción.

Joder, es cierto que no tenemos tiempo, pero no puedo evitar querer sentirla una vez más antes de dejarla salir de mi habitación.

Llevo mucho tiempo con ganas de esta chica, y ahora que por fin me he lanzado me resulta imposible despegarme de ella.

Cassy se muerde el labio inferior y hace el intento de desanclar nuestras miradas.

—Tus ojos en mí, cowgirl.

Mi voz se carga de exigencia al mismo tiempo que su rostro se sonroja. Mi polla se endurece al instante y resoplo con fuerza

cuando me estrecho más contra ella y siento la humedad que se acumula entre sus piernas.

Paseo las palmas de mis manos por su cuerpo. Desciendo despacio repartiendo besos húmedos y cargados de deseo por sus hombros, pecho, vientre…

Aspiro su aroma y mordisqueo la cara interna de sus muslos.

Mi chica me roza el cuero cabelludo con los dedos y levanto la cabeza. Solo tengo que ladearla y arquear una ceja para que ella vuelva a colocar los brazos en su sitio.

Sonríe con nerviosismo y escondo la cara de nuevo entre sus piernas para que no perciba la sonrisa que acaba de arrancarme. Joder, es tan bonita.

—Baja tu mano. —Pese a que acaba de colocarlas hacia arriba, obedece al instante. Le sujeto la muñeca y la guío. —Mastúrbate para mí.

Coloco mi mano sobre la suya. Ante el temblor de sus dedos mi polla da una nueva sacudida. Traza suaves círculos alrededor de su clítoris, yo sigo sus movimientos lentos y delirantes durante un breve instante y después dejo que continúe ella sola.

—Dime… ¿Te has tocado pensando en mí?

Cassy no responde, sin embargo, su respiración se acelera y sus movimientos también.

—¿Te masturbabas imaginando que yo lo hacía en la habitación de al lado pensando en esos ruiditos tan sexys que haces cuando te estoy comiendo el coño?

—Oh, Dios… Grayson… —susurra tan bajito que apenas soy capaz de escucharla.

—Shhh —Le doy un toque de atención cuando me percato de que está tan cachonda que no solo no es capaz de responder, sino que se le va la boca sin darse cuenta.

Aprovecho el momento en el que Cassy se introduce dos dedos para erguirme sobre ella y tomar buena postura entre sus piernas.

Me cojo la polla con la mano y me masturbo con destreza con la vista clavada en el punto donde sus dedos se pierden en su interior.

Ver cómo mi chica arquea la espalda sobre mis sábanas y se retuerce de placer sin dejar de clavar la vista en mis ojos, me excita tanto que, aunque hago un esfuerzo titánico por no dejarme llevar, no lo consigo. Acerco mi glande a su entrada mientras intento retener esta imagen en mi retina. Es jodidamente delirante.

Al borde del puto cataclismo.

A un paso de caer por el precipicio.

Así me siento.

—No retires tus dedos —exijo, empezando a hundirme en ella.

Me veo obligado a empujar las caderas con fuerza hacia adelante para poder penetrarla. Aspiro entre dientes y Cassy abre mucho la boca mientras lo hago, aunque de ella no sale sonido alguno.

Se la meto hasta la empuñadura. El roce de sus dedos contra mi tronco y la presión que siento por el reducido espacio dentro de su cálido agujero, me vuelven loco.

—Estoy deseando correrme en tu coño. Coge aire, muñeca. Vas a necesitarlo —advierto antes de empezar a follármela a conciencia sin control alguno.

CAPÍTULO: 29

Cassidy

He dejado a Zoey en casa de su abuelo.

Voy al pueblo con la intención de comprobar cómo se encuentra Demi. Cuando llego a la pensión, me dicen que se fue a medianoche y entregó la llave. Eso indica que no va a volver.

¿Por qué se marchó cuando podía pasar la noche en un sitio seguro? Trato de no rallarme mucho.

Aproveché para entrar en la mercería y comprarle algunos accesorios para el pelo a Zoey. Le encantan. Luego pasé por el supermercado a comprar un par de cosas. No las necesito de inmediato, pero ayer se terminaron y aproveché mi paseo a Kerrville para reponer suministros.

Finalmente, me acerco al bar de Jerry con la intención de llevarle a mi chica preferida en el mundo, una porción de tarta de chocolate. La vuelve loca.

Eso sí, yo no la envuelvo en una servilleta y la espachurro con las manos.

Cada vez que recuerdo aquello, una sonrisa se instala en mis labios. Es tan tierna.

—¿Qué haces aquí, bombón?

—Hola, Zane. —Levanto el recipiente con la tarta que acabo de comprar para Zoey. —¿Has visto a Demi?

Zane resopla.

—No. Y sinceramente, espero no hacerlo.

—No seas borde. Desapareció de la pensión en medio de la noche. Puede haberle pasado algo.

—¿Sabes qué le pasó? Te lo diré. Seguramente el mono la pudo. La llevó a buscar algún viejo al que le dé igual una que otra, con tal de que le hagan caso. Porque ningún tío de este pueblo la tocaría ni con un palo. Enredaría a ese pobre desgraciado para que le pagara la juerga a cambio de un par de mamadas. Estoy convencido que los tíos que le pagan los gramos a Demi ni siquiera son capaces de tener una erección.

—Estás siendo muy cruel —escupo con las fosas nasales dilatadas.

—Realista, Cassidy. Soy realista. Sé que quieres ayudarla, ¿vale? Pero no sabes nada de ella. No tienes ni puta idea de lo que hemos hecho por ella. Ni de las veces que intentó mi hermano alejarla de toda la mierda en la que está metida. Así que déjalo ya, joder.

—Parece que te molesta que yo no tire la toalla.

—Pues claro que me molesta. Mi sobrino ya vivió esto una y otra vez. No necesita que el círculo gire de nuevo. ¿Has pensado en eso? —Cierro la boca y de repente, lo veo desde esa perspectiva.

Es cierto que mi intención es ayudarla. Por ella, porque es una persona y nadie merece que te rindas y lo abandones a su suerte. Pero, sobre todo, lo hago por Logan. Porque lo quiero. Porque me importa. Porque es su madre. Y, quizá, salvándola a ella, también lo salve a él de algún modo.

No me paré a pensar en que mis acciones podrían tener justo el efecto contrario al deseado.

Los ojos se me llenan de lágrimas y me siento culpable, una inconsciente que se mete donde nadie la llama.

—Yo… —Abro la boca y la cierro varias veces. No sale nada de ella.

Zane chasquea la lengua contra el paladar y expulsa todo el aire de sus pulmones de golpe.

—Lo siento, Cassy. No debí hablarte así.

—Tienes razón. Estoy tan obsesionada con salvarlos a todos. Con mejorar sus vidas y aplacar cualquier problema, que probablemente me estoy metiendo donde no debo. Pero es que… No sé mirar hacia otro lado, Zane.

—Me alegro de que no te fijaras en mí, y sí en mi hermano. —¡Dios! ¿Zane lo sabe? ¿Desde cuándo? Muerdo mi labio inferior y le mantengo la mirada. No comento nada al respecto. Él continúa hablando. —Ya estás mejorando sus vidas, preciosa. Y no porque quieras salvar a Demi, sino porque los salvas a ellos cada puto día. Logan es un buen chaval. Pero no habla con su padre, tampoco conmigo o con sus colegas. No de aquello que le preocupa. Contigo está más unido de lo que lo he visto nunca con ninguno de nosotros. ¿Y Zoey? Zoey te adora. —Sonrío al escuchar el nombre de mi canija. —Y seamos realistas, necesitaba presencia femenina. Acabaríamos volviéndola tarumba entre tanto tío. ¿Y qué puedo decirte de mi hermano? Hace mucho tiempo que no lo veía ilusionado con nada. —Logan dijo lo mismo. Empiezo a pensar que el Grayson que yo conozco, es muy distinto al que conocen ellos. Porque si bien es cierto que los primeros días estaba más distante, era algo normal. No nos conocía de nada. Conmigo siempre fue atento, amable e incluso cariñoso. Aunque curraba de sol a sol y no había espacio para nada más, eso es cierto. —Silba —confiesa. —Grayson silba mientras trabaja. No lo había hecho jamás. Y ya no hablemos del humor que tiene cuando sabe que en poco apareceréis tú y Zoey en el establo. Venga ya. Si parece que caga flores últimamente.

Río, respiro por la nariz y le doy un manotazo en el antebrazo.

—Me alegro de que estés aquí, bombón.

—Gracias, Zane.

—Anda, vete antes de que esa tarta se derrita y tengas que cogerla con pinzas.

Voy a buscar a Zoey a casa de su abuelo.

Grayson me pidió que lo recogiera para ir al río. No tengo ni idea de cómo llegar hasta allí yo sola así que iré al establo a recogerlo.

Todavía tenemos que pasar por casa a por el traje de baño.

Aparco de cualquier manera, frente a la puerta.

No me llevará más de unos minutos.

—¿Puedo llevar mi pala?

—Claro, cariño. Es una idea excelente. Podemos hacer castillos encima de las rocas.

No hay arena, es un río. Pero algo se me ocurrirá.

Zoey corre a su velocidad máxima. No es mucha. Sus pequeñas piernas, no le permiten ir más rápido.

Me sujeto a la barandilla para seguirla y terminar lo antes posible.

Aunque delante de la niña tenemos que contenernos por razones obvias, estoy deseando ver a Grayson, pasar tiempo con él y Zoey.

—¿Dónde vas con tanta prisa?

Ni siquiera me doy cuenta de que mi madre está sentada en el sofá. Siempre va a lo suyo. La mayoría de los días, prácticamente no se deja ver por casa.

Va de un sitio a otro, Dios sabrá dónde. Estoy convencida de que no tiene tanto que hacer. Aunque, últimamente, pasa más tiempo aquí del habitual. Incluso se dejó ver por las oficinas. Lo sé porque el propio Grayson la trajo a casa una mañana.

Según lo que escuché a Ethan comentarle a su padre, mi madre se presentó allí sin más.

—Al río.

—¿Al río?

—Sí, mamá. Quedé con Grayson en que llevaríamos a Zoey. Le hace ilusión ir con su padre.

—Voy con vosotras.

—¿Qué? —Mi cara de espanto debe decirlo todo. Es lo último que esperaba.

Mi madre no ha pisado un río en su vida. Por lo menos, que yo sepa.

No me molesta mi madre, pero… Lo cierto es que esperaba estar con Grayson y Zoey a solas.

—¿Estás segura? No hay gran cosa. Solo… Agua, monte, mucho polvo… Ya sabes.

—Sé cómo es un río, Cassy. Iré a prepararme.

A la mierda mi tarde.

—Date prisa. Le dije a Grayson que estaríamos allí a las cinco.

—¡Qué impaciente! No va a secarse el agua, tranquila.

Empezamos bien.

Desabrocho el cinturón de Zoey y sale disparada en busca de su padre.

—Ten cuidado. —Ni siquiera me oye. Demasiado concentrada en correr hacia él.

Salgo del vehículo y Grayson levanta la cabeza, mientras su hija se abraza a sus piernas.

El principio de una sonrisa al verme muere en su boca al darse cuenta de la presencia de mi madre a mi espalda.

Carraspea.

—Hola, Grayson.

—Hola… Cassy. —Reconozco esa pausa como una corrección. Estoy segura de que estaba a punto de llamarme por alguno de los apodos con los que parece haberme bautizado.

Mi sonrisa es forzada. El ambiente se percibe tenso y pesado.

—Así que este es el establo. —Mi madre echa un vistazo rápido a su alrededor y sé que le repugna lo que ven sus ojos.

Todavía entiendo menos por qué se empeñó en venir.

—Papi, ¿podemos ir a ver a los potrillos?

—Claro, ratoncita.

Entrelaza su manita diminuta con la de su padre, enorme en comparación, y busca la mía de inmediato.

—Para eso tanta prisa —escupe mi madre.

Lanzo una mirada asesina. Va a jodernos el día. Perdón, me corrijo, ya nos jodió el día.

—¿Qué hace aquí? —Brama Grayson en voz baja, camino al establo.

Abro mucho los ojos. Luego observo la nuca de Zoey. Una clara reprimenda a su poca contención. Cualquiera de las dos podría escucharlo. Primero, por su hija, que no tiene por qué ser testigo de nuestra frustración, es una niña. Y, segundo, por mi madre, que a escasos metros nos sigue los pasos.

Grayson carraspea de nuevo y eso evidencia cuánto le molesta esta intromisión.

—No pienso entrar ahí.

Me percato de las sandalias de tacón bajo de mi madre y pongo los ojos en blanco.

—Pues no lo hagas —ruge Grayson.

—No tardaremos. —Trato de calmar las aguas.

—¡Halaaaaa! Buck ha crecido mucho. —Todos los días dice lo mismo.

Nos suelta la mano y sale disparada hacia el box.

—Crece por horas, sí. —El tonito irónico con el que le responde a su hija me irrita.

Caminando tras Zoey, sacudo el brazo y le asesto un manotazo en el estómago. Posiblemente ni siquiera siente cosquillas. No puedo evitarlo.

—No le hables así a la niña. —Me sale de dentro. —Ella no tiene la culpa.

En lugar de cabrearse por mi intromisión, Grayson esconde una sonrisa.

—¿De qué te ríes?

—De nada —ladra, cambiando el humor. No me creo una palabra.

—¿Puedo entrar? ¿Puedo entrar?

Su padre se adelanta, coge a la yegua y la saca al pasillo. A estas alturas sé que no le hará nada a Zoey, pero un mal gesto podría asustarla. Además, es una niña de cinco años y no controla los movimientos, podría colocarse detrás y llevarse una coz.

Entra disparada cuando su padre sale.

—¿Qué hace aquí? —Su voz continúa siendo áspera, pero baja un par de tonos.

—Se empeñó en venir. —Resopla. —Intenté hacerla cambiar de opinión…

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Culparte.

—No lo hago.

—Constantemente, cowgirl. Tienes que aprender que no puedes solucionar los problemas del mundo.

Entorno los ojos y estudio a Grayson.

No hace mucho, por no decir que hace un rato, alguien me dio un discurso similar. Desconfiada, me mantengo alerta. No digo nada.

—Eres supermega precioso. —Giro la cabeza al escuchar a Zoey y sonrío para mí misma.

Grayson se acerca a mi espalda. La yegua está delante, mi madre justo al lado y su hija enfrente.

Atrapa mi cadera con una mano y se frota contra mí. Baja la cabeza y me cosquillea el oído con su barba de dos días.

—Te quiero solo para mí.

Siento el rubor tiñendo mis mejillas y la corriente eléctrica que parte de mis talones y asciende a toda velocidad por el interior de mis piernas.

—Grayson, la niña. —Evito nombrar a mi madre, aunque comprendo que es un peligro. Nada me gustaría más que eliminarla de esta ecuación.

—Me molesta más que vea ciertas actitudes en casa… —Capto que los tiros van por mi madre. Muchas veces se pasa con sus comentarios. A mí también me molesta. —Que presencie cómo su padre le da cariño a una persona que adora no tiene nada de malo.

Cojo impulso hacia atrás, lo aparto golpeándolo con el culo.

—Basta —digo. Admito que lo único que me apetece es recostar mi cabeza en su pecho y que su lógica me vuelve loca. Pero los dos sabemos que es una majadería. Y si no fuera porque tiene las hormonas revolucionadas, estaría de acuerdo conmigo. —No me compliques más...

—Te lo voy a complicar de la hostia, muñeca.

Lo fulmino con la mirada. El muy cabrón dibuja esa sonrisa torcida que tanto me gusta. Estoy perdida. Él parece pasárselo de cine.

—¿Podemos llevar a Buck con nosotros?

—No cabe en el coche —suelta su padre a toda prisa.

—Ya lo sé. Podemos coger el remolque para caballos —dice convencida.

Me acerco a Zoey y me acuclillo para estar a su altura.

—Podemos. —La sonrisa de Zoey se ilumina. Grayson suelta un; *espera, ¿qué?* Y continúo con mi explicación. —Pero su mamá se pondría muy triste. Nunca se ha separado de su hijito. Y a ella no podemos llevarla. Necesita estar tranquila y recuperar fuerzas para

tener mucha leche con la que amamantar a Buck. Y los hijos necesitan estar siempre con sus mamás. Lo entiendes, ¿verdad?

—Nosotros lo vamos a cuidar —protesta con un puchero en sus labios.

—Sí. Lo cuidaríamos muchísimo. El problema es que ella no lo sabe. No habla inglés y nosotros no hablamos caballo. No podemos decírselo.

—¡Jo, qué rollo!

—Sí, es un rollo. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Mañana volveremos a verlo. Y todos los días hasta que se haga grande y su mamá confíe en que podamos sacarlo a pasear.

—Vale —responde feliz y más que convencida.

Le doy la mano a Zoey. Me sigue cuando la guío fuera del box, conforme con mi explicación. Grayson deja a la yegua en su sitio y echamos a andar hacia la salida.

—Muy astuta —ruge mirándome de reojo.

—Oye, Cassy.

—Dime, cariño.

—Yo también quería estar con mi mamá… —Me pilla de sorpresa. La confesión de Zoey encoge mi alma y no puedo evitar que un millón de lágrimas se agolpen tras mis párpados. Tiene cinco años y es evidente que necesita a su madre. Lucho para que ella no perciba mis emociones. —Pero ahora ya no. Porque ahora te tengo a ti. Así que ya no estoy triste.

Grayson me apoya una mano en el hombro y lo masajea un par de veces, aportándome el aliento que me había abandonado por completo.

Grayson me comentó que Zoey, no recuerda a su madre. Acababa de cumplir los tres años cuando ella falleció. Por lo que sé, Keira llevaba ingresada casi un año en el hospital y durante los últimos

nueve meses no llevaron a Zoey a verla. Su estado era muy delicado y ella misma, sabiendo que su cáncer era terminal, tomó esa decisión. Su intención era no dejar un impacto mayor en la niña. Porque si prevalecía algún recuerdo en ella, nunca sería el verla postrada, consumiéndose, en la cama de un hospital.

No conozco los detalles. Rhett me confesó eso, en una conversación en la que tocó el tema de pasada. Yo evito hacer mención o formular preguntas. Doy por hecho que es algo doloroso para ellos, y no pretendo remover sus heridas.

Me cuesta mantener la compostura delante de Zoey. Lo hago. No merece menos.

—¿Vendrás a buscarme al cole?

—¿Al cole?

—Sí. A las niñas de mi clase, las vienen a recoger sus mamás. A mí siempre me recoge el abuelo o el tío Ethan. —Se me rompe el corazón. Aclaro mi garganta y me trago el nudo, antes de responderle.

—Claro que iré.

El semblante de Grayson es serio. ¿Preocupación? ¿Culpa? No sé qué es lo que lo perturba, pero es algo que no me gusta. Hace todo lo que puede. Y lo hace genial.

—¡Bien! —Suelta mi mano para dar palmaditas. —Así ya nadie dirá que no tengo mamá.

No sé qué responder a eso. Le sonrío y me mantengo callada. No quiero defraudar a Zoey. Tampoco a Grayson. La situación es complicada. Y en ese momento, abro los ojos. Las palabras de Zane, de Grayson, cobran sentido. Me siento en la obligación de arreglar el mundo. Muchas veces eso no está en mis manos y me culpabilizo por ello.

Pero no hablamos de gente al azar, sino de personas que me importan. Que están en mi vida. No puedo quedarme de brazos cruzados. Tampoco arrasar sin tacto. Mis palabras o mis acciones, podrían acabar haciendo mucho daño. Su impacto podría ser

devastador para los demás. Por eso guardo silencio. Eso es lo único que puedo hacer.

Le acaricio el pelo a Zoey y le sonrío.

Hemos tratado de retirar arena del fondo del río. Arena es mucho decir. Más que nada son piedras con arenilla. No hay forma de hacer un castillo así. Pero Zoey parece contenta. Eso es lo que importa.

Así que juego con ella en las rocas. Me percato de que no le quita ojo de encima a mi madre. La observa de reojo. Cada vez que esta hace el intento de acercarse a Grayson, sale disparada y reclama a su padre.

Estoy a punto de plantar un monumento a esta niña en la plaza del pueblo.

Admito que me comen los demonios y hoy el mérito de aplacarlos es todo de esta pequeñaja.

Mientras yo estoy sentada en las rocas con ella, mi madre se quedó con Grayson un tanto alejada de la orilla.

Habla, aunque Grayson no deja de mirar en nuestra dirección y prácticamente no le da conversación.

Él permanece con la postura derecha mirando al frente, sentado en el suelo. Ella cogió sitio a su lado y se deshizo del vestido, algo que me saca de mis casillas. No puede tomar el sol porque donde está sentada, solo da la sombra. Tampoco pretende bañarse. Lo que me lleva a pensar que es pura exhibición. Y aunque Grayson no muestre interés alguno, me toca las narices.

Tiene el cuerpo girado en su dirección. Cada dos por tres le apoya la mano en el antebrazo para captar su atención.

Es justo entonces cuando se inclina más hacia él, cuando Zoey sale disparada en su busca.

Grayson la recibe con los brazos abiertos cada vez.

Se queda con su padre unos segundos y en cuanto mi madre se aleja, vuelve conmigo.

—¿Tienes hambre?

—¿Puedo comer en el agua?

—Me parece que no.

—Entonces no tengo —declara como si eso fuera cierto.

Le revuelvo el pelo. Es una granuja.

—Diez minutos más y vamos a merendar.

—Quince. —La muy puñetera sabe negociar.

—De acuerdo. ¿Quieres comer en las rocas?

El agua le moja de pasada la planta de los pies.

—No. Vamos con papá.

Bien dicho.

CAPÍTULO: 30

Grayson

—Deberías construir una piscina. Es bastante más higiénico que esto…

Skylar habla, no me molesto en seguir el discurso.

Apoya la mano en mi antebrazo por enésima vez. Carraspeo antes de decidir apartarla. Zoey corre en mi dirección. La recibo con los brazos abiertos y la estrecho entre ellos.

—Hola otra vez, ratoncita.

—Hola, papi. ¿Tienes hambre? —Cabeceo. —¿Me dices que no porque quieres comer dentro del agua?

—¿Eso es lo que le has dicho tú a Cassy?

—Puede —admite, fingiéndose inocente.

La siento a horcajadas en mi regazo.

—Voy a volver con Cassy. Seguro que ya quedan como dieciocho minutos o menos.

Sale disparada. ¿Dieciocho minutos? No pillo a qué se refiere.

—Son agotadores.

—¿Perdona? —Giro la cabeza.

—Los niños. Lleva toda la tarde interrumpiéndonos, cuando la realidad es que ni ella misma sabe lo que quiere.

La sangre hierve en mi interior.

Sabe lo que quiere. Que su padre deje de perder el tiempo contigo y se vaya con ellas. Justo donde le apetece y quiere estar.

Si me he quedado sentado con Skylar, no es más que por no hacerle un desplante, cosa que ella no duda en hacer cada dos por tres con alguno de nosotros, y porque me resulta muy complicado contenerme, pese a su presencia. Sé que, si me largo con ellas, no tardaré en tocar a Cassy más de lo debido. Eso no nos conviene. No de momento. No hasta que encuentre una solución a este absurdo embrollo.

Pero hasta aquí.

Esta mujer me hincha las pelotas.

De un salto me pongo en pie y me saco la camiseta por la cabeza.

—¿Te vas? No dejes que la niña te condicione…

La dejo con la palabra en la boca. No es mi hija la que condiciona a nadie ahora mismo. Me deshago de mis botas y con grandes zancadas recorro la distancia que se interpone entre mis chicas y yo.

—¡Papiiiii!

—Hola de nuevo, ratoncita. —Al menos me ha saludado unas ochenta y cinco veces hoy.

Cassy se muerde el labio inferior y sigue colocando una piedra sobre la otra, formando una torre que no tardará en irse al traste.

—Hola, cowgirl.

Pone los ojos en blanco, pero no me devuelve el saludo.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta mi hija.

—Ahora sí —rujo con voz grave y los ojos puestos en mi chica.

Mi chica. No es la primera vez que pienso en ella como tal. Suena la hostia de bien.

Dejo caer el culo sobre una roca un poco más alta de la que ellas escogieron.

Me limito a observarlas. A un cierto punto, Cassy se pone en pie y se marcha.

—Va a buscar mi merienda —dice mi hija con orgullo.

—Lo imagino.

—Me gusta Cassy. ¿Y a ti?

—Me gusta mucho Cassy, ratoncita.

—Se va a quedar para siempre. —No lo pregunta. Para mi hija es un hecho. Joder, espero que sea así.

Zoey mira a Skylar de reojo, mientras Cassy está junto a ella. Rebuscando en una nevera de lona portátil.

—Ella puede irse —murmura por lo bajo sin quitarle ojo de encima.

Opino igual que mi hija. Obviamente, no lo diré.

—Venga, cuéntame cómo se hacen esas torres. Yo también quiero hacer una.

Es la primera vez que Skylar comparte mesa con nosotros a la hora de la cena. Mi presencia tampoco es muy habitual. Aunque siempre que puedo, me escapo antes para cenar con mis hijos. Con mis hijos… y con ella. Cuento los putos minutos para volver a casa, algo que llevaba mucho tiempo sin hacer.

—Pásame el kétchup, Logan.

Es la última que falta por sentarse. Va de aquí para allá, asegurándose de que tengamos todo lo que necesitamos a mano. Un par de veces le rocé el interior de la rodilla cuando pasó por mi lado. Ella sacude la pierna, es un gesto gracioso.

—Ni de broma —interviene Cassy, haciéndose con la botella de kétchup y guardándola de nuevo en la nevera.

—Joooo —protesta mi hija.

—Si terminas el plato, después de cenar, te preparo un helado.

—Trato hecho —acepta Zoey sonriente.

—No era un trato, pardilla —espeta Logan. —No tenías elección. —Cassy le da una colleja a mi hijo. —¡Au!

Se frota la nuca con una mano.

—No te metas con la niña —advierte arqueando las cejas.

—Eso, no te metas conmigo.

Me declaro mero espectador. No me importa aceptar que me encanta el ambiente que los tres crean en casa.

Todos empiezan a comer, mientras ella sigue trasteando por la cocina.

—Ey —atrapo el borde de la tela de su camiseta tres tallas más grandes. —Siéntate.

—Enseguida voy, solo tengo que…

—Siéntate a cenar —corto. La puta intensidad de su mirada me vuela el pensamiento. A punto estoy de cargármela al hombro y encerrarme con ella en mi habitación. Asiente y con un golpe de cabeza señalo su sitio vacío.

Su madre, que presencia la escena, frunce el ceño.

No podría importarme menos.

—Ella es así —escupe. —Necesita tenerlo todo bajo control.

Cassy agacha la cabeza, contrae la mandíbula y se muerde la lengua.

—Tal vez si tuviera un poco de ayuda, no se vería obligada. Pero aquí nadie mueve un puto… —Caigo en Zoey y rectifico de inmediato. —Un dedo para echarle una mano.

Cuando llegamos del río, Cassy se recluyó en el baño con Zoey. Prefiere que la bañe ella. Yo recuperé varios filetes que ella dejó empanados y los freí. Cuando llegó Logan, sin que nadie tuviera que pedírselo, preparó un puré de patata.

Luego ella y mi hija se encargaron de hacer una ensalada.

Claramente me refiero única y exclusivamente a Skylar. En esta mesa todos lo saben perfectamente. El plural, en mis palabras, no es más que un mero formalismo.

Pero eso sucedió hoy porque coincidió que todos estábamos aquí. La gran mayoría de los días, es ella sola quien se encarga de todo.

—Yo sí la ayudo —interviene Zoey, pinchando un trocito de carne con su tenedor.

—Claro que sí, cariño. Me ayudas muchísimo. —Pellizca su mejilla y le sonríe.

—Cállate, Zoey. Están hablando los mayores.

Arrastro mi silla hacia atrás. Me pongo en pie y dejo caer el puño sobre la mesa. Trato de controlar mi fuerza. Principalmente porque mi hija de cinco años está presente. Me tiene harto. Ya no aguanto sus tonterías más.

—Ni se te ocurra mandar callar a mi hija.

No lo he hecho yo en la vida. No pienso consentírselo a ella.

—Papá…

Escucho a Logan; no le doy cuerda. Estoy demasiado entretenido en fulminar con la mirada a Skylar.

Zoey se sube al regazo de Cassy.

—¿Quieres que vayamos a cenar al salón? —Cassy susurra la pregunta en el oído de mi hija, quien asiente. A causa del sepulcral silencio que nos envuelve, todos la escuchan.

Comprendo que ahora mismo nadie se siente cómodo. Y puede que gran parte de culpa la tenga yo. Alguien tiene que frenarle los pies a esta mujer. Empiezo a estar hasta la punta de la polla de sus salidas.

Pero me equivoco, porque yo también la jodo. Y lo pago con quien menos culpa tiene.

—Cenáis aquí.

Cassy apoya de nuevo el plato que ya había cogido para escabullirse con mi hija. Cuando esos dos pares de ojos verdes me atrapan al mismo tiempo, me siento la hostia de culpable.

Cassy ladea la cabeza. Me adelanto, convencido de que su idea es rebatir mi orden.

—¡Aquí! —rujo con los dientes apretados.

Ella asiente y se coloca de nuevo a Zoey en las piernas.

—Ya no quiero comer —le explica mi hija a ella en voz baja.

—Vamos, cariño. Está muy rico. Papi y Logan han hecho una cena superrica.

Logan, que tiene más pelotas de las que debería, se mete el filete entero en la boca y lo engulle. De dos cucharadas termina el puré. Deja el plato en el fregadero y le da un beso en la mejilla a su hermana.

—Me piro. —Todavía en pie lo observo. —He acabado de cenar. Puedo, ¿no? —Y se larga.

No sé si trata de retarme o hacer que me dé cuenta de la que estoy armando. Cualquiera que fuera su intención, es atendida. El mensaje cala rápido.

Vuelvo a tomar asiento, negándome a recular.

Skylar no tarda en abandonar la mesa.

Cassy evita mi mirada. Pasan los minutos y mi hija también lo hace. Finalmente, mi hija termina de cenar, y sin pedir permiso, salta de las piernas de mi novia y se marcha de la cocina.

Algo insólito en ella. Pero mi comportamiento también lo es. No pierdo nunca la compostura. Mi irritación con esa mujer hizo sentir incómodo a todo el mundo. Incluidos a mis hijos y mi chica. Quien menos lo merece. Ellos la sufren del mismo modo, si no más que yo.

A fin de cuentas, yo paso el día fuera de casa. Cassy y Zoey están con ella gran parte del tiempo. Y jamás he escuchado una sola queja por su parte.

Me fijo en su plato lleno. Ella lo ignora y se mantiene en silencio.

—Tal vez se te fue un poco de las manos —comenta con tono amable. —Pero, Zoey no tenía que…

—Ni se te ocurra darme lecciones sobre cómo educar a mi hija.

La mala hostia acumulada es la que me lleva a responder apresuradamente. En cuanto escupo la frase, me arrepiento.

Ella asiente. Retira su silla y empieza a recoger en silencio.

Joder, soy un puto gilipollas.

—Muñeca, yo…

Trato de disculparme, ella parece no estar por la labor. No la culpo. Me he comportado como un cabronazo.

—Déjalo, Grayson.

Me mantengo en mi sitio. El puto remordimiento de conciencia me pica. No debería haberle hablado así, no a la persona que se encarga de mi hija prácticamente veinticuatro horas al día.

La que lo hace porque la quiere y vela por ella tanto como yo. Eso no lo pongo en duda.

Ha sido la hostia de prudente, intentando no entrometerse en ningún momento más de lo necesario ni jugar un rol al que cree no tener derecho cuando no es así. Se lo gana con creces. Su intención, tanto como sus valores, son admirables.

El jodido mejor ejemplo con el que cuenta mi hija, la mejor persona a la que tomar como referente. Porque seamos sinceros, yo la quiero con locura, pero la jodo más que hablo.

Mi vida es un puto desastre.

La estabilidad de la que mi hija goza se la debo por completo a Cassy.

Y a mí no se me ocurre otra cosa que menospreciarla, que marcarle una línea, que jamás ha traspasado, cuando estoy deseando que lo haga. No tengo puto remedio.

La abordo por la espalda y agarro la encimera con las manos, flanqueando su cuerpo. Cassy me ignora y continúa fregando los cacharros.

Lo hace con tal mala leche que ni siquiera recuerda que tenemos lavavajillas.

—Lo siento.

—No es a mí a quien tienes que pedir perdón.

Me lo merezco.

—No pienso lo que te dije. —Enjabona varios vasos sin abrir la boca. —Sé que no tratas de entrometerte en la educación de Zoey. —Cero absoluto. Joder, qué cabezona es. —Y aunque así fuera…

—Te he pedido que lo dejes.

—Es que me saca de mis casillas —murmuro, sabiendo que, aunque sea la verdad, es una puta excusa que no justifica mi salida.

—¿Crees que a mí no? —Por fin se gira, quedando frente a mí. El reducido espacio, donde la mantengo presa, se estrecha. Su aliento me golpea las costillas.

—Pero me muerdo la lengua, Grayson. Y si tengo algo que decirle, lo hago cuando Zoey no está delante. Ella no tiene por qué ver…

Joder, si es que no puede gustarme más. Ella habla y comprendo que sus palabras son coherentes, que su pensamiento y proceder son los correctos. Pero yo solo puedo pensar en sentir esas piernas enroscadas en mi cintura y besarla.

—Tienes razón.

Respira una sola vez por la nariz, expulsando parte del cabreo que la envuelve de golpe.

De nuevo se da la vuelta y retoma su tarea.

—Acompáñame a acostar a Zoey. —Acaricio sus caderas con las dos manos simultáneamente. —Y vente a la cama conmigo.

Se zafa de mí de un empujón porque lo permito, aunque me jode. No voy a mentir.

Retira el mantel de la mesa y lo sacude en el suelo, antes de coger la escoba y empezar a barrer el suelo de la cocina.

—No —dice sin más.

—¿Me estás rechazando?

—No te estoy rechazando. Tu mujer está sentada en el salón. Justo tras esa pared —señala con el dedo.

—No es mi mujer y me importa una mierda…

—Sí lo es. Y no, no te importa una mierda. Por el motivo que sea, no es así. Los dos lo sabemos.

—Muñeca…

Presiona el pedal del cubo de basura y vierte el contenido del recogedor en él.

—Me voy a la cama —corta la conversación y abandona la cocina.

CAPÍTULO: 31

Cassidy

Fue una noche de mierda. Me recluí en la habitación y agradecí que Logan no hiciera alusión alguna a lo ocurrido. Se lo agradecí. Esperé a que Grayson se acostara y luego fui a darle un beso a Zoey.

Aunque para entonces, ella ya estaba dormida. Una vuelta tras otra, me llevó a levantarme mucho antes del horario habitual.

Por lo que aproveché para hornear un bizcocho y ver los millones de vídeos que Sydney me envía por redes sociales constantemente.

La echo muchísimo de menos. Tengo más amigos. Mantengo el contacto con ellos, pero no dejan de ser conocidos sin más. La única amiga que de verdad tengo ahí fuera es ella.

Compruebo que la cafetera mantenga el café caliente y acabo de exprimir unas naranjas.

—Buenos días.

—Buenos días.

Vierto parte del zumo en dos vasos. No creo que Logan tarde mucho en aparecer, el resto, lo conservo en una jarra en la nevera.

—¿Vas a seguir enfadada mucho tiempo?

—No estoy enfadada, Grayson.

—Ya. Cualquiera lo diría.

Lo ignoro. Cojo un paño y limpio la encimera.

Su erección se clava en la parte baja de mi espalda. Sujeta mi cadera con una mano y me obliga a girarme.

—Escupe de una vez lo que guardas y zanjemos este asunto.

—Para ti es fácil.

—Y para ti también.

¿Es lo que quiere? De acuerdo.

—Estas cosas se quedan grabadas.

Carraspea.

—No te tenía por una persona rencorosa.

—Y no lo soy. No me refiero a mí. —Cierra los ojos, comprendiendo que me refiero a su hija. —Tú y yo lo hablamos y lo solucionamos, pero ella las almacena.

—No puedo echar marcha atrás el tiempo.

—Soy consciente.

—¿Y bien?

Puede que me esté pasando de dura con él. Es más que evidente que se arrepiente del número de anoche. Mi madre la gran lianta de todo esto, no ha dado la cara. No lo va a hacer. Nunca lo hace.

Y yo tengo demasiado grabados todos los desplantes que recibí por su parte. Sé que Grayson no es así con su hija, pero no puedo evitar recordarlos y empatizar con Zoey.

—No quiero que nada la dañe —confieso mi miedo.

Él me sonríe con ternura.

Envuelve mi cintura con sus manos y me sienta en la encimera de la cocina. Se abre paso entre mis piernas y sostiene mi rostro entre sus palmas.

—No volverá a ocurrir, ¿de acuerdo?

—Pero ocurrirá. —Frunce la frente y espera paciente mi explicación. —Siempre ocurre cuando ella anda cerca. Quien menos lo merece, sale escaldado. —En este caso Zoey. Respira con calma y asiente, dándome a entender que comprende perfectamente lo que quiero decir.

No se trata de él. Es cierto que ayer la jodió con su actitud, y sé bien lo arrepentido que está. Pero eso no es más que la consecuencia de tener a mi madre cerca.

Siempre alborota el gallinero y luego lo abandona sin importarle las consecuencias. Ellos no la conocen, pero yo sí.

No es mala persona. O, al menos, de eso me convenzo a mí misma. Porque es mi madre y la quiero. Pero siempre fue muy caprichosa. Su prioridad es ella misma. Lleva toda su vida demostrándolo. Es demasiado egoísta para cambiar y, seamos honestos, tampoco lo pretende.

—Para eso estoy yo, ¿vale? Para no dejar que vuelva a ocurrir. Hablaré con ella.

—Quiere acostarse contigo. —No soy capaz de retener mi confesión.

Llevo días y días dándole vueltas al tema del cambio de actitud de mi madre y siempre llego a la misma conclusión. Puede que no le guste este lugar, que deteste esta vida, pero… Le gusta Grayson. No soy estúpida y reconozco la mirada de una mujer. Se lo come con los ojos.

Intenta llamar su atención a toda costa.

—Lo sé —admite él. ¿Lo sabe? —Pero eso no va a ocurrir. —Pasea sus nudillos por mi mejilla.

—Se supone que es tu mujer.

Grayson suspira.

—Solo es un acuerdo. Lo sabes perfectamente.

—Entonces puedes romperlo, ¿no? —Entiendo que no es ético por mi parte presionarlo, pero no puedo evitarlo. No quiero que nada lo ate a ella. No quiero que tenga ningún derecho. No puedo soportarlo.

—No es tan sencillo.

Hago el intento de bajarme de la encimera y él me lo impide.

—Eh. —Levanto la cabeza. —Te quiero.

Me dijo anteriormente que estaba enamorado de mí. Nada tiene que ver con esto. El tenerlo a escasos centímetros y que me susurre que me quiere, con sus ojos fijos sobre los míos, es demasiado. Es… Lo es todo.

Puede que solo me haya dejado llevar por un ataque de celos, sin embargo, él lo aplaca al instante.

—Yo también te quiero.

Permanece inmóvil unos segundos, como si estuviera intentando comprender lo que acabo de confesarle.

Reafirma su agarre en mis mejillas. Acerca su boca a la mía. Me hace cosquillas con los labios. Saca la lengua y me lame el labio inferior.

Los dos nos perdemos en el mismo momento.

Me aferro a su camiseta mientras él ataca mi boca.

Hambriento, desesperado, brusco.

Contengo el aliento y me acaricia la lengua con la suya. El sabor de sus labios penetra en todo mi organismo. La cabeza me da vueltas mientras me dejo devorar y lo reclamo a él con la misma intensidad.

El tintineo de un vaso, al apoyarse en la mesa de la cocina, consigue que nos separemos de un salto.

Logan está sentado cual antiguo rey del imperio romano, con las piernas abiertas y un codo apoyado en el respaldo de la silla a su lado, mientras bebe un trago de zumo de naranja.

—Por mí no os cortéis.

Dios, ¡qué bochorno!

Sin embargo, su padre parece no darle importancia. Se acerca esta vez a darme un pico rápido y vierte café en una taza. Lo apoya junto a mí y me pasa las dos manos simultáneamente por los muslos.

Lo fulmino con la mirada.

Parece no importarle una mierda mi advertencia.

—¿Una o dos? —pregunta. Levanto las manos, indicando que no tengo ni la más remota idea de a qué se refiere. —Azúcar —explica enseñándome el tarro.

—Ninguna. Voy a poner la secadora. La lavadora acaba de pitar.

No es cierto. Pero necesito escabullirme como sea.

Me topo con Logan sentado en el bordillo de la acera. Con las piernas flexionadas, los codos apoyados sobre las rodillas y cubriéndose la cara con las manos. Poca distancia nos separa.

—No te muevas de ahí. —Zoey juega en el arenero del parque con otros niños y asiente a mi petición.

Me levanto del banco y bordeo la pequeña valla de colores del recinto.

—¿Logan? —Apoyo mi mano en su hombro y él parece salir del trance en el que se veía inmerso.

—Eh. ¿Qué haces aquí?

Señalo a su hermana que juega ajena a nosotros. Bloqueo mi teléfono móvil y lo introduzco en mi mochila. La dejo a mis pies y me acomodo junto a él.

—¿Qué haces tú aquí? —Hago rebotar la pregunta.

Encoge los hombros.

—Nada. Ya me marchaba.

No daba esa sensación, pero no se lo discuto.

—¿Te apetece venirte un rato? —Es evidente que algo le ocurre. No voy a insistir, aunque tampoco pienso dejarlo solo.

—¿Al parque? No, gracias.

Me limito a hacerle compañía en silencio.

Logan pierde la vista al frente, sumergido en su propio mundo. Dios sabrá qué piensa.

Tras un buen rato, con un golpe de barbilla, me señala el establecimiento que no pierde de vista.

—Está ahí dentro, un tío más viejo que mi abuelo le estaba metiendo mano en las tetas.

Demi.

Joder, no.

Arrastro la mano por mi cara. No sé qué decir ni qué hacer al respecto. En poco puedo ayudarlo. Como siempre ante una situación así, se me revuelven las entrañas. Entiendo que está enferma, que es una adicta, pero… ¿De verdad no es consciente del daño que le hace a su hijo?

Lamento decirlo, pero estoy deseando que se largue.

Dicen que no suele pasar mucho tiempo en el pueblo, pero ya lleva mucho aquí. El dicho; «ojos que no ven, corazón que no siente», es totalmente cierto.

—¿Sabes qué hizo cuando entré? —Miro a Logan a los ojos. —Nada. No hizo nada, joder. Siguió dejando que ese baboso de mierda la sobara.

Me acerco un poquito más a él. Nuestras piernas se rozan. Trato de darle un apoyo que él no percibe en este momento.

—Ni siquiera tiene dientes. Debería darle puto asco besarlo.

Una punzada intensa se instala en mi vientre. Tiene razón. Toda la razón. La excusa de que no sabe lo que hace se queda demasiado corta. Son muchos años aguantando lo mismo.

—Entiendo cómo debes sentirte…

—No, no lo entiendes —corta de malas maneras. No lo culpo. Es la frustración y la rabia hablando por él.

—Es mi madre, joder, Cassy. Es mi madre la que deja que tipos como ese se metan en sus bragas para asegurarse un par de dosis.

Es asqueroso. Y ni siquiera le importa hacerlo a la vista de todos.

Joder, es que es muy duro.

No solo lo tiene delante de los ojos, los comentarios y chismorreos le bombardean la cabeza. Es un pueblo pequeño, la gente habla. Y no siempre tienen mucho tacto.

Si a mí, que no me conocen de nada, ya me han soltado varias y escucho cotilleos a todas horas, no me quiero imaginar él.

—Sé que fuiste tú quien la sacó del bar de Tom el otro día.

No conocía el nombre del camarero. Solo espero que mi proceder no lo frustre más todavía.

—Gracias.

—No tienes que dármelas. —Dejo caer la cabeza sobre su hombro.

—Mi padre se resignó con ella. Y no puedo culparlo.

—Pero tú no.

—A mí me importa una mierda. Yo solo quiero que se largue de una puta vez y nos deje en paz —ladra con aspereza.

No es lo que quiere. No es lo realmente quiere. Y por supuesto que le importa. Solo hay que ver cómo está.

Me encantaría poder entrar, coger a Demi por los hombros y sacudirla para que espabilara. Poder decirle; *ya basta. Te estás jodiendo la vida y, en el transcurso también la de tu hijo. Reacciona de una puta vez.*

Eso no serviría de nada. Tampoco le haría un favor a ninguno de los dos.

—Nos largamos de aquí. —Salta del bordillo. Me tiende la mano y me ayuda a levantarme. —Vete a por Zoey, os invito a unas hamburguesas.

Aunque es pronto para cenar, Zoey se entusiasma mucho con la invitación de su hermano.

Nos vamos los tres juntos al local de Jerry.

La niña se zampa una hamburguesa más grande que ella. Logan y yo no podemos dejar de observarla ojipláticos.

—Es imposible que todo eso le quepa en un cuerpo tan pequeño.

—Me cabe —asegura ella.

—Vaya que sí —dice Jerry dejando una ración de patatas con cheddar frente a nosotros. —Si te la acabas toda, después te traeré un trozo de tu tarta de chocolate favorita con mucho sirope de fresa.

Alza la palma de la mano y Zoey le choca los cinco, sellando el trato.

Poco a poco el ambiente va cambiando y el humor de Logan mejora considerablemente. Sé que su preocupación sigue ahí, aunque la esconda bien.

Sigo sintiéndome en la obligación de hacer algo, y a la vez, trato de no comerme el tarro y expandir mi mente.

Unos amigos de Logan, que al parecer vienen a menudo por aquí, se unen a nosotros. Me los presenta. Parecen buenos chicos, y aunque alguno intenta echarme la caña, Logan lo corta de raíz.

Todos parecen llevarse a las mil maravillas con Zoey. Ella está más que encantada al convertirse en el centro de atención.

Jerry cumple su promesa y tras acabar la cena, le trae un trozo enorme de tarta a Zoey.

Nos entretenemos charlando un poco más. Los chicos le enseñan a la niña a hacer barcos de papel con las servilletas.

Me retiro a una hora prudente porque tengo la intención de pasar por el establo antes de volver a casa y no quiero que se haga demasiado tarde para Zoey.

Logan se ofrece a acompañarnos. Le hago entender que es una tontería. Hemos venido por nuestra cuenta al pueblo y tenemos dos coches aquí.

Finalmente, se convence y accede a quedarse con sus amigos.

Conduzco de vuelta al rancho mientras Zoey se pasa todo el camino cantando. No comprendo cómo es capaz de tener tanta energía tras la zampada que acaba de meterse.

Su sonrisa se ensancha al ver que tomo el desvío hacia los establos en lugar de ir a casa.

La vigilo por el espejo retrovisor. Se le abre la boca un par de veces, aunque jura que no tiene sueño.

Ya veremos lo que aguanta.

Dejo la camioneta al lado de la de Grayson.

El primero con quien nos topamos es Ethan, quien nos dice que Grayson, viendo que no llegábamos, salió a cabalgar por las inmediaciones.

Pasamos un rato con él y la niña me pide ir a ver a los potrillos. No me siento segura entrando en los boxes yo sola, pero la mayoría de los caballos están al aire libre por lo que la zona de los establos está prácticamente desierta.

Claudico, y le hago prometer que no se separará de mí.

Pasamos un buen rato dando de comer a las dos yeguas y descubrimos que hay un nuevo potrillo. Debe de haber nacido esta noche.

Cuando salimos del establo, con intención de volver a casa, veo aparecer a Grayson a lomos de un caballo negro.

Toca el ala de su sombrero en señal de saludo.

Zoey alza los brazos. Grayson le pide a Ethan que se la pase y la sube con él.

—¿Te ves capaz de sujetarla?

—¿Por qué?

Antes de obtener una respuesta, Ethan me alza a mí también y Grayson me acomoda entre él y Zoey.

—Ay, no, no… —titubeo.

—Vamos, cowgirl. Esa fase la hemos superado —bromea Grayson.

A mí no me hace gracia, estoy demasiado concentrada en agarrar a Zoey e impedir que se caiga del caballo.

Grayson nos cubre a las dos con los brazos.

La niña, que parece haberse criado a lomos de un caballo, coge las riendas. Su padre controla al animal con las piernas, pero la deja hacer a ella.

Chasquea la lengua un par de veces. Avanzamos lentos pero seguros.

Inclina la cabeza y aspira el olor de mi pelo.

Tuerzo y levanto la cabeza un poco para mirarlo y me besa. No es un beso apasionado ni lo prolonga en el tiempo.

Una bandada de mariposas se instala en mi estómago.

—Grayson…

—Shhh.

—¿Podemos ir a la colina? —pregunta Zoey entusiasmada.

—Claro.

—¿La colina? —pregunto. Parece ser que soy la única que no conoce nuestro destino.

—Te va a encantar —dice Zoey con alegría.

—No lo dudo. ¿Podemos ir dando un paseo?

El pecho de Grayson vibra a causa de su risa.

—Noooo. Mejor que nos lleve Zack. —Todo sea por complacerla. Es increíble que, siendo tan pequeña, conozca por su nombre a todos los caballos de este rancho.

No tardamos demasiado en llegar.

Cuando Grayson salta del caballo, aferro con fuerza a Zoey. Él se ríe, aunque a mí no me hace gracia alguna.

—Si a este bicho le da por echar a correr, morimos las dos. —No estoy cualificada para proteger a Zoey cuando no sé ni protegerme a mí misma de este animal.

—Pásamela.

—No puedo.

—Claro que puedes, cowgirl.

—Ya bajo yo —suelta y se queda tan ancha. Pasa la pierna por encima de Zack y se desliza un poco para que su padre pueda cogerla. Tocada y hundida por una niña de cinco años. ¡Patético! —Cassy tiene miedo —revela cuando su padre la coge de la cintura. —Y eso que yo soy pequeña. —Capto que me está llamando gallina a la cara.

—Cassy no se ha criado en un rancho, ratoncita. Te recuerdo que a ti te daba miedo ir en metro cuando fuimos a ver al tío Zane.

Frunzo los ojos. Ahora me pica la curiosidad. ¿Dónde fueron a ver a Zane?

Deja a la niña en el suelo y extiende los brazos para ayudarme a bajar a mí. Obviamente, yo no soy tan atrevida como Zoey y acepto su ayuda a la primera.

Amarra el caballo a una especie de poste de madera que debe de haber puesto él mismo aquí. Avanzamos unos metros a pie y de pronto…

—¡Ualaaaaa!

—Sabía que te gustaría.

—Me encanta —le digo a Zoey cogiendo su mano y con la vista clavada al frente.

Todo el rancho puede verse desde este punto. Aunque es demasiado grande y abarca mucho terreno, lo que dificulta distinguirlo todo.

Grayson envuelve mis hombros con un brazo y apoya su mano en uno de ellos. Con el otro va señalando frente a nosotros.

—Es el punto más alto de nuestras tierras —explica. —¿Ves allí? Detrás de esa colina, está nuestra casa. La de mi padre, la de Zane y Ethan, no se ven desde aquí. —Mueve el dedo para que me fije en

todo según avanza su discurso. —Allí abajo, está el río al que solemos ir.

—¿Hay más de un río?

—Sí, hay cinco distintos dentro de la propiedad. —¿Cinco? Eso no me lo esperaba. —Varios acantilados, algunas cascadas. En aquella zona de allí… —Observo todo lo que me dice. —Suelen verse caballos salvajes. También hay muchos coyotes.

—Y osos —dice Zoey.

—¿Osos? —pregunto asustada. Zoey asiente con una sonrisa en la boca.

—Tranquila, todo está controlado.

—Y pumas.

—¿Pumas?

—Zoey, la estás asustando —regaña su padre.

—No — corrijo. —Ella no me asusta. Los osos y los pumas, sí.

Grayson contiene la risa y me da un beso en el pelo.

Yo estoy pendiente de la reacción de Zoey a las muestras de cariño de su padre. Pero está tan ensimismada con el paisaje y lo que cuenta Grayson que ni siquiera repara en nosotros, pese a estar cogida de mi mano.

Trato de relajarme. Confiando en que su padre esté pendiente de esa parte.

—Vamos a enseñarle una trampa, papá.

—¿Una trampa de qué? —suelto con voz aguda.

—De osos. Para que veas que no tienes que tener miedo.

—¿Pero no dijiste que estaban allí abajo? —pregunto a su padre directamente.

—Cassy, son osos, no piedras. Se mueven por donde quieren — recita Grayson.

—Eso no me tranquiliza —admito sin sentir pudor alguno.

—Anda, vamos.

Esconde una sonrisa. Yo, por más que lo intente, no consigo dibujar ninguna.

Mantengo a Zoey cogida por la mano. Como si eso fuera de gran ayuda, si nos encontramos un oso de frente. Como si un puma se sintiese culpable y retrocediese si le enseño nuestras manos unidas.

Grayson la toma por la otra y bajamos hasta una zona de árboles.

Según caminamos, Zoey se revuelve y acaba por soltarnos a los dos. Algo que hace mucho cuando quiere adelantarse unos pasos. No me hace ni pizca de gracia perderla de vista aquí. Espero que su padre opine lo mismo.

En lugar de separarse de nosotros y echar a correr, se limita a juntar mi mano con la de su padre y se cambia de lado para coger la que me queda libre.

Miro a Grayson, él me observa a mí. Cabecea y sonríe. ¿Qué demonios acaba de pasar? ¿Por qué Zoey hizo eso?

Intento no comerme la cabeza y restarle importancia.

Sin embargo, cuando voy a retirar la mano, Grayson entrelaza nuestros dedos y reafirma su agarre.

—Zoey está aquí… —Me corta antes de que pueda reprocharle nada.

—Parece que a Zoey es a la que menos le preocupa. ¿No crees?

No, eso está claro. No le preocupa en absoluto. Es ella la que acaba de unirnos por su cuenta.

—Relájate, muñeca.

—No quiero confundirla —susurro.

—Pues entonces, no le hagas entender algo que no es.

—¿Qué quieres decir?

—¡Ahí! Mira, papá. Ahí —chilla la niña señalando un gran cepo a pocos metros de distancia.

Al final, Zoey aguantó mucho más de lo que creí, aunque las pilas se le empiezan a agotar. Lógico. Si tenemos en cuenta que hace más de tres horas que salimos de la hamburguesería, y me planteé llevarla a casa en ese momento por temor a que se quedara dormida.

Volvemos al establo y Grayson insiste en que nos vayamos todos juntos a casa. Me asegura que mañana, a primera hora, vendrá él con alguno de los chicos y me devolverán la camioneta.

Accedo de buena gana. Nada más arrancar el motor y quitar el freno de mano, compruebo por el espejo retrovisor que Zoey se ha quedado dormida.

—¿Qué has querido decir con lo de antes?

—¿Con qué? Antes he dicho muchas cosas, cowgirl. Tendrás que especificar un poco —investiga él sin tener ni idea de lo que le estoy preguntando.

—Con que no le haga entender algo que no es.

—Exactamente, lo que he dicho.

Cruzo las piernas y mantengo la vista en la ventanilla. Empieza a oscurecer. Aunque ver el paisaje a través del vidrio mientras el sol cae es precioso, no puedo dejar de pensar en lo que me confesaron hace un rato. Aquí hay osos. Y… ¡Pumas!

—Cuéntame qué pasa por esa cabecita. —Me toma de la mano y besa mis nudillos. Luego la apoya sobre su propio regazo.

—Ya te lo dije. No quiero confundirla.

—Y no lo estás haciendo.

—Pero si nos ve… —Mi voz muere, porque no estoy muy segura de cómo expresarme.

—Nos estábamos cogiendo de la mano, cowgirl. No follando delante de ella.

—¡Cállate! —Le asesto un golpe con la mano que tiene en su poder.

—Deja de darle tantas vueltas.

—No puedo. —Se inclina hacia atrás y aprieta el volante. —Te casaste con mi madre… —Resopla, demostrando lo cansado que está de que saque este tema. Pero es que no puedo pasarlo por alto. —Se supone que ella tiene que ver esas muestras de… cariño… Con mi madre, no conmigo. —Trato de que me entienda. —Es una niña, Grayson. Y tú te comportas como si no te importara que…

—¿Qué?

—Que… —Mierda, todo esto es tan exasperante.

—¿Cómo si no me importara que mi hija sepa que te quiero? Porque no me importa, Cassy. Estoy jodidamente orgulloso de eso, no entiendo por qué debería ocultárselo.

—Pero sigues casado con ella… —No puedo evitar escupirlo. Porque la realidad es que me está consumiendo por dentro.

No le importa darme un lugar frente a sus hijos. Sin embargo, nos escondemos de mi madre. Lo siento, pero no lo entiendo. Y no comparto su forma de ver las cosas. Puede que solo me esté comportando como una mujer celosa y caprichosa, pero es que… ¡Lo estoy!

—Te dije que no era sencillo. —Afloja el agarre en mi mano y yo la retiro despacio. Ahora mismo, no me apetece tocarlo.

Ahora mismo, solo puedo ver que quiere lo mismo que yo, pero no puede evitar esconderse, que se niega a dar la cara y eso me revienta.

—Eso ya me lo has dicho.

—No pareces comprenderlo. Necesito tiempo, muñeca.

—¿Tiempo para qué? —presiono. —¿Para darte cuenta de si esto es lo que realmente quieres? ¿Para confirmarte a ti mismo lo que sientes? ¿Para qué, Grayson? Explícamelo, porque no lo entiendo. Y yo lo estoy apostando todo por ti. Me estoy dejando los cuernos sin importarme las consecuencias, ni el perder a mi familia por el camino —intento hablar en voz baja, para evitar que Zoey se

despierte. Quiero que tenga eso muy claro. Porque hoy por hoy, si tengo que elegir, mi balanza se inclina por completo a un costado. Y son él y sus hijos los que salen ganando. Pasando por encima de mi propia sangre.

Él se mantiene con la vista al frente y la mandíbula apretada unos instantes, como si mis palabras lo afectaran.

—Para saber cómo salir de este lío —confiesa. —Para que la mierda no nos salpique. No vuelvas a insinuar que no estoy completamente seguro de cuánto te quiero y de que te necesito en mi vida. No se te ocurra poner en duda que, si por mí fuera, si de mí dependiera, la única jodida señora Ashford, serías tú.

Soy consciente de que, para él, esto tampoco es fácil y que no tiene la culpa. Ninguno de los dos calculó lo que iba a pasar. No teníamos ni puñetera idea. Comprendo la presión que ejerzo sobre él. Comprendo que la situación es delicada y trata de buscar la mejor solución para todos. No soy justa con él, pero es que no puedo seguir así. Siento que lo estoy compartiendo con otra persona y eso me ahoga.

—Lo entiendo.

—No, no lo entiendes. Y eso es porque evito meterte mierda en la cabeza.

—Pues no me dejes al margen. Cuéntamelo, Grayson. Si de verdad no quieres que me sienta como una niña, no me trates como tal.

—No te trato como una niña, Cassy. Te protejo como a mi mujer, joder. —Detiene la marcha. Tira del freno de mano despacio y ancla las ruedas al camino. Expulsa todo el aire que parece haber contenido durante más tiempo del necesario en sus pulmones. Se pasa una mano por la cara. Recoloca bien su sombrero. Lo piensa mejor, y se desprende de él. —Eres mi hija.

—No empieces con esa mierda de…

—Déjame hablar. —Trago el nudo de saliva que se agolpa en mi garganta. —Me refiero a efectos legales, muñeca. Aunque no nos

conociésemos de antes. Aunque fueras mayor de edad. Y, aunque, nunca llegara a adoptarte legalmente. A términos legales, adquiriste ese estatus cuando contraje matrimonio con tu madre. —No soy capaz de controlar el tembleque de mis piernas. Grayson se gira en mi dirección y fija los ojos en ellas. Me apoya una mano. Imagino que con la idea de templar mis nervios. —Y eso no cambiará. No en este estado. Puedo pedir el divorcio. Dividir mi camino del de Skylar, pero no estar contigo. Al menos, no legalmente.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

Grayson suspira y me envuelve entre sus brazos. Sollozo contra su pecho sin poder creerme lo que acaba de decir. Sin aceptar que eso sea cierto. Sin concebir que no haya nada que hacer.

—¿Por qué no me lo dijiste? —reprocho con la voz entrecortada a causa de un llanto que ya no soy capaz de contener.

Él resopla una vez más y me estrecha con más fuerza.

—Porque no quería preocuparte. Me están asesorando. Mis abogados buscan un vacío legal al cuál aferrarnos. No lo mando todo a la mierda y te elijo a ti ahora mismo, porque no puedo, muñeca. Porque el alzar la voz, me conduce a perderte. Y, eso, no puedo tolerarlo. ¿Lo entiendes? Si por mí fuera, mañana mismo firmaría los papeles del divorcio, y le gritaría al mundo que la mujer de mi vida, eres tú, muñeca.

—Lo siento —sollozo, sintiéndome más culpable que nunca por ponerlo en duda. Por no creer en él a ciegas, cuando me ha dado motivos de sobra para hacerlo.

—No lo sientas. No hay nada que sentir. Solo aguanta un poco más, por favor. Te prometo que solucionaré este lío, solo necesito un poco más de tiempo.

—Sí…

—Bien. —Hundo la cabeza en su cuello y lo rodeo con ambos brazos. —Y ahora deja de llorar, muñeca, porque me estás arrancando el puto corazón.

CAPÍTULO: 32

Grayson

Lo último que pretendía es contaminar su cabecita con mis errores. Porque si estamos así, no es más que por mis errores.

No soy adivino. Jamás imaginé que pudiera llegar a enamorarme de nuevo. Mucho menos hacerlo de la hija de la persona con la que me he casado.

Desde la noche en la que decidí no volver a mantenerla al margen, todo parece ir sobre ruedas. Sigue sin ser la situación perfecta, no obstante, ella está al tanto y parece que eso la hace sentir un poco mejor, más segura.

Nunca quise que sintiera que no está a la altura y que eso es lo que me lleva a ocultar nuestra relación. Ella supera la altura, joder.

Sigo pensando lo mismo, si por mí fuera, Cassy no estaría al tanto de toda la mierda a la que nos enfrentamos. Pero el que comenzara a afectarle y, dudara de mis sentimientos, no pensaba tolerarlo.

Trato de pasar el mayor tiempo posible con ella, aunque no siempre es fácil. Tampoco me apetece hacerlo en casa, donde Skylar no nos da un respiro.

Llega a ser molesta de cojones.

Tengo que respirar hondo y convencerme a mí mismo de que esto lo hago por ella, por nosotros. De que tragar y aguantar, pese a no ser un tipo paciente cuando se entrometen en mi vida, es la única salida.

Intento llegar a casa antes de que Zoey se vaya a la cama. Acostarla juntos, empieza a convertirse en un ritual que adoro.

Logan ha estado un poco ausente las últimas semanas. Y el que mi hermano Zane se largara porque da inicio la temporada, no ayuda. Pero este año tiene a Cassy. Con ella se lleva bien. Ninguno de los dos me dice nada, pero sé que le cuenta sus mierdas y se desahoga con ella. Eso es bueno. Además, él la protege como un león. No es la primera vez que alguien en Kerrville me narra las batallitas de mi hijo. Que me comentan que se ha partido la cara con uno u otro. Algo que no es extraño en él. Solo que últimamente, sus hechos, van acompañados de un comentario que alguien hizo hacia mi chica y él les paró los pies. No me complace que mi hijo se meta en peleas. Y desde luego no seré yo el que me oponga si le cierra la boca a cuatro gilipollas.

El problema es que mi chica está lo suficientemente buena para que yo la contemple cuando estamos solos, pero se pasa de nivel si hay más ojos que los míos. Y, ella, no es consciente de ello. Lo que lo complica todo mucho más.

Aunque a Cassy le sigue costando aceptar que me muestre cariñoso con ella delante de Logan, cada día lo lleva mejor. Y el que Zoey nos vea abrazados o cogidos de la mano, ya no le supone un problema y se ha convertido en una acción de lo más habitual.

Podría decirse que vamos dando pasos en la dirección correcta, al ritmo que podemos.

El que la secuestre por las noches y la meta en mi cama también es muy natural. Aunque sé que me la estoy jugando, confío en poder controlarlo.

—¿Ya te vas? —pregunta Ethan.

—Sí.

—Joder, cada día acortas un poco más el horario.

Lo ignoro y pillo un par de carpetas de la primera balda. Quiero asegurarme de que todo esté en orden antes de enviarlas al contable para el cierre de mes.

—Eso de tener quien te espere, empieza a afectarte.

Lo primero que encuentro a mano es una grapadora, y justo es lo que le lanzo a la cabeza.

Sus buenos reflejos lo llevan a cerrar la puerta y el aparato golpea contra ella.

—Capullo.

Escucho sus carcajadas desde fuera y decido no hacerle caso. Apago la pantalla del ordenador, busco las llaves de la camioneta, y echo un último vistazo. Se acabó por hoy.

Llego a casa en un momento, ya que las oficinas están a menos distancia que los establos.

Entro y me encuentro a Skylar toda sonrisas, hablando por teléfono. Dejo los documentos encima del mueble del salón y busco a Cassy y Zoey por la planta baja.

—Todavía no han llegado. —Deja su teléfono sobre la mesita de centro. Asiento. —Qué pronto has venido tú.

—No tenía mucho trabajo. —Mentira, toneladas se me acumulan últimamente, pero me muero por verlas. —¿Dónde han ido?

Hace un buen rato, Cassy me dijo que iba a pasear con Zoey y recoger unas botas mías del zapatero que llevó la semana pasada a cambiar las espuelas.

Skylar hace un gesto con la mano, indicando que no tiene la más mínima idea.

Me dirijo a la escalera.

—Grayson. —Me giro en su dirección. —Voy a ir a ver a mis padres. —Ya era hora. Lleva aquí desde inicio de verano y la semana que viene comienzan las clases de nuevo. Pasaron once semanas, y por lo que sé, no les ha hecho ni una simple llamada.

—Bien. —Hago el intento de subir de nuevo.

—Me gustaría que me acompañaras. —¿Qué? ¿Por qué? —Al fin y al cabo, eres mi marido.

Me paso los dedos por la barbilla y contraigo la mandíbula. Sus padres saben perfectamente lo que nos une. Me reuní con ella, con mi padre y el suyo, cuando llegamos al acuerdo que se supone sigue vigente. Está claro que no es así.

—Tus padres saben lo que hay, Skylar. Y yo estoy muy ocupado. —Trato de soltar la última frase en plan excusa. No decirle directamente a la cara que no me apetece una mierda. Aunque ella ya lo sabe. No es tonta.

—Mis hermanos, no —defiende su postura. —Lo último que quiero es un escándalo.

Intento abordar esto de la manera más adulta posible. No alterar el avispero y conservar la paz que últimamente respiramos en casa.

—¿Cuándo pretendes ir?

—He quedado con ellos mañana para comer.

¿Y me lo suelta ahora? Joder, mañana tengo un día de locos.

No me molesto en decírselo. Asiento, confirmando mi asistencia, y subo las escaleras, colgándome el teléfono a la oreja. Llamo a Ethan para informarlo de que mañana tendrá que currar el doble y encargarse de mi parte. Verás qué contento se pone.

—Y entonces… Plass.

—Ya. Plass.

—Sí, papi. Plass.

Mis chicas llegaron bastante más tarde que yo. Cassy traía a Zoey prácticamente desnuda y envuelta en una de sus chaquetas.

Al parecer, tiró el helado de chocolate al suelo sin querer, luego resbaló con él y acabó pringada. Se aferró a la pierna de mi chica, quien pesa poco y nada, y las dos terminaron embadurnadas de chocolate.

No puedo evitar reírme cuando lo narra entre carcajadas.

Corrieron a la ducha como alma que lleva el diablo. Cenamos todos juntos, incluida Skylar.

—Venga, tienes que dormir.

Es tarde y, poco a poco, vamos reduciendo su horario. En unos días da comienzo el nuevo curso. Habituarse a la rutina de nuevo lleva su tiempo.

Está muy ilusionada con eso de que mi chica vaya a llevarla y recogerla del colegio. Yo también, no voy a negarlo.

Apoya la cabeza sobre las piernas de Cassy. Le doy un beso en la frente y mi chica se retira. Acomoda a mi hija y tira de las mantas hacia arriba.

—¿Puede dormir Blanca en mi cama?

Sin mediar palabra, Cassy coge a la gata del suelo y la coloca junto a Zoey.

—Intenta no espachurrarla por la noche —le dice, haciéndola reír de nuevo. —Buenas noches, cariño.

Enciendo la pequeña lucecita que conectamos a un enchufe para que Zoey no tenga miedo y retrocedo varios pasos.

—Descansa, ratoncita. —Sujeto la manilla con la mano y antes de cerrar la puerta del todo, su voz atraviesa el silencio.

—Buenas noches, papi.

—Buenas noches… —No termino mi despedida. Me deja petrificado con la siguiente salida.

—Buenas noches, mami.

Escucho el suave clic de la puerta y cuando me giro, Cassy ha desaparecido.

Bajo las escaleras y veo a Logan haciéndose un sándwich. Hoy tocaba verdura. Algo que a él no le entusiasma. No lo dice, y sé que es por no herir los sentimientos de Cassy, quien se toma muy en serio lo que ingerimos. Sobre todo, Zoey.

No me meto porque comparto su opinión. Solo se asegura de que la niña esté bien alimentada. Pero… Joder, podría darnos una tregua a los demás. No protestaré. Asegura que para que a la pequeña no le resulte complicado y lo tome como algo natural, todos tenemos que hacer un esfuerzo. Que los niños imitan nuestras conductas. Tiene razón. Pero ha disminuido considerablemente la ingesta de carbohidratos y carnes, aumentando la de verduras y pescado.

Me parece cojonudo para Zoey. Pero yo soy un tío de metro noventa y tres, acostumbrado a devorar lo que se me ponga delante. Y Logan, más de lo mismo. Ella mide uno sesenta y cinco, y tiene el peso de una pluma. No puede compararnos.

Aun así, accedo y callo. Igual que mi hijo. Pero nos ponemos hasta el culo de todo, antes de llegar a casa, no puedo negarlo.

No es el primer viaje que nos damos a la hamburguesería antes de venir a cenar a casa.

—¿Dónde está Cassy?

—¿Qué cojones ha pasado? Le faltaban piernas para salir corriendo —señala con el pulgar la puerta de entrada.

—Zoey acaba de llamarla mamá. —No veo motivo para ocultarlo.

—No me jodas. Se veía venir. —Mi hijo se parte mientras yo ya voy camino al porche.

Salgo al exterior y echo un vistazo a mi alrededor. Encuentro a Cassy sentada en el suelo en una esquina del porche, hecha un ovillo. Con las piernas flexionadas y envolviéndose los brazos con ellas. Su mejilla se recuesta en sus antebrazos. Sé que ha estado llorando, o que lo hace todavía, con solo acercarme y ver lo rojos que tiene sus ojos, y el modo en el que los frota con su puño para intentar ocultármelo.

Y me jode. Me revienta. Porque creo que echo demasiado peso sobre sus hombros. Sé que me ha dicho cien veces que no. No es así. No soy imbécil. La veo. Y, joder… ¿Qué espero? Tiene diecinueve años y la cargo con la responsabilidad de una niña de cinco. Prácticamente, no solo la dejo a su cuidado, sino que está

ocupándose de todo. Yo estoy pendiente e intento estar lo más presente posible. Pero es ella quien tira del carro en mucho mayor porcentaje.

Comprendo que se sienta sobrepasada.

Tomo asiento a su lado manteniéndome en silencio. Buscando palabras que puedan consolarla y una solución para aliviarle cargas. No puedo seguir dependiendo exclusivamente de ella y vertiendo tanto peso sobre sus hombros.

—Lo siento.

—No tienes que disculparte —digo con voz tensa.

—Tengo que hacerlo —asegura sorbiéndose la nariz. —No quería faltarte el respeto a ti, y tampoco a Keira. Yo…

¿De qué cojones me está hablando?

Sus palabras se cortan cuando sus sollozos ganan intensidad.

La rodeo con un brazo y la estrecho contra mi pecho.

—Ey. No llores, cowgirl. Joder, no me llores. Me estás matando. Sabes que no soporto verte llorar.

Acaricio su pelo y le concedo los minutos que necesita para relajar su descontrolada respiración.

—Shhh.

Espero paciente y cuando la siento más calmada, le levanto el mentón y la obligo a mirarme. Se sacude, intentando esconderse. Algo que, ahora mismo, no puedo permitirle.

—No le has faltado el respeto a nadie. Explícame por qué piensas eso. —Sacude la cabeza y entre sollozos se abre a mí.

—Por cómo me ha llamado. —No se atreve a repetirlo y eso confirma mi teoría. Estoy a punto de decirle que hablaré con Zoey. No sé cómo cojones voy a hacerlo, pero tengo que dar con un equilibrio para ambas. No puedo permitirme perder a ninguna de las dos. El verlas sufrir, no es una opción. —No quiero que pienses que trato de ocupar el puesto de su madre. Sé cuál es mi lugar. Y creo

que he confundido a Zoey y ahora… Ahora… La quiero tanto, Grayson.

Es un tema complicado. Para Zoey lo ideal habría sido no perder a su madre. No es justo para ella. Tampoco voy a borrar de la memoria de mi hija a Keira u ocultársela. Merece ser recordada. Por la persona que fue y porque siempre adoró a su hija. Pero Keira ya no está. Falleció hace más de dos años. Zoey no tuvo contacto con su madre desde los dos años. No la recuerda.

Y lo más triste, no tiene opción de recuperarla.

A Cassy la tiene aquí. Y es un puto ángel. Alguien que vela por ella como nadie ha hecho hasta ahora. Ni siquiera yo. Tengo que admitir que lo que ella le aporta a mi hija a mí, me resulta imposible.

Puede ser duro, incluso difícil de comprender, pero mi hija necesita una madre. Eligió a Cassy, tanto como Cassy la eligió a ella. Yo solo puedo alegrarme porque tenga una segunda oportunidad.

Esta chica, no está mal porque no quiera ser la madre de mi hija. Se siente mal porque teme que yo se lo reproche. Cuando lo único que deseo es construirle un maldito pedestal.

—Nunca vamos a olvidar a Keira y nadie quiere hacerlo. Comprendo que vivir con eso pueda llegar a ser complicado para ti. Pero es una vida pasada. Zoey ni siquiera se acuerda de su madre, Cassy. Yo trato de mantener su memoria viva porque quiero que mi hija el día de mañana conozca sus raíces. —Ella asiente sin desanclar sus preciosos y vidriosos ojos verdes de los míos. —Hay que ser realistas. La vida sigue. Y yo nunca te culparía de absolutamente nada. Mucho menos de querer hacer feliz a mi hija. Todo lo contrario, muñeca. Mereces el puto cielo. Porque por complicado que sea el camino y muchas mierdas que te salpiquen, te mantienes a flote y peleas por esa niña como nadie. Joder, te conviertes en una puta leona, incluso conmigo. Si esto te sobrepasa, nadie va a culparte. Es completamente comprensible. —Niega confirmando lo que ya he leído en ella. —Pero si lo quieres, disfrútalo, muñeca. Quítate todas esas ideas de la cabeza. Nos has vuelto jodidamente locos a todos. Te has ganado a pulso el hueco en esta familia. Eres

una jodida bendición. Si Zoey quiere que seas su madre… —Coge aire entrecortadamente cuando me dirijo a ella de ese modo. —Y tú, deseas lo mismo, adelante. Tienes que entender que a mí no me faltas al respeto, me haces la hostia de feliz y admirarte mucho más de lo que ya hago.

Se abraza con fuerza a mí. La coloco sobre mi regazo. Me enredo con ella tratando de aportarle una seguridad que ahora necesita.

Las cosas van de lujo, pero es cierto que últimamente mi hija ha tenido en la boca muchas veces el apelativo *mamá*, aunque se frenó antes de llegar a pronunciarlo por completo. Todos nos dimos cuenta. Incluido mi hijo quien no se mostró para nada sorprendido.

Todas y cada una de las veces que yo he estado presente, he presenciado cómo Cassy se congelaba y al mismo tiempo se emocionaba. Sé lo que necesita mi hija, pero también lo que desea mi chica. No negaré que yo quiero exactamente lo mismo.

—No tienes que decidir nada. Solo deja que las cosas vayan pasando. Sois vosotras dos, las que tenéis que recorrer vuestro camino. Sin prisa, ya encontraréis el ritmo —explico a su oído.

—Te quiero. —Es toda su respuesta.

—Ya lo sé. Tienes que estar tremendamente enamorada de mí para soportar todo lo que te tiro encima.

Cassy ríe pegada a mi cuello.

—No creas. Finjo muy bien —dice secándose ella misma sus últimas lágrimas. —La verdad es que mi sueño era vivir rodeada de caballos.

Mi pecho ahoga varias carcajadas que escapan entre mis dientes.

—Sin duda.

—Oyeeee. —Golpea su puño contra mi bíceps muy ofendida. —No te hagas el listillo conmigo. —Se incorpora y se sienta a horcajadas sobre mis caderas.

Aprieta los muslos y me repasa la zona de piel que mi camisa deja expuesta con los dedos.

—Admite que no se te da bien montar a caballo. —Últimamente trato de llevarla a montar a menudo. No he conseguido que suba a un caballo si no es conmigo.

—Pero se me da lujo montar al vaquero.

—Muñeca… No me tientes.

Conduce su dedo índice a su boca, fingiéndose totalmente inocente. Un gesto con el que no me engaña, pero me calienta muchísimo y lo sabe. Con la lengua se repasa el borde de la uña. Envuelvo su cintura con un brazo y me pongo en pie de golpe. Cassy suelta un pequeño gritito seguido de la risita que tanto adoro. Me estaba consumiendo verla llorar.

Le agarro el culo con las dos manos. La beso. Empotro su espalda contra la pared del porche y me la como.

Meto mano allá donde pillo. Empapándome de su sabor, de su aroma, de su…

—Grayson… Mi madre está dentro.

—¡Que le den!

No soy capaz de controlarme. Los momentos a solas con ella son escasos y le tengo unas putas ganas…

Paso los días empalmado pensando en volver a follármela.

Desde la primera vez que estuvimos juntos, han venido muchas. Puedo asegurar que Cassy está acostumbrada a mí. Que ya no tengo que contenerme. Porque disfruta de mi dominio, tanto como había imaginado.

Lo supe desde la primera vez que la arrodillé. Que le prohibí tocarme o que le apresé las manos.

Es jodidamente perfecta en todos los sentidos y en este, más todavía.

Con una puta fuerza de voluntad abismal, me separo de ella.

—Duermes conmigo.

—Iré cuando todos se acuesten.

—No. Irás ahora.

—Grayson…

—Shhh. —Es cuanto necesita para saber que a partir de este momento, el juego lo dirijo yo.

Entra en casa y espero unos minutos. Tiempo que aprovecho para llamar a Logan y pedirle que mañana se una a nosotros si Cassy decide ir a ver a sus abuelos. Estaré pendiente de ella. Algo me dice que cuanto más arropada esté, mejor será.

Ni siquiera tengo que contarle gran cosa, en cuanto lo propongo y nombro a Cassy, acepta a la primera.

Me despido de mi hijo. Encuentro a Skylar en la cocina. Pillo una cerveza y cierro la nevera.

Me pregunta por su hija y sin remordimiento alguno le digo que se fue a la cama. Omito decir que se fue a la mía.

Cuando cierro la puerta de la habitación, paso el cerrojo y encuentro a mi chica, tal y como imaginaba.

De rodillas. Sentada sobre sus talones. Completamente desnuda y con la mirada fija en las palmas de sus manos, que descansan sobre su regazo.

Dejo caer la espalda contra la puerta y disfruto de mi cerveza, contemplándola.

Lo digo siempre. Es la puta realidad. ¡Perfecta!

—Gatea. —Según me va conociendo, he ido resumiendo las explicaciones. Acata a la puta perfección órdenes directas.

A cuatro patas, gatea hasta colocarse a mis pies, donde adopta su postura inicial.

Con un simple asentimiento, Cassy sabe lo que ha de hacer.

Desabrocha mis botas. Me deshago de ellas y de la camisa al mismo tiempo.

Dejo apoyada la cerveza en la cómoda. Me acuclillo para estar a su altura, le sobo las tetas y tiro suavemente de sus pezones.

Me encanta mirarla mientras ella fija la vista en el suelo. Repasar cada centímetro de su cuerpo, despacio, palpándola. Humedezco las yemas de mis dedos y dibujo el contorno de su aureola.

Su piel se eriza bajo mi toque, sus pezones se endurecen, mi erección despierta al instante.

Su mente lleva tiempo lista, su cuerpo ha requerido un poco más de paciencia. Pero hoy quiero arrasar con ella, usarla para lo que llevo semanas preparándola.

Erguido, desabrocho los botones de mi vaquero y libero mi erección.

Cassy atrapa su labio inferior con los dientes. Sé que se muere de ganas por levantar la mirada, pero no lo hará. Eso me excita más todavía. Que luche contra sus deseos para complacerme a mí, es la hostia de satisfactorio.

Rodeo mi circunferencia con el puño. Bombeo muy despacio arriba y abajo. Los callos de mis dedos me raspan la piel.

Me paseo a su alrededor.

—¿La quieres en tu boca?

—Sí.

—Gánatela. —Me coloco frente a ella y sigo masturbándome. —Túmbate en el suelo, abre bien las piernas y tócate el coño para mí.

Le tiro un cojín al suelo para que pueda apoyar la cabeza.

Cassy se extiende sobre la alfombra, recuesta la cabeza en él y acata mi orden a la primera.

—Lámete los dedos antes de metértelos en el coño, muñeca —exijo, pese a saber que está chorreando. Los conduce a su boca y cierra los párpados. —¡Tus ojos en mí!

Aprovecho ese instante para coger el botellín de cerveza y mientras observo cómo se introduce tres dedos en la boca y los succiona, me coloco entre sus piernas y vierto el contenido de la botella sobre su coño.

El líquido debe estar frío porque se sobresalta al instante. Abre más la boca y gime.

—Pásatelos por el coño y lámelos de nuevo.

La imagen es jodidamente erótica.

Me pone burrisimo.

Continúo machacándomela, cuando mi chica se mete los dedos dentro. Levanto un pie y apoyo el talón en su clítoris. Presiono controlando la fuerza que ejerzo.

Coloco el botellín en el suelo. Enredo mi puño en su melena y la pongo de rodillas.

Hace una mueca, aflojo un poco mi agarre, pero no la suelto.

—Clávate en la botella. —Abre los ojos, y se endereza. —Métela de culo.

Evitaremos que haga vacío y problemas para sacarla.

Inclina el cuerpo hacia adelante, levantándose un poco. Coge la cerveza entre sus manos y la posiciona en su entrada.

La mueca de dolor y vergüenza, se evidencia en su rostro. Introduce los primeros centímetros. Me recuesto en el sillón que tengo en la habitación, sin dejar de machacarme la polla. No pierdo detalle de cómo el botellín se pierde en su interior.

Lo introduce despacio, centímetro a centímetro, muy lentamente. Lo estoy saboreando.

Llega el tope que cree que no puede traspasar.

—Entera —insto. Se esfuerza en complacerme. —Sujétala por el cuello y fóllate para mí, muñeca.

Sus lágrimas comienzan a descender por la comisura de sus ojos. Eso me pone más cachondo todavía, porque no puede evitar gemir, jadear cada vez que introduce y retira despacio el botellín de vidrio. El hecho de que la exponga, siempre la hace sentir vulnerable. Eso la lleva a un colapso mental y su forma de desahogarse es a través del llanto.

—Más rápido. —Me pongo en pie y me acuclillo entre sus piernas. —Tienes el coño chorreando.

Retiro su mano, tomo su lugar y le doy todo lo duro que sé que desea, y no se atreve a hacer ella misma.

—Buena chica. —Tras varias sacudidas, tiro de su pelo. Necesito una mamada de urgencia. —Siéntate sobre la botella hasta que toque fondo y abre esa boquita, cowgirl.

Rodeo su cuello, con una mano le atrapo la garganta y la otra la posiciono en su nuca.

Cassy se humedece los labios antes de abrir bien la boca. Lame mi capullo un par de veces y luego me deja hacer.

La deslizo despacio. Muy despacio, apoderándome hasta el último centímetro de ella, sin dejar de introducirme y empujar. Saliva tanto, que me va empapando el tronco a medida que entro. Mi polla reacciona al instante. Si ya estaba dura, ahora comienza a palpitar en cuanto le roza el paladar.

—Bien. Lo haces muy bien.

Llego a su garganta y siento cómo ella la expande sin necesidad de que yo se lo pida. Fuerzo hacia adelante las caderas y la sujeto a ella con fuerza para que no se mueva del sitio.

La penetro más allá de lo permitido, de lo tolerable. Traspaso esa barrera gruñendo y desciendo por su tráquea.

Las convulsiones de su cuerpo, sus espasmos musculares, sus arcadas… Todo es jodidamente perfecto.

No me detengo. Me hundo hasta la empuñadura. Aun así, continúo haciendo presión.

Ni siquiera gorgotea. Está tan llena que no puede permitirse tener arcadas.

Aprieto su cabeza contra mis caderas.

—Mueve ese coño en círculos. —Quiero que se sienta tan llena que tema explotar.

Sus caderas inician una sutil danza. No me retiro, no le doy un respiro, solo aprieto más y más contra ella. Rompiéndole la garganta, forzando su maxilar, gozándola como un poseso.

Bajo la vista para observarla. Masajeo su cuello y siento mi polla a través de su piel.

Su carita va cambiando de tono y antes de que llegue a desmayarse, me retiro muy despacio, hasta sacársela por completo. En el proceso, mantengo la mano firme en su nuca, pero cambio la otra a su pelo y la acaricio.

—Buena chica. Estoy muy orgulloso de ti, muñeca.

Ella cae a cuatro patas y tose. La saliva resbala por su barbilla, la comisura de sus labios… Sigo el reguero con la mirada y termina en sus tetas, donde le bordea los pezones y acaba estallándose contra el suelo.

Me coloco detrás de ella y le saco la botella.

Meto un dedo, dos, tres, cuatro… Sonrío.

Es tan bonita.

Paciente espero a que se recupere un poco y me la llevo en brazos al baño. La dejo delante del espejo central de pie.

La observo a través de él.

Está hecha un desastre, el pelo alborotado, los ojos inyectados en sangre por la presión soportada. Los labios hinchados y el cuerpo magullado a causa de nuestras noches. ¡Perfecta! ¡Preciosa! ¡Mía!

—Inclínate hacia delante y agárrate a la encimera. —Va a necesitarlo.

Arrastro mis dedos desde su coño hasta su fruncido anillo de músculos, aspirando entre dientes y fijando la vista en ese punto hipnótico.

Escupo en su culo y le abro las nalgas con la mano libre.

—Voy a follarme este culo —bramo conectando nuestras miradas a través del espejo.

Juego con mis dedos. Asegurando que esté bien mojada y cuelo la punta de uno de ellos.

Me aprieta con fuerza. Masajeo su espalda para relajarla. No bajo la intensidad, está más que preparada. La llevo dilatando mucho tiempo.

—Relájate —exijo deslizándome en su interior, trazando círculos y palpando sus paredes latentes cuando estoy dentro.

Le concedo unos segundos y voy sumando, añado un dedo más. Tengo que hacer una fuerza brutal para metérselo entero. Empapada sí, y demasiado nerviosa también.

—Joder, que ganas de clavarte la polla. De desvirgarte y correrme dándote por el culo.

Pocos minutos después su agonía se intensifica, retiro mi mano, reclamo una de las suyas y la obligo a rodearme el rabo.

Sus delicadas y temblorosas manos, apenas son capaces de cerrarse alrededor de mi circunferencia.

Cubro su mano con la mía y posiciono mi glande en su entrada.

—Grayson…

Está tan asustada como excitada.

—Shhh. Conoces las reglas.

Sabe que no tiemblo a la hora de amordazarla, atarla o acorralarla.

Cuelo el glande en su interior. Se tensa tanto que creo que va a partirme la polla.

—Penétrate. Métetela entera y rómpete el culo. Hazlo para mí, muñeca.

Su resistencia me lleva a empujar las caderas hacia adelante. Pierdo la visión en el espacio donde mi polla se pierde en su cuerpo.

—Joder…

Me cuesta mantener la cordura. No impulsarme de golpe y desarmarla. Alzo la cabeza y Cassy cierra los párpados con fuerza.

Azoto su culo y mi palma queda grabada en su nalga en color rojo intenso.

—Tus ojos en mí —ordeno impaciente. —Respira, retén el aire en tus pulmones. —Aprovecho ese instante para introducirla por completo. No soy brusco. Pero es jodidamente estrecha y tengo que ejercer mucha presión. —Shhh. Lo estás haciendo muy bien. —Alabo cuando ahoga varios lamentos. Su cuerpo vibra y lucha tratando de no retorcerse. —Buena chica. —Completamente inmóvil. —Te quiero. —Lee en mis labios a través de nuestro reflejo en el espejo.

Mi chica asiente y expulsa el aire retenido.

—Puedes aguantarlo, preciosa.

No pienso joderla, tampoco dejar de ser yo, porque sé que eso le encanta.

Le coloco el brazo hacia delante de nuevo y me sujeto a sus caderas.

Un baile en el que me retiro y vuelvo a hundirme por completo da comienzo. Lento, controlado, jodidamente embriagador, y sin pausa.

Cada vez que retrocedo tengo que hacer muchísima fuerza para volver a introducirme.

—Baja tu mano y mastúrbate para mí. —Quiero que se corra. Yo no aguantaré mucho. No la primera vez que le doy por el culo. Tengo los huevos a punto de explotar.

A cada segundo que pasa se lubrica más. Cada vez que retrocedo, se siente abandonada y eleva el culo, siguiendo mis movimientos. Sedienta de mí.

—¿Quieres que te dé más fuerte? —Enredo la mano en su pelo, le doy un tirón y reafirmo su postura frente al espejo.

—Sí.

Me detengo. Clavo mi postura.

—Suplica.

CAPÍTULO: 33

Cassidy.

—Suplica.

—Por favor…

—O te lo curras un poquito más, o te la saco del culo y me corro en tu boca, muñeca.

Contemplo su pecho sudoroso, su pelo mojado pegado a la frente, los músculos de sus bíceps tensos. Las venas marcadas forman ríos de tinta azul en su cuerpo, su sonrisa tras ese semblante serio y exigente.

—Rómpeme, Grayson. Úsame a tu antojo. Te lo suplico, acaba conmigo.

Sus labios se curvan mostrando una sonrisa siniestra, y sus dedos se clavan en mis caderas.

—Tú lo has querido.

Es todo cuanto escucho antes de que dé inicio una marcha de descomunales y agresivas embestidas.

El saqueo a mi cuerpo me lleva a arquear la espalda.

Buscando un alivio que en realidad no deseo.

Necesito esto. Necesito el dolor, su placer.

Cuanto más lo disfruta él, más satisfecha me siento yo.

Empuja mi cabeza contra el lavamanos, aplastándomela contra el fondo, reteniéndome con su brazo de acero y abre el grifo del agua fría.

Cae de golpe. Grito en un primer momento y luego trato de contenerme.

La presión que ejerce tapona el desagüe. El agua alcanza nivel y Grayson no deja de follarme como no lo había hecho nunca nadie. Los violentos empales me arrancan gritos, jadeos, un placer y dolor indescriptibles.

Escupo cuando el agua llega a mi boca. Aguanto las embestidas. Solo quiero correrme, solo pienso en correrme. Sé que lo conseguiré en cuanto sienta cómo Grayson se pierde por completo, se derrama en mi interior.

Sentir que su semen me inunda es una señal que mi cuerpo no puede ignorar, mi orgasmo es inmediato.

Gorgoteo. Hiperventilo y mi cabeza queda sumergida por completo en el agua mientras él no deja de gruñir, follarme y empujarme hacia el precipicio.

Tan inmerso en lo suyo que temo que no se percate de que me resulta imposible respirar, de que me estoy ahogando. Presa del pánico comienzo a gritar. El agua ahoga mi sonido y Grayson se tensa, arremete con fuerza y cuando creo que estoy a punto de desmayarme, con un movimiento rápido y estudiado, saca mi cabeza del agua, abandona mi interior de golpe, me da la vuelta, obligándome a enroscar mis piernas en su cintura y mis brazos en su cuello. Camina los pocos pasos que nos separan de la cabina de ducha. De un manotazo abre el grifo, empotra mi espalda contra la pared, y me penetra el coño al mismo tiempo.

Alza la cabeza al techo y gruñe mientras da los tres o cuatro últimos empales, antes de tensarse de los pies a la cabeza y llenarme con su esperma.

Siento un calambre en los dedos de los pies, sube a la velocidad de la espuma por mis tobillos, pantorrillas, muslos… Hasta instalarse en mi sexo, y un descomunal orgasmo me atraviesa.

Siento la polla de Grayson sacudirse y palpitar en mi interior mientras no puedo evitar correrme.

—Grayson… —Es lo único que me permite decir, lo único que se me permite pronunciar. Su nombre cuando alcanzo el orgasmo.

Recupera la respiración mucho antes que yo. Caigo desplomada sobre su pecho y le cuelo la cabeza en el hueco entre el hombro y la mandíbula.

Intento relajarme y recuperar la compostura. Le doy un beso en el cuello y me rindo por completo, abandonándome al instante de placer embriagador.

Mi cuerpo no deja de sacudirse y temblar.

—Shhh. Shhh —chista una y otra vez. —Tranquila.

Cierro los ojos y me pierdo. Soy un peso muerto.

Uno que Grayson, con un mimo sorprendente, tras lo que acaba de ocurrir entre nosotros, tras la rudeza con la que me ha tratado, estrecha contra él con mucha delicadeza.

Besa mi coronilla.

—¿Estás bien? —asiento contra su piel.

En silencio me coloca bajo la cascada de agua caliente y el alivio en mis músculos es inmediato.

Se dedica a enjabonarme despacio y repartir un sinfín de besos en cada zona de mi cuerpo que enjuaga.

Me sienta en el pequeño taburete plegable de espaldas a él y masajea mi cuero cabelludo, esparciendo el champú.

No sé cuánto tiempo transcurre. Estoy a medio camino entre este mundo y el de los sueños, cuando me cubre con un mullido albornoz, seca mi pelo con el secador y me introduce en su cama, completamente desnuda.

Coloca un brazo a modo de almohada y me estrecho más contra él.

—Descansa, cowgirl.

Deposita un beso en mi frente.

—Te quiero.

—Y yo a ti, muñeca. —Es lo último que escucho.

Escondo la cara en el costado de Grayson y lanzo un sonoro bostezo. Escucho su risa a boca cerrada y cuando puedo alzo la cabeza, pero otro bostezo me atraviesa y vuelvo a mi refugio.

Es como si él no pudiera escucharme y no supiera que estoy despierta.

Deposita un beso en mi coronilla.

—Buenos días.

—Buenos días… —Suelto bostezando por tercera vez.

—Pareces cansada.

—Solo lo parece.

—Ya.

—¿Qué hora es? —pregunto al recuperar la compostura, dibujando ochos con las yemas de mis dedos en su pecho.

—Temprano.

Trato de incorporarme, Grayson me retiene.

—Tu madre me pidió anoche que la acompañara a casa de tus abuelos. —Medito su confesión. Realmente no sé cómo sentirme al respecto. —Tengo que ir… —Apoyo la palma de la mano en su mejilla y su barba de dos días —nunca la corta más—, raspa mi piel. Me encanta esa sensación. Entiendo que deba hacerlo.

—Lo sé.

—¿Vendrás?

Apenas conozco a mi familia por parte materna. No estoy muy segura de lo que debería hacer. Lo que sé es que no quiero que Grayson esté a solas con mi madre. Puede que me lleven los demonios y tenga que tragar con que siga casado con ella, pero no voy a alejarme de él.

—Sí.

—Si no te sientes cómoda…

—Voy a ir. —Lo corto.

—Déjame hablar —recita con tono a medio camino de la impaciencia, pero sosegado. —Si no te sientes cómoda, tendrás allí a Logan y a Zoey. Por supuesto, yo no voy a alejarme de ti.

—Gracias. No me preocupa su familia. La que me toca las narices es ella.

Grayson hace un gesto, confirmando que él opina lo mismo. Retiro las piernas de la cama. Ahora que sé que no va a trabajar, no tengo tanta prisa.

—Ey… —Atrapa mi brazo y según me incorporo, su mano se va deslizando por él, hasta que solo las puntas de nuestros dedos se rozan.

—Vuelvo enseguida.

Desayuné con Grayson en la cama.

Jugamos un rato mientras nos duchábamos juntos y luego volvimos a separar nuestros caminos como todas las mañanas.

No lo llevo bien. No voy a mentir. Por lo menos desde que sé lo que ocurre, entiendo que no estoy sola en esto, que él odia esta situación tanto como yo. Y aunque la impaciencia a veces me puede, sé que debo ser paciente y esperar.

Cuando mi madre se enteró de que todos nos apuntábamos a la excursión, no le hizo mucha gracia.

Puede que no lo dijese, pero era evidente.

Asher y Brenda, mis abuelos, son encantadores.

Hacía tanto desde la última vez que los vi que apenas recordaba sus caras.

Nos hicieron sentir cómodos desde el principio. Zoey no se separó de mí desde que cruzamos el umbral de su casa. Logan fue a lo suyo. Aun así, se mantuvo pendiente todo el tiempo.

La mirada de Grayson no me abandona, aunque toma asiento al lado de mi madre.

Después de que nos presentaran un sinfín de gente; tíos, tías, primos, incluso vecinos, de la que no recuerdo el nombre de nadie, nos sentamos alrededor de una gran mesa.

—No me gustan las judías —susurra Zoey a mi oído.

—Lo sé. —Es lo único que no tolera. No veo necesario hacérselas comer. —Las apartaremos a un lado y comerás el resto. —Se balancea en mi regazo.

—No quiero comérmelo. Sabe a judía.

—¿Qué pasa, ratoncita? —interviene Grayson desde el lado opuesto de la mesa, al comprobar que algo no cuadra con su hija.

—No me gustan las judías. No pienso comerlas —repite.

Grayson, en lugar de tomar una decisión por su cuenta, a lo que tiene pleno derecho, opta por decir.

—¿Qué te dijo Cassy? —Es el primer zasca para mi madre que parece estar siendo evaluada desde que entramos en esta casa. Al menos con respecto a Zoey. Y es que la diferencia es notoria. Mientras no se separa de mí a ella la rehúye. Las dos veces que intentó hacerle una carantoña forzada solo para que el resto de su familia apreciara su afinidad con la niña, Zoey se sacudió, zafándose de su toque y rodeándome a mí, se aferró a mis piernas. El que ahora tampoco coma en la mesa junto a ella y Grayson, llamó la atención. Pero que su padre deje a mi criterio la actuación para con ella lo hace muchísimo más.

—Dijo que no tenía que comerlas.

Le guiña un ojo a su hija y sigue la conversación con mis familiares.

—Sabe a judía —insiste.

—¿Quieres que pongamos un poquito de puré en mi plato? Yo no tengo judías en él.

Asiente feliz y finalmente consigo que se ponga a comer.

—¿Hoy vamos a ir a ver a Buck?

—No lo sé, cariño. —No tengo ni idea de a qué hora llegaremos a Hidden Valley. Jamás le hago una promesa si no estoy convencida de que puedo cumplirla.

Observo a una chica morena que se sienta justo al lado de Logan. No habla mucho. Le escuché dar vagas respuestas con monosílabos, y exclusivamente si le hacían una pregunta directa, pero no deja de comerse a Logan con los ojos.

Él la ignora. Más que ignorarla, creo que ni siquiera se dio cuenta de su interés.

—Así que quieres ser profesional —dice Asher.

—Sí, señor —responde Logan a mi abuelo.

Hace un rato sacaron el tema del Bareback Riding. Al parecer, alguno de los hermanos de mi madre sigue a Zane de cerca. Él comentó que entrena con su tío, y eso, según parece, incomoda a Grayson.

No porque no quiera que su hijo persiga sus sueños, más bien porque le preocupa perderlo en el camino.

Es un deporte que comporta mucho riesgo.

Y Logan tiene la misma cabeza que su tío: temeraria.

Brenda aprovecha el ir a la cocina a buscar más pan para, al pasar por detrás de mi madre, acariciar su mejilla. Sonrío a su gesto. A mi madre parece molestarle. Voltea el cuerpo en dirección a Grayson y le pasa el brazo por encima de los hombros.

Mi chico carraspea.

Su incomodidad es palpable. El toque de atención solo la lleva a estrecharse un poco más contra él.

Las fosas nasales de Grayson se dilatan y yo tenso la mandíbula.

—Tranquila, leona —se cachondea Logan en un susurro.

—Y una mierda. —Trato de protestar en voz baja, pero Zoey, que tiene la cabeza prácticamente a la altura de mi boca, forma una gran

O con los labios y la cubre con su palma.

Logan se ríe.

Aunque no puedo apartar la vista de la mano de mi madre, apoyada sobre el pectoral de Grayson, siento la mirada de mi abuelo.

—¡Mami! ¡Has dicho una palabrota! —Se queja Zoey.

El cabrón de Logan vuelve a reír con más ganas.

—¿Mami? —No sé quién lo pregunta, deben ser varias personas porque escucho más de una voz al unísono.

—Esto va a ser divertido —murmura Logan a mi oído.

—¿Te llama mamá? —insiste mi abuelo con los ojos entornados.

—Sí —brama Grayson como si fuera lo más natural del mundo.

La cara de mi madre es un poema.

Se congela en el acto.

—Es extraño —dice una señora de la misma edad de mis abuelos, supongo que es una de sus vecinas. —Porque debería llamar así a tu hija, quien se supone que es su madrastra… —explica a mi abuelo.

—¿Qué es madraslastra? —pregunta Zoey. No tengo cuerpo ni para explicarle a la peque que acaba de pronunciarlo mal.

Grayson retira el brazo de mi madre de su cuello sin pudor alguno.

—¿Perdona? —escupe mi madre, enderezando su postura y con los ojos fuera de las órbitas.

—Agradecería que dejáramos este tema. —Grayson es tajante.

Me pongo en pie, con la intención de coger a mi niña en brazos y retirarme. Zoey no tiene por qué escuchar lo que hablan. Es una niña. Obviamente, si ella no estuviera presente, lo discutiría sin problema.

Antes de que pueda llevármela, se escurre de mis brazos y va al encuentro de su padre, mientras se empiezan a escuchar varios

comentarios sobre el tema, pese a que Grayson acaba de pedir que lo dejen.

—Papi, ¿qué es…

No duda. Acerca la cara a la de su hija y sin controlar su tono de voz, pide con calma.

—Ve fuera con mamá, ratoncita. —No le tiembla la voz cuando él mismo se dirige a mí como a la madre de su hija. Por extraño que parezca y consciente del problema que esto puede acarrearnos, me siento orgullosa de él, hasta el ridículo. Mira a su hijo y este se levanta de inmediato. —Logan os acompañará a ver a los caballos.

—¿Tienen caballos? —pregunta emocionada.

Su padre asiente y le da un toquecito en la nariz.

—Luego vienes tú con nosotras, ¿vale?

—Vale —acepta tratando de no alargar el momento.

La atención de todos los presentes está puesta en Grayson y Zoey, hasta que ella le da un beso a su padre y viene corriendo con los brazos abiertos. La subo a mis brazos y la envuelvo con ellos.

—¿También tienen potros?

—Vamos a comprobarlo —siseo tratando de mantener mi voz a raya y que no me tiemble. Mientras siento que ahora nos miran a nosotras. Eso sí, nadie vuelve a abrir la boca, desde el último comentario de mi chico.

Logan me sonríe con ternura y abandona la estancia con su hermana y conmigo.

—Tienes que dejar de darle vueltas.

—No puedo.

Hace casi diez minutos que salimos a la finca. No encontramos caballos. Tampoco los buscamos. Me senté en las escaleras del porche y Logan lo hizo a mi lado. Zoey se entretiene en una hamaca

con el teléfono de su hermano. No se lo deja a menudo. Por eso, cuando lo hace, aprovecha a base de bien.

Estamos lo suficientemente apartados para hablar sin que ella nos escuche, al mismo tiempo, lo bastante cerca para poder vigilarla.

—Tengo que entrar —digo, frotándome las perneras de mis vaqueros.

—No lo hagas.

—No puedo dejarlo solo, Logan.

—Es mayorcito. Además, ¿qué crees que va a pasar? —Muerdo mi labio inferior. —Joder, tienes miedo de que sepan lo que tienes con mi padre.

—No lo entiendes —me defiendo.

—No soy estúpido, Cassy. Claro que lo entiendo. Mantén la calma. Sabe lo que se hace. —Frunzo los ojos. —Vale, vale —admite exponiendo la palma de las manos. —No tiene ni puta idea. Tú, tampoco. Así que deja que él se encargue.

Suspiro y dejo caer la cabeza sobre mis rodillas. Una cortina de pelo rubio me oculta. *Estamos jodidos*. Es todo lo que atino a pensar.

—No te preocupes.

—Es imposible no hacerlo, Logan.

Se levanta de un salto y se coloca frente a mí con las piernas semiabiertas. Me señala con el dedo.

—Ya lo tengo.

—¿Qué tienes?

—Confía en mí. Es un plan perfecto. —Levanto la cabeza y la inclino. Nos señala a ambos. —Tú y yo —dice.

—¿Qué? —pregunto sin entenderlo.

—Tú y yo —repite. —Solo tenemos que decir eso. Que no sois tú y mi padre, sino que somos tú y yo. Dime que no es perfecto.

Comprendo las ganas de ayudar de Logan. Eso no tiene ningún sentido y él lo sabe.

—¿Tú y yo juntos? —digo en voz alta solo para que lo escuche y se dé cuenta de que es una tontería.

—Síííí —brama alargando la vocal. Autoconvenciéndose a sí mismo. Es una locura.

—No vas a quitarle la novia a papá —interviene Zoey poniéndose en pie y dejando el teléfono abandonado en la hamaca.

Logan se ríe. Es el semblante enfurruñado de su hermana lo que lo lleva a hacerlo.

Coge a Zoey en brazos y toma asiento a mi lado.

—Claro que no, canija.

—Se va a quedar para siempre —declara ella.

—¿Quién? —pregunta su hermano, fingiendo que no lo sabe.

—Mami.

—Sí, cariño —admito por primera vez, envolviéndole la mejilla.

La puerta se abre y sale mi madre. Golpea con fuerza sus tacones contra los tablones de madera. Me dirige una mirada asesina y camina hacia la camioneta.

La observo y luego miro a Logan.

—Calma —leo en sus labios.

Grayson aparece poco después. Tras él, mis abuelos. Asher le estrecha la mano a Grayson.

—Lamento lo ocurrido.

—No tienes de qué preocuparte, hijo. Faltaría más —lo tranquiliza.

Nos ponemos en pie y Zoey se apresura a buscar a su padre.

—Papi —tira de la tela vaquera de su pantalón. —No había caballos.

Asher le sonríe.

—Sí, los hay, pero están en otra finca. Dile a tu padre que te traiga otro día a verlos.

Ella asiente.

—Gracias —dice Grayson, besando la mejilla de Brenda.

—Es una niña estupenda.

—Lo es —asegura su padre.

—¿Nos vamos a casa? —interrumpe Zoey.

Me acerco solo para darle la mano a la niña y llevármela. Un poco con la intención de que no los interrumpa. Principalmente, es mi instinto de protección el que me lleva a actuar así.

Grayson me guiña un ojo y le dedico una sonrisa nerviosa.

—Vamos, cariño —insto.

—Espero volver a verte pronto —me dice Brenda con mucha ternura en la voz. Asiento. No tengo ni idea de qué decir, ni de lo que ocurrió ahí dentro.

Logan, el mismo que se negó a que yo interviniese, me señala la camioneta con la cabeza. Reconozco sus intenciones de alejarnos del peligro. Aunque no sepa si existe o no, se acoge a eso de *mejor prevenir*…

Cruza los brazos. Su posición no es amenazante, pero sí evidencia que está alerta y se mantiene tras su padre.

Saludo con la mano y me alejo de la casa.

Mi madre está abriendo la puerta delantera de la camioneta. Cuando me aproximo, su mirada azul oscura se torna glacial..

Evidencia odio, es altiva e intimidante. Jamás me había mirado así.

—Vamos a ponernos el cinturón, cariño.

Mi madre estira el cuello y abre la boca. Obviamente, preparándose para soltar alguna perla por la boca. La señalo con el dedo y endurezco la mirada. Por ahí no voy a pasar.

Me importa una mierda lo que ocurriera, pero no si está Zoey delante. Si tiene algo que decirme, puede esperar a llegar a casa. No abro la boca cuando Grayson y Logan nos alcanzan.

—Ahora no —advierte y exige al mismo tiempo Grayson.

Ella cierra la boca muy cabreada y se monta dando un portazo.

—¿Vamos a ver a Buck? —Zoey está obsesionada con ese caballo. Han nacido al menos veinte potros este verano, pero solo tiene a Buck presente.

—Vas a dormir con el abuelo —informa su padre.

—Vale. —Se conforma sin preguntar. Es más buena que el pan. —¿Puedo llevar a Blanca?

Por el espejo retrovisor veo a Grayson y sé que va a decir que no.

—Yo te la llevo en un rato —adelanta Logan.

—¡Bien! —Aplaude ella.

Logan me sonríe, aunque sé que está tan nervioso como yo. Vuelve a articular con los labios.

—Calma.

CAPÍTULO: 34

Grayson

—Baja la voz.

Dejé a Zoey con su abuelo precisamente por esto. No me equivoqué. Skylar está fuera de sus cabales.

Nada más poner un pie en casa, subí las escaleras. No necesité pedirle que me siguiera. Me metí en su habitación y cuando ella entró tras de mí, cerré la puerta.

Cassidy y Logan se quedaron en la planta de abajo.

Advertí las intenciones de Cassy de seguirnos, pero se contuvo. Lo agradezco. No necesita presenciar esta puta escenita.

—Baja la voz —repito en voz baja por cuarta vez.

Despotrica como una posesa. Ni siquiera entiendo lo que dice. Su voz estridente y la retahíla de tonterías que suelta a una velocidad infernal me despiertan un dolor de cabeza descomunal.

Al percatarme de que no va a restarle dos puntos de intensidad a su absurda reacción, se me hinchan las pelotas.

Golpeo la pared con un puño.

—¡Baja la puta voz! —gruño entre dientes sin elevar la mía, manteniendo las formas, también el firme, dejando claro que no voy a tolerar esta mierda.

Ella se congela al instante.

Me observa y se cubre el rostro con los antebrazos. ¿Qué cojones? ¿Qué hostia cree que voy a hacerle? ¿Está de puta broma?

Me siento atacado, ofendido al instante.

No le he puesto la mano encima a una mujer en la puta vida, aunque esta se lo merezca.

—Estás negándome mi sitio.

Esto es de coña.

—Nunca fue tuyo, Skylar. Tú te encargaste de ello.

Su puta indignación no es más que un ataque de celos.

—Teníamos un trato.

¡Vaya! Ahora se acuerda. A buenas horas. Un trato que, por cierto, ella no cumplió en ningún momento, uno que hasta día de hoy sigue sin cumplir. Aunque ya no es necesario, su oportunidad pasó de largo hace mucho tiempo.

Lo dije muchas veces. Al principio, le pedí por activa y por pasiva que cambiara la actitud. Si aguanté a esta mujer y no la largué al percatarme de cómo era, fue solo por Cassy, porque mi hija se encariñó con ella y yo me enamoré como un jodido desquiciado. No lo voy a negar.

—Pues ya no lo tenemos.

Estoy hasta la punta de la polla.

No voy a seguir tragando. No dudaría en agachar la cabeza, solo porque respeto que sea la madre de mi chica. Pero es que ella tampoco puede más. No la quiere cerca. Y no hace más que jodernos la vida a todos.

Puede que mantenga la boca cerrada, que mire hacia otro lado, tratando de darle a Cassy el lugar que le corresponde y la oportunidad de arreglar las cosas a su manera. Eso no quiere decir que no tenga ojos en la cara y sepa lo que ocurre.

Si sus salidas en mi presencia están fuera de admisión, no quiero imaginarme las que tiene cuando yo no estoy.

Mantenía el temple. He visto los desplantes hacia Zoey, pero no dudo que Cassy habrá sabido ponerla en su sitio. He aguantado sus

tonterías con Logan. A día de hoy, cuando su hijo se largó hace ya no sé cuánto tiempo, todavía sigo manteniendo su habitación vacía solo por su jodida insistencia en ello, pese a que Logan y Cassy tengan que compartir una. La realidad es que mi chica duerme conmigo, pero eso ella no lo sabe.

Trago con que pase los días a su bola, tirando de mi tarjeta, sin decir absolutamente nada. Cosa que no me importaría si nos lleváramos bien.

Soy un tipo paciente. Pero hasta aquí llegué.

—No lo dices en serio. —Abre los ojos, apoyando la palma de la mano sobre el corazón.

En casa de sus padres no pasó nada. No discutimos y tampoco di explicación alguna. Nuestra vida privada no es de dominio público. Ella sí se pilló un buen rebote. Yo me limité a disculparme y afirmar que mi hija y Cassy congeniaron muy bien y que las dos recorren su camino. Es la verdad. Jamás imaginé que las cosas salieran así, aunque me alegre de ello.

Me limité a pedir respeto tanto para mi hija como para Cassy y poco más, aunque Skylar no dijo nada al respecto. Blanco y en botella.

No respondo porque ni siquiera hizo una pregunta.

—¡Es una niña! —grita de nuevo. —No va a encargarse de otra.

Ahora resulta que es una niña. Surrealista. A lo largo de este verano, le fui sacando información a mi chica. Mi intención era conocerla mejor, no interrogarla. Lo que me contó no me gustó una mierda. Ha pasado tanto de ella como de Tristán prácticamente toda la vida. Hasta el punto de hacerles sentir que eran un incordio. ¿Qué cojones de lección pretende darme esta mujer a mí? Puede que yo sea un padre de mierda, pero ella tampoco es mejor.

—No lo es. —Si tiene ese concepto, no la conoce en absoluto.

—No voy a tolerar esto… —dice mientras se cuela por detrás y abre la puerta de golpe. —¡Cassidy!

Cierro de nuevo, pero el grito ya lo soltó.

La fulmino con la mirada y ella abre la boca como si lo obvio se volviera evidente por primera vez.

Se lanza a hablar justo en el momento en el que Cassy entra en la habitación.

—Te estás acostando con mi hija.

Sabíamos que antes o después lo descubriría. Me jode no haber tenido tiempo para prepararme. Ni pienso mentir ni esconder a mi novia.

—¿Qué dices, mamá? ¿Te has vuelto loca? —El nerviosismo en la voz de Cassy es evidente. Trata de defenderse justo en el instante en el que cuadro la postura y me comporto como corresponde.

—Sí.

Skylar retrocede varios pasos, tambaleante. El interior de sus rodillas choca con el borde de la cama y queda sentada sobre el colchón.

Cassidy me observa y yo clavo la mirada en la persona que, en tan poco tiempo, se ha convertido junto a mis hijos en el centro de mi mundo.

Temo encontrar reproche, rechazo, decepción. Todo lo que veo es… Amor. Miedo, pero un amor desbordante.

—Lo siento, muñeca —susurro, negándome a esconderlo más tiempo.

Ella cabecea y literalmente se tira a mis brazos.

La envuelvo con ellos. Le cubro la cabeza con una mano y la hundo en mi pecho, ofreciéndole un refugio momentáneo. Eso no la alejará de la realidad.

—Lo siento mucho, muñeca —repito con los labios pegados a su coronilla. Sus puños retuercen mi camiseta, negándose a dejarse llevar por las emociones.

Me da un beso en el pecho y se separa un poco.

Aun así, no pienso soltarla. Mantengo el agarre a su cintura. Mi intención siempre va a ser protegerla. Mi puto instinto lo pide a gritos y no concibe lo contrario.

—No pasa nada —suelta con una sonrisa triste en los labios. Claro que pasa.

—Aléjate de ella —interrumpe Skylar con un hilo de voz. —¡Suelta a mi hija, desgraciado! —arremete levantándose de un salto.

Coloco el antebrazo delante, formando una barrera entre su cuerpo y el de Cassy. No creo que vaya a pegarle a ella. Pero está fuera de sí. No me arriesgaré a que le caiga de rebote.

—Estás abusando de ella.

—¿Qué? —dice Cassy sin poder creerse lo que su madre dice.

—Te aprovechas de mi hija —repite.

—No se aprovecha de nadie —advierte su hija.

—¡Es tu padrastro!

—No es nada mío.

—Baja con Logan. —Mi chica comparte varios comentarios más con su madre, todos en la misma línea. Opto por darle la espalda a la que, hasta día de hoy, un documento dice que es mi mujer, y centrarme en Cassidy. —Ve con Logan. Yo solucionaré esto —aseguro, cogiéndola de la parte alta de los brazos con suavidad para que me escuche.

—No vuelvas a tocarla. —Golpea mi espalda con los puños.

—Baja tú —pide mi chica. Niego con la cabeza. Ni de puta broma, vamos. —Grayson, por favor.

—No.

—Grayson.

La desesperación en su mirada es la que me lleva a ceder. Doy media vuelta y me dirijo a Skylar.

—Si le haces derramar una sola lágrima te hundo la vida.

—¿Me estás amenazando?

—Sí.

Me siento en el escalón más alto, negándome a alejarme. El reloj avanza y mi chica no sale de la habitación, tampoco se escuchan gritos. Eso me lleva a entender que están hablando. Ardo por dentro. Me toca aguantar y respetar su momento. Confiar en mi Cassidy. Es adulta, fuerte, y la que está con ella, pese a todas las diferencias que tengan, es su madre.

Logan acaba arrastrándome al salón, donde nos mantenemos en silencio, esperando.

Un par de horas después, mi chica aparece, con los ojos hinchados y las mejillas sonrosadas.

Ha estado llorando y las ganas de reventar el mundo son brutales.

Cubre los pasos que nos separan y, sin decir una palabra, se sienta en mi regazo y me abraza.

—Buenas noches.

Logan se levanta y se marcha.

—Buenas noches —despido a mi hijo justo antes de que alcance las escaleras.

Comprendo que solo quiere concedernos la privacidad que, sobre todo, Cassy necesita en este momento.

La estrecho con fuerza, acunándola entre mis brazos, con la esperanza de apaciguar un poco el trastorno que esta mierda de día resultó ser.

No sé qué cojones ha pasado en esa habitación. Lo que tengo claro es que mi chica ha vuelto al salón muy afectada.

—Te quiero. —Sus labios cosquillean mi cuello.

—Lo sé, muñeca. —Lo ha demostrado con creces. —Eres mi jodida vida.

—También lo sé. Se te nota —bromea ella sin gana alguna de hacerlo.

—Todo se arreglará. —Prometo, esperando que así sea.

Pasamos varios minutos en la misma postura. Mi teléfono suena y vibra encima de la pequeña mesita de centro.

El nombre de mi padre ilumina la pantalla. Cassidy lo coge al vuelo, poniéndose en pie.

—¿Zoey está bien? —Su angustia me traspasa. No es habitual que mi padre llame tan tarde.

—Sí. Claro, está perfecta. Pásame a Grayson, por favor —escucho a mi padre al otro lado de la línea.

Me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Qué está pasando, hijo?

—¿A qué te refieres? —pregunto descolocado, acercándome a la ventana del salón. Pero justo en ese momento, comprendo la preocupación de mi padre. Una luz azul, parpadeante, se aproxima a mi casa. —Tengo que colgar.

—Voy para allá…

—No —corto. —Tú quédate con Zoey.

—Hijo… —protesta.

Cuelgo y miro a Cassy que niega con la cabeza mientras los ojos se le llenan de lágrimas.

Skylar desciende las escaleras en ese momento.

—¿Qué has hecho? —grita Cassy fuera de sí. Skylar alza la barbilla y desafía a su hija con la mirada. —¿Qué mierda has hecho, mamá?

—Lo que debía —responde, tranquila. —Es un criminal.

—Maldita hija de… —Cojo a mi chica por la cintura antes de que esto se descontrole del todo. —Grayson… —solloza.

—Todo saldrá bien…

—Grayson… —llora contra mi pecho.

—Todo va a salir bien… —Atrapo su carita entre mis manos. —Te lo prometo, muñeca. —Beso sus labios. Ya no me importa una mierda nada. —Te quiero. —Asiente y me devuelve el beso.

Skylar abre la puerta mientras yo abrazo a la única persona que me importa de esta estancia.

Roger, el jefe de policía de Kerrville, a quien conozco bien, entra en mi casa.

—Lo siento, Ashford.

—Lo sé. —Cassy se niega a soltarme. —Cowgirl. —Sus lamentos cruzan la casa. —Ey…

—¿Papá? ¿Qué ocurre?

—Muñeca, por favor.

—No, no, no, no… —repite en bucle.

Miro a mi hijo, quien aprieta los dientes con fuerza.

—Ashford… —reclama Josh, otro viejo conocido.

—Dadme solo un momento, joder —rujo, con desesperación.

Está destrozada. No consigo hacer que me escuche y no voy a alejarla de mí a base de fuerza bruta.

Cassidy se aprieta contra mí. El temblor de su cuerpo se torna, a cada segundo que avanza el reloj, más agresivo. Los sollozos dejan de ser intermitentes, y apenas es capaz de respirar entre uno y otro.

Retuerce mi camiseta entre sus puños e hiperventila sobre mi pecho. Sus lágrimas la atraviesan y calan hasta mi piel y mis huesos.

—Muñeca, por favor.

Dudo ni siquiera que pueda escucharme.

Un lamento agónico abandona su garganta y su pequeño cuerpo convulsiona, colisionando contra el mío. Rígido y duro como una tabla.

En milésimas de segundo, decidido a terminar con esta agonía para ella, estallo de nuevo mi boca contra la suya. Me empapo de su sabor. Necesito recordar esto. Necesito recordarla a ella. Pero verla así me está matando. Y no tengo ni puta idea de lo que va a ocurrir a partir de ahora. Lo que tengo claro es que pinta muy mal. Yo sabía que esto podía pasar. Quise negármelo a mí mismo. Me negué a ver la realidad y pensar que mis actos no tendrían consecuencias devastadoras. Lo único que me revienta el puto corazón es hacérselas vivir a ella.

—Logan. —Mi hijo asiente y atiende mi petición. Rodea la cintura de Cassy y la aparta de mí.

—Nooooo. Suéltame, Logan. Nooooo.

Me rompe el puto alma.

Las lágrimas descendiendo a toda velocidad, manchando sus mejillas de porcelana. La desesperación de su voz rota y desgarrada. El desconcierto y tormento que leo en su mirada.

Aparto la vista. No puedo con esto. No soporto verla así.

—¿Puedes ponérmelas fuera?

—Claro —dice Roger sin dudar un segundo. Colgando de nuevo las esposas en su cinturón. No quiero que Cassy presencie mi detención, aunque ya es un poco tarde para eso.

—Vámonos ya.

Josh me da un par de palmadas en el hombro y, antes de salir por la puerta, coge mi sombrero que cuelga del perchero cerca de la entrada y lo coloca sobre mi cabeza. Agradezco ese gesto y significa muchísimo para mí. Quiere decir que conocen la clase de hombre que soy y me respetan por ello. Sé que hacer esto les está jodiendo. Pero es su trabajo y nunca los culparía.

—Cuida de Zoey. —Le pido a mi hijo. —Y cuida de ella. —Mi chaval asiente. Cruzo el umbral, completamente destrozado.

Roger cierra tras de sí y coloco las manos a la espalda.

—Sé que ya te he dicho esto, Ashford… Lo siento.

—Es tu trabajo.

Escucho llorar a Cassidy. Imagino a Logan reteniéndola y a ella luchando por librarse de su agarre y correr en mi busca. Lo último que quiero es que presencie este momento.

—¿Podemos acabar con esto de una vez?

—Señor Ashford, tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga puede y será utilizado en su contra ante un tribunal. Tiene derecho a un abogado. Si no puede pagar uno, se le asignará uno de oficio. —El hermano de este hombre es mi abogado. Tiene gracia. Lleva prácticamente toda la vida trabajando para mi familia. —¿Entiende los derechos que le acabo de leer? —Asiento, y él baja las escaleras del porche conmigo, mientras Josh abre la puerta trasera del vehículo policial. —Queda detenido por violar el artículo 25.02 del código penal de Texas, bajo el cargo de conducta sexual prohibida. Se le acusa de haber mantenido relaciones sexuales con su hijastra, una persona considerada familiar por afinidad según la ley estatal. —Cassy descorre la cortina y se lleva las dos manos a la boca. Fijo la vista en ella cuando Roger coloca su mano en mi cabeza para evitar que me golpee contra el coche. Cierra la puerta y sigo contemplando a mi chica.

—Este es un delito grave en tercer grado —continúa Josh, sentado al volante. —Será trasladado a… —Dejo de escucharlo porque solo puedo verla a ella, escuchar su dolor a un par de decenas de metros, palpar su angustia y empaparme de su miedo.

—Te quiero —vocalizo sin sonido. Mi hijo la agarra de nuevo y la aparta a la fuerza de la ventana. Cierro los ojos, sintiendo un dolor punzante en el pecho.

—Será puesto bajo custodia y presentado ante el juez en las próximas veinticuatro horas, conforme al procedimiento —finaliza cuando el vehículo comienza a alejarse.

Mi casa se vuelve un punto lejano.

—Quiero que sepas… —Dice Josh. —Que no creo ni una palabra de las acusaciones por las que hemos tenido que detenerte…

—Son ciertas.

Tuerzo la cabeza y fijo la vista en la ventanilla, cortando toda opción a conversación. No estoy de humor y no pienso volver a esconder a Cassy. Ya no.

CAPÍTULO: 35

Cassidy

No he pegado ojo en toda la noche.

Ya no me quedan lágrimas que llorar.

Logan no se separó de mí ni un minuto. Agradezco que quiera apoyarme, pero necesito estar sola.

He llamado un sinfín de veces a la comisaría de Kerrville. No han querido decirme absolutamente nada. Logan acaba de colgar y a él sí le informaron de que Grayson ya no está allí.

Tras su detención, su registro y primera interrogación, lo trasladaron a la prisión del condado hace un par de horas. Allí lo mantienen a la espera de la audiencia inicial con el juez. Al parecer, eso ocurre dentro de las primeras cuarenta y ocho horas.

Dos días. No puedo dejar a Grayson allí tanto tiempo.

—Voy a llamar al viejo.

—Vale —respondo, con voz ausente y la vista fija en los azulejos de la cocina, mientras me sirvo la enésima taza de café. La acabaré vertiendo por el desagüe como hice con las demás.

Logan abandona la cocina y me mantengo inmóvil en esa posición. Froto mis antebrazos.

Hasta ayer por la noche no me percaté del frío que hacía. No consigo templar mi cuerpo. El frío cala mis huesos. Creo que es por eso por lo que sostengo la taza caliente entre mis manos, en busca de un poco de alivio. No llegará, estoy convencida.

Mi madre desapareció ayer sin hacer ruido, después de haberla liado. Supongo que se escondió en su habitación.

Entra en la cocina como si fuera un día normal. Aprieto los molares y de pronto la veo como la rata que es, que siempre ha sido. Le importa una mierda todo el daño que causa, llevarse por delante a quien sea por un mero capricho. No se arrepiente de su denuncia. No se retracta de su actuación.

Abre la puerta de la nevera y saca un cartón de leche. Sacudo el brazo y de un manotazo lo tiro al suelo.

Abre la boca, como si mi reacción la pillara por sorpresa.

El contenido de mi taza se derrama cuando la porcelana se hace añicos al golpear contra las baldosas.

—Largo de aquí.

—Es mi casa —responde con una dignidad que no le corresponde.

—¡No! —grito. —Es la casa de Grayson.

Debe de creer que la estoy echando de la cocina, cuando en realidad lo que quiero es que se marche del rancho y que lo haga ya. Quiero que abandone Hidden Valley Ranch para siempre, que salga de esta casa y de mi vida.

—Coge tus cosas y vete de esta propiedad.

—¿Has perdido la cabeza?

—¡Que te marches! —bramo empujándola con toda la fuerza que poseo, haciéndola caer de culo.

—El viejo se quedará con Zoey un par de días hasta que todo se solucione… —Las palabras de Logan mueren cuando entra en la cocina y se da cuenta de que mi madre está tirada por los suelos. —Eh… ¿Cassy?

—No voy a ir a ninguna parte, Cassy.

¡Qué equivocada está! ¡Claro que lo hará! No tiene opción. Es ridículo que piense que puede hacer lo que hizo, y que todo siga como siempre. Ya no tengo que esconderme. Ya no pienso

aguantarla. Ya no la acepto en mi vida. Mucho menos en la de Grayson y su familia.

—O sales de esta casa y de mi vida por tu propio pie, o te juro que te saco a rastras.

No intento mantener la compostura, sé que la he perdido por completo. Me importa una mierda. Solo quiero que desaparezca. Quiero sacar a Grayson de esa maldita prisión y no volver a ver a esta mujer jamás.

Le conté lo que ocurrió. Anoche, cuando nos quedamos a solas, la desesperación de calmar las cosas me llevó a sincerarme con ella y a hablarle sobre la relación que me une a Grayson y a implorarle comprensión. Me apoyé en ella, apelé a su humanidad. Puede que no fuera la mejor madre del mundo, ¿quién lo es? Pero le abrí mi corazón. Le confesé que estaba enamorada de Grayson, que adoraba a Zoey y que los necesitaba en mi vida.

No le hizo gracia, pero jamás imaginé que fuera capaz de denunciarlo.

No se trata de mí, ni siquiera de él. Está rompiendo mucho más que una relación. Destrozando a una niña de cinco años que ya tuvo que perder a su madre. A un chaval que vive un infierno interno por sus problemas personales.

Y a una familia que, desde que puso un pie en estas tierras, no ha hecho otra cosa que preocuparse de que nada le faltara.

Grayson es un buen hombre y ella lo sabe.

—Estás loca. —No sabe cuánto.

No pienso discutir con ella. Yo no soy mi hermano ni mi padre, que bailaba al son que ella tocara. No voy a reírle las gracias, a seguirle la corriente o dejar que me manipule.

Dos pasos y flexiono la rodilla.

Así de simple.

El sonido del golpe seco no consigue reconfortarme.

—Joder… —murmura Logan.

—Me has… pegado. ¡Me has agredido!

Se lleva la mano a la nariz ensangrentada.

He hecho muy poco para lo que ella merece. No puedo hacer más que reflejar el desprecio que siento hacia ella en la mirada que le dedico.

—Denúnciame a mí también, zorra. Al menos yo te he dado motivos.

Logan se cuela en medio. Está petrificado, sin saber cómo actuar. Comprendo que solo quiere separarnos. Me sujeta por la cintura y me obliga a retroceder varios pasos. No dice una palabra. Solo insiste en alejarme de la persona que, en estos momentos, odio con todas mis fuerzas, la mujer que me trajo al mundo, solo para arrancarme el corazón con sus propias manos.

—O te vas tú o te entierro yo. Decide.

—Quiero verlo —exijo. —Necesito verlo —imploro sollozando.

Es la segunda noche que Grayson pasa fuera de casa. Encerrado en ese lugar. Solo.

Tras el incidente en la cocina, mi madre decidió llamar a mis abuelos e interponer distancia un tiempo.

Le dejé bien claro que no pisaría esta casa mientras yo siguiera en ella. Para acercarse a esta familia, tendrá que hacerlo por encima de mi cadáver.

Ya veremos qué pasa. Si se le ocurre asomar la cabeza por aquí, que se atenga a las consecuencias.

El abogado de los Ashford, que curiosamente es el hermano de uno de los hombres que se llevó a Grayson detenido, es quien nos trae información.

Al parecer, Grayson tuvo una audiencia con el juez esta misma mañana. Nos cuenta que las cosas no han salido del todo bien. Según él, era de esperar.

Él lo esperaría. Yo contaba con que mi chico estuviera en casa a estas alturas.

El juez denegó la posibilidad de dejarlo libre en espera de juicio bajo fianza.

Nos dice que la fiscalía todavía no ha presentado cargos, pero que es lo habitual en estos casos. Que lleva un tiempo. ¿Tiempo? Suena incluso ridículo.

Se le imputa un delito grave en tercer grado. En esos casos, puede llevar de dos a tres meses que la fiscalía presente los cargos.

Supuestamente, tienen que estudiar el caso y valorar los cargos que se le imputan.

Me rebelo diciendo que los cargos de Grayson ya están claros. No ha cometido delito alguno. Todo es un puñetero malentendido. Le digo que mi madre se siente despechada, tiene el ego herido y quiso hacernos daño. Pero no me escucha. No quiere entenderlo. Y yo me siento sobrepasada. No tengo ni idea de qué hacer al respecto. Dónde buscar ayuda o a quién acudir.

Él rebate mi discurso diciendo que deben estudiar el caso con detenimiento y que tienen plazo para presentar más cargos contra él.

Nos informa que es fácil que quieran sumarle agravantes como la manipulación, coacción, incluso el abuso de poder.

Es absurdo.

Jack insiste que el vivir los dos bajo el mismo techo, la diferencia de edad que tenemos y que sea el único proveedor de la familia, no nos beneficia.

En realidad, dice muchas cosas. A mí todo me suena a chino. No reconozco a Grayson en todas esas acusaciones. Tampoco se refleja la realidad que vivimos.

—El juez ha emitido una orden de alejamiento entre vosotros —explica. No puedo creer sus palabras. Mi mano derecha tiembla y Logan coloca la suya encima. Tratando de infundirme una calma que

jamás voy a encontrar. No hasta que Grayson vuelva a casa. —No tenéis permitido ningún tipo de contacto, ni llamadas, ni mensajes...

¿Qué mensajes? Está en la puta cárcel. Ni siquiera tiene teléfono.

—Tiene que ser una broma. ¡Grayson no ha hecho nada malo! —Insisto, por decimoquinta vez.

—Comprendo que es difícil de entender. No es opcional, Cassidy. Es una medida obligatoria, impuesta por un juez, mientras el proceso esté en curso. Sé que tal vez quieras hablar con él…

—No quiero hablar con él. ¡Necesito verlo! —grito poniéndome en pie de un salto —. ¿No lo entiendes? Tengo que sacarlo de ahí.

—Tranquila. —Logan se levanta y me pasa el brazo por los hombros. —Cálmate, Cassidy. Solo intenta ayudarnos.

—El saltarte la orden no os ayudará a ninguno de los dos. Al contrario, complicará las cosas bastante.

—No va a saltarse nada —asegura Logan —. Solo está nerviosa.

Cuando me entero de que el proceso se puede prolongar y que es posible que el juicio no se lleve a cabo hasta mínimo dentro de seis meses, me vengo abajo. Me rompo por completo.

No soy capaz de contener las lágrimas ni la respiración.

Me llevo las manos a la garganta y la sensación de ahogo es asfixiante. El aire no penetra en mis pulmones.

Grayson no puede estar allí tanto tiempo.

No lo soportará… Yo no lo soportaré. Hace menos de cuarenta y ocho horas que se lo llevaron y ya creo que voy a volverme loca.

—Entiendo lo que estáis pasando. Lo lamento mucho —añade Jack, disculpándose.

—No sabes una mierda —corro escaleras arriba con la intención de tirarme encima de la cama de Grayson y llorar hasta quedarme seca.

—Es un momento complicado —me justifica Logan.

—Tranquilo…

Ese hombre no tiene culpa de nada. Soy consciente. La frustración, la rabia, la impotencia y el miedo me llevan a comportarme como una cabrona.

Sobre todo, el miedo. En estas horas, he comprendido los temores de Grayson al intentar mantenerme oculta, sus motivos para no enfrentar a mi madre. La envergadura del problema en el que nos estábamos metiendo.

Cierro de un portazo y me aíslo del mundo.

Lloro contra una almohada que todavía conserva su olor.

Necesito que Grayson vuelva.

No soportaré saber que está encerrado durante tanto tiempo. No ha cometido ningún delito.

Un millón de preguntas se agolpan en mi cabeza. ¿Cómo voy a justificar su ausencia delante de Zoey? ¿Cómo le explico a una niña de cinco años que su padre no ha hecho nada malo, pero está en prisión?

Todo es tan injusto.

Su mano en mi espalda, sube por mi nuca y sus dedos se cuelan entre mis mechones.

Acaricia mi cuero cabelludo. Llevo días sin dormir. No puedo cerrar los ojos.

Cada vez que lo hago, la imagen de Grayson saliendo por la puerta de casa, junto a esos dos policías, el sentir cómo Logan me retenía en contra de mi voluntad, evitando que lo siguiera, perturba mi mente.

—¿Qué haces aquí? —pregunto al hijo del hombre del cual estoy enamorada hasta decir basta y, aun así, nunca sería suficiente.

—No has comido nada.

—No tengo hambre.

Suspira y se deja caer de espaldas en el colchón.

—Esto es una mierda. —Giro la cabeza y lo observo.

Todo lo que veo es a un chico de veinte años que se siente perdido. Intenta ponerse al frente de una situación que le queda tan grande como a mí. Y siento pena. Por él, por mí, porque somos incapaces de sacar a Grayson de ese maldito lugar, por mucho que lo intentemos. Los últimos cuatro días han sido un completo desastre.

Los pasé como un alma perdida. Vagando sin rumbo.

De la habitación al salón, pasando primero por la cocina, para luego salir un rato al porche, sin propósito alguno. Solo recordando a Grayson en cada uno de esos lugares.

No como, no duermo, no soy capaz de concentrarme en nada que no sea sacar a Grayson de donde lo tienen retenido. Se ha convertido en una obsesión.

No me quedan lágrimas que llorar, ni gritos en la garganta.

Y Logan no parece estar mucho mejor que yo.

No he vuelto a saber nada de mi madre. Algo que agradezco. Pero Jack estuvo aquí ayer diciendo que, aparte de la llamada incriminando a Grayson, por la cual lo detuvieron, también presentó una denuncia formal en comisaría.

Alegó que Grayson me manipuló. Aprovechó su rol de figura paterna para ganarse mi confianza y explotarme sexualmente. Según ella, utilizó la brecha de edad que nos divide para evidenciar el abuso de poder que ejerce Grayson sobre mí. Y un montón de sandeces más.

¡Qué hija de puta! Sabe que todo es mentira. Las cosas no fueron así.

En un primer momento, cuando me enteré, quise ir corriendo a casa de mis abuelos a partirle la cara. Tanto Jack —a quien ya le pedí disculpas por las muchas salidas de tono de estos días— como Logan, me hicieron ver que eso solo empeoraría la situación.

Me jode tener que morderme la lengua, pero no quiero complicarlo todo más.

No dejo de darle vueltas a la cabeza. Zoey comienza el curso pasado mañana. Y no tengo ni idea de lo que le han dicho o cómo han conseguido retenerla tantos días en casa de su abuelo.

Lo que sí sé es que necesita una estabilidad que ahora mismo es inexistente.

La echo muchísimo de menos.

No tengo fuerzas ni para levantarme de la cama, pero tengo unas ganas inmensas de achucharla.

—Zoey empieza las clases el lunes.

—Ah, ¿sí? —No culpo a su hermano, tiene demasiado en la cabeza como para acordarse.

Para ella es importante. No quiero que no se sienta arropada o que perciba que algo va mal. Tenía muchísimas ganas de que ese día yo la acompañara y no voy a fallarle. Si tengo que sorberme los mocos y poner buena cara, aunque muera por dentro, lo haré. Pero no voy a decepcionarla.

—Tenemos que ir a por ella.

—Cassy…

—¿Qué?

—Con todo este jaleo, no me parece el mejor momento para traer a mi hermana. La adoro, pero seamos sinceros. Ninguno de los dos está para tirar de una niña de cinco años ahora.

—Pues tendremos que estarlo —replico. —Porque tu hermana ha perdido a su madre y ahora también a su padre. No vamos a fallarle nosotros, Logan. No es una opción. No dudo que en casa de tu abuelo la traten a las mil maravillas. Pero no es su casa. Necesita su habitación, sus cosas, el calor de su hogar. Necesita que nos comportemos como dos adultos y nos ocupemos de ella. Si alguien es la víctima en toda esta locura, es ella. Y si no nos ponemos las pilas, esto acabará por pasarle factura.

Logan me observa durante una eternidad.

—Gracias, Cassy.

—No me des las gracias por joderos la vida. —No puedo evitar sentir que todo esto es por mi culpa. Si yo no estuviera en sus vidas...

Zoey tendría a su padre y Logan no se vería obligado a batallar con abogados y tener que ejercer de cabeza de familia con solo veinte años.

—No digas tonterías. Tú le devolviste las ganas de vivir a esta familia.

—Hola, hija.

—Hola, Rhett.

El abrazo del padre de Grayson me pilla desprevenida. Y me sorprende. No lo voy a negar.

Cuando decidí llevar a Zoey de vuelta a casa, en ningún momento me planteé que pudieran oponerse. Durante el camino, no dejaba de pensar lo contrario. A fin de cuentas, yo soy la hija de la mujer de su hijo. La mujer que denunció a Grayson y lo encerró en la prisión del condado. Deberían odiarme.

Tampoco me paré a pensar en qué opinión pudieran tener el padre y los hermanos de Grayson al respecto. Se acaba de saber que mantenía una relación en secreto con él. Fácilmente, podrían darme una patada y echarme de su propiedad. No dejo de ser la culpable directa de que su hijo esté en la cárcel.

Nada de eso sucede y, en cuanto Rhett abre la puerta y me ve, se lanza a abrazarme como solo lo haría un padre.

Me prometí no llorar, no perder la compostura delante de Zoey. Aunque no hay rastro de la niña. Pero me resulta imposible contener las lágrimas.

—Lo siento tanto —murmuro, secándome las mejillas, pegada el cuello de Rhett.

—Ni se te ocurra. No eres tú la que tiene que sentirlo.

—Pero hice las cosas tan mal. Nunca debería haberme acercado…

—Tú no le has hecho más que bien a esta familia, hija. No sabes cuánto he luchado para sacar a mi hijo del pozo en el que estaba sumergido. En vano. Hasta que apareciste.

Sus palabras deshacen un poco el nudo de mi garganta. Aunque tampoco puedo hallar consuelo en ellas. Creo que nada va a aliviar mi carga hasta que consiga sacar a Grayson de ese lugar.

Al parecer, Logan llamó a su abuelo para decirle que veníamos a buscar a Zoey. Rhett dice que Ethan se llevó a Zoey a los establos. La niña no dejaba de preguntar por Buck. También por su padre y por mí. Como no podían darle esa respuesta, decidieron despejarle la mente.

Rhett me confiesa que Zoey no sabe nada. Justificaron la ausencia de su padre diciendo que había tenido que salir a trabajar unos días fuera del rancho y que yo lo había acompañado.

—No me gusta mentirle. Pero no sabíamos qué decirle.

Estiro los brazos por encima de la mesa y cojo las manos de Rhett entre las mías.

—Es mejor que no lo sepa.

—Te equivocas, Cassy. —Frunzo el ceño. ¿Opina que deberíamos decirle a una niña de cinco años que su padre está detenido? —Ojalá pudiera mantenerse al margen.

—Buscaremos la forma de que así sea —garantizo.

Él forma una línea recta con sus labios y niega con la cabeza.

—No es tan fácil —acepta Logan.

—No dije que lo sea. Solo que…

—Vivimos en un pueblo pequeño. En cuanto Zoey lo pise, muchos comentarios llegarán a sus oídos. La gente no lo hace con maldad, pero aquí todo se sabe.

Al darme cuenta de lo que quiere decirme, apoyo el codo en la mesa y me froto la frente. ¿Qué mierda vamos a hacer? No tengo ni idea de cómo gestionar esto.

Adoro a Zoey, pero tengo diecinueve años. No puedo evitar sentir que no estoy a la altura.

El miedo me encoge el corazón y no dejo de pensar en un millón de cosas que podrían salir mal. Que ya están saliendo mal y yo no sé cómo hacerles frente.

No tengo ni idea de cómo solucionarlas. Aliviar el dolor de su familia, proteger a Zoey, salvar a Grayson. Me niego a creer que sea imposible hacerlo.

—Lo supe desde que se enfrentó a Zane —suspira Rhett.

¿Se refiere a lo mío con Grayson?

—¿Enfrentó? Querrás decir que lo tumbó de un puñetazo —corrige Logan.

Su abuelo asiente despacio y sonríe, aunque no hay rastro alguno de felicidad en su rostro.

—Un par de días antes le di *el discurso* por última vez. Ahí supe que ya no era necesario que siguiera empujando. Ese hombre es terco como una mula, e incapaz de ocultar sus sentimientos.

—¿Qué discurso? —pregunto bajito.

En lugar de explicarse esta vez es él quien busca mi mano. La retiene con las suyas.

El tacto de Rhett es muy similar al de su hijo. Aunque se nota el paso de los años, también son callosas y ásperas. Un signo evidente de lo mucho que trabajó a lo largo de su vida.

—No vamos a parar, ¿me oyes? —asiento, y los ojos se me llenan de lágrimas que esta vez me niego a derramar. Aunque no puedo evitar que un puchero nazca en mi boca. —No nos detendremos hasta traerlo de vuelta.

—Enorme.

Zoey me enseña a Blanca, quien parece estar exactamente igual que la última vez que la vi. Pero ella jura que ha crecido mucho. No romperé esa ilusión. Me toca romperle el corazón y contarle lo de Grayson, con eso voy sobrada.

Solo tengo mañana para ponerla al día, ya que el lunes comienzan las clases.

A Rhett le preocupa que la niña pueda escuchar chismorreos. Tiene razón, es mejor que leamos solo hasta donde podamos en casa. El impacto será menor que si se entera fuera por un comentario hiriente. Eso sería catastrófico.

Tanto su abuelo como Ethan, se han ofrecido a hablar con ella. Prefiero encargarme yo.

—Te lo dije. Parece una pantera.

—¿Una pantera blanca?

—Es que toma mucho el sol.

—Tú sí que eres un sol. Anda, ven aquí. —Tiro de ella, la siento en mi regazo y me la como a besos.

Es increíble lo mucho que he sentido su ausencia en estos cuatro días. Zoey me proporciona la única parcela de consuelo a la que puedo aspirar ahora mismo.

Estrecho su pequeño cuerpo contra el mío y ella esconde la cabecita en mi cuello.

Suspiro, luchando para no echarme a llorar.

No quiero ni imaginarme cómo tiene que sentirse Grayson. Él no solo siente nuestra falta, sino que además está lejos de su hogar, obligado a vivir la ausencia de su hija. Conociéndolo como lo hago, eso es una de las torturas más grandes a la que pueden someterlo.

—Te quiero mucho, cariño.

—¿Más que a Blanca?

—Más que a Blanca.

—Y… ¿Más que a Logan? —Qué celosilla es.

Su hermano me sonríe.

—Por supuesto.

—¿Y que al abuelo?

—Eso ni se pregunta… —interviene Rhett. —A mí no me achucha así.

Zoey suelta una risita. Por un momento envidio su inocencia.

—¿Y que a papi?

—Diferente.

—¿Soy tu preferida?

—Sin lugar a duda. Anda vete a buscar tus cosas, volvemos a casa. —Sus pies tocan el suelo y le doy una palmada cariñosa en el trasero.

No tengo ni idea de cómo voy a hacer esto. Solo sé que no puedo fallar. Nosotros somos adultos, pero esa niña…

El miedo se instala en mis costillas. Muerdo mi labio inferior y mi cabeza vuela a todo lo que se nos viene encima.

Hablar con Zoey es lo que más me preocupa, con efecto inmediato.

Debo transmitir lo mal que me siento porque Logan me abraza de repente.

—Paso a paso. No te anticipes a un problema que puede no ser real. Lo estás haciendo de puta madre.

CAPÍTULO: 36

Grayson

Han sido los cuatro peores días de mi vida.

Puedo adelantar que he vivido muchos días malos. Nada comparable a que mi hijo me la arrancara de los brazos. Me desgarró el puto corazón. Jamás nada… nada, me dolió tanto.

No consigo sacarme la imagen de la cabeza, la desesperación y el terror en su mirada.

No soporto este lugar. Aunque el sitio en sí, es una puta mierda, mi conflicto con estos barrotes, no es otro que saber el dolor que mi ausencia le causa a mis chicas.

Tengo un hijo, no lo olvido. Pero es un chaval fuerte. No me cabe duda de que sabrá defenderse ahí fuera.

Pero ellas… Joder.

Cassy… La conozco, se hará la fuerte. Echándose un peso insoportable a la espalda y fingiendo que puede con todo. En el fondo, es frágil. Se sentirá perdida y sola. La confianza en sí misma flaqueará y yo no estaré ahí para sostenerla.

Mi pequeña solo tiene cinco años. Ya ha perdido una madre. Y ahora…

Golpeo el puño contra el muro de cemento.

Mis nudillos se agrietan al instante. La sangre me recorre los nudillos y el dorso de la mano, estallándose contra el pavimento de la celda.

Mi compañero, un tipo de pocas palabras, a la espera de juicio como yo, gruñe. Por lo que sé, a este tipo le imputan dos delitos. Homicidio y violación. En ese puto orden.

Se yergue. Hace crujir sus nudillos. Cuadro mi postura y lo miro a los ojos.

Lo último que busco son problemas. En lugares como este, si te dejas pisar, estás jodido. Aquí no hay espacio para los cobardes. Trata de pasar desapercibido, pero si alguien se fija en ti, saca pecho. Esconderte en una esquina es lo peor que puedes hacer.

—Ashford. —El funcionario de prisiones de guardia arrastra la porra por los barrotes. —Tienes visita.

Atravieso el umbral de la sala de visitas y mi hijo se pone en pie de inmediato.

Volteo el cuerpo hacia el funcionario y alzo las manos, retira mis esposas y me froto las muñecas.

—Veinte minutos.

Mi abogado dijo media hora. ¡Joder!

No lo discuto. Paso de meter mierda. Aunque diez minutos en un sitio como este, es mucho tiempo. Más cuando el juez solo me concede una puta visita a la semana.

Me acerco despacio. Cada paso retumba en mis oídos. Intento no parecer ansioso ni derrotado. La realidad es que no sé qué cara tengo, pero no es buena, estoy seguro.

Retiro la silla y mi chaval toma asiento a la misma vez que yo.

El cansancio en los ojos de mi hijo, a través del plexiglás que nos separa, me asesta un golpe de realidad.

Mi alma se retuerce. Las ganas de liarme a puñetazos con todo, derribar esta maldita división y abrazarlo, son jodidamente inmensas.

Doy dos golpecitos con el dedo al teléfono que pende del muro de pladur a mi derecha, pidiéndole que descuelgue el suyo.

—Gracias por venir. —Mi voz suena mucho más cansada, apagada, de lo que yo mismo había imaginado.

—No digas tonterías, papá.

Ahora… ¿Qué?

Se supone que tengo que preguntar cómo van las cosas cuando sé de antemano que todo es una mierda.

—¿Skylar? —Me sorprendo a mí mismo al pronunciar ese nombre.

Me importa una mierda lo que sea de esa mujer. Vive en mi casa, con mi hija, con mi chica… Supongo que es mi manera de saber si ellas están bien. Aunque sé que eso es imposible.

—La largó.

—¿Qué?

—Cassy. Largó a Skylar. —Arqueo las cejas sin creer lo que mi hijo cuenta. —Le asestó un rodillazo, le partió la nariz y la… —Mira en ambas direcciones y después añade bajito. —Amenazó con enterrarla ella misma si no desaparecía de nuestras vidas.

Me cubro la boca con la palma de la mano y carraspeo un par de veces.

Joder. Mi chica no debería verse envuelta en esta mierda.

—No debería tener que elegir entre su familia y la nuestra. Pero… Joder, papá. Le echó un par de huevos. Y yo me alegro por ello.

Sí, lo hizo. No dudo del carácter de mi novia. Tampoco de sus prioridades. Como bien explica Logan, no es justo que tenga que elegir entre Skylar y nosotros. Aunque yo tenía meridiana su decisión si algún día se veía envuelta en esa tesitura, como resultó el caso.

—Nosotros somos su familia.

—Sé que la quieres.

—No, no la quiero, hijo. Es el puto motor que mueve mi mundo. El jodido aire que respiro. La paz a la que recurro para no volverme loco aquí dentro. ¿Cómo está?

Nunca he hablado con Logan tan abiertamente, pero él lo sabía. No es nada nuevo.

Creo que lo supo desde el día en que pinchamos la rueda y él mismo me empujó a ella.

—Jodida. —Acumulo una gran cantidad de aire en las mejillas, levanto la cabeza al techo y lo expulso con los ojos cerrados. No me pilla por sorpresa. Es duro escuchar la confirmación.

—Quiero que Zoey se quede en casa, ¿me oyes? Tú y Cassy tenéis que…

—Que alguien intente impedirlo. Menuda es. Lo primero que hizo al saber que no saldrías bajo fianza, fue ir a casa del viejo a reclamarla.

Esa es mi chica. Joder, el puto orgullo me invade por dentro. Y aunque esto sea una mierda, sé que no me equivoqué con ella. Merece cada puto día que pase aquí encerrado.

—Cuida de ella. —Mi petición suena a ruego desesperado. Es justo eso.

Mi chaval asiente sin dudar con los ojos clavados en los míos.

—Zoey empieza mañana las clases.

Mi alma se rompe en mil pedazos al saber que yo no estaré allí. No la acompañaré en su primer día, como tampoco lo haré en el segundo ni el tercero y así sucesivamente.

—¿Qué le habéis dicho? —Logan encoge los hombros.

—El abuelo dice que tenemos que contarle la verdad. Cassy escuchó su petición, pero dejó claro que ella se encargaría. Se supone que hoy va a hablar con Zoey. No quiere llevarla al pueblo antes de que… Ya sabes. Nadie quiere que se entere de rebote. Esta mañana me dijo que pensaba contarle la versión resumida y de carácter infantil, que más se ajustara a la realidad. Conociendo a tu novia… —Es la primera vez que mi hijo se dirige a Cassy como mi novia. Lo es. Eso no quiere decir que escucharlo en labios ajenos no

impacte. —Hará lo que le salga de la punta de la nariz. Estoy convencido de que todo vendrá teñido de rosa y con purpurina.

—Bien. Ayúdala, pero deja que ella se encargue de todo lo referente a Zoey, que sea quien tome las decisiones. ¿Jack te entregó mi poder?

—Te refieres ¿a aquel documento en el que la dejas a ella a cargo de la custodia de mi hermana? —Sí, es cierto. Traslado mis responsabilidades para con mi hija menor a mi chica. No conozco alguien que la quiera tanto y vaya a velar mejor por ella. Pese a que Zoey es una niña afortunada. Cuenta con su abuelo, sus tíos y un hermano que la adoran. No me olvido de los padres de Keira, aunque ellos viven en otro estado y la ven en contadas ocasiones, siempre están pendientes de ella. —Es coña. Sí. No se lo he dicho porque tampoco es que necesite un papel para pillar el puesto. Ya hace y deshace a su antojo, pero si te quedas más tranquilo. se lo diré.

—Hazlo. Y asegúrate de que…

—Papá, yo me encargo. No les va a pasar nada y no les va a faltar de nada. Confía en mí.

Lo hago, confío en mi hijo. Es solo que el no estar ahí fuera para velar por ellas y facilitarles la vida, rompe la mía.

Asiento.

—Necesita hablar contigo —pronuncia sin sonido alguno.

—No.

Me muero por hablar con ella. Sé que eso solo le haría daño. Me importa una mierda la puta orden judicial. Si me juran que con eso mi chica podrá pegar ojo por las noches, o que simplemente la ayudaré a sobrellevar mi ausencia, no lo dudo. Pero temo destrozarla todavía más.

Se derrumbará.

Yo también necesito escuchar su voz. No voy a ser un puto egoísta.

—Lo necesita —insiste.

—No.

—Prueba. Si eso la altera, corta de raíz. Está destrozada y se siente culpable.

¿Culpable?

Me reclino en la silla plástica y cierro los ojos. No separo el teléfono de mi oído.

Pienso, pienso, pienso.

No tengo ni puta idea de lo que está bien o no, pero mi hijo tiene razón. Una vez. Veamos lo que ocurre.

Solo espero no hacerle más daño con esto.

—Te llamaré mañana a partir de las cinco. Es cuando podemos usar los teléfonos.

Logan asiente.

—¿Necesitas dinero?

—Se encargó Jack.

—¿Qué tal te tratan?

Entiendo su preocupación, pero no voy a mentirle a mi hijo. Este sitio es una mierda y todos los que están en él apestan, empezando por los funcionarios de prisiones, que son incluso peores que muchos de los presos.

—Controlado, tranquilo. Háblame de ti. ¿Cómo estás tú?

—Se acabó el tiempo —brama un hombre uniformado, a mi espalda.

—Todo va bien. —Es igual que yo. Siempre digo que mi hijo se parece a su tío Zane, pero la realidad es que tiene mi carácter.

—Vamos. Hora de volver a tu palacio —insiste cachondeándose el cabronazo y apoyando los puños en mi respaldo.

Mi primer instinto es impulsar el codo hacia atrás y asestarle un codazo en la cara. Me contengo.

Retiro la silla. Logan me imita.

—Cuídate… por favor —Cuelgo.

Mi chaval coloca la palma de la mano abierta sobre el plexiglás y se me revuelve todo por dentro.

Alzo la mía, la abro y cuando voy a apoyarla, el gilipollas del funcionario tira de mí.

Veo la desesperación en los ojos de Logan, su mandíbula tensa y las ganas de matar a este hombre en sus ojos.

Golpea la división transparente con el puño. Me niego a volver la cabeza. Si lo miro de nuevo, no seré capaz de abandonarlo como siento que estoy haciendo.

CAPÍTULO: 37

Cassidy

Baja los pocos escalones que dan a la acera. Corre con los brazos abiertos los tres o cuatro metros que nos separan y la atrapo al vuelo.

La mochila pesa más que ella. La fiambrera, con dibujitos que lleva en una mano, estalla contra el suelo cuando la suelta y yo la envuelvo con mis brazos.

—¡Ha sido supergenial!

—¿Sí?

—¡Sí! —afirma emocionada. —Y ¿sabes qué?

—Cuéntame.

—La misión está a salvo.

Le dije a Zoey que su padre había tenido que fingir haber hecho un montón de cosas muy feas para colarse en la prisión del condado. Que la gente haría muchos comentarios malos y absurdos porque nadie conoce la verdad.

Nosotras con la ayuda de su abuelo, tíos y hermano, tenemos que seguirles el juego para no poner en riesgo la misión de su padre. Grayson intenta liberar a una yegua que encarcelaron. La denunció un caballo que vive en un rancho vecino, y la acusó de haberle robado heno, pero eso no es cierto. El caballo está celoso porque la yegua es mucho más rápida y guapa que él.

Su padre va a convertirse en el héroe que la salve, para ello, nadie debe descubrirlo. Tenemos que ayudarlo a mantener el

secreto. Solo su abuelo, su tío Ethan, su hermano y nosotras debemos saberlo. De lo contrario, la pobre yegua podría pasar en prisión toda su vida. No podrá volver a ver sus potrillos ni al caballo que realmente la espera en su casa y tanto la quiere.

Es increíble que lo creyera. Me salva su edad. Benditos cinco años.

Si lo pensáis bien, no distorsiona tanto la realidad. O quizá sí, qué más da. Lo importante es que Zoey esté tranquila. Me niego a que se vea afectada y quiero que vea a su padre como lo que es: un buen hombre.

Tomo de la mano a mi niña.

—Señorita…

—Lawson —repito a la profesora de Zoey por tercera vez hoy.

—Tiene que firmar.

—¿Disculpe?

—Tiene que firmar —repite ella.

—Tienes que firmar en el libro de recogidas —explica Zoey.

—¿Por qué? Zoey es mi…

—Oh, no, no —anticipa ella, viéndome venir. —Todo el mundo tiene que hacerlo. Padres, tíos, vecinos, abuelos… Es el protocolo. Así queda constancia de quién se lleva a los niños. No es nada personal. —Estaba a punto de liarla.

Bajo la cabeza y mi pequeñina asiente con una sonrisa en los labios.

—Tiene sentido —murmuro para mí.

Entro, busco el nombre de Zoey en el libro. La lista no es muy larga, así que, lo localizo de inmediato.

Escribo mi número de documento de identidad y mi nombre completo. Fijo atentamente la casilla que pone parentesco. Luego observo la de los demás niños. En todos pone, mamá o papá, a excepción de algún abuelo. No dudo, donde me corresponde,

escribo: mamá. Con letras grandes y en mayúsculas. Por si alguien tiene dudas. Firmo. Cojo a mi hija en brazos y salgo mucho más feliz de lo que entré.

—Hasta mañana, Zoey —se despide su profesora.

Ella la saluda con la manita en el aire.

—¿Te apetece tarta de chocolate?

Se muerde el labio inferior y me enseña esa sonrisa, de la que despuntan varios dientes nuevos, asintiendo con mucho ímpetu.

—Vamos. Si nos damos prisa, puede que todavía encontremos un trozo en el bar Jerry.

—¿Segura? —grito desde la cocina.

—Estoy llena.

No quiere cenar. No puedo reprochárselo, antes del trozo de tarta decidió zamparse una ración de patatas y un perrito. Puede que me esté saltando un poco a la torera su dieta. Hoy es su primer día de cole. Su padre no está aquí para compartirlo con ella, por lo que, a narices tengo que ser permisiva.

—¿Puedo ir al porche a jugar con Blanca?

—¿Llevas zapatos?

—Sí.

—De acuerdo, pero no te muevas del porche y no te acerques a la escalera. No salgas descalza. —De inmediato, escucho la puerta cerrarse. —Será mejor que vaya con ella.

Logan corta mi huida.

—Déjala. Joder, eres mil veces peor que mi padre. —Se me corta la respiración. No porque me llame paranoica, soy muy consciente de ello y me importa poco. El que nombre a su padre debería ser normal, pero no puedo evitar venirme abajo cuando alguien lo hace en voz alta. Vive en mi cabeza de forma permanente. No puedo, ni

quiero alejarlo de mi pensamiento. El que alguien más lo mencione…
—Lo siento. No quería…

—No. No te disculpes, Logan. Me alegro de ser el poli malo.

—No eres el poli malo. Solo la tocapelotas.

Enrollo el paño que llevo colgado en la cinturilla del vaquero y se lo tiro a la cara.

Él lo pilla al vuelo y se ríe.

—¿Crees que tardará mucho? —Encoge los hombros.

Cuando ayer me contó que Grayson llamaría hoy a su teléfono y que esperaba hablar conmigo, no puedo explicar lo que sentí.

No será suficiente. Lo sé. Pero necesito escuchar su voz.

Logan me juró y perjuró que lo vio bien. No es un mentiroso, pero no me creo una palabra. Nadie puede estar bien viviendo en ese infierno. Mucho menos él, encerrado en ese horrible lugar.

Me informé sobre Kerr County Jail, el centro penitenciario donde enviaron a Grayson.

Principalmente, es una prisión ocupada por presos que han cometido delitos menores. Cumplen allí sus condenas. Pero también lo hacen muchos a la espera de juicio. No importan los cargos que le imputen a nadie. Puedes encontrar desde el típico raterillo de barrio, pasando por un narcotraficante de renombre, hasta un asesino en serie. Esa última parte es la que no me deja pegar ojo por las noches.

—No lo sé. Solo cuentan con un teléfono en su módulo para los treinta que lo ocupan. —Hablar de ese lugar me entristece y preocupa sobremanera. —¿Qué tal Zoey en el colegio? —Cambia de tema.

—Bien. Salió muy contenta. ¿Ya te contó que hay un niño que se llama Logan en su clase? Es nuevo y viene de…

—Chicago. Lo sé. Es lo primero que me dijo.

—¿Qué te apetece cenar?

—Cualquier cosa.

—¡Perfecto! Puré de patata y costilla entonces.

—¿Para qué preguntas, si haces lo que te da la gana? —bromea lanzándome el paño de vuelta.

Su teléfono interrumpe mi risa y de inmediato me siento culpable, yo bromeando con Logan y él…

Me cubro la boca con las dos manos. Siento el escozor de las lágrimas tras mis párpados.

Logan me hace un gesto con la mano para que me tranquilice.

—¿Sí?

Escucho una voz monitorizada. Logan cubre el altavoz del teléfono y me recuerda.

—No digas tu nombre. Bajo ningún concepto.

Al parecer, Jack le dijo que las llamadas son grabadas y pueden ser monitorizadas. Dada la orden de alejamiento que impuso el juez, es de suma importancia que no quede reflejado quién soy.

Logan teclea algo en su teléfono.

—¿Papá?

Me golpeo en la frente cuando la dejo caer contra los azulejos de la cocina, tratando de mantener el llanto controlado.

Logan me pasa la mano por la espalda.

—Sí, todo va bien… Sí… Perfecto.

No escucho lo que Grayson dice al otro lado de la línea.

—Allí estaré… Sí… Vamos, papá. Está bien… Cuenta con ello.

Un nudo se instala en la boca de mi estómago. Logan baja un poco la cabeza y me besa la cabeza.

—Te la voy a pasar, ¿vale? —Coloca una mano en mi mejilla. Acaricia mi rostro con el pulgar y me tiende el teléfono.

El tembleque de mi mano es tan brutal, que temo no ser capaz de llevármelo a la oreja yo sola.

Él se percata y me ayuda a mantenerla a raya, colocando la suya encima. Cuando acomoda el móvil a mi oído, se retira y sale de la cocina.

Mi pesada respiración es lo primero que atraviesa la línea.

—Ey… —Es todo cuanto escucho antes de romper a llorar. Incapaz de controlar mis emociones. —No me hagas esto, muñeca. Puedo aguantar lo que me echen, todo menos escucharte llorar. Me rompes el puto corazón.

—Lo siento. Lo siento…

—Shhh. Escucha, vamos a hacer una cosa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —titubeo.

—Voy a contarte algo y necesito que escuches con atención.

—Quiero escucharte. Me gusta escucharte. —Lucho contra los sollozos y por calmar mi respiración.

—Eso es bueno, porque vas a tener que escucharme durante mucho tiempo. —Río sin gana alguna. Ojalá. Ojalá eso sea cierto y lo primero que escuche por las mañanas y lo último por las noches, sea su voz. —¿Estás preparada?

—Sí.

—Te prometo que voy a salir de aquí. Necesito que aguantes un poco más, muñeca, porque voy a volver a casa. Haré lo que haga falta para que así sea. No estés mal, no quiero que sufras por mí ni que me eches en falta. Estoy ahí contigo, en esa cabecita. Coloca una mano sobre tu pecho… ¿Lo hiciste?

—Sí.

—¿Sientes cómo late?

—Sí.

—¿Sabes por qué? —Niego con la cabeza, lo cual es absurdo, no puede verme y tampoco espera mi respuesta. —Porque en ese pecho tienes mi corazón. Así que cuídalo mucho, porque si algo le ocurre, es mi fin, muñeca.

—Te quiero…

—No tanto como yo a ti. Cuida de nuestra niña, ¿vale?

—No te despidas… —sollozo de nuevo.

—Tengo que colgar.

—No…

—Volveré a llamar. Te lo prometo.

La llamada se corta antes de que pueda decir nada más. El sabor más amargo inunda mis papilas gustativas.

Mi espalda se desliza por la pared de la cocina y me siento en el suelo, con las rodillas flexionadas, contemplando la pantalla negra del teléfono. Me mantengo ausente, carente de vida.

Es como si mi alma se hubiera esfumado. Cómo si mi espíritu me hubiera abandonado. Abro la boca y no me sale la voz. Palpo mi rostro y ya no me quedan lágrimas.

—¡Mami!

—Deja a Cassy, ahora vendrá.

Escucho la voz de Zoey y luego la de Logan. Saco fuerzas de un sitio que desconozco, al reconocer a nuestra niña, como Grayson acaba de llamarla. Me pongo en pie y me obligo a seguir remando.

Tengo que aguantar. Tengo que aguantar. Digo solo para mí. *Te prometo que aguantaré.*



SIETE MESES DESPUÉS

CAPÍTULO: 38

Cassidy

Logan se levanta de la silla en cuanto traspaso el umbral de la cocina con mi hija en brazos.

—Felicidades, mocosa.

Normalmente, a estas horas, está trabajando. No quería perder la oportunidad de desayunar con su hermana el día de su cumpleaños.

Últimamente, pasa muchas horas fuera. Trata de encargarse de su trabajo y el de su padre. Se negó a que Ethan lo hiciera, aunque sé que su tío le echa una mano constantemente.

Zane decidió posponer muchos de sus compromisos para pasar el invierno con su familia. Su ayuda en el rancho fue un soplo de aire fresco. Además, Logan se está tomando muy en serio lo de seguir sus pasos. Entrenan duro y hace unas semanas consiguió que varios patrocinadores se interesaran en él.

Le ofrecieron un contrato, aunque no quiere hablar del tema. Se niega a abandonar Hidden Valley y dejarnos solas.

Yo lo animo a hacerlo. Logan tiene que vivir su vida. Y él se empeña en responsabilizarse de todos los asuntos de su padre y quedarse al frente de la familia.

—Seis añitos…

Mi hija se frota los ojos con los puños. Por las mañanas, le cuesta activarse, aunque el resto del día se convierte en un torbellino.

—Añitos, no. Ya no soy una niña —contesta cruzando los brazos.

—Oh, perdona. Había olvidado lo mayor que eres.

Una mueca de satisfacción se dibuja en sus labios. La dejo sobre el regazo de su hermano. Vierto zumo de naranja en los tres vasos que hay sobre la mesa y retiro los muffins del horno.

—¿Están calentitos?

—Sí, pero ya se pueden comer. —Los conservo allí porque les gustan así, pero hace un buen rato que acabaron de hornearse.

Apoyo la bandeja en la mesa, y Zoey estira los brazos en mi dirección.

—Deja tranquila un rato a mamá —reprende Logan. El que pronuncie mi apelativo, todavía me encoge el corazón y lo desborda de orgullo.

Es cierto que no me deja a sol ni a sombra, pero disfruto de ella, tanto como ella de mí. No voy a quejarme.

Tomo asiento y me coloco a mi pequeña sobre el regazo.

—Tiene que desayunar, pitufa.

—Puede hacerlo conmigo. Yo no la molesto.

—No. No puede. Tu culo pesa, ¿sabes?

Ella abre la boca escandalizada.

—Mami… —Tira de mi sudadera para llamar la atención —. Logan ha dicho que tengo un culo gordo.

—Yo no he dicho eso.

—Mami te va a dejar sin muffins. —Por el placer de hacerla rabiar, Logan se introduce uno entero en la boca a toda prisa.

Mastica y empieza a escupir en una esquina.

—Mierda. Mierda… ¿Llevan papel?

—Claro.

—Pero, ¿quién hornea muffins caseros y les pone papel?

—No es papel, es un molde.

—Para que yo no me manche los dedos —explica Zoey. —No deberías comértelo.

—No voy a comérmelo, listilla.

Puede que se lleven un porrón de años, pero siguen manteniendo las típicas discusiones de hermanos.

—¿Hoy llamará papá? —pregunta alzando la cabeza en mi dirección.

Grayson llama un par de veces por semana. Decidimos incluir a Zoey en esas llamadas. Es la mejor decisión que podíamos tomar. Al principio nos daba miedo, no obstante, con el tiempo vimos que la ayuda a sobrellevar su ausencia.

Al rescate de la yegua le sumamos muchos más animalitos para justificar su tardanza.

Tengo que decir que Zoey está bastante convencida. Defiende la misión de su padre y la oculta al resto del mundo. Algo que, por momentos, creí que una niña tan pequeña no sería capaz de hacer. La subestimé.

En el pueblo, como era de esperar, se escuchan comentarios de todo tipo. Pero en general, hemos conseguido que la niña sea bastante ajena a ellos.

Su profesora resultó ser un encanto y de gran ayuda.

Al enterarse de lo sucedido con Grayson, envió un comunicado a todos los padres del colegio, exigiendo respeto para su hija. Admito que los demás padres, aunque muchos me miren por encima del hombro o con cara de compasión en algunos casos, se han portado. Conseguimos que ningún niño le amargara el curso. Algún comentario del tipo: *tu papá está en la cárcel* es inevitable. O *esa no es tu mamá, es tu hermana*. Nada que no pudiera solucionar hablando con ella.

—No se perdería tu cumpleaños por nada del mundo. —Doy un toquecito en su nariz con el dedo índice.

Grayson firmó los papeles de divorcio. Oficialmente, nada le une a mi madre. Nuestros abogados están luchando por su nulidad.

De mi madre he tenido más noticias de las que me gustaría. Eso sí, no he vuelto a verla, pero es como un grano en el culo. No hace más que meter mierda por todas partes.

Al mes de que Grayson ingresara en prisión, la fiscalía revisó su caso y presentó un resumen.

Intentaron acusarlo de varios delitos.

Al de conducta sexual prohibida, por el que fue arrestado, se le sumaron acusaciones como coacción, abuso de poder, agresión sexual en segundo grado y abuso sexual continuo en primer grado.

Cuando Jack nos informó de los nuevos cargos que se le imputaban, mi mundo se derrumbó.

Pasaron un par de meses más, hasta que Jack pudo luchar contra la fiscalía e intentar aportar pruebas de que eso no era cierto. No nos hicieron caso.

Según la ley, Grayson era el principal proveedor económico de la familia, vivíamos bajo el mismo techo y yo era su hija por afinidad, pese a no haberme adoptado y ser mayor de edad. Me convierten en una persona vulnerable a ojos del estado y a él, en el depredador que no es. Sí, es absurdo, yo también lo creo. Muchas cosas juegan en nuestra contra.

Queríamos luchar por tirar abajo la orden de alejamiento. Nos rendimos sin intentarlo. Jack nos dijo que eso solo complicaría más las cosas. Nunca conseguiríamos que el juez cediese ante algo así, y a él, lo perjudicaría. Podrían aprovechar el intento para demostrar que están en lo cierto al hablar de coacción y manipulación. Es asqueroso.

Me muero por verlo. Hablamos un par de veces a la semana, aunque ya no me resulta suficiente.

Logan es quien suele acudir a todas las visitas presenciales. En algunas ocasiones, le cede el turno a su abuelo, incluso a alguno de sus hermanos. Pero normalmente quiere ir él.

No lo culpo. Es su padre y lo echa en falta tanto como nosotros. Necesita cerciorarse de que las cosas van bien, de que Grayson no

tiene problemas y verlo con sus propios ojos.

Aunque conozco a Grayson, y sé que no todo puede ser tan perfecto como nos cuenta. Nunca se mostrará vulnerable y, mucho menos, permitirá que nosotros nos preocupemos. Aunque ya lo estamos. Muchísimo.

Soy capaz de dar un paso al frente y dibujar una sonrisa en los labios todos los días, sin embargo, las noches son horribles.

Se convierten en una pesadilla interminable, aunque me mantenga despierta.

Caigo en un pozo oscuro sin fin.

Hace meses que no duermo.

La medicación para la ansiedad no funciona. La marihuana que le robo a Logan desde que toda esta pesadilla ha empezado, con la intención de evadirme, tampoco.

El dolor de mi pecho es tan agudo que temo olvidarme de respirar.

—Oye —susurra bajito Logan, al darse cuenta de que fijo la vista en la nada. —Ey, Cassy.

Me ocurre mucho.

Parpadeo varias veces y vuelvo a centrarme.

—Perdona. —Me sonríe compasivo y cabecea.

Odio que sienta compasión por mí. Es una de las razones por las que todas las mañanas me pongo la máscara y camino con paso seguro, aunque tenga que autoconvencerme de no flaquear en cada zancada.

—Vete a coger los zapatos.

—¿Y mi mochila?

—La tengo yo.

Zoey salta de mi regazo y sale disparada.

—A las cinco nos vemos donde Jerry, no te olvides —digo, levantándome y bebiendo el último sorbo de café.

Vamos a celebrar el cumpleaños de Zoey allí.

Vendrá su abuelo, sus tíos y algunos amigos de la familia. El fin de semana, tenemos preparada una fiesta con todos sus amiguitos del cole y el parque. Hoy toca celebrarlo en familia.

—Espera.

Anclo los pies en el suelo. Sé lo que va a decirme. La verdad, no me apetece hablar del tema.

—Puedo acompañarte.

—No es necesario.

—¿Por qué eres tan cabezona? Quiero hacerlo.

Con Jack me reúno habitualmente. La preocupación de Logan es porque, en esta ocasión, me entrevista la fiscalía.

No podrá entrar conmigo. Aun así, quiere apoyarme. Lo entiendo. Pero no soy una cría. Puedo manejar esto yo sola. Además, Rhett, vendrá conmigo.

La reunión con ellos es importante. Confiamos en que mi testimonio tenga mucho peso en la resolución del caso.

Es cierto que ya di mi versión de los hechos frente a Jack, pero ellos son los que cortan la carne. Tienen el poder de presentar una moción para desestimar cargos. Obviamente, nuestro abogado juega un papel importante, pero si convenzo a la parte acusatoria, de que están equivocados, ganaremos terreno.

—Tienes que hablar con los patrocinadores. —Hace días que le andan encima. No puede retrasarlo más.

—Eso puede esperar.

—No. No puede, Logan. La vida sigue.

Para mí no sigue: estoy atascada en este limbo. Pero me niego a que los demás queden atrapados en el mismo infierno. Por eso trato de alentarlos. No permitir que el tiempo se congele.

Es duro. Pero tienen que hacer su vida.

—Es mi padre el que está en la cárcel —gruñe con los dientes apretados.

—¿Crees que no lo sé? Y baja la puta voz. Zoey aparecerá en cualquier momento.

—Pues déjame acompañarte.

Suspiro. La desesperación en su voz me lleva a ceder. Asiento. Logan me abraza y lucho contra la angustia que revolotea en mi vientre.

—Puedo llevar yo a Zoey.

—¿Vamos los dos? —Lo he hecho yo a diario desde que comenzó el curso. Me gusta ser la última en despedirme de ella y la primera en recibirla. Puede que parezca una tontería, pero su padre no está. No quiero que se sienta desatendida. Así que haré todo lo que esté en mi mano para que eso no suceda.

—De acuerdo.

—¿Desde cuándo conoce al acusado?

No puedo evitar sentirme nerviosa a pesar de haber repasado esto un millón de veces con Jack.

Me revuelvo en la silla.

Cruzo la pierna por encima de mi rodilla.

Suelo vestir con vaqueros, camisetas, sudaderas y deportivas.

Hoy llevo un vestido que odio y unos tacones que no son muy altos, pero me molestan muchísimo.

Según Jack, las apariencias dicen mucho. Y los prejuicios están a la orden del día. Parece ser que una madre con vaqueros es menos válida que una con un traje de chaqueta.

¡Absurdo!

Yo tuve una así y os puedo garantizar que deja mucho que desear.

—Desde el dieciocho de mayo del año pasado.

—¿Cuánto tiempo vivieron juntos bajo el mismo techo?

—Tres meses.

—¿Cuándo dio comienzo su relación afectiva o sexual?

No hay ni empatía ni emoción en estas personas.

Se sientan en una mesa circular frente a mí. Me siento juzgada, atacada, lo que parece una completa burla. Según sus acusaciones, yo soy la víctima. No quiero imaginar cómo tratarán a Grayson, que, a sus ojos, es culpable, aunque nadie lo haya condenado todavía. Ni lo harán. No si yo puedo impedirlo.

—Son dos cosas distintas —respondo.

—Explíquese.

—Mi relación afectiva con Grayson —pronuncio su nombre porque me niego a dirigirme a él como ellos lo hacen —. Se fue dando poco a poco. No hay una fecha concreta. Surgió.

—Surgió… —parafrasea una señora de mediana edad, juzgándome sin conocerme de nada.

—¿Tenía el acusado autoridad económica sobre usted?

Sé por dónde van y no pienso caer en eso.

—No es como intenta insinuar.

—No intentamos nada, señorita Lawson. Esto no es un juicio. Solo queremos conocer su versión de los hechos. —Un hombre de avanzada edad me tiende un salvavidas. Lo agradezco. Empezaba a dudar de que la sangre corriera por las venas de alguna de las personas de esta sala. Aunque Jack también me dijo que no me fiara de nadie. Podría encontrar muchos lobos con piel de cordero.

—¿Confiaba en él como figura paterna?

—Noooo. Jamás. Lo conocí con diecinueve años. El único padre que he tenido es Damon Lawson, y murió en un accidente de tráfico.

A partir de ahí, una rueda de preguntas sin fin da inicio.

—Hablemos de su *relación* —pronuncia con cierto retintín la última palabra. —¿Hubo regalos, dinero o promesas involucradas?

¿Sentía que no podía negarse? ¿Él se enfadaba si se negaba a mantener relaciones sexuales? ¿Hubo amenazas implícitas o explícitas? ¿Le pidió que no se lo contara a nadie? ¿Alguien le ha dicho lo que debía responder hoy? ¿Se siente insegura?

En ningún momento cortan mis respuestas. Parece incluso que se sienten más satisfechos cuanto más las alargo. No dejan de tomar notas y mis nervios crecen por momentos.

Jack me habló de esto. Me dijo que tuviera mucho cuidado. Porque su intención no es entenderme, sino buscar cualquier contradicción para utilizarlo en contra de Grayson en el juicio.

Dijo que tratara de no hacer demasiado hincapié en que estoy con él porque lo quiero, porque probarán a poner en duda mi madurez emocional.

Si respondo a la defensiva o con monosílabos, darán por hecho que estoy siendo manipulada.

Dijo que intentarían plantar la duda en mi cabeza. Que sembrarían la idea de que soy la víctima y no consciente de ello.

Tengo que decir que llega un punto en el que me aprieto las sienes, porque el dolor de cabeza es atroz. Y ya no estoy segura de nada de lo que he dicho. Pese a conocer mi historia. Pese a conocer a Grayson.

—¿Es consciente de que el acusado ha cometido uno o varios delitos, de extrema gravedad?

No puedo más. Me pongo en pie. Con un movimiento brusco e inesperado, incluso para mí. La silla chirría contra el suelo de madera.

—¡Enamorarse! Ese es su único delito.

CAPÍTULO: 39

Grayson

Dos metros y medio por tres. Es lo que mide la celda en la que llevo más de siete meses recluido. Un espacio mínimo, que me recuerda constantemente que ya no soy un hombre libre.

El cemento pulido del suelo, agrietado y con manchas que ni la fregona más resistente podrá borrar, las paredes de bloques de hormigón, pintadas de blanco sucio. La litera con estructura de acero y un colchón de espuma que parece papel de fumar. Ese es mi hogar ahora.

Al que me costó acostumbrarme y que ahora incluso parece cómodo. Eso es lo que más me asusta.

El inodoro de acero inoxidable en una esquina. Sin tapa, sin privacidad. Un recordatorio constante de que los hombres que vivimos en este lugar carecemos de derechos.

Somos el despojo de la sociedad. La calaña contra la que arremeter. El blanco fácil de acusación. Perdimos la credibilidad. Nuestra palabra vale lo mismo que un billete de dos dólares. No contamos con el beneficio de la duda y a muchos ni siquiera nos condenaron todavía. Les basta la acusación para colgarnos la etiqueta.

Fijo la vista en los pequeños barrotes del ventanuco de la plancha de acero que tenemos por puerta.

Expando mis fosas nasales y aspiro. El aire que penetra en mi sistema huele a desinfectante barato, sudor rancio y desesperación.

Hoy es el cumpleaños de mi hija.

El primer cumpleaños en el que no estaré a su lado. Y eso me mata, joder.

Primero fue el de Cassy, el de Logan, y ahora el de ella.

Puede que el tiempo se detenga aquí dentro, pero no lo hace fuera. Navidades, cumpleaños, acción de gracias…

Mi familia sigue adelante, con un plato vacío en la mesa. ¿Hasta cuándo mantendrán ese luto?

Es egoísta de mi parte, lo sé. Trato de formar parte cuando ni siquiera estoy presente.

El dolor de saber que tengo que dejarlos ir es punzante.

No pueden seguir esperando.

No se trata de perder la esperanza, sino de realismo.

Desde que todo esto empezó, al cargo inicial, se le sumaron muchos otros. Seamos sinceros, todo suma y sigue.

Me piden muchos años. Si ya entré sabiendo que me enfrentaba a una pena de hasta diez años de prisión, cada cargo adicional hace que esa cantidad suene hasta irrisoria.

No tengo ni puta idea de qué va a pasar. Pero no quiero que detengan el mundo. No permitiré que mi familia se congele, manteniéndola a la espera durante veinte o treinta años.

Tengo treinta y ocho años, en poco tiempo, treinta y nueve. No voy a salir de aquí. Y si lo hago, será dentro de veinticinco o treinta años con un poco de suerte.

Recuperar mi vida en el punto que la dejé es imposible.

Me resisto a dejarlos ir. Me mata siquiera planteármelo.

Cassy no vive, sobrevive a duras penas. Mi hijo plantó una barrera sólida frente a sus proyectos por encargarse de lo que yo abandoné. Mi hija… Zoey es una niña. Lo superará. Tiene a Cassy, a mi viejo… Una familia que la adora.

Esperaré al juicio por respeto a ellos. Necesitan ver para creer. Eso es porque no están aquí. No saben lo que es. Y me alegro de ello.

Cuando dicten mi sentencia, tendrán que asumir que la vida cambia. Y que yo ya no puedo formar parte de la suya.

Mi chica es joven. No puedo retenerla.

Necesita ser algo más que el recuerdo constante en la mente de un preso. Merece más.

Un fuerte clic metálico me devuelve al presente.

El zumbido del sistema hidráulico que desbloquea la puerta se apodera del silencio. Acto seguido, los bramidos de los demás presos se unen, mientras la puerta se abre lentamente. El grave chirrido así lo confirma.

No tardo en incorporarme.

Paso veintidós horas al día recluido en este agujero. Necesito respirar aire fresco o me volveré loco. Si no lo estoy ya.

Aunque el patio tampoco es mi lugar soñado.

Es pequeño y sus muros altos impiden que el aire se cuele en él. Una jaula descapotable.

—¡Moveos, vamos! —grita uno de los guardias de pie en el pasillo.

Giro en la dirección contraria y desciendo por las espaleras de acero, pintadas de color gris. Todo en este lugar es oscuro, sombrío, frío…

—Cuando salgas de aquí, vas a tener que buscarte otro coño, Ashford —ladra Kane. —El que dejaste ahí fuera estará arrugado y muy usado.

Me planto delante del gilipollas con una altura similar a la mía. Antes de que lo vea venir, cojo impulso, cierro el puño y se lo estampo.

—Y tú, una cara nueva.

No me detengo. Sigo avanzando en dirección al patio, donde tenemos un teléfono. Quiero hablar con mi hija. Sé que estará esperando mi llamada.

Cuadro la postura y elevo la barbilla. En este lugar, si te dejas pisar, estás más que muerto. No le tengo miedo a ninguno de estos imbéciles y tampoco voy a demostrarlo.

—Era una broma, vaquero. ¡Relájate! —Los cuatro subnormales que le siguen el juego ríen junto a él. No me molesto en girar en su dirección. Que se pudra en el puto infierno. No merece menos.

Kane y yo compartimos celda cuando llegué a este lugar.

Él también está a la espera de juicio. Es el preso que os comenté que acusaban de asesinato y violación en ese orden. Un puto diamante en bruto.

Como la mayoría de los que están aquí. Me niego a medirme con la misma vara que un asesino, pedófilo o violador.

No soy un santo. Lo tengo claro. Pero tampoco esa clase de monstruo, joder.

Descuelgo el teléfono…

—¿Te importa, tío? Tengo que hacer una llamada urgente.

Todos tienen que hacer llamadas urgentes.

—No es asunto mío. La próxima vez llega antes.

—Vamos, no seas así.

Le hago un gesto con la mano para que se largue. El tipo sigue insistiendo.

Me aseguro de que ninguno de los guardias tenga su atención en mí y le rodeo el cuello con el cable del teléfono.

—¡Qué te pires, hostia!

Lo libero y le doy un empujón.

—¿Vas a hablar con ese coñito tuyo? ¿Por qué no viene a verte? Ah, sí. Tiene una orden de alejamiento. Seguro que aún saboreas sus lágrimas. ¿Lloraba mucho cuando te la tirabas?

En los meses que llevo aquí, trato de mantenerme al margen.

No entablo relación con nadie, pero tampoco dejo que me toquen los cojones.

No me interesa esta gente.

Obviamente, si conocen la existencia de Cassy, es porque todos conocemos los cargos de todos. No porque yo le contara mi vida a nadie. Todo lo contrario, odio que mi chica esté en boca de cualquier gilipollas. Nadie sabe de la existencia de mi hija. Sí, de la de Logan, puesto que es quien viene a verme todas las semanas.

Cuanto menos sepan de mí, mejor. Cuanto menos sepan de los míos, mejor.

El solo hecho de que la nombre me produce arcadas.

Retiro el teléfono de la oreja y entorno la mirada.

No me gustan los problemas. Kane lo sabe, pero también sabe que no voy a agachar la cabeza. Si busca bronca, la encuentra.

La última vez me costó dos semanas en aislamiento. Me importó una mierda. En el fondo hasta agradezco no ver la cara a ninguno de estos imbéciles. El castigo no fue meterme en esa celda, sino privarme de ver a mi hijo y hablar con mis chicas.

Kane dibuja una sonrisa pérfida de medio lado, pero se aleja. Eso es lo que cuenta. No dejo de mirarlo, incluso cuando se da la vuelta, hasta que desaparece de mi campo de visión.

Ingreso mi número de identificación y PIN personal.

Cuelgo el aparato de mi oreja y la voz robótica se hace con el espacio.

—Esta llamada se realiza desde el interior de la prisión del condado de Kerr. El interno 74.835: Grayson Ashford. —Mi nombre es una locución que yo mismo grabé. —Desea ponerse en contacto con usted. La llamada será grabada y puede ser monitoreada. Para aceptarla, marque uno. Si desea rechazarla, cuelgue ahora.

En cuanto mi hijo acepta la llamada, otra voz mecánica interrumpe.

—Le quedan cinco minutos de llamada.

—¡Papá!

—¿Qué tal, Logan?

—Te paso a Zoey. Estaba ansiosa por hablar contigo.

Siempre hace lo mismo. Él es quien viene a verme, por lo que cede todas las llamadas a Cassy y Zoey, sin restarme tiempo alguno de hablar con ellas.

—¡Papiiiiiiii!

La voz de mi hija produce siempre el mismo efecto. Cierro los ojos con fuerza.

—Hola, ratoncita. ¡Felicidades! Qué mayor es mi pequeña.

Y hoy, el escozor de mis ojos es peor que nunca. Porque es su puto cumpleaños y no tiene allí a su padre.

—Gracias, gracias, gracias. Lo voy a cuidar un montón.

Cada poco tiempo, Cassy aparece con algún animal nuevo en casa. Un caballo, un burro, un gato… Es la película que mi chica se montó para explicarle mi ausencia. Admito que la admiro, aunque me esté montando una granja en el rancho.

—¿Qué hacías? Cuéntame.

—Estamos donde Jerry. Ha venido el abuelo, los tíos, Jack… —Mi abogado. —Y un montón de gente. Pero el sábado, mami me va a hacer una fiesta sorpresa.

—Ey. ¿Tú cómo sabes eso? No es una fiesta sorpresa si tú lo sabes.

—Mami no sabe que lo sé. Me hago la tonta. Pero la escuché hablar con Logan en la cocina —susurra la última frase.

Sonrío. No puedo evitarlo. Las personas al otro lado de la línea son las pocas que aún tienen la capacidad de lograr que lo haga.

—No le digas nada. No quiero que se ponga triste.

—No lo haré, ratoncita. ¿Te han hecho muchos regalos?

—Sí. Pero el tuyo es el que más me gustó. Gracias, papi.

El mío, no. El de mi novia. Yo no hice una mierda. No puedo comprarle ni un puto regalo a mi hija el día de su cumpleaños.

—Te echo mucho de menos…

Es mi señal para distraerla. Yo también la echo muchísimo de menos, pero el decirlo solo da pie a la pregunta del millón: ¿Cuándo vuelves?

—¿Qué hiciste en el cole hoy? ¿Te cantaron el cumpleaños feliz?

—Sí. Y los invité a un montón de chuches.

—Quedan dos minutos —interrumpe el mensaje automático.

Joder, si acabo de descolgar.

—Pásame a mamá, ratoncita.

Es jodido percatarse de que ya no protesta cuando corto la conversación de golpe. Antes lo hacía constantemente, incluso lloraba. Ahora se ha resignado. Es muy jodido darse cuenta de eso.

—Te quiero.

—Y yo a ti. Te quiero muchísimo. No lo olvides, pequeña.

—No lo hago, papi. No soy una niña pequeña. No olvido las cosas.

—Esa es mi chica. Dale el teléfono a mamá, ratoncita.

—¡Adiós! —se despide alegre.

—¿Grayson?

—Hola, muñeca. Se me acaba el tiempo.

Mi novia contiene el aliento.

La puta impotencia se apodera de mí. Ni siquiera puedo darle eso: tiempo. Escucharla.

—¿Hablamos el miércoles?

—Hablamos el miércoles.

—Te quiero. Te quiero muchísimo, Grayson.

—La llamada ha terminado. —Suena antes de que me dé tiempo a responderle.

Presiono el auricular con más fuerza de la necesaria contra mi oreja y luego lo bajo. Lo fijo y sigo apretándolo.

—¿La tienes dura, vaquero? Ese coño tuyo no sabe cómo hacer que te corras en los pantalones a través de la línea telefónica, ¿eh?

Sé que solo intenta provocarme para que salte. Este no es el puto mejor momento. No cuando acabo de dejar a mi novia con la palabra en la boca. Cuando no he podido ni siquiera consolarla, sabiendo que estaba hecha una mierda.

Lanzo con fuerza el auricular. Golpea contra el poste de hormigón, del que pende la cabina.

El primer puñetazo le acierta en la cara. Caemos los dos al suelo y el resto de los reclusos gritan.

—Pelea. Pelea. Pelea.

En pocos segundos forman un círculo a nuestro alrededor.

—¡Pelea!

—¡Dale!

—Puedes con él.

—Reviéntalo.

—Ashford, estoy contigo.

—Vamos, Kane, es hombre muerto.

Gritan, abuchean, animan. Les encanta el puto espectáculo. No los culpo. Aquí dentro no hay una mierda que hacer. Así que cualquier oportunidad de distracción es oro.

El sabor metálico se apodera de mis papilas gustativas. Arremeto con fuerza y rodamos por el suelo.

El alboroto llama la atención de los guardias de inmediato, quienes se abren paso a porrazos y, a golpe de gas pimienta, hasta llegar al centro del círculo.

—¡Todos al suelo! —brama uno de los funcionarios.

Me llevo algún que otro golpe de su parte, pero no tardan en conseguir separarnos.

—¡Atrás! —exige otro al darse cuenta de que el círculo no deja de estrecharse pese a que ya nos han separado.

El gilipollas de Kane sonríe como el jodido maníaco que es. Yo me limpio boca con el antebrazo.

Escupo sangre en el suelo y no aparto mi mirada de él.

—¿Quieres volver al agujero, Ashford?

No respondo. Estoy demasiado ocupado observando a Kane.

—Sigue así y te juro que te mantengo en aislamiento hasta el juicio.

Levanto las dos manos en señal de rendición sin dejar de lado mi objetivo.

—Lejos. Os quiero lejos el uno del otro, ¿entendido? —El funcionario que sujeta a Zane lo zarandea.

Él hace caso omiso.

—Entendido —gruño con voz grave y rasgada, deseando que me dejen en paz de una puta vez y volver a mi celda.

Ya he hablado con mi hija. Es lo único que me sacó de ella.

—Largo de aquí —escupe de mala hostia el guardia y me suelta.

—Dispersaos, vamos. Fuera todo el mundo. —Los demás presos centran su atención en otra cosa y empiezan a alejarse.

—Se acabó el puto espectáculo.

Introduzco las manos en los bolsillos y le doy la espalda a Zane. Un gesto estudiado que evidencia la poca amenaza que me supone.

—Cierre de puertas en sesenta segundos. —Suena por el altavoz cuando yo estoy a punto de recluirme en la mía por voluntad propia.

CAPÍTULO: 40

Cassidy

El último mes ha sido una completa locura.

Jack ha presentado varias mociones para desestimar cargos.

La semana que viene, tiene fecha el juicio. Queda muy poco tiempo. Y en lugar de alegrarme, estoy muerta de miedo por todo lo que puede salir mal.

—Lo conseguimos —informa Jack. —El juez ha desestimado todos los cargos adicionales.

Logan me pasa el brazo por encima de los hombros.

—Va a volver a casa. Lo sé.

—Chicos, tened presente que la acusación inicial sigue en curso. Eso puede ser de dos a diez años de prisión. Y creedme, la fiscalía va a pedir el máximo. Están muy cabreados con nuestra victoria de hoy.

—Que los jodan —escupe Logan.

No van a juzgar a Grayson por agresión sexual, porque no es culpable, como tampoco lo harán por coacción y manipulación, pese a la insistencia de mi madre en la vista. Según Jack, yo no estaba allí cuando ella dio su falsa versión. Lo agradezco, porque le habría arrancado la cabeza.

—Tenemos que presionar, exigir la nulidad. Ese matrimonio fue un fraude —pido. —No pueden aplicar la ley en ese caso.

Es el único modo de librar a Grayson de la cárcel. Lo único que lo salvaría. Todos lo sabemos.

—Eso hay que demostrarlo, Cassidy —explica Jack. —Y aparte de los testimonios de la familia de Grayson y el tuyo que, siendo la persona implicada en la relación, no tendrán en cuenta, no tenemos nada más. Ni pruebas. Ni testigos. Nada.

—Ese matrimonio fue un puto acuerdo. No era real, Jack.

La frustración e impotencia me recorren las venas.

—Yo lo sé. Tú también. Pero sin pruebas no vale de nada.

Tal y como están las cosas, esa es nuestra estrategia. Mejor dicho, nuestra única tabla de salvación. Necesitamos demostrar que el matrimonio de Grayson y mi madre no fue más que un mero acuerdo.

Puede que los multen, sí. Al fin y al cabo, no deja de ser un fraude. Pero es mejor eso a que Grayson se coma diez años de cárcel, como la fiscalía quiere pedir para él.

Por otro lado, también es la única oportunidad de salvar nuestra relación. Aunque eso ahora es lo de menos. Lo importante es sacarlo de ese lugar.

Pero si no conseguimos la nulidad, que reconozcan que realmente nunca fueron marido y mujer en todo el sentido de la palabra, yo seguiré siendo su hijastra por afinidad. Lo que convierte nuestro vínculo en una relación incestuosa a ojos de la ley.

Lo que mantendrá la orden de alejamiento vigente y la prohibición en firme de nuestra relación de por vida. Eso sin contar con los años de prisión que va a tener que chuparse.

Nunca podré volver a abrazar a Grayson.

Me despido de Jack y Logan, paso a recoger a Zoey y la dejo en casa de su abuelo. Lleva toda la semana pidiendo dormir allí. Aprovechando que mañana no tiene colegio, hoy me parecía el día perfecto para que lo hiciera.

No puedo dejar de darle vueltas a la cabeza a todo el tema del inminente juicio.

El calor de la primavera hace que resulte agradable salir al porche por las noches, lugar en el que me pierdo a solas y repaso nuestra historia desde sus inicios.

Cierro los ojos. Cada día me resulta más difícil recordar su aroma. Sentir su tacto en mi piel. Si no fuera por las muchas fotografías que tengo en casa, incluso resultaría complicado recordar su rostro. Mis recuerdos se desvanecen lentamente. Me odio a mí misma por no ser capaz de retenerlos. De atesorarlos en mi interior y conseguir mantener a Grayson vivo en mi piel como el primer día.

Retuerzo en mis manos la tela de su camiseta. Esa que llevo a todas partes en el bolso sin que nadie lo sepa. La única que quedó pendiente de lavar, cuando se lo llevaron de manera tan inesperada. Y que ya no conserva su olor. Me niego a despegarme de ella.

—Te echo tanto de menos, amor.

Hundo la cabeza en la tela. Me seco las lágrimas que caen por cuenta propia, aprovechando que hoy mi hija duerme en casa de su abuelo y Logan ha salido con Zane. No son muchos los instantes de privacidad en mi vida, últimamente.

Saco el teléfono de mi bolsillo trasero, sobre el cual había plantado el culo.

Convencida de que es Sydney, como siempre a estas horas.

Hemos intentado vernos un par de veces, pero siempre lo pospongo. Eso sí, me llama a diario y es un apoyo importante, porque no tengo muchas ganas de fiesta.

Sé que solo quiere apoyarme, y que es una buena amiga. Desde que ocurrió lo de Grayson, se volcó conmigo, pero necesito estar sola y regocijarme tranquila en mi dolor.

Deslizo el dedo por la pantalla sin siquiera mirar, y cuelgo el aparato a mi oreja.

—¿Sí?

—¿Cassidy?

Retiro el teléfono de mi oído un segundo, compruebo la pantalla y me aseguro de que no es quien sé que es. Su voz es inconfundible.

—¿Qué quieres, Tristán?

No he sabido nada de mi hermano en meses, aparte del hecho de que no volvió a Texas y se quedó con Jade en Los Ángeles a vivir.

Lo que sí sé, es que sigue teniendo contacto con mi madre, motivo más que suficiente para no quererlo en mi vida.

No voy a entrar en si es justo o no. Simplemente, estoy demasiado cansada, física y mentalmente. ¡Agotada! Lo único que me importa es sacar a Grayson de la prisión del condado la semana que viene. El resto del mundo, por mí, puede caerse a pedazos.

—Tenemos que hablar.

—¿Para qué?

No soy amable, no me alegro de su llamada y queda claro.

—Creo que puedo ayudarte.

Me sorprendió que Tristán estuviese en el pueblo.

Mi primera intención fue quedar con él en el local de Jerry, pero él insistió en que prefería un poco más de privacidad. No tengo ni idea de por qué no lo mandé a la mierda y le colgué el teléfono.

Supongo que mi desesperación me lleva a aferrarme a un clavo ardiendo. No especificó nada, pero al decir que podía ayudarme, enseguida pensé en Grayson. No puedo rechazar ningún tipo de ayuda. Nuestra situación es delicada y el tiempo corre en contra.

No me fio de Tristán, no lo hago ni de mi propia sombra. Soy capaz de vender mi alma al diablo y arrodillarme ante él todos los días de mi vida, si eso me garantiza un ápice de esperanza.

No tengo ni idea de qué es lo que quiere mi hermano. Aun así, me niego a rechazarlo sin escucharlo.

Así que decidí pedirle que se acercara a casa, aprovechando que Zoey no está y Logan tardará en llegar.

No se hace esperar. Menos de cuarenta minutos después, veo aparecer los faros de un deportivo por el camino.

—Estás guapa —dice, cerrando la puerta de su cochazo y acercándose a mí.

—Veo que te va bien. —Él gira la cabeza y sigue mi mirada.

—Lo alquiló el padre de Jade.

—¿Están aquí? —Niega con la cabeza. —¿Y qué haces tú en Kerrville?

—Te lo dije, creo que puedo ayudarte.

—No has venido por eso. ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque eres mi hermana, Cassy. Y sí, he venido en exclusiva por eso.

—No te importó a la hora de apoyar a mamá —ataco.

—¿Qué? ¿De qué narices estás hablando? Yo no apoyé a nadie. —Su voz irradia molestia.

—Lo que tú digas.

Cruzo los brazos a la altura del pecho. No hago el amago de entrar en casa. Me mantengo con la postura erguida y los pies anclados en el porche.

—¿En serio? Confié en su palabra. Es nuestra madre, joder, Cassy. No puedes sentenciarme por eso.

—Ah, claro. Y ahora ya no lo haces. —Estoy a la defensiva. Creo que es comprensible. Aparece después de casi un año. No he vuelto a ver a Tristán desde que se largó para pasar un par de días con su novia en Los Ángeles y viene justo ahora, cuando estamos a las puertas de celebrar el juicio de Grayson. Llamadme desconfiada. No me fío una mierda. —¿Es eso?

—Sí. Es justo eso —responde endureciendo la mirada, pero no su voz.

—¿Por qué?

—Porque sus abogados me están pidiendo que mienta en el juicio.

—¿Cómo?

—Mira, no tengo ni puta idea de lo que pasó en esta casa. Pero empiezo a creer que no es como ella lo cuenta. Y lo que tengo claro es que no voy a mentir. Si Grayson es culpable, que se pudra entre rejas, pero… No voy a ser el títere que utilicen para encerrarlo si es inocente.

Es cierto que él desapareció antes de que mi historia con Grayson empezara y que jamás hablamos del tema. En realidad, no hablamos y punto. No he tenido ningún tipo de comunicación con Tristán.

Puede sonar extraño que ni siquiera habláramos por teléfono, en realidad, no lo es tanto.

Somos hermanos y nos llevamos como hermanos. Nos tiramos los trastos a la cabeza, pero sin la parte afectiva. No es que no lo quiera ni mucho menos. En la actualidad estoy resentida con él. Pero eso es solo porque se posicionó de parte de mi madre sin ni siquiera molestarse en llamarme y preguntar.

Aunque no puedo culparlo, porque yo tampoco lo hice.

Nos hemos criado juntos, entre comillas.

El tiempo que pasábamos en casa de mis padres, Tristán iba a lo suyo y yo a lo mío.

Nunca compartimos grupo de amigos. Ni siquiera nos matriculaban en los mismos internados, lo que hizo que nuestra relación, con el paso de los años, se volviera fría y distante.

Al final es cierto que el roce hace el cariño; la confianza en este caso.

Querer lo quiero. Pero no tenemos nada que ver el uno con el otro. Y la culpa de eso no es ni suya ni mía.

Supongo que si me paro a analizarlo, él es tan víctima como yo en lo que a la relación de familia se refiere.

—¿Quieres una cerveza?

Asiente. Entro en casa y dejo la puerta de par en par. Me sigue y nos instalamos en el salón.

—¿Es cierto que te ocupas de su hija?

—Mi hija —corrijo. —También es mi hija. —Él levanta las manos antes de aceptar mi cerveza.

—Cosa tuya. No me meto.

Me acomodo en el sofá y le cuento mi versión de la historia, la realidad de la historia. Estoy convencida de que mi madre no lo informó de su versión, sino de lo que le dio la gana.

Me escucha sin intervenir.

Tampoco es que entre en detalles personales. Pero sí le explico que la decisión de estar con Grayson no fue algo precipitado.

Que nos enamoramos el uno del otro poco a poco y que ambos lo pensamos muy bien, antes de dar el paso.

También le narro mi historia con Zoey y el modo en el que esa niña me robó el corazón. El pasar a convertirme en su madre no fue algo ni meditado ni esperado. Simplemente, ocurrió. Y aunque suene a locura, creo que sería así incluso si yo no me hubiera enamorado de su padre.

Nos elegimos la una a la otra. Recorrimos nuestro propio camino, como suele decir Grayson.

Me comenta que estaba al tanto de lo que ocurrió en casa de nuestros abuelos, el día que Zoey me llamó mamá, delante de todo el mundo.

Termino de explicarle lo sucedido esa noche al llegar a casa el día que arrestaron a Grayson.

No revelo todo lo sucedido en la batalla legal que mantenemos. Pero sí lo referente a mi madre.

Las denuncias por acoso sexual, coacción, etc.

—Me hizo creer que te estaba manipulando, que eras una víctima.

—¿Te parezco una víctima?

—Eso es lo que diría una víctima, Cassidy.

—Puede que tengas razón, pero no lo soy.

—Lo sé.

Su confianza me sorprende.

—¿Por qué?

—Porque si una persona a la que no han acusado de nada contrata un ejército de abogados por miedo a ser cuestionada por la defensa, cuanto menos resulta extraño. Y su insistencia en que mienta en ese juicio huele mal. Puede que tú y yo no nos conozcamos bien, hermanita. Pero ambos conocemos a nuestra madre.

Entiendo lo que quiere decirme.

—¿Qué quiere que digas?

—Que estoy al tanto de la manipulación que él ejercía sobre ti, y puede que sea así, pero yo no lo sé. No fui testigo como ella se empeña en que confiese. —Entorno la mirada. ¿Me está vacilando? —No estoy al tanto. Lo que sí sé, es que nuestra madre se casó con él para obtener beneficio, que fue un pacto y no un matrimonio real.

Enderezo la postura al escucharlo.

Eso es lo que queremos demostrar en nuestra defensa. Es el argumento que pretendemos utilizar para obtener no solo la absolución de Grayson, sino su nulidad matrimonial.

Pero no me fio. No me fío en absoluto y aunque sea algo fácil de adivinar, no quiero que mi hermano disponga de información.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que estoy dispuesto a declarar ante un juez o quien haga falta, lo que se esconde tras ese enlace.

El teléfono al que llama Grayson suena encima del mueble de la entrada. Con los meses Logan cambió de número y conservamos este para recibir las llamadas de Grayson, ya que cada vez que

sonaba el suyo el corazón me daba tal vuelco que creía que moriría de un infarto.

Respondo a toda prisa y pulso varias veces el número uno en el teclado.

Hasta que me doy cuenta de que tras la línea no escucho ninguna locución, sino su voz.

—Grayson…

—Hola, cowgirl.

Tose de forma que no me gusta.

Llevamos toda la semana sin saber nada de él. Zoey no deja de preguntar por su padre. Por eso hice que Logan llamara a la prisión. Porque estoy convencida de que alguien tuvo que informarlo sobre por qué Grayson no se ponía en contacto con nosotros. Dice que no. No lo creo. Escuchar a mi chico ahora con la voz más ronca y cansada que de costumbre, intentando ocultarme un ataque de tos, no me tranquiliza.

—¿Qué ha pasado, mi amor? ¿Dónde estabas?

Mañana es el juicio. Se supone que Jack se reunió con Grayson varias veces a lo largo de esta semana para trabajar en su defensa. Otro que juró que todo iba bien.

No creo una palabra.

—Todo bien. —Habla demasiado despacio, como si algo le doliera y tuviera que coger aire para hacer un gran esfuerzo al pronunciar cada palabra.

—¿Cómo estás?

—Cómo… Siempre. Háblame de ti. —Sé que algo va mal. El eco y el sepulcral silencio que escucho de fondo no es el habitual jaleo del patio.

—Te echo mucho de menos. —El alma se me cae a los pies. —Dime qué está pasando, Grayson. ¿Te duele algo?

—¿Qué? No, no… Claro que no.

—Grayson…

—Estoy bien. No te preocupes por mí, ¿vale? Todo… va bien, muñeca. —Trata de ocultar otro nuevo ataque de tos. De fondo se escucha el clic metálico de algo al cerrarse. —Tengo que colgar.

¿Colgar?

No escuché la locución avisando de que quedan dos minutos. Además, Grayson nunca me cuelga el teléfono. Siempre se corta. Aprovecha al máximo hasta el último segundo.

Sin saber qué decir, pero queriendo reconfortarlo, —tengo claro que lo necesita—. Controlo mi errática respiración y hablo.

—Te quiero. Te quiero como no he querido a nadie en mi vida, Grayson. Y te prometo que voy a sacarte de ahí. Aunque sea lo último que haga. Te juro que te traeré de vuelta a casa. ¿Me oyes?

Tose nuevamente. Me seco una lágrima con el dorso de la mano. ¡Cómo si él pudiera verla! Intento forzar una sonrisa.

—Te quiero, muñeca…

La llamada se corta.

El sentimiento más terrorífico del mundo se cuela bajo mi piel. Me dejo caer en el suelo del pasillo y rompo a llorar.

CAPÍTULO: 41

Grayson

El puto día ha llegado. No albergo esperanza, pese a que la condena a la que me enfrento es de diez años. Considerando que hasta hace poco esa suma se podía triplicar, no parece tanto. Aun así, no los condenaré a ellos junto a mí. Se acabó eso de tenerlos en el limbo. Tengo que soltar las riendas. Dejar que sigan con su vida.

Cuando salga de aquí, mi hija podría estar a punto de cumplir la mayoría de edad. Logan estará casado y viviendo en la otra punta del país. Y mi chica… mi chica podría haber encontrado un hombre que la haga feliz, que esté presente en su vida.

Carraspeo. Necesito deshacerme del nudo instalado en mi garganta.

Hoy voy a verla cara a cara. Hace nueve meses que no lo hago ni siquiera en foto. Dada nuestra situación, cuando reclamé un retrato suyo, Jack, me convenció de que no era buena idea.

No quiero entrar en esa puta sala. No puedo dejar que ella me vea así.

Mientras lucho por ponerme en pie, lo único que retumba en mi cabeza es su voz temblorosa.

—Dime qué está pasando, Grayson. ¿Te duele algo?

Lo notó.

Aunque intenté por todos los medios no arrastrar las palabras entre mis costillas rotas.

Por eso mentí. No quería que imaginara la realidad. Que me visualizara tirado en el suelo de una celda sin colchón. Con la cara cubierta de hematomas, las muñecas rajadas y sangrantes a causa de las esposas y la dignidad rota.

Porque a ella le duele más verme caer, que a mí mismo hacerlo.

No tengo derecho a arruinarle la vida como lo estoy haciendo.

Cuando el funcionario de turno golpea la plancha de acero con la porra, hace un buen rato que estoy despierto.

—Arriba. El furgón para tu traslado estará listo en quince minutos.

La puerta se abre de golpe.

Me sujeto con fuerza en el borde del inodoro y me impulso. Consigo ponerme en pie.

El tipo me lanza una mirada que grita: *tú te lo has buscado*. Y me tira un uniforme, supuestamente limpio.

Lo cierto es que tiene manchas tan antiguas incrustadas que jamás lograrán borrar.

Me lavo la cara con agua fría, centrando la vista en el muro de hormigón armado de la celda de aislamiento, en la que llevo una semana recluido. Agradezco no tener un espejo delante en el que poder verme.

Todavía siento la hinchazón de mi pómulo y palpo sangre seca en mi ceja derecha. Las costillas me duelen y se resienten cada vez que intento coger aire para respirar.

Coloco las manos al frente y espero a que el guardia encargado de trasladarme hasta el furgón cierre las esposas sobre mis muñecas y engrillete mis tobillos, pasando una cadena alrededor de mi cintura.

Camino por delante del guardia a la velocidad que las cadenas me permiten.

—¿Es este?

—El mismo.

Los funcionarios hablan entre ellos como si yo no estuviera presente.

—Vamos, arriba —brama empujando mi espalda.

Subo los tres escalones del microbús en el que me transportan rumbo a mi ejecución emocional.

Lo peor de todo es saber que ella será testigo. Va a ver en lo que me he convertido. Este es el despojo del cual se enamoró. No queda nada del hombre que un día fui.

El pasillo parece más estrecho que la última vez que estuve aquí. Las cadenas tintinean en mis tobillos, anunciando la entrada de un preso. No un hombre, solo un número más en la larga lista de casos pendientes.

Me escoltan dos guardias. Como si temieran que intentara escapar, cuando apenas puedo dar un paso con la cadena tirando de mi vientre cada vez que lo intento.

Aprieto la mandíbula y cierro los ojos un segundo, antes de cruzar la puerta.

Me obligo a erguir la postura. Ella está ahí dentro. De ninguna manera voy a mostrar lo abatido que me siento.

Me arden las costillas y la piel tersa de mi vientre palpita a causa de las laceraciones.

Cuando las puertas dobles se abren al mismo tiempo, todas las cabezas giran en mi dirección.

Cuadro los hombros y mantengo la vista al frente.

Puede que ya no me quede dignidad, pero estos cabrones no van a presenciar mi caída.

Murmuran según avanzo por el pasillo. No me molesto en dignarlos con mi atención.

Un puto juicio abierto. Tengo mucho que agradecer a la fiscalía.

Pero entonces la veo.

Sentada en segunda fila. Con esa preciosa melena dorada, cayendo sobre sus hombros.

Hace el intento de incorporarse. Logan, a quien acabo de distinguir, apoya una mano en su hombro y le susurra algo al oído.

Sus ojos se llenan de lágrimas. El tembleque de sus labios es tan agresivo que estoy a punto de arrancarme yo mismo estas putas esposas, solo para poder abrazarla.

Joder, tengo que apaciguar su dolor. Ese que traspasa mi pecho y me grita que tengo que dejarla ir. Que esa mujer, ya no es para mí. No puedo seguir castigándola y hundiendo su vida.

Es una fracción de segundo, centro la vista de nuevo y me niego a seguir haciendo contacto directo con ella. Devuelvo mi atención al frente. A la nada. A un punto fijo que ni siquiera existe. Porque si la poso sobre ella, me romperé. Si la miro, aunque solo sea un segundo más, no tendré fuerza para hacer esto.

Uno de los guardias empuja mi hombro hacia abajo para dejarme en el banquillo de los acusados. Ese en el que todo el mundo tiene el punto de mira puesto.

Y sé que no hace falta que me juzguen, porque ya estoy condenado.

Mi abogado reclama su lugar y lo primero que hace es inclinarse para comentar algo a mi oído. Pero yo no escucho ni una palabra, no veo más allá de ese breve segundo en el que la vi a ella, en su semblante roto y pálido. En todo lo que me gritaban sus ojos.

Aún creo en ti.

Y eso, joder, duele más que cualquier sentencia.

—Usted sabía que estaba casado con su madre y, aun así, se metió en su cama, ¿verdad?

—Protesto —brama Jack. —No respondas. —exige.

—¿En qué momento decidió que su rol de padre no era suficiente y eligió convertirla en su amante? ¿En su juguete sexual?

—Protesto. No es su padre, señoría.

—Denegado —gruñe el juez.

Lleva más de puta media hora con preguntas de ese estilo.

Estoy empezando a perder la paciencia. Sobre todo, desde que tuve la genial idea de comprobar su estado y la busqué con la mirada. Tardé menos de un segundo en apartarla de nuevo, pero estaba destrozada, joder.

Respiro hondo y reafirmo mi postura.

La retahíla de preguntas continúa unas tras otras. Cada cual peor que la anterior.

—¿La sedujo bajo el mismo techo en el que dormía con su madre?

—No —rujo entre dientes.

—¿Le compraba regalos para que accediera a tener sexo con usted?

—No.

—¿Utilizó el truquito de hacerle creer que la amaba para que siguiera manteniéndole la cama caliente?

—¡NO!

—Contrólese, señor Ashford. —El juez golpea dos veces el mazo, cuando mi voz sube dos puntos su intensidad.

Me está buscando joder. Este hijo de puta me está buscando.

—¿Qué pensaría su hija si supiera lo que le hacía por las noches a su hermanastra?

—¡Es su madre!

—Disculpe, ¿qué ha dicho? —Hijo de puta. Jack me advirtió sobre la mierda que lanzaría este tipo por la boca. Me dijo que debía mantenerme cuerdo y no caer en su trampa.

Pero es que es imposible, joder.

—He dicho que es su madre. No su hermana.

—Así que no le llegaba con meterse entre sus piernas, sino que también la cargó con sus responsabilidades.

—Protesto, eso no es una pregunta. Es una conjetura…

—Denegada. —Gira la vista hacia el fiscal. —Prosiga.

—Responda sincero, ¿quién se ocupa de su hija, mientras usted está en prisión? ¿La misma persona a la que llama dos veces por semana, saltándose la orden de alejamiento interpuesta por su señoría? La señorita Cassidy Lawson. ¿Me equivoco?

Cuando es el turno de Cassy, empiezo a sudar frío.

Me llevo las manos a la frente para secar el goteo constante. Las esposas me impiden una tarea tan simple como esa.

Jack mira de reojo y enseguida me pasa un pañuelo de papel por la frente.

—Tranquilo. —Aprovecha para susurrar a mi oído.

—¿Qué edad tiene, señorita Lawson?

—Veinte años.

Tengo la vista fija en el suelo. Su voz golpea con fuerza. Trago saliva y carraspeo, intentando mantener mis putas emociones a raya.

—¿Qué edad tiene el señor Ashford?

—Hoy cumple treinta y nueve. —Mi puto cumpleaños… Ni siquiera lo recordaba.

—¿Eso le parece normal? —Espera un margen de tiempo razonable y, al percatarse de que Cassy no responde, aprieta. —¿No va a responder? ¿Siente vergüenza al hacerlo?

—Mis emociones no se están juzgando. Que yo sepa.

—De puta madre —susurra Jack a mi oído. —Con dos ovarios, sí señor.

—¿Cómo llama usted al acusado?

—Por su nombre. Grayson.

—¿Alguna vez lo llamó papá?

—No.

—¿Le decía que la amaba?

—Lo demostraba.

Alzo la vista y observo la sonrisa satisfecha de Jack. Queda claro que Cassy está haciendo un buen trabajo. Odio que esté ahí, con tantos pares de ojos juzgándola.

—¿Alguna vez sintió miedo?

—Sí.

La respuesta de mi novia me obliga a alzar la cabeza y clavar mi mirada en ella. La descubro temblando como una hoja, apretando los molares y fijando al hombre que la interroga.

—¿Puede explicarnos cuándo, y por qué?

—Ahora. Nunca he tenido tanto miedo en mi vida. Tienen literalmente el futuro del hombre que amo en sus manos…

El fiscal hace el intento de cortarla y tapar su respuesta con otra pregunta. Esta vez, el juez es quien lo ordena callarse e invita a Cassy a continuar.

—Para ustedes es solo un caso más, para nosotros, es amante, como usted lo llama. Pero también es padre, hijo, hermano, amigo. Y su único delito fue enamorarse de la hija de la persona con la que acababa de casarse. Tenía diecinueve años cuando conocí a Grayson. ¡Diecinueve! Pueden decirnos que lo que hicimos está mal, pero entonces tendrán que juzgarnos a los dos. Porque no soy mejor que él. Grayson no me obligó ni coaccionó para hacer nada. Me enamoré de un hombre que emocionalmente era tan libre como yo. El único error que cometió fue confiar en la palabra de esa señora —señala a su madre.

—¿Qué testigo? —pregunto cuando informan de que hay un último testigo, después del testimonio de Skylar. A ella sí que le he

aguantado la mirada. ¿¡Cómo cojones ha sido capaz de hacer pasar a su hija por esto!? No me lo explico. —¿Por qué no me informaste de esto?

—Porque llevas una semana en aislamiento. Confía en mí.

—Y una mierda…

—Grayson… —gruñe bajito.

Cuando llaman a Tristán Lawson al estrado, no puedo explicar lo que siento. Solo puedo decir que no entiendo nada. Ese chaval no tiene ni idea de nosotros. Desapareció a los pocos días de vivir en mi casa, y nunca he vuelto a saber de él. No nos conoce ni sabe la relación que me une a su hermana.

—¿Puede decirnos cuál es la verdadera naturaleza del matrimonio entre su madre y el acusado? —Jack le mantiene la mirada. Pero su voz no suena a acusación, más bien es una búsqueda de información que no logro entender.

—Mi madre necesitaba dinero tras la muerte de nuestro padre.

—¿Se refiere al señor Damon Lawson?

—Sí. Así es. Grayson Ashford, al parecer, necesitaba una mano en casa y una niñera.

—¿Qué intenta decirnos?

—Que no era un matrimonio real. Solo un acuerdo. Un intercambio de intereses.

—¿Un pacto comercial?

—Podría decirse así, sí.

Parpadeo un par de veces y no puedo evitar voltear la cabeza. Logan me guiña un ojo. Como si estuviera al tanto de todo y quisiera transmitirme calma.

—¿Su madre compartía habitación con el acusado?

—No. Dormían en habitaciones separadas.

—¿Qué ocurrió cuando usted se negó a dormir con el hijo mayor del acusado y este tuvo que cederle su dormitorio?

—Grayson se instaló en el sofá del salón.

Le hace un montón de preguntas sobre el mismo tema. Tristán responde calmado y con la puta verdad. Es tan real que me acojono. Ni yo mismo me había parado a analizar ciertos detalles que dejan a la vista, lo nulo de nuestra relación.

—¿Su madre alguna vez le comentó cuál era el motivo de su matrimonio con el acusado?

—Sí. —Tristán explica con pelos y señales la conversación que mantuvieron en la cocina de su casa en Los Ángeles, antes de mudarse a Texas.

Jack pasa varios documentos al juez y luego reparte una copia a todos los miembros del jurado.

Son mensajes de texto de su madre, donde ella deja bien claro no solo que lo nuestro era un mero pacto, sino su intención de vaciar mis cuentas bancarias y desaparecer. Con eso intentaba asegurarse de que su hijo no abandonara Texas. Le prometía que pronto estarían de vuelta todos juntos en Los Ángeles.

—¿Puede describir la relación entre su hermana y el acusado?

—Hasta donde yo los vi, no había nada entre ellos. Se acababan de conocer. Él se comportaba igual con mi hermana que con mi madre o conmigo. Un trato cordial.

—¿Hubo alguna dinámica de padre e hija entre ellos?

—No.

No ahonda mucho en mi relación con Cassy, ya que el mismo Tristán admite que poco nos vio interactuar y que abandonó Texas en cuanto le fue posible.

En lo que sí profundizan, es en la vida familiar que él y Cassy han tenido desde pequeños. Aunque sabía que no tuvo la mejor infancia, me sorprende el distanciamiento que su familia interponía con ambos. Su testimonio deja claro la obsesión por el dinero de su madre y la poca atención que les dio siempre a sus hijos.

Tras la pausa que el jurado se toma para deliberar y decidir si me enchironan durante la próxima década o no, por primera vez, siento un claro atisbo de esperanza que proviene de un chaval que no soportaba ver a causa de las peleas constantes que tenía con mi primogénito. ¿Qué cojones?

Si me llegan a decir eso esta mañana, nunca lo habría creído.

Puede que no quiera hacerme ilusiones y Jack me pida calma en más ocasiones de las que soy capaz de contar, no puedo evitarlo.

Me trasladan a una celda en los juzgados. No pasa más de una hora cuando nos ordenan entrar de nuevo.

—¿Eso es bueno? —pregunto a Jack. Fue muy poco tiempo. Mi abogado llegó a decirme que incluso podrían pasar horas o varios días hasta que tuvieran un veredicto.

—Depende de cómo lo mires.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que solamente quieran fijar fecha para la sentencia.

—¿O?

No responde.

Cuando vuelvo a ingresar en la sala, me encuentro con la misma mierda de la primera vez. La puta realidad me sacude la cara.

Tengo las manos frías y esposadas sobre mi regazo. Las manecillas del reloj parecen no avanzar.

Cuando el jurado entra en la estancia, no se escucha ni un solo murmullo, algo que llevaba oyendo desde que tomé asiento de nuevo en el banquillo.

Jack me pidió calma. Calma. Como si fuera fácil. Lo repite hasta la saciedad. Como se nota que no es él quien lleva un mono naranja.

Ocupan sus lugares sin emitir una sola palabra, ni un ruido, solo el repiqueteo constante de sus zapatos contra el suelo, cruza el ambiente.

Como si trajeran la muerte en la boca y no supieran cómo soltarla. Se sientan con la vista clavada en el juez.

Soy invisible para ellos. Y entonces me percato de que la puta esperanza, la luz que casi logro percibir al final del túnel, no era más que un espejismo.

Bajo la vista al suelo. No quiero mirar a nadie. No puedo hacerlo. Aprieto la mandíbula y me preparo para recibir el último golpe.

—¿Tienen un veredicto?

—Sí —asegura el portavoz del jurado, poniéndose en pie.

Mi corazón bombea con tal intensidad, que creo que está a punto de abandonar mi pecho. No lo culpo. Si yo fuera él, también huiría.

Se vuelven a escuchar pasos acercándose al estrado. Se detienen unos segundos y luego vuelven a desandar su camino.

El silencio hace sangrar mis oídos. Respiro con fuerza de manera prolongada.

—Te quiero. Te quiero como no he querido a nadie en mi vida, Grayson. Y te prometo que voy a sacarte de ahí. Aunque sea lo último que haga. Te juro que te traeré de vuelta a casa. *¿Me oyes?*

—Yo también te quiero, muñeca.

En eso ocupo mi mente mientras se decide mi destino, en despedirme de la mujer a la que más he amado en toda mi vida.

Feliz cumpleaños, capullo. Pienso.

Un día cojonudo para acabar con tu vida.

—En el caso del estado de Texas contra Grayson Ashford, sobre el cargo de conducta sexual prohibida, recogida en el artículo 25.02 del código penal. ¿Cuál es el veredicto del jurado?

Dejo de respirar.

Imagino que todo ocurre en una fracción de segundo; a mí me parece una puta eternidad.

—No culpable, su señoría.

Lo he escuchado. Ha dicho no culpable. Pero no logro asimilarlo. Mi mente sigue embutida en este uniforme de color naranja, presa de los grilletes que me retienen.

¿No culpable? Ha dicho no culpable, ¿verdad?

No muevo un solo músculo. Ni siquiera cierro los párpados para escapar de esta realidad tan absurda. Porque no entiendo lo que eso significa. De repente, es como si todo careciera de sentido. Como si nadie en esta sala hablara el mismo idioma que yo.

—¿Todos los miembros del jurado están de acuerdo?

—Sí, su señoría.

No culpable. ¿Qué demonios significa eso?

No culpable. Suena una y otra vez en mi mente.

¿Por qué cojones no me siento como si fuera real?

¿Por qué no logro levantar la puta cabeza?

Me mantengo inmóvil. Sintiéndome frágil como no lo había hecho en la vida. Perdido. Jodidamente asustado como nunca.

—Procedan a retirar sus esposas. El acusado recupera su libertad con carácter inmediato. No existen cargos contra él. Este tribunal da por concluida la sesión.

El mazo golpea dos veces sobre la superficie de madera.

El chasquido del metal, al abrirse, me lleva a fijarme en el guardia que me libera de las esposas.

Mi mente funciona a cámara lenta, mientras todo a mi alrededor avanza a toda velocidad, sin que yo sea capaz de asimilarlo. Continúo inmóvil. El mismo guardia se agacha para liberar mis pies y luego levanta la camisa de mi uniforme para deshacerse de la cadena que rodea mi cintura.

¿Por qué mierda no reacciono?

¿Y ya está?

¿Se supone que tengo que levantarme de este banco y largarme a casa, sin más?

Puede que yo no reaccione. Ella lo hace por mí.

—Grayson. —Su grito, una mezcla de emoción dolorosa y lamento agónico, retumba en las paredes de la sala.

No la veo venir, pero sí escucho el ruido acelerado de sus pisadas.

No espera. Arrasa con el guardia que todavía me libera de mi encierro.

Se lanza sobre mí y me abraza.

CAPÍTULO: 42

Cassidy

El silencio de la sala es invadido. Todos se ponen en pie y me ocultan la visión de Grayson.

Escucho todo tipo de comentarios a mi alrededor. La mayoría expresan asombro. Algunos apoyan la decisión del jurado, mientras que otros están escandalizados y convencidos de que no se hizo justicia.

Escucho el repiquetear de los tacones de mi madre. No he mirado en su dirección ni una sola vez. No me avergüenzo de hacerlo. No le tengo miedo. Solo asco. Esa mujer me enseñó que soy capaz de albergar un sentimiento tan detestable en mi interior como el odio. La odio. Con todas mis fuerzas.

Se plantó en este juicio. Frente a todos, sin sentir un ápice de remordimiento por la vida de un hombre inocente, por soltar mentira tras mentira por la boca.

Logan se levanta y luego me ayuda a mí.

La sensación que envuelve mi cuerpo es extraña. Como si estuviera flotando. Mis pies, sobre el suelo, parecen levitar.

—Cassy.

—Es libre —murmuro sin poder creerlo. —Es libre. —Giro la cabeza y clavo la vista en los ojos de Logan.

Él asiente con los ojos brillantes a causa de las lágrimas que trata de ocultar. La sonrisa nerviosa que dibujan sus labios no sabría definirla, es una mezcla de incredulidad y satisfacción por haber

conseguido demostrar que su padre no es un criminal, como intentaron convencernos en infinidad de ocasiones a lo largo de los últimos meses.

Las palabras del juez me bombardean la cabeza.

—*Procedan a retirar sus esposas. El acusado recupera su libertad con carácter inmediato*.

De inmediato, dijo. De inmediato es… Ya. Es… Ahora.

Me cuelo entre la gente que se apelotona en el pasillo y forcejeo. Trato de avanzar, de llegar a él. Los pocos metros que nos separan se convierten en kilómetros.

—Grayson —grito cuando logro verlo.

Con la cabeza gacha y la vista clavada en el suelo.

Un guardia de seguridad, le retira los grilletes de los tobillos. Levanta la parte superior de ese horrible uniforme naranja. Ese que roba su identidad. Que lo anula como ser humano.

Salvo la distancia que nos separa lo más rápido que mis temblorosas piernas me permiten avanzar.

El mismo guardia está tirando de la cadena que rodea su cintura cuando lo aparto de un empujón y me siento sobre el regazo de Grayson.

Lo abrazo, como llevo soñando hacer los últimos nueve meses.

Como creí que nunca volvería a ser posible.

—Grayson —sollozo escondiendo la cabeza en su cuello.

Mantiene los brazos entre nosotros. Sus manos siguen apoyadas en su regazo, pese a no estar esposadas. Es como si todavía no fuera consciente de ello. Completamente inmóvil.

Retiro mi cara empapada en lágrimas y lo miro.

Levanta un poco la cabeza. Aun así, sé que él no me ve.

Yo me quedo petrificada al descubrir su rostro. Ya me había dado cuenta al verlo durante el juicio. De cerca impacta mucho.

Tiene el pómulo tan hinchado que apenas logra abrir el ojo derecho del todo. Tiene un corte que necesita puntos sobre la ceja. Está amoratado y su barba lleva mucho más de dos días sin afeitar.

—No podemos… —Su voz rota, rasgada y titubeante, como nunca la escuché antes, repleta de inseguridad y dolor.

—Sí podemos. Ya podemos, mi vida.

Algo dentro de mí se resquebraja a pedazos al reconocer su vulnerabilidad. Grayson no es un hombre inseguro.

¿Qué mierda le han hecho?

—Podemos… —susurra tan bajito que apenas lo oigo. Creo que solo se está autoconvenciendo, tratando de asimilar lo que acaba de suceder.

Levanta la cabeza y clava sus ojos en los míos. Tensa la mandíbula reclamando su identidad, luchando por recuperar todo lo que le han arrebatado.

—Muñeca…

Coloca la palma de la mano en mi nuca, atrayéndome hacia sí y estalla su boca contra la mía.

Tiene los labios resecos, agrietados e hinchados.

Sabe a sal, a dolor y a impotencia.

Lo he echado tanto de menos.

Entrelaza su lengua con la mía y ejerce tanta presión, que temo que me traspase y se funda conmigo.

No quiero que se detenga por nada del mundo.

Tras pocos segundos, sus brazos me envuelven y rompe nuestro beso para abrazarme con fuerza. Aferrándose con desesperación, como si temiera que fuera a desaparecer.

—Te quiero.

—Lo siento tanto, muñeca.

—No vuelvas a decir eso. Todos tienen que sentirlo, todos, excepto tú.

—¡Papá!

Salgo de mi escondite secándome las lágrimas al escuchar a Logan.

Grayson sostiene mi rostro entre sus palmas y suspira como si el separarse de mí le causara dolor físico.

Me hago a un lado en el banco.

Jack, estira el brazo y se apresura a coger a Grayson por el codo. Lo ayuda a levantarse.

Frunzo los ojos. Jack dibuja una sonrisa compasiva y aparta la mirada.

Un millón de lágrimas resbalan de nuevo por mis mejillas al presenciar el abrazo en el que se funden Grayson y Logan.

—No vamos a casa, papá —brama Logan con la voz contraída, intentando controlar sus emociones.

Al parecer, no podíamos largarnos sin más.

Grayson tuvo que volver al centro penitenciario para firmar varios documentos y recuperar sus pertenencias personales…

Jack se negó a dejarlo ir solo y entró con él.

Logan y yo tampoco queríamos perderlo de vista. Aquí estamos, esperando en el puñetero parking.

Juro que mi mundo se derrumbó cuando lo vi desaparecer por esas puertas.

Puede que solo sea un momento, un mero trámite, que nunca vuelva a pisar este lugar y que mi reacción parezca incluso ridícula. Hemos sufrido tanto que lo único que deseo es llevarme a Grayson lejos de este sitio y no volver aquí en la vida.

Por un momento me detengo a pensar en el esfuerzo que ha tenido que suponer para Logan venir aquí semanalmente y tener

que abandonar la prisión dejando a su padre dentro.

—Debiste decírmelo —recrimino a Logan.

Es evidente que me refiero al estado en el que hemos encontrado a Grayson.

A la salida de los juzgados, mientras Logan hablaba con su padre, le exigí respuestas a Jack.

Acabó por confesar que Grayson pasó la última semana en aislamiento por culpa de una trifulca con otro preso.

Los funcionarios intervinieron… Y bueno, es evidente lo que ocurrió.

Le dije que no podíamos dejarlo pasar por alto y que debíamos denunciar a los guardias. Él me hizo entender que Grayson solo quería dejar atrás todo esto.

—No lo sabía —asegura Logan. —La única información que me dieron es que estaba en aislamiento y privado de comunicación.

Ni siquiera pudo preparar bien su defensa.

No permitieron que se entrevistara con Jack, lo que es completamente ilegal.

No lo comparto, pero respeto y entiendo que Grayson solo quiera olvidar este infierno.

Si de mí dependiera, haría que todos esos hijos de puta pagaran por lo que le han hecho.

Grayson está por encima de mi sed de venganza.

—Le da miedo volver a casa —dice.

No le da miedo, solo quiere evitar que su hija lo vea así. Lógico. Ha olvidado que Zoey solo quiere a su padre, sea como sea y esté como esté.

—Lo sé —susurro con la vista fija en la puerta de acero. Necesito que se abra de una vez y ver a Grayson salir por ella.

—Tu hermano se ha portado.

—Dijo la verdad. Nada más.

—Ya. No todos lo hicieron.

Se refiere a mi madre, quien intentó manipular el juicio todo lo que pudo. No quiero hablar de ella. No quiero volver a verla en la vida.

Por lo poco que Tristán me contó, mis abuelos la echaron de su casa. Lo lamento por ellos. Parecen buenas personas. Quisieron confiar en su hija, aunque ella lleve una vida entera avergonzándose de ellos y repudiándolos.

No tengo ni idea de dónde vive ni de cómo sale adelante.

Se merece acabar debajo de un puente. Me niego siquiera a sentir rabia por ella, solo quiero desterrarla, olvidar que algún día formó parte de mi vida.

—Que sepas que Demi escapó del centro de desintoxicación donde la metiste.

—¿Qué?

Se supone que él no tenía que saber eso. Si se lo oculté, fue por no crearle falsas esperanzas. Durante estos meses las idas y venidas de Demi fueron constantes.

Traté de ayudarla sin hacer mucho ruido, pero era imposible. Una vez comprendió que no la dejaría en la calle, llamaba a mi puerta constantemente.

El mismo ciclo: pido dinero, me lo gasto en drogas y cuando no tengo dónde caerme muerta, apelo a tu buena voluntad.

Aún siento lástima por ella, pero más por el chaval a mi derecha. Él no se merece la mierda que esa mujer lo obliga a vivir.

Tras varios ultimátums accedió a ingresar en un centro de rehabilitación al darse cuenta de que no pensaba ayudarla más si ella no colaboraba.

De eso hace dos semanas.

Dos puñeteras semanas es todo lo que está dispuesta a dar por su hijo. Todo esto me supera.

—Hace diez días —canturrea Logan, fingiendo que no le afecta.

—No debería haberme metido, Logan.

Sé reconocer mis errores. Mi intención era ayudarlos a él y a su madre, pero eso no me da derecho. Logan me pidió hace mucho tiempo que lo dejara pasar y no lo escuché. Convencida de que lo lograría y eso sería un bien para ambos.

—Lo hiciste bien, Cassy. ¿Ahora ya estás conforme?

—No, pero aprendí la lección.

—Me alegro. Solo te ha llevado un año darte cuenta de que mi madre es un caso perdido. Eres más lista que nosotros, tropezamos con la misma piedra durante más de una década. Algunos aún lo siguen haciendo. —Se refiere a Rhett, quien sigue tendiéndole una mano cuando las cosas se tuercen.

—Eres un tío de puta madre, Logan.

Me cubre los hombros con un brazo y me apoya en mi moción de observar la puerta con insistencia hasta que su padre aparezca por ella.

No se hace esperar. Jack sale primero y detrás… Grayson, con los mismos vaqueros que llevaba el día de su detención, la camiseta gris marengo arrugada y sus botas de cuero.

Ha perdido mucha masa muscular. Y aun así, sigue siendo el hombre más guapo e imponente que he visto en mi vida.

Observándolo en la distancia, no eres capaz de sentir la vulnerabilidad que transmitía hace un rato.

Me zafo del agarre de Logan. Bajo del capó de la camioneta y corro a su encuentro.

Una débil sonrisa se dibuja en su rostro.

Lo alcanzo y salto. Me pilla al vuelo, aunque no me pasa desapercibida su mueca de dolor cuando envuelvo las piernas en su

cintura y los brazos en su cuello.

Por un instante, me planteo apartarme. Luego comprendo que el dolor de sentir una derrota así sería mucho mayor.

—Hola, cowgirl.

Atrapo mi labio inferior entre mis dientes. Le quito el sombrero que lleva colgando de una mano y lo coloco en su cabeza.

—Hola, Grayson.

Beso sus labios un segundo y le mantengo la mirada. Tragándome mis emociones y obligándome a dibujar la más amplia de las sonrisas.

No quiero dramas. Grayson ha vivido más que suficientes.

Solo quiero transmitirle cosas buenas y bonitas.

—¿Nos vamos a comer ya? Me muero de hambre —protesta Logan tratando de que el momento no se vuelva demasiado emotivo.

—Es casi hora de la cena —dice Jack.

—Por eso me muero de hambre.

Llevamos desde primera hora de esta mañana recluidos en el juzgado.

Grayson le tiende la mano a Jack.

Sus antebrazos siguen siendo anchos, venosos y duros, pero han perdido su bronceado habitual.

—Gracias.

—Ha sido un placer.

Jack se aleja en dirección a su coche. Me obligo a concederle un poco de espacio. Bajo de su regazo. En cuanto mis pies tocan el suelo, Grayson envuelve mi cuerpo con un brazo y me estrecha contra su costado. La misma mueca de dolor traspasa su rostro. La disimula al instante y yo finjo no darme cuenta.

—Zoey no lo sabe. Podemos ir a casa o…

O puedo darte un refugio momentáneo. Unos días para que te hagas a la idea.

—Vamos a casa —declara sin dejar espacio a la duda. Su voz parece haber recuperado toda su fuerza al pronunciar esas palabras.

Besa mi coronilla y echa a andar hacia la camioneta.

Duda un segundo. No sabe qué sitio ocupar. Logan silba y le lanza las llaves.

Me acomodo en el asiento del copiloto y Logan se instala en la parte de atrás.

Introduce la llave en el bombín y arranca.

Entrelaza sus dedos con los míos.

Fijo la vista en la suya.

—A casa, muñeca.

Besa mis nudillos y retiene nuestras manos entrelazadas en su regazo.

A casa. Todos. Dios… Suena tan bien.

El reencuentro entre Zoey y Grayson no podría haber ido mejor. Es cierto que su hija se percató de las heridas de su padre. La actitud de Grayson y el modo en el que él le restó importancia consiguieron que la niña también lo hiciera.

Simplemente, le dijo que se había caído.

Seguramente fuese así, contra la porra de algún gilipollas.

Evité el tema por temor a incomodarlo.

Han pasado dos días y todavía no me creo que sea un hombre libre.

Mi corazón bombea al triple de su capacidad cuando lo pierdo de vista.

Sé que tengo que calmarme. Que nadie volverá a arrebatármelo. Pero es más fácil decirlo que hacerlo.

Dormimos juntos, abrazados, pero no hemos tenido ningún tipo de acercamiento. Grayson duerme en pijama, cuando él jamás utilizó prenda alguna.

Es como si se avergonzase de sí mismo. Como si ocultara lo que ya sé que esconde.

Más golpes, más dolor, más desesperación bajo su ropa.

Rhett, Ethan y Zane comieron ayer con nosotros. Intentan darle su espacio y respetar sus tiempos, pero sé que lo echan de menos. Sobre todo, Rhett. He vivido la desesperación de ese hombre cada maldito día desde que lo apresaron.

Grayson quiso incorporarse a su trabajo. Insistí mucho en que se tomara unos días. Accedió, aunque sé que no lo hace sentir bien. Por eso, cuando Zoey pide que vayamos al establo, le digo que sí. Mi chico necesita despejarse y volver a sentirse válido de nuevo.

Lo es. Siempre lo fue, solo que lo ha olvidado.

—Vaya, cuánto ha crecido.

—Te lo dije, papá. Buck es enorme.

—Sí que lo es.

Intento no rozarle el torso cuando me estrecha contra él.

—¿Vas a montar a Apache?

—Tal vez otro día… —Zoey corta a su padre.

—No te lo digo a ti. —Él frunce el ceño, busca a su alrededor y fija la vista en mí. Cabecea, diciéndose a sí mismo que su pensamiento es erróneo.

—Hoy no, cariño.

—¿Por qué? Lo haces todos los días.

—Espera. —Me sostiene el mentón con dos dedos, confundido. —Tú… Nah. No. —Se convence él solo de que su pensamiento es un imposible.

—Oh, sí —sostiene Ethan, pasando tras él con un fardo de heno a la espalda. —Es justo lo que estás imaginando.

—¿En serio? —pregunta con voz profunda y grave.

Encojo los hombros.

Grayson está habituado a montar muchos caballos, con Apache tiene un vínculo especial. De hecho, a Grayson es al único que le permite montarlo. Todos los que se acercan a él salen escaldados. Se revuelve como una bestia salvaje con solo tocarlo.

Cuando se llevaron a Grayson, lo echaba tanto de menos que me escondía muchas veces en los establos para llorar a solas.

El box de Apache era mi rincón favorito.

Al principio estaba muerta de miedo, pero el sentarme a su lado me hacía recordar a Grayson, sentirme un poquito más cerca de él y en cierto modo, me convencí de que Apache lo echaba en falta tanto como yo.

Se negaba a salir al exterior. Redujo muchísimo su ingesta de alimento. Cuando venía a verlo, siempre torcía el cuello. Como si no quisiera saber nada del mundo, negándose a continuar si Grayson no volvía.

En cierto modo, sentí que le sucedía lo mismo que a mí.

Así que empecé a acercarme a él.

A acariciarlo. A contarle mis problemas. Lo tomé por mi psicoterapeuta personal.

Me aceptó. No trataba de huir. Y eso ya era mucho más de lo que nadie por aquí había conseguido.

Un día no lo pensé. Abrí la puerta del box y me siguió al exterior. Sin ensillarlo, me subí a lomos del animal. Como era de esperar, no reaccionó bien y caí al suelo. Para colmo, lo hice justo cuando Ethan llegaba y lo vio todo.

Estaba decidida a abandonar la absurda idea de que compartíamos una conexión, porque la ausencia de Grayson nos resultaba insoportable a ambos, pero Ethan me convenció de que no estaba equivocada.

Pasó unos días enseñándome a ensillar al animal y supervisando la de leñazos que me di al intentar montarlo en el corral.

Hasta que lo hice.

Lo liberé de esas vallas que lo retenían y lo llevé a campo abierto. Creo que los dos encontramos un poco de paz a nuestro tormento al mismo tiempo.

Desde entonces, intento salir con él a pasear a diario.

De alguna manera, se convirtió en un salvavidas para mí, permitiéndome sentirme cerca de Grayson al volver a cada uno de los rincones de esta finca donde viví momentos con él, que no quería que se apagaran en mi memoria.

Me ayudó a sobrellevar su ausencia. Era quien me escuchaba y me ayudaba a derramar un cupo indecente de lágrimas para luego volver a casa con Logan y mi hija con una sonrisa en los labios todos los días. El único a quien no escondí mi dolor. Mi agonía. Mi sufrimiento.

Apoya el culo en una columna, cruza los brazos a la altura del pecho.

—Vamos, cowgirl, no te cortes.

—No me corto.

Me hace un ademán con la mano.

Resoplo. Pongo los ojos en blanco y le doy la espalda.

—Hola, guapo —susurro acariciando el morro de Apache.

Grayson levanta los brazos, pero ignoro su intención y bajo sola.

—Veo que ya no me necesitas —bromea.

—Te voy a necesitar siempre.

Su sonrisa desaparece.

—Y siempre me vas a tener. —Carraspea. No puedo evitar encogerme y suspirar. —¿Qué pasa, muñeca? —Giro la cabeza en ambas direcciones. Busco con la mirada, pero no la encuentro.

¿Dónde está mi niña? —Está con su tío —responde con una sonrisa en los labios, a mi conflicto mental. Dios, adoro esa sonrisa.

Todavía sosteniendo las riendas de Apache entre mis dedos, pego mi pecho al suyo.

—Te he echado muchísimo de menos.

—Prometo que nunca más tendrás que hacerlo.

Me brinda el refugio que necesito: sus brazos.

CAPÍTULO: 43

Grayson

La primera semana en casa resultó un tanto extraña.

Quiero a mi familia. Adoro a mis hijos y a mi novia. Pero no podía evitar sentirme fuera de lugar.

Pusieron todo de su parte para facilitarme la vuelta. Que me adaptase de nuevo a una vida a la que debería estar acostumbrado. Solo pasé nueve meses fuera de este lugar. Parecen siglos.

Me alegro de que mi chica se maneje bien. No me malinterpretéis, pero… No puedo evitar sentir que no me necesita, que ella sola es más que suficiente.

Estaba tan ansioso por volver y protegerlos que no me di cuenta que eso era algo bueno.

Mi novia no se mantiene a mi lado porque me necesite, sino porque desea estar conmigo. Porque me quiere. Porque no quiere vivir en un mundo sin mí.

Hasta que no conseguí entender eso, estaba atascado. Seguía preso y ausente, por mucho que tratase de estar presente.

Me cerré. Ocultando mis sentimientos bajo cuatro capas que creí impenetrables.

La tontería más grande que he hecho en la vida. No tardó en traspasarlas y en enseñarme el camino de vuelta.

Me incorporé al trabajo en cuanto me sentí físicamente preparado.

Necesitaba sentirme realizado. Y, ahora, todo va mucho mejor.

Mi hija parece haber olvidado por completo mi ausencia. Aunque no logra dormir si no me acuesto junto a ella un rato por las noches. Me encanta hacerlo. Quiero disfrutar de cada minuto a su lado.

El problema es que ha dejado de dormir en casa de mi padre. No quiere pasar tiempo con sus tíos y tampoco consiente salir con su hermano. La única que logra convencerla de que se separe de mí, a momentos, es Cassy.

Por eso mismo, después de darle muchas vueltas, tomamos la decisión de hablar con un psicólogo infantil. Necesitamos que alguien nos oriente y la ayude a superarlo, antes de que se convierta en un trauma.

Cassy hizo un buen trabajo.

Puede parecer que nueve meses no son nada. Nueve meses en un niño de su edad es una eternidad.

Lo que más me sorprendió fue comprobar lo unidas que están. Compartían una conexión mágica incluso antes de mi detención, pero lo que vi al volver a casa después de tanto tiempo no tenía nada que ver.

Keira siempre formará parte de la historia de mi hija. Siempre será la mujer que le dio la vida. Pero Cassy… Es su madre a todos los efectos. Por elección de ambas. Y eso no me puede hacer más feliz.

Observo a mi chica. Le acaricia el pelo a mi pequeña, que está quedándose medio dormida en su regazo, mientras mi novia habla con Logan.

Apoyo el brazo en el marco de la puerta y le doy un trago a mi botellín de cerveza.

Es jodidamente preciosa.

Me vuelve loco.

Pero entonces… ¿Por qué no soy capaz de…

Joder, llevamos sin tener sexo desde que he vuelto a casa hace ya tres semanas. Mi chica no se queja. Pero sé que lo desea. Y yo

también. Solo que… No tengo ni puta idea de lo que me ocurre.

—¿Qué dices, papá?

—Perdona, ¿qué?

—Joder, papá. Céntrate. Te preguntaba por las vacaciones.

—¿Qué vacaciones? —Acabo de perderme.

—Si dejaras de comerte a Cassy con los ojos… —Mi chica sonríe y se recoloca a Zoey en el regazo. Acaba de quedarse frita del todo. —Y me prestaras un poco de atención.

No voy a discutirlo. Me estaba comiendo a mi chica con los ojos, ¿y qué? Tengo todo el puto derecho del mundo a hacerlo.

—¿Nos vamos a algún sitio todos? —insiste mi hijo.

—¿Quiénes son todos?

—Nosotros —señala a su alrededor. —El abuelo, el tío Ethan… Y para de contar. Zane nos va a mandar a la mierda si se lo proponemos.

—¿Y Hidden Valley?

—Solo serán unos días…

Lo cierto es que nunca he salido de vacaciones con mi familia. En realidad, creo que nunca me he tomado unas vacaciones.

Tuve a Logan siendo un chaval. En ese momento, la fiesta se acabó para mí. Me centré en el crío, empecé a currar y me ocupé de los problemas de Demi. A Keira la conocía de toda la vida. Sus padres siempre veraneaban aquí. Empezamos una relación durante un verano. No quería que se fuera porque, joder, admitámoslo, me pillé de ella por completo. Así que le propuse matrimonio. Nos casamos ese mismo verano y se quedó conmigo en el rancho. Se pasó media vida viajando a causa del trabajo de sus padres, por lo que fue la primera en rechazar los intentos de salir del pueblo. Dos años después se quedó embarazada y al poco de nacer Zoey…

Digamos que podría haberme esforzado más. Podría haber salido y haberle dedicado más tiempo a mi familia.

Tal y como fue mi vida, no lo hice. No pienso culpar a nadie. No sé si estaba bien o mal porque ni siquiera me lo planteé. Simplemente, no me apetecía.

Pero ahora… Ahora es distinto. Creo que yo soy distinto. He tenido que vivir un montón de mierda este último año para darme cuenta que hoy estás aquí y mañana no sabes qué pasará. No quiero guardarme nada. Ni que llegue el momento de arrepentirme de lo que no hice.

Quiero disfrutar de los míos.

Verlos reír.

Pasar todo el tiempo posible con ellos.

Hacerlos felices.

—¿Y dónde vamos?

—¿En serio? —Sorprendido, abre los ojos y me observa como si me hubieran salido tres cabezas de golpe. —Eh… Pues…

—Yo me encargo.

—Una excursión al río no cuenta como viaje, papá. —Cassy ríe entre dientes y se cubre la boca, tratando de disimular.

—A mí me gusta el río —se defiende. Logan pone los ojos en blanco.

—A ti te gusta hacerle la pelota a mi padre.

—A mí me gusta tu padre —contrataca ella.

Mi hijo resopla. Le da un trago a su cerveza y abandona la cocina.

Yo solo puedo quedar prendado de esos ojos verdes y pensar en que soy el tío con más suerte del puto planeta.

—Te quiero —pronuncia sin emitir sonido alguno.

Y estoy jodido. Completamente pillado de esta chica. Aunque eso no es ninguna novedad.

—¿Se ha despertado?

—No.

Cogí a mi hija en brazos y la metí en la cama, mientras mi chica aprovechaba para darse una ducha.

Entro en nuestra habitación y me la encuentro desnuda, envuelta en una toalla minúscula y con el pelo chorreando, goteándole la espalda.

Carraspeo y finjo una indiferencia que no engaña a nadie.

Se pasea por la habitación. Abre el cajón superior de la cómoda —ahora compartimos todos los espacios—, coge unas braguitas y se las sube por las piernas.

Cuela la cabeza dentro de una de mis camisetas, deja la toalla en el cubo de la colada y abre la cama.

—Ven. —Tomo su mano y la dejo frente al inodoro. —Siéntate.

—¿Qué haces? —Trasteo por el baño y pillo un secador.

—No puedes acostarte con el pelo mojado.

—Puedo secármelo yo si te molesta que pueda mojar la cama. No es necesario…

—No me molesta nada de lo que haces, cowgirl. Me preocupa.

—¿Un resfriado? —pregunta con un toque de ironía en la voz.

—Cualquier cosa que pueda ocurrirte me preocupa.

Permanece en silencio mientras masajeo su cuero cabelludo y me centro en mi tarea.

Permanecemos en silencio todo el tiempo.

—Lista —digo apagando el secador y dándole un beso en la frente.

Apago la luz cuando nos metemos en la cama.

Cassy reclama su lugar en mi pecho. La envuelvo con un brazo y coloco el otro a modo de almohada.

Cuela la mano por debajo de mi camiseta y acaricia mi vientre con las yemas de sus dedos.

Su solo contacto me eriza la piel.

—¿Te duele?

Cierro los ojos un par de segundos, tiempo en el que recuerdo el motivo que la lleva a hacerme esa pregunta.

—No.

Es la realidad. Ya no me duele. La zona sigue maltratada. Aunque los hematomas van desapareciendo, el rastro de ellos todavía tiñe la piel de un color amarillento extraño.

—¿Y esto? —Repasa el borde de mi ceja derecha. Donde tengo el corte que ella misma me cosió el día que llegamos a casa. Quedará una buena cicatriz.

—No.

Sus manos continúan inspeccionando las muchas heridas de batalla que porto. Me adelanto a su pregunta.

—No, muñeca. No me duele nada.

Desiste en su búsqueda de golpes, magulladuras y cicatrices. Se abraza a mi cuerpo. Pasea su mano por mi costado y la estrecho más contra mí.

Aprovecha el momento para subirse a horcajadas sobre mis caderas. Acerca su cara a la mía, quedando a cuatro patas, y me besa.

Le devuelvo el beso, como siempre haré.

Pasamos varios minutos enredados el uno en otro, cuando Cassy empieza a restregar su cuerpo contra el mío.

Mi polla responde al instante, porque es una jodida inconsciente, o yo soy un puto salido. En mi defensa diré, que llevo diez meses sin sexo.

Nunca he pasado tanto tiempo sin siquiera masturbarme. Es evidente que estoy a punto de explotar.

Aunque el motivo no es ese, sino ella. Llevo diez meses sin sentirla a ella. Sin acariciar su piel y escucharla gemir, sin hacerla

mía y sentir que me pertenece.

El problema es…

No tengo ni puta idea del problema.

Simplemente, no puedo ser yo.

No sé cómo dejar de contenerme y disfrutarla, quererla, amarla como ella se merece.

Anclo las manos en su cintura, Cassy las pasea por mi pecho.

—Te necesito… —susurra casi temerosa.

Supongo que puedo hacerlo. Puedo dejar la mente en blanco y dejarme llevar. Puedo disfrutar de mi novia en la cama, como lo hago el resto del día.

Persigo el balanceo de sus caderas con las mías. Masajeo su culo con ambas manos.

—Eres preciosa.

Cassy se incorpora y se desprende de su camiseta. O, mejor dicho, la mía.

Desde que he vuelto a casa, no ha dormido ni un solo día con sus pijamas. No tengo previsto quejarme. Me encanta verla con mi ropa.

La luz que se cuela por la ventana, es tenue. Sus pechos quedan expuestos, los atrapo entre mis manos y los amaso despacio. Me incorporo para besarla.

Ella acelera el ritmo, yo lo freno.

Me deshago de mi camiseta a regañadientes. Solo porque sin luz no puede reconocer el desastre en mi cuerpo. Se aprieta cada vez más, hasta que sus pechos quedan atrapados y aplastados contra el mío.

No dejo de besarla. Su boca, mentón, cuello, clavícula…

Gime bajito y continúo descendiendo.

La sostengo por la cintura y apoyo su espalda en el colchón, quedando encima de ella, haciéndome hueco entre sus piernas.

Deslizo hacia abajo sus braguitas y cuando le rozo el sexo con la punta de los dedos, estoy a punto de correrme como un maldito adolescente.

Masajea mis hombros y alzo la vista.

—Grayson…

—Dime, muñeca.

Su respiración se acelera. Agarra mi muñeca y se coloca mi mano a modo de collar.

No, ni de puta broma. No voy a perder la cabeza. No… Me niego. No pienso volver a tratarla así.

Insiste, apretando con más fuerza y buscando que la estrangule.

Joder, me está poniendo frenético. Quiero controlarme con ella. No quiero…

No sé qué es lo que no quiero, pero siento que no puedo hacerle daño.

Dibujo círculos en su clítoris.

—Dime cómo estás.

Levanta las caderas hacia arriba y apoya la mejilla en la almohada, en el más absoluto silencio.

Introduzco un dedo en su coño y luego otro. Está empapada.

La masturbo despacio. Retiro la mano de su cuello cuando ella aparta la suya. Acaricio su mejilla con los nudillos sin dejar de penetrarla.

Beso su vientre.

Ella se estremece.

—Úsame —suplica. —Átame, Grayson.

¿Qué? No. Ni de puta coña.

Ignoro su petición, aunque no deja de rondarme la cabeza, de taladrarla.

Según avanzan los minutos y yo sigo manteniendo la misma línea, se desespera y vuelve a rogar que la someta.

Muerdo mi labio inferior con fuerza. El sabor metálico me invade la boca y me cuesta un puto mundo controlarme.

Insiste en que le rodee el cuello y yo me retiro una vez más.

Todo empieza a desbordarme.

Sus peticiones retumban en mi cabeza, mi polla se sacude en mis pantalones, su cuerpo me tienta y las ganas de poseerlo se tornan insoportables. Mi visión se nubla, pero mi cabeza me grita que no lo haga, que no la rebaje, que no le ate las muñecas como solía hacer, que ella no puede ser prisionera como lo fui yo.

Me retiro de golpe. Me siento en el borde de la cama con las piernas abiertas y los codos apoyados en las rodillas. Aprieto mis sienes con fuerza. Necesito un puto momento. Los recuerdos perturban mi estabilidad, se instalan en mi cabeza.

—Mi vida, ¿qué pasa?

Cassy se arrodilla en el suelo a mi lado.

Esa imagen perturba mi mente todavía más. No puedo dejar de verla en esa misma postura, con las manos inmovilizadas a la espalda, con mi polla embistiéndole la boca.

Y lo deseo, joder. Lo deseo ahora, pero… Son sus manos lo que no me saco de la cabeza.

La puta brida con las que rodeaba sus muñecas, las rojeces que le hacía en la piel, las heridas que curé más de una vez.

Bajo la vista a mis propias muñecas y pese a que la iluminación es una mierda y están prácticamente bien, yo solo veo esas mismas marcas en mi piel.

Rajada, agrietada, sangrante… Las voces de los funcionarios gritando a lo lejos. *Tú te lo has buscado*. *Tú lo has querido.*

En mis oídos retumba el tintineo del metal que apresaba mis tobillos. Siento la tirantez de las cadenas que tiraban de mi cintura y muñecas.

—Nada. Todo está bien. Será mejor que nos vayamos a dormir. Es tarde, cowgirl —respondo evitando su mirada.

—Grayson, vamos a hablarlo. No podemos…

—No hay nada que decir. Métete en la cama —pido con la voz ausente, poniéndome en pie y dejándola sola de rodillas a los pies de la cama.

Me introduzco entre las sábanas, sintiéndome como una mierda. Cassy se sienta a mi lado y giro la postura para darle la espalda.

No tengo ni puta idea de qué me ocurre.

Solo sé que no soy capaz de acercarme a ella, pese a que la deseo como un condenado.

Ella se acurruca a mi lado y esconde la cabeza en mi espalda.

El puto alma cae a mis pies.

¡Joder!

Estoy pagando mis putas inseguridades con ella.

Me coloco boca arriba y la rodeo con el brazo.

Enseguida reclama su sitio.

—¿Sabes cuánto te quiero? —pregunta con una inseguridad que se cuela en mis huesos, enfriándolos al instante.

La sujeto por la barbilla y la obligo a mirarme.

Respira tratando de no hacer ruido.

¡A la mierda todo! Mi vida. Mis jodidos traumas.

Adoro a esta chica y no voy a consentir que nada se interponga entre nosotros, ni siquiera yo mismo.

Reclamo su boca.

Repleto de ansiedad la beso como si fuera la última vez. Acoplo mi mano en su nuca y cuelo mi lengua en su boca.

Hambriento. Desesperado. Jodidamente obsesionado con ella.

Ruedo en la cama, atrapándola entre el colchón y mi cuerpo.

Reclamo sus muñecas y las elevo por encima de su cabeza, adelanto mis caderas clavándole la erección en el vientre.

—Abre bien las piernas —exijo.

—Grayson…

—Shhh. Ni una palabra, muñeca.

Sus ojos brillan de emoción. En ese puto instante me doy cuenta de que no estoy forzándola de ella, sino dándole lo que necesita. Lo que los dos necesitamos.

—¿Vas a ser mi niña buena? —Asiente. —Palabras, cowgirl. Quiero escucharte.

—Sí.

—Esto va a ser muy rápido —advierto. No hay forma que sea de otro modo. Tengo los huevos a punto de reventar. —No muevas las… —Ignoro la idea de que obedezca solo mis órdenes y dejarla libre.

Recupero mi camiseta del suelo, la enredo en sus muñecas y se las ato al cabecero de la cama.

Me acomodo entre sus piernas y aspiro el olor de su coño.

Embriagador.

—Joder, cuánto he echado de menos tu aroma. —Saco la lengua y la pruebo. —Y tu sabor.

Cassy arquea la espalda, cierra los ojos y gime.

Me niego a seguir siendo prisionero de mis putos recuerdos, a estar preso en una cárcel mental. Necesito a esta chica tanto como ella me necesita a mí, así que voy a coger lo que me pertenece por decisión de ambos y a tratar de borrar los últimos putos diez meses del recuerdo de mi novia. Voy a despojarme de un plumazo de los jodidos traumas que revientan mi cabeza, porque ya no estoy allí, porque ya nada me impide vivir mi vida y disfrutarla. Y lo quiero todo. Lo quiero junto a ella. No pienso renunciar a nada. Ella no merece que le haga pasar por más mierda. Solo que la venere y la adore, que permanezca a su lado sin flaquear, justo como ella hizo conmigo durante todo este tiempo.

—¡Tus ojos en mí! —bramo con la voz más ronca de lo habitual.

Se estremece de pies a cabeza.

Ataco su coño sin delicadeza alguna. Paseo la lengua arriba y abajo mientras la erección de mis pantalones se rebela contra mí, exigiéndome liberación.

La penetro con la lengua y empiezo a follármela.

Es una puta locura. No sé cómo he podido sobrevivir tanto tiempo sin esto.

Cuanto más se la meto, más se retuerce.

Paseo mis manos por su cuerpo, aprieto sus carnes duras y le succiono el clítoris, lo atrapo entre mis dientes y tiro de él.

Me yergo y libero mi polla.

Se muerde el labio inferior. Abofeteo su mejilla mientras me coloco en su entrada.

—No vas a correrte.

Abre la boca, entorno los ojos y la cierra nuevamente.

Le ensarto la polla de un duro empellón.

Es incapaz de contener un grito. Solloza e hiperventila cuando entro por completo.

—¿Sigues tomando anticonceptivos?

—Sí.

—Cuando te apetezca dejar de hacerlo, será un placer dejarte embarazada.

Su labio inferior se tuerce, dibujando un puchero. Tiembla incontrolable y sé que es la emoción la que la lleva a hacerlo.

La cojo por las caderas y se la clavo bien.

Me la follo.

Yo la manejo, pero todo mi placer es suyo.

Vivo por y para esta mujer.

Abandono su coño y le doy la vuelta. Sus brazos se retuercen en un ángulo imposible.

Tiro de ella para que levante el culo y le abofeteo una nalga.

Reconduzco mi polla hacia el lugar más cálido del mundo y la penetro de nuevo.

Hundo mi polla hasta la empuñadura y me inclino sobre ella.

Enredo la mano en su pelo y le susurro al oído.

—Qué me dices, ¿quieres tener otro hijo conmigo?

—¿Otro? —pregunta entre lágrimas. Sé lo mucho que significa para ella Zoey, por eso veo la importancia de recalcarlo, de dejarle claro que ella tiene el mismo peso que yo.

Se ha ganado a pulso ese placer.

—Sí, muñeca. Otro.

—Sí.

La embisto con fuerza y ya no puedo parar. Me muevo adelante y atrás a un ritmo bestial.

Cuelo una mano entre sus piernas, mientras sigo tirando de su melena y le froto el clítoris.

—Córrete conmigo, cowgirl.

El tiempo que tardo en tensarme cuando siento cómo su coño me aprieta la polla, es el que tarda ella en correrse. Me derramo en su interior. Retiro mi polla y la rodeo con mi puño. Los últimos vestigios de mi corrida los vierto sobre sus nalgas.

Gruño. Contraigo todos los músculos y me dejo caer sobre su espalda.

—Eres jodidamente increíble.

Me obligo a recuperar el aliento y me tumbo de espaldas sobre el colchón para no aplastarla. Tiro de ella y la coloco sobre mi pecho en cuanto líbero sus muñecas.

Las inspecciono con calma. Ella se las frota un par de veces y me sonríe.

—Estoy bien.

Beso su frente.

—Ahora lo sé.

Puede que tuviera mis dudas y me llevara un tiempo acordarme de que esto era algo necesario para ambos. No la quiero menos por tratarla con más o menos rudeza. No se va a sentir inferior por someterla.

Es la diosa que vive a mis pies por voluntad propia, pero solo en el dormitorio. Sabe que en cualquier otro ambiente soy yo el que la sigue arrastrándose como un perro.

Y me importa una mierda admitirlo.

Esta mujer ejerce más control y dominio sobre mí de lo que podrá ejercer nadie jamás. Ni fuerza bruta ni hostias. Es ese puto corazón al que sigo. El que puede acabar conmigo de un plumazo o convertirme en el hombre más feliz del mundo.

—Ya sé lo que quiero hacer… Me refiero a lo de mi año sabático y…

Un año que ya ha pasado.

Le doy un beso en la frente y acaricio su espalda.

No me importa lo que salga por esa boca. No me preocupa. Lo que ella quiera, lo tendrá. Lo tengo clarísimo.

—¿Qué?

—Quiero ser tu mujer y cuidar de tus hijos.

ZANE

Epílogo

El mundo dejó de girar. Todo se detuvo por un breve instante.

Pierdo contacto con el caballo y mis pies, aunque apoyados sobre el suelo, no logran sentirlo.

La sangre invade mis oídos. Solo escucho mi propia respiración y el latido en mis sienes.

Cuando me doblo por la mitad, no es por puta debilidad. Mi cuerpo exige una tregua.

Catorce putos segundos encima de esa bestia… No hay un solo músculo del cuerpo que no me duela.

Mientras montaba, no pensé en el tiempo. Me centré en el siguiente salto, la siguiente sacudida… Al bajar del caballo y ver la cara de la gente. Muchos tenían las manos alzadas y otros colocadas a modo de almohada tras sus cabezas. Escuché los gritos que salían del alma de muchas personas, mientras otras enmudecían por completo.

Supe que había sido algo grande.

Uno de los chavales del staff me toca el hombro. Me habla, yo no soy capaz de entender lo que dice. Y no es por el puto ruido del lugar, sino por mí. Momentáneamente, me siento fuera de combate. Tan eufórico que mi cuerpo no reacciona.

Volteo la cabeza y miro a mi caballo. Devuelvo la atención al público y levanto el puño.

No es orgullo. Es respeto hacia esta gente, hacia mi caballo, hacia mí mismo.

Este es mi momento. Y pienso disfrutarlo como un maldito condenado.

—¡Ha sido una puta pasada! —Sonrío y salto la cerca. Le paso el brazo por encima a Logan. —¡Sí! Lo hiciste, Zane —insiste él.

Con el pecho repleto de orgullo, tiro de un manotazo su sombrero y le pongo el mío sobre la cabeza.

—Eso parece.

—Una puta pasada, joder.

Reconozco ese fuego en sus ojos, es el mismo que yo tuve en mis primeros rodeos. Con un par de palmadas en el hombro, trato de transferirle toda la fuerza que aún corre por mis venas.

—No te queda nada, chaval.

Desde que mi hermano salió de prisión y Logan empezó a relajarse un poco, retomó sus entrenamientos con más fuerza que nunca.

Es un chaval cojonudo. No os dejéis engañar, no tiene nada que envidiar a los tíos que competían conmigo esta noche.

Puede que él no salga oficialmente al ruedo todavía, pero monta mucho mejor que la mayoría de los tíos que conozco. Es solo cuestión de tiempo que nos desmarque a muchos. Presiento que, a mí mismo, me adelantará por la derecha y sin que pueda verlo venir.

Le guiño un ojo mientras empezamos a alejarnos un poco del jaleo que nos envuelve.

—¡Ashford! Espera —escucho a la mujer antes de verla —. Necesitamos unas palabras de nuestro campeón.

Miro a Logan, cabeceo y resoplo.

—Vamos, no te hagas la *star* —se cachondea mi sobrino, apartándose un poco de mí.

Tengo toda la intención de largarme, pero ella es más rápida que yo y se planta delante, cortando mi huida.

—Sé que estás agotado, pero necesitamos saber cómo aguantaste tanto tiempo sobre el caballo. —Desvía el micrófono en mi dirección. Odio esos trastos. Si sabe que estoy agotado, porque hostias no me deja en paz.

—Cuestión de no caerse —respondo sin más.

Logan se cubre la boca con la mano y ríe.

—¿Alguna vez imaginaste que ganarías este rodeo?

Joder, si es que me las ponen a huevo. Luego el borde soy yo.

—No. —Ella sonríe con coquetería. Abre la boca para lanzar la próxima pregunta, yo decido no dejar la respuesta así y ofrezco una explicación más extensa. —No necesito imaginar lo que tengo seguro que va a ocurrir.

Logan, que se mantiene a dos o tres metros de distancia sin perder detalle, se parte.

La chica abre y cierra la boca varias veces. Abro ligeramente las piernas y cruzo los brazos a la altura del pecho. Mirándola fijamente e invitándola a continuar. Me apuesto lo que queráis a que ya no está tan contenta de haberse acercado a tocarme las pelotas. Acabemos con esto de una vez. Solo pienso en largarme con mi sobrino y celebrar mi victoria en cualquier garito de Los Ángeles. Hoy me apetece divertirme y no rodearme de vaqueros. Para variar un poco supongo.

—¿Qué les dirías a los que sueñan con lanzarse a este deporte? —¿Lanzarse? Esto es bareback riding, no paracaidismo.

—No es para cualquiera.

Su sonrisa tensa, es de lejos, lo más divertido de mi día.

Repaso de arriba a abajo a la pelirroja de enormes ojos verdes y me muerdo el labio inferior. Disfrutando de su incomodidad.

Y de las vistas. No voy a negar que está muy buena.

—¿Y, a los qué te admiran? A los que, quieren ser como tú… O incluso quieren ser *tú*… —Explica alzando la vista. Trata de demostrar que no la intimido. El balanceo del micrófono, a causa del tembleque de su muñeca, demuestra que no es así.

—Que esperen sentados. —Abre mucho los ojos. Sin comprender a dónde quiero llegar. Su acción me permite ver mejor sus pupilas. —Que tengan mucha, mucha… paciencia —susurro la última palabra acercando mi rostro al suyo. Justo como si acabara de desvelarle un gran secreto.

Da un paso atrás, interponiendo de nuevo distancia entre los dos. Cabeceo decepcionado. *Vamos, no me defraudes, preciosa. Era evidente tu interés por mí.*

—¿Y eso por qué? —Entreabre los labios y, de pronto, me entran unas ganas inmensas de apartar el micrófono que tenemos en medio de un manotazo y comerle la boca.

—Porque… Zane Ashford, solo hay uno.

Doy un paso en su dirección y sé que está deseando cortar la trasmisión en directo.

—¿Qué es lo que más te gusta dominar, al caballo, o la atención del público? Porque parece que es justo lo último.

Río abiertamente. *Oh, preciosa, si tratas de hacerme sentir incómodo, acabas de joderla a lo grande.* Sobre todo, por ese tartamudeo que trata de ocultar y me revela lo nerviosa que está.

—Una buena yegua. Sobre todo, si es pelirroja y de ojos verdes. Mis favoritas —suelto con socarronería, guiñándole un ojo.

Se contiene, porque no puede soltar un desplante en una trasmisión en directo. Y mucho menos a la estrella del rodeo. Estoy convencido de que me haría tragar la cámara si pudiera.

—¿Te aplaudes tú solo cuando das este tipo de respuestas? —Tal vez no. Puede que me equivocara. No es capaz de contenerse. Y eso, me gusta todavía más.

Hoy es tu día de suerte, pelirroja. Acabas de captar mi atención.

—No, preciosa. No hace falta. Para eso… —Descruzo los brazos, alzo las manos al público, y todos empiezan a aplaudir y animarme al instante. Gritan mi nombre y lanzan todo tipo de comentarios alentándome. Vitoreándome con una fuerza que hace temblar la arena bajo nuestros pies. —Los tengo a ellos.

—¿Vas a seguir actuando como una estrella inalcanzable o te interesa parecer humano durante cinco minutos?

Su rostro enrojece a causa de la mala leche en plena ebullición. Lo que hace resaltar sus pecas. Joder, es preciosa. Una puta leona a la que no me importaría hacerle tragar sus palabras y ponerla a cuatro patas para montarla.

—Mmmm… —Me llevo el dedo índice al mentón y lo rasco un par de veces. Fingiendo pensármelo. —Nahhh. Lo de estrella suena mejor.

Contrae la mandíbula y fijo mis ojos en los suyos. Aunque mantengo una mirada intensa y cruda, a propósito, para sacarla de sus casillas. Esta entrevista empieza a gustarme.

—¿Eso es una respuesta? ¿O solo estás moviendo la boca para que parezca que participas?

—No sabía que esto era un examen. ¿Vas a calificarme o solo a mirarme embobada toda la noche?

Golpea un pie contra el suelo. Hace tintinear los espolones de unas botas de cuero marrón, que no engañan a nadie.

Me apuesto cien pavos a que acaba de comprarlas en una de las casetas de merchandising para impresionar en lo que debe ser su primera entrevista. No tiene pinta de vaquera en absoluto. Ya puestos, ni siquiera de periodista. Es una cría. A lo mucho, le calculo unos veinte o veintiún años.

—Desde la arena del Bill Pickett International Rodeo acabamos de hablar con el jinete del momento… O, al menos, eso cree él. —Se está despidiendo porque no aguanta la puta presión. No tengo más opción que partirme, aunque en el exterior me mantengo entero. ¡Qué decepción! Poco me ha costado cerrarle la boca. —Yo soy

Sydney Hawthorne, y os aseguro que el caballo fue mucho más cooperativo que él. Volvemos al estudio.

¿El caballo fue mucho más cooperativo que él?

—La bestia aguantó catorce segundos. Tú ni dos preguntas, Sydney Hawthorne. Gracias por el intento. La próxima vez sin guion, preciosa.

—Eres un gilipollas.

Doy media vuelta y le espeto por encima del hombro, girando la cabeza y con la vista fija en su escote.

—Si querías protagonismo, debiste montar tú sobre el caballo.

Pese a la gran cantidad de gente que nos rodea, su respiración errática me golpea los tímpanos.

Rodeo de nuevo los hombros de mi sobrino y abandonamos el lugar a grandes zancadas.

—Vaya, vaya, Sydney Hawthorne.

—¿La conoces? —pregunto más interesado de lo que debería.

—Creo que es la mejor amiga de Cassy.

Alzo la cabeza al cielo y suelto varias carcajadas seguidas.

—Esto va a ser divertido.

AGRADECIEMTOS

Resulta paradójico que, dedicándome a escribir a diario, lo que más me cueste sean los agradecimientos de un libro.

No se trata de que no me guste hacerlo —que también, no voy a engañar a nadie—, sino de que existe el temor de ofender a alguien.

El hecho de que una persona no aparezca en la lista no significa que esa persona no haya estado presente. Su apoyo ha sido importante para mí, y por eso le estaré eternamente agradecida. Es imposible incluir a todo el mundo en unos breves párrafos.

Aprovecho este espacio para agradecer a todas y cada una de las personas que estáis demostrándome vuestro cariño constante, regalándome muestras de afecto desinteresadas y apoyándome en un camino que a veces resulta un tanto pedregoso, pero precioso. Creéis en mí muchas veces, más que yo misma, y gracias a ese empujón no concibo tirar la toalla. ¡Mil gracias a tod@s!

A los que lleváis a mi lado desde el principio, a los que acabáis de llegar, y a los que aún no he tenido la suerte de conocer. Todos y cada uno de vosotros sois importantes para mí. ¡Gracias!

A Ainhoa Cerros, a quien me enorgullece poder llamar amiga, a Carolina Cáceres, por quien siento un cariño muy especial, y a Lola Pascual, alguien que en muy poco tiempo se está convirtiendo en imprescindible para mí —sin ti, Grayson no sería el mismo—, gracias por el apoyo y la confianza que me regalas de manera desinteresada, por ayudarme a mejorar y superarme a mí misma, por las risas que amenizan mis días. Eres una persona fantástica y espero tenerte cerca durante mucho, mucho tiempo.

A mi grupito de *Las porn-originales*, quienes, pese a mi ausencia, poco a poco se van convirtiendo en familia y han estado ahí no solo en las risas, sino también en las lágrimas. A todas… ¡Gracias de corazón, chicas!

Por último, quiero dar las gracias a las personas más importante de mi vida, a mi familia. A mis hijas, que son el motor que mueve mi mundo, logran que me levante con una sonrisa en los labios y luche por ser mejor cada día. Son mi inspiración y mi lugar seguro. Y a mi marido, que nunca fue de letras, pero cree en mí más que nadie y me alienta a seguir en los momentos más difíciles sin soltar mi mano. Te quiero. ¡Os quiero a los tres muchísimo!

Aria Wanderlust

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA



